

MIKE LIGHTWOOD

# EL HIELO DE MIS VENAS

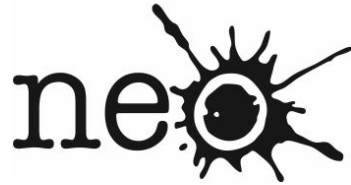
neo 

MIKE LIGHTWOOD

EL HIELO  
DE MIS  
VENAS

Ilustraciones de Hugo Díaz

Plataforma  
Editorial



Primera edición en esta colección: febrero de 2017

© Mike Lightwood, 2017

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2017

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

Depósito legal: B. 28749-2015

ISBN: 978-84-17002-05-3

Diseño de cubierta: Ariadna Oliver

Ilustraciones de Hugo Díaz González

Realización de cubierta y fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

# ÍNDICE

**Antes**

**Primera parte. Lost Boy**

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Segunda parte. Teen Idle**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Capítulo 19**

**Capítulo 20**

**Capítulo 21**

**Capítulo 22**

**Capítulo 23**

**Capítulo 24**

**Capítulo 25**

**Capítulo 26**

**Capítulo 27**

**Capítulo 28**

**Capítulo 29**

**Capítulo 30**

**Capítulo 31**

**Capítulo 32**

**Tercera parte. Sinner's Prayer**

**Capítulo 33**

**Capítulo 34**

**Capítulo 35**

**Capítulo 36**

**Capítulo 37**

**Capítulo 38**

**Capítulo 39**

**Capítulo 40**

**Capítulo 41**

**Capítulo 42**

**Capítulo 43**

**Capítulo 44**

**Capítulo 45**

**Capítulo 46**

**Capítulo 47**

**Capítulo 48**

**Después**

*Agradecimientos*

Para todos los Daríos del mundo,  
que todavía no han encontrado su camino.

Todo mejora, os lo prometo.

Y para todos los que me enseñaron  
la importancia de luchar por lo que quiero  
y, sobre todo, por lo que considero justo.

Eres los restos de un sueño perdido

Que temo al quedarme dormido

Eres lo mejor que perdí y que jamás he tenido

El hielo de mis venas, Daniel Grey & Mike Lightwood

# ANTES

Antes de confundirnos con el aire  
De calarnos con las nubes negras  
Que cancelarán el baile

*Antes, María Villalón con Susi Morla*

Verlo así me desgarraba por dentro.

–Tranquilo, Óscar –le susurré al oído, acariciándole el hombro con suavidad–. Yo estoy aquí contigo, no te preocupes.

Una nueva arcada le sacudió el cuerpo de forma violenta, pero no salió nada por su boca. Lo más probable era que ya no le quedara nada más por echar. El denso olor a vómito impregnaba el aire, provocándome náuseas a mí también, pero traté de ser fuerte.

*Tenía* que ser fuerte.

Por él.

–¿Estás mejor? –le pregunté, preocupado, mientras tiraba de la cadena. Asintió con la cabeza, aunque yo sabía que tan solo estaba tratando de parecer entero. Tenía las mejillas llenas de lágrimas y sentí el impulso de secárselas, pero entonces alzó la mano y lo hizo él mismo. Después se fijó en su manga, que estaba manchada de vómito, y frunció el ceño–. Espera, te



traigo agua –dije, consciente de que si no salía de allí al menos unos segundos me iba a derrumbar yo también–. Vuelvo enseguida.

Me apresuré a salir por la puerta y fui con rapidez hacia la cocina. Encontré una botella fría en la nevera y, tras dar un sorbo, me dirigí con ella otra vez hacia el cuarto de baño. Óscar estaba tirado en el suelo, con la cabeza sobre la tapa del inodoro, y apenas fui capaz de reprimir el impulso de ir corriendo a abrazarlo. En lugar de eso, lo ayudé a ponerse en pie.

–Enjuágate la boca primero –le dije mientras lo conducía hasta el lavabo, y después lo observé mientras me obedecía con cierta torpeza. Un hilillo de agua se deslizaba por su barbilla hasta llegar a la camiseta, pero él no parecía darse cuenta, y se me escapó una sonrisa. Cuando terminó, le tendí la botella–. Toma, te sentará bien. Bebe con cuidado, no vayas a volver a vomitar.

Bebió unos cuantos sorbos pequeños, a pesar de la sed que sabía que debía de tener, y cuando acabó parecía sentirse un poco mejor.

Al menos, eso esperaba.

–No voy a volver a beber en la vida –dijo al fin, con voz pastosa. Todavía tenía los ojos castaños llenos de lágrimas, y el pelo oscuro le caía húmedo sobre la frente–. Recuérdame la próxima vez que pida algo que no sea Nestea.

El Óscar de siempre, a pesar de todo.

–Tranquilo, te lo recordaré. Y ahora, quítate la ropa.

Se quedó de piedra.

–¿Qué?

–Tienes que ducharte –expliqué, tratando por todos los medios de controlar el torrente de sangre que amenazaba con teñir mis mejillas de rojo–. Tienes la ropa asquerosa, estás hecho un asco y además apesta un poco. Yo te ayudaré, tranquilo.

A pesar de lo pálido que estaba, o quizá justo por eso, noté que se ruborizaba ligeramente.

–Darío, de verdad, no hace falta...

–Que sí –insistí con voz firme–. ¿Es que no lo ves? Casi no puedes tenerte en pie tú solo.

Trató de resistirse un poco más, pero me empeñé en ayudarlo y al final me dejó que le quitara la ropa. Me dio la impresión de que se le erizaba todo el vello del cuerpo cada vez que lo tocaba, aunque no sabía si eso estaba pasando en realidad o si tan solo se trataba de mi imaginación. Nunca había tenido tanto contacto directo con él y la sensación resultaba un poco rara, pero al mismo tiempo extrañamente agradable.

Demasiado agradable.

Cuando le quité los pantalones, no pude evitar fijarme en lo que había debajo. Algo se encendía en mi interior, una especie de fuego helado, un hielo abrasador que no conocía y que me impulsaba a acercarme a él, a acariciarlo, a tocarlo hasta familiarizarme con cada parte de su cuerpo. No sabía qué era exactamente eso que sentía, pero tenía miedo de descubrirlo, demasiado miedo. Miedo de que no me gustara. Miedo de que sí me gustara. Miedo de las posibles consecuencias.

Lo ayudé a meterse en la bañera y una vez dentro no pude evitar mirarlo, quizás un segundo más de lo necesario. Me dio la impresión de que se daba cuenta, así que me apresuré a poner en marcha la ducha, para tratar de disimular. Óscar soltó un gritito cuando el agua fría cayó sobre su cuerpo.

Contuve el impulso de echarme a reír a pesar de la tensión.

–¡Perdona! –dije, apartando el chorro–. No sabía que iba a salir tan fría.

Aguardé a que el agua se calentara y entonces comencé a verterla sobre Óscar con cuidado. Cerró los ojos, así que aproveché para contemplar su cuerpo, desnudo y mojado, tan cerca y a la vez tan imposiblemente lejos. Era

delgado, casi sin grasa pero también casi sin músculo, y sentí una extraña atracción hacia él. Quería tocarlo. Necesitaba tocarlo. Pero no podía sentir eso. No debía sentir eso. Ni siquiera sabía qué era «eso» exactamente.

Y a pesar de ello, necesitaba quería tocarlo, así que me llené las manos de gel y comencé a frotarlo con lentitud por su cuerpo, empezando por el cuello y recorriendo su pecho y su torso hasta llegar a la cintura. Quería bajar. Necesitaba bajar. Todo en mi interior me obligaba a hacerlo. Pero no podía. No debía.

Dudé.

–Eh... –comencé, sin saber muy bien qué decir.

–Mejor eso lo hago yo.

–Sí, mejor.

Sentí un intenso calor en las mejillas, y noté que Óscar se daba cuenta. Pero, en lugar de decir nada, unió las manos y las tendió hacia mí para que vertiera un poco de gel en ellas. Después se volvió y comenzó a lavarse por debajo de la cintura. Me fijé en su espalda estrecha, en lo que había más abajo, y ese fuego extraño y agradable comenzó a arder cada vez con más fuerza en mi interior.

Joder. Aquello no podía seguir así; no era normal. No sabía lo que me estaba pasando. La tensión que sentía era cada vez más fuerte, y en cierto sentido me alegró que Óscar estuviera medio borracho, porque de lo contrario no sabía lo que haría.

Me daba miedo pensar en lo que haría.

Cuando terminó de enjabonarse, se volvió. A pesar de que me había pillado mirándolo, no dijo nada, y yo tampoco lo hice. Volví a abrir el grifo y comencé a lavarlo, enjuagándolo por encima de la cintura mientras él lo hacía por debajo, en perfecta sincronía. Cuando terminamos, lo ayudé a salir y después lo envolví con la toalla. Permanecí así durante unos segundos,

abrazándolo a pesar de que me estaba empapando. Olía a limpio, pero también olía a él, y el aroma resultaba embriagador.

–¿Cómo te encuentras? –pregunté junto a su oreja, y noté cómo se estremecía.

–Mucho mejor.

–Me alegro.

El corazón me latía con fuerza contra su pecho, y entonces me fijé en su cara, en sus ojos, en sus labios delgados, y sentí impulsos que nunca antes había sentido. Me bullía la sangre en las venas y mi cuerpo me instaba a acercarme, a pegarme a él para no separarme nunca, pero logré controlarlo en el último momento. Aquello estaba mal, fuera lo que fuese. No podía seguir así... era demasiado peligroso.

Tenía que acabar con eso.

**PRIMERA PARTE**

***LOST BOY***

I'm just a lost boy

Not ready to be found

*Lost Boy*, Troye Sivan

# CAPÍTULO 1

Oh, we left it all unspoken  
Oh, we buried it alive  
And now it's screaming in my head

*I Don't Wanna Love Somebody Else, A Great Big World*

La culpa es tan fuerte que siento auténticas ganas de vomitar.

Lo miro mientras entra en el aula y me fijo en su rostro demacrado, en las profundas sombras bajo sus ojos. Es tan diferente del Óscar que conocía, tan distinto del chico alegre y feliz con el que he crecido, que cuesta creer que se trate de la misma persona, que solo hayan pasado unos meses. Es difícil creer que sea el mismo a quien en otra vida consideraba mi mejor amigo. Y cuesta aún más saber que soy yo el responsable de que esté así.

Sus ojos se cruzan con los míos durante un breve instante, pero me apresuro a apartar la mirada como el cobarde que soy. Como si no hubiera estado esperando a que llegara. Como si él no lo supiera. Como si la vergüenza que siento por lo que he hecho no supurara por cada poro de mi piel. Él es la persona que me ha visto en mis momentos más vulnerables, probablemente quien mejor me conoce en el mundo. Y yo he matado a esa

persona. Es culpa mía que ya no siga existiendo, que esa chispa de vida se haya apagado en sus ojos.

Sé que, de no ser por mí, su vida seguiría como siempre. Quizá no sería feliz del todo, pero al menos estaría tranquilo. No tendría que soportar todo este circo que se ha desencadenado por mi causa. Me avergüenza no haber tratado de arreglarlo, haber permitido esta situación... haberle fallado a mi mejor amigo. Siento la culpa pesada en el estómago, como alguna clase de monstruo feroz y terrible que me devorara lentamente las entrañas. No puedo evitar desear morir que fuera así: quizá de ese modo dejaría de sentir todo esto.

El problema es que el monstruo soy yo, y no tengo forma de escapar de mi piel por mucho que lo intente.

Lo observo mientras camina hasta su pupitre, situado al fondo de la clase, y veo cómo comprueba la silla antes de tomar asiento. Supongo que querrá asegurarse de que no hay ningún chicle pegado a ella. A continuación, abre la mochila, que siempre está llena de libros. Desde que Carlos le destrozó la portada del libro de Matemáticas, no ha vuelto a dejar los libros en clase. Siento una nueva oleada de vergüenza al recordar que yo permití que lo hiciera, que me reí junto a los demás al ver la reacción de Óscar, aunque fuera una risa forzada. Las ganas de vomitar son cada vez más fuertes, y me alegra no haber desayunado esta mañana. Mis ojos se cruzan con los de Marta, de un verde intenso visible desde el otro extremo de la clase, y en ellos me parece ver reproche. Aparto la mirada y la dirijo de nuevo hacia Óscar.

Veo que echa un vistazo por la ventana, pensativo, y aprovecho su momento de distracción para mirarlo bien, procurando que nadie más se dé cuenta de que estoy haciéndolo. El cielo que hay al otro lado del cristal es de un profundo color gris, y tengo la sensación de que su cara está teñida de ese

mismo color. Es como si algo estuviera drenándole la vida poco a poco, de forma lenta pero inexorable, empujándolo cada vez más hacia un punto sin retorno.

Es horrible saber que ese algo soy yo.

Unos pocos segundos después de que saque el libro de Historia, suena el timbre. Veo que Fer le susurra algo y noto una nueva punzada de dolor. Al perder a Óscar, también lo perdí a él. De pequeños éramos inseparables, y pensaba que seríamos amigos para siempre. Pensaba que estaríamos siempre juntos, como los tres lados de un triángulo. Como las tres ruedas de un triciclo. Pero, en cuanto una de ellas se rompió, las demás también nos desmoronamos. Yo nos maté desmoroné, y ahora no somos más que los versos tachados de una canción sin terminar.

Óscar parece tenso, y odio no saber la razón, no saber lo que piensa en todo momento. Odio que no me diga siempre cualquier cosa que le preocupe, tal como solía hacer antes, en otra vida. Odio la posibilidad de que haya tensiones entre Fer y él por mi culpa; no quiero que lo pierda también a él. Después de todo lo que ha pasado, lo necesita para no derrumbarse por completo.

Se toca el muslo, como si estuviera apretando algo que llevara en el bolsillo. No he podido evitar fijarme en que últimamente lo hace mucho, aunque no sé por qué. Tampoco puedo evitar darme cuenta de que si me he fijado en eso es porque lo miro mucho más de lo que debería, y tampoco sé por qué lo hago. O quizá sí lo sé, lo que pasa es que sigo siendo una mierda un cobarde y no soy capaz de admitirlo.

\* \* \*

Sale disparado por la puerta en cuanto llega la hora del recreo. No sé cómo lo consigue, pero apenas ha terminado de sonar el timbre cuando él ya ha salido,



sin esperar siquiera a que el profesor le dé permiso para marcharse. Al principio le llamaban la atención, pero poco podían hacer cuando él ya estaba lejos.

Además, algo deben de saber acerca de lo que está pasando. Serían estúpidos si no fuera así. Pero entonces, ¿por qué no hacen nada? ¿Es que no pueden... o más bien que no quieren? ¿Acaso saben lo que está pasando y no les importa? Me niego a creerlo.

–Darío, ¿vienes? –me pregunta Carlos con desgana. Ya sabe cuál va a ser la respuesta antes de hacer siquiera la pregunta.

–No.

–Eres un coñazo, tío.

Trago saliva, pero no dice nada más. Recoge sus cosas y, en cuestión de unos segundos, él también ha desaparecido. Mejor así. Después de todo lo que ha pasado, cuanto menos tenga que ver con él, mejor. A veces me da asco mirarlo, y lo peor es que sé que en el fondo es porque en cierto sentido me veo reflejado en él. A fin de cuentas, todo lo que odio de él es todo lo que odio de mí.

Cuando salgo al pasillo, el aula ya está casi vacía. Camino sin rumbo fijo y, una vez que he cubierto toda la planta, me dedico a explorar el resto, tratando de observarlo todo sin que parezca que busco nada en concreto. Buscándolo a él.

No entiendo cómo lo hace. Alguna vez he llegado a pensar que sale del instituto, pero sé que es imposible. No nos dejan salir durante las horas de clase, y sé que no harían una excepción con él. Siempre desaparece sin dejar rastro durante el recreo y luego vuelve a aparecer en la siguiente hora, como si fuera un fantasma. Pero ¿acaso no es eso? El fantasma de una vida pasada, una vida mejor. Una vida feliz.

Una vida en la que yo aún no lo había matado destrozado todo.

Recorro tres plantas enteras del instituto, pero no hay ni rastro de él. Cada día cambio mi recorrido, aunque nunca está adonde yo voy. Pero no puede haberse desvanecido en el aire. Tiene que estar en algún sitio, aunque todavía no haya sido capaz de encontrarlo.

Cuando suena el timbre, vuelvo al aula lo más lento que puedo. Miro por todas partes, tratando de averiguar dónde está, de ver si sale de algún sitio, pero sin resultado. Regreso al aula a regañadientes, y apenas me he sentado frente a mi pupitre cuando lo veo entrar por la puerta. Frunzo el ceño, enfadado. ¿Dónde se esconderá? ¿Y por qué coño me importa tanto lo que haga?

Supongo que es por la culpa. Quizá sea porque lo quiero. O tal vez sea porque lo odio. No. Es a mí a quien odio. Me odio por todo el daño que le he hecho. Me odio por todo lo que le he hecho pasar durante este tiempo. Me odio por no haber aprovechado la oportunidad cuando la tuve.

Me odio cada puto segundo.

De cada hora.

De cada día.

Me odio por haber tenido todo lo que quería al alcance de la mano y haberlo destrozado. Un verso baila por mi mente y, por mucho que lo intento, soy incapaz de acallarlo. «Eres lo mejor que perdí y que jamás he tenido.»

Creo que nunca había pensado nada tan cierto.

## CAPÍTULO 2

Don't get too close  
It's dark inside  
It's where my demons hide

*Demons, Imagine Dragons*

Me obligo a sonreír antes de entrar en casa.

Lo cierto es que tampoco puedo decir que me cueste demasiado a estas alturas. Llevo tanto tiempo acostumbrado a utilizar una máscara que lo realmente raro es no llevarla puesta. El verdadero problema es que la máscara está comenzando a resquebrajarse, y sé que tarde o temprano llegará el momento en que quede hecha pedazos. Y entonces será demasiado tarde.

—¡Ya estoy en casa! —grito desde la puerta, pero nadie responde. Me acerco al salón, donde la tele suena como la estampida que mató a Mufasa, y veo que mi abuela se ha quedado dormida en el sofá, con Rocky hecho un ovillo a sus pies—. ¡Abuela!

No contesta, pero Rocky abre los ojos y se pone en pie de inmediato. Corre hacia la puerta y se tumba panza arriba frente a mí, esperando su ración acostumbrada de caricias. Me agacho con una sonrisa, esta vez auténtica, y hundo la mano en su pelaje oscuro. Por suerte, aunque todo lo demás se haya

ido a la mierda, esto es algo que no va a cambiar. Aunque haya perdido a casi todas las personas que han sido importantes en mi vida, al menos seguiré teniendo a Rocky.

Mi abuela suelta un suave ronquido, así que me levanto y me acerco a ella.

–Abuela... –la llamo, pero no me oye por culpa de la tele. Me agacho para zarandearla un poco por los hombros–. ¡Abuela!

Ella abre los ojos de golpe, sobresaltada.

–¡Qué susto me has dado, hijo!

Agarro el mando de la tele y la apago.

–Cualquier día de estos te vas a quedar sorda –le digo, tratando de reprimir una sonrisa traicionera.

–Pero si ya estoy sorda perdida, cariño. Ven aquí, dame un beso.

Lo hago, y ella me envuelve con sus brazos rollizos y su aroma familiar, un olor que me transporta de inmediato a mi infancia, a una época que olía a croquetas recién hechas, cloro de la piscina y tardes de verano jugando al parchís. A una época en la que mis padres todavía estaban aquí. A una vida mejor, en la que Óscar, Fer y yo íbamos a ser amigos para siempre.

–No deberías poner la tele tan alta –la riño, intentando apartar esos pensamientos de mi cabeza. Ella me da un cachete suave en la mejilla, con dulzura. Veo un brillo de cariño en sus ojos, tan castaños como los míos, aunque rodeados de arrugas.

–Anda, anda...

–¡Lo digo en serio! Imagina que algún día te pasa algo y no puedo oírte...

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, pero no me arrepiento de haberlas pronunciado. Después de lo que les pasó a mis padres, el miedo a quedarme solo por completo me persigue cada día. Y después de lo de Óscar, ellos son lo único que me queda. Ella y Rocky. Pero mi abuela

ya está mayor, y pensar que algún día pueda sucederle algo, que algún día pueda perderla también a ella...

No. Ni siquiera puedo permitirme pensar en eso. Un recuerdo del último verano trata de abrirse paso a través de mi mente, pero hago un esfuerzo por apartarlo antes de que llegue a tomar forma.

–No te preocupes, cariño –dice con el rostro serio–. Pondré la tele más bajo, te lo prometo.

Se levanta y me da otro abrazo, tan cálido como el anterior, pero más largo. Y, una vez más, vuelvo a ser un niño, sin más preocupaciones que a qué jugar a continuación o cuál sería mi Pokémon inicial cuando saliera la próxima edición del juego. Ojalá pudiera vivir en sus brazos para siempre, pero no puedo.

–¿Qué hay para comer? –pregunto cuando nos separamos, y ella me mira con una sonrisa y un brillo divertido en los ojos.

–Adivina.

Sé lo que significa esa sonrisa: ha hecho uno de mis platos preferidos. Sonriendo yo también, olfateo el aire, tratando de averiguar de qué se trata. Huele... huele a tomate. Sí, estoy seguro de que es tomate.

–¿Macarrones?

Ella se ríe.

–Frío, frío...

Suelto una carcajada, feliz de poder tener este momento de diversión con ella, este juego que llevamos haciendo desde que era pequeño. Sigo olfateando y esta vez capto algo más, otro matiz en el delicioso aroma que proviene de la cocina: es queso, sin duda.

–¿Has hecho *pizza*? –pregunto, un tanto extrañado. Mi abuela no es precisamente muy partidaria de las *pizzas*.

–¡Ni loca! Pero te vas acercando –añade con una sonrisita–. Si lo adivinas a la próxima, te dejo repetir.

–Qué misteriosa...

Olfateo un poco más, acercándome despacio hasta la cocina, tratando de captar mejor el olor.

–¡Ni se te ocurra entrar a mirar! Si lo haces es trampa.

Suelto una carcajada.

–Que no, tranquila...

Sí, sin duda lo que huelo es tomate y queso. El olor es inconfundible. Pero, si no es ni pasta ni *pizza*... ¿qué puede ser? Sigo olisqueando el aire, y entonces percibo algo más. Un olor como a especias, aunque no sabría decir de cuáles se trata exactamente. Puede que tenga buen olfato, pero no soy Rocky.

Entonces me doy cuenta de lo que es.

–¿Lasaña?

–¿Por qué no vas a averiguarlo? –replica ella con voz misteriosa, aunque su sonrisa me dice que he acertado.

Entro en la cocina y me acerco al horno, emocionado. Miro por la ventanilla y veo que he acertado: ahí está la fuente de lasaña, con una capa de queso rallado por encima tostándose poco a poco. El aroma es penetrante a pesar del horno cerrado, y me extraña no haberlo reconocido antes. Supongo que me ha costado situarlo porque mi abuela llevaba mucho tiempo sin cocinar su plato estrella. Antes comíamos lasaña prácticamente todos los domingos después de misa, pero desde lo de mis padres... No tiene mucho sentido que se pase horas en la cocina solo para dos personas, así que por lo general únicamente la hace para mi cumpleaños y en alguna que otra fecha especial. Pero no sé qué tiene el día de hoy para que se haya animado.

–¿Cómo es que te ha dado por hacer lasaña?

–Esta noche vendrán Paquita y Paloma, las de la mercería. Así tengo la cena lista, y como sé que te encanta... pues me apetecía darte un caprichito.

La abrazo con fuerza, entusiasmado.

–Eres la mejor abuela del mundo.

–Anda, anda... no seas zalamero. Ve a lavarte las manos y pon la mesa, ¿quieres? A esto le quedan solo cinco minutos.

Me apresuro a obedecer, deseoso de empezar a comer, así que corro por el pasillo hasta mi habitación. Rocky me sigue, juguetón, pero le lanzo una de las galletitas con forma de hueso del paquete que hay en un estante y enseguida sale disparado en su búsqueda. Es increíble la energía que tiene para su edad. Una vez en mi cuarto, echo un vistazo hacia la esquina más alejada, donde mi guitarra reposa contra la pared. La funda está llena de polvo, y siento una punzada en el corazón al recordar el verso de antes. «Eres lo mejor que perdí y que jamás he tenido.»

Los dedos me pican por las ganas de tocar algo, de darle forma a ese verso, pero los ignoro a pesar de que casi me arden. Después de todo, llevo meses siendo incapaz de componer música, así que no sabría siquiera por dónde empezar. Antes, la música era para mí algo tan natural como respirar, y la guitarra era como una extensión de mi brazo. Ahora, es como si me hubieran amputado el brazo entero.

En menos de tres minutos ya he dejado la mochila sobre la cama, me he lavado las manos y he puesto la mesa. Me siento en mi sitio con las tripas sonando justo cuando mi abuela saca la fuente de lasaña del horno. Inspiro y la boca se me hace agua: el aroma es aún más intenso ahora que ha abierto la puerta.

–Ya podrías darte tanta prisa cuando hay ensalada –me regaña, aunque está claro que se siente complacida por mi entusiasmo.

Aguardo expectante mientras sirve la lasaña, y después espero con paciencia a que se siente antes de atacar mi plato. En cuanto lo hace, parto el trozo más grande que soy capaz de meterme en la boca y me lo trago sin apenas masticarlo. Me quemo la lengua, el paladar y la garganta, y enseguida se me llenan los ojos de lágrimas que me resbalan por la cara. Me bebo medio vaso de agua de un solo trago para calmar el dolor mientras mi abuela me observa fijamente con una mirada reprobadora.

–Te lo tienes merecido –comenta, cortando con lentitud un trozo de su lasaña–. Eso te pasa por glotón.

–Lo siento –me disculpo, avergonzado, y corto un trozo mucho más pequeño que el anterior. Soplo con cuidado antes de meterme el tenedor en la boca y entonces saboreo la lasaña y suelto un suspiro de satisfacción–. Está buenísima.

–Me alegra que te guste. ¿Puedes poner la tele? Ya va a empezar la novela...

–Voy.

Me acerco a la tele anticuada y pequeña que hay en un lado de la encimera, y tras encenderla vuelvo a la mesa sin molestarme siquiera en comprobar el canal: esa tele existe única y exclusivamente para que mi abuela vea su telenovela. Me siento de nuevo y me concentro en mi lasaña, lamentando no tener dos estómagos para poder comer el doble.

–Esas son las películas que tanto te gustan, ¿no? –me pregunta señalando la tele con el tenedor. Veo que están poniendo un tráiler, así que asiento con la cabeza–. ¿Irás a verla? Acaban de decir que ya está en el cine.

Me encojo de hombros.

–No lo sé.

–Podrías ir con Óscar y Fernando, ¿no?



Vuelvo a encogerme de hombros, notando una punzada de dolor que me quita todo el apetito de golpe.

–Supongo.

Mi abuela me lanza una mirada de suspicacia.

–Hace mucho que no vienen por aquí ni sales con ellos. –Hace una pausa y me observa con atención–. ¿Es que os habéis peleado?

No sé si habrá un récord de encogerse de hombros, pero estoy seguro de que tengo que estar batiéndolo en estos momentos.

–Más o menos.

–Ay, las peleas de juventud... –Suelta un suspiro–. Pero seguro que lo arreglaréis pronto, ¿a que sí?

–No lo sé –respondo, aunque en realidad sé que es imposible.

–Uy, ¿y eso, cariño? No puede ser tan grave, ¿no?

El récord es mío, sin duda alguna.

–Más o menos.

–¿Qué pasa? ¿Es que os habéis peleado por una chica? –pregunta, bajando la voz en tono de confidencia–. Porque si es eso, puedes contármelo.

–Abuela, por favor...

–Anda, anda, no seas tonto, que yo también fui joven. Es por alguna muchacha, ¿a que sí? ¿Una compañera de clase, quizá?

Trago saliva antes de contestar y noto que la sangre ha empezado a agolparse en mis mejillas. Por favor, que no se fije en mi cara. Por favor, por favor, por favor, que no se fije en mi cara.

–No. No es por ninguna chica.

–Bueno, sea lo que sea... seguro que lo solucionaréis –dice ella, con un optimismo que no sentiría si conociera la situación–. Sois amigos desde que erais críos, así que no creo que sea tan grave como para que dure mucho la pelea.

–Supongo.

Digo lo que sé que quiere oír, pero en realidad no lo creo. Ojalá fuera por una chica. Ojalá fuera tan sencillo. Ojalá fuera fácil arreglar todo lo que he destrozado hecho. Pero no lo es. En realidad, no creo que haya arreglo posible.

# CAPÍTULO 3

‘Cause I’ve done some things that I can’t speak  
And I’ve tried to wash you away but you just won’t leave

*Haunting, Halsey*

Tengo el estómago revuelto, pero no estoy seguro de si es por la culpa que siento o por toda la lasaña que he comido.

–Acuérdate de sacar a Roque antes de ponerte a hacer los deberes –dice mi abuela desde el fregadero. No me molesto en corregirla: para ella, Rocky siempre será Roque, y no hay nada que hacer–. Como vuelva a hacerse pis en el salón, lo friegas tú.

–Tranquila, ahora voy.

Camino con pies perezosos hasta la puerta de entrada y descuelgo la correa del perchero, haciendo el máximo ruido posible. Rocky viene corriendo en cuanto lo oye y derrapa los últimos dos o tres metros antes de llegar a la puerta, donde se detiene al darse un golpe en el hocico. Suelta un gimoteo lastimero.

–Mira que eres tonto.

Pero no parece que el choque le haya afectado lo más mínimo, gimoteos aparte. Comienza a saltar a mi alrededor, entusiasmado, y después se eleva

sobre las patas traseras mientras apoya las delanteras sobre mi pecho para que le ponga la correa. Apenas tarda un minuto en hacer pis una vez que hemos salido; el pobre debía de estar a punto de explotar. Doy gracias internamente porque haya sido capaz de aguantarse.

Sin embargo, cuando termina no me apetece volver todavía a casa. Necesito pasear un poco por ahí, despejarme, tratar de olvidar esta culpa que siento, aunque en el fondo sé que es tarea imposible. Además, tengo el estómago a reventar, así que me vendrá bien caminar un rato para bajar la comida.

Los echo de menos. Los echo demasiado de menos. Han estado a mi lado desde que tengo uso de razón, y ahora... ahora ya no están. Y nunca volverán a estar. Nunca volveremos a pasear juntos a Rocky, ni a hacer los deberes juntos. Nunca volveremos a pasar las tardes en casa de Fer. Nunca volveremos a hartarnos de *pizza* y golosinas hasta que nos duela la barriga. Nunca volveremos a pasarnos la noche hablando por el grupo de WhatsApp.

Y todo por mi culpa.

No sé cómo ha ocurrido, pero cuando quiero darme cuenta hemos llegado hasta el edificio de Óscar. Levanto la mirada hasta su ventana y no puedo evitar sonreír al recordar todas las veces que lo he visto asomado por ella esperando a que llegara, todas las veces que yo mismo me he asomado estando en su habitación para hacer tiempo mientras él iba al baño o a buscar algo de comer a la cocina. Pero sé que probablemente nunca más volveré a verlo a través de esa ventana. Nunca más volveré a asomarme por ella.

Y entonces, como si Óscar hubiera estado leyéndome la mente, la luz de su habitación se enciende. Las cortinas están echadas, así que las miro, expectante. Quizá se acerque a ellas para abrirlas. Quizá le dé por mirar fuera y me vea. O tal vez podría mandarle un mensaje para que se asome. O, mejor aún, para que baje. Tal vez podríamos hablar de todo lo que ha pasado, podría

pedirle perdón por existir cómo me he portado con él. Tal vez podríamos arreglarlo todo.

Pero soy un cobarde, así que no hago nada.

En lugar de ello, me limito a observar el cristal, sabiendo que no servirá de nada. No va a asomarse; hace demasiado frío ahora que el invierno está ya casi encima y yo mismo estoy comenzando a congelarme. Tampoco va a abrir las cortinas. El sol de finales de noviembre es demasiado débil como para que pueda leer, y seguro que por eso ha encendido la luz; siempre se tumba en la cama a leer después de comer. Pero entonces, para mi sorpresa, la luz se apaga.

Aguardo durante unos minutos, esperando a que la ventana vuelva a iluminarse, pero eso no ocurre. Frunzo el ceño, sorprendido. Óscar casi nunca varía su rutina diaria. Desde que tengo uso de razón, después de comer siempre se dedica a leer. Incluso cuando hemos estado juntos o con Fer, siempre lee al menos un capítulo; para él es una especie de ritual sagrado que nunca está dispuesto a romper.

Me pregunto qué estará haciendo. Tal vez haya ido a ver la tele, pero sé que eso es improbable, al menos, estando su padre en casa. Quizás esté hablando con su madre, pero por alguna razón no acabo de creerlo. Puede que su padre se haya enterado de lo que ha pasado en el instituto y esté dándole una paliza en estos momentos. Tratándose de él, la verdad es que no me extrañaría. Se me revuelve el estómago solo de pensar en la posibilidad de que esté pasándole algo ahora mismo.

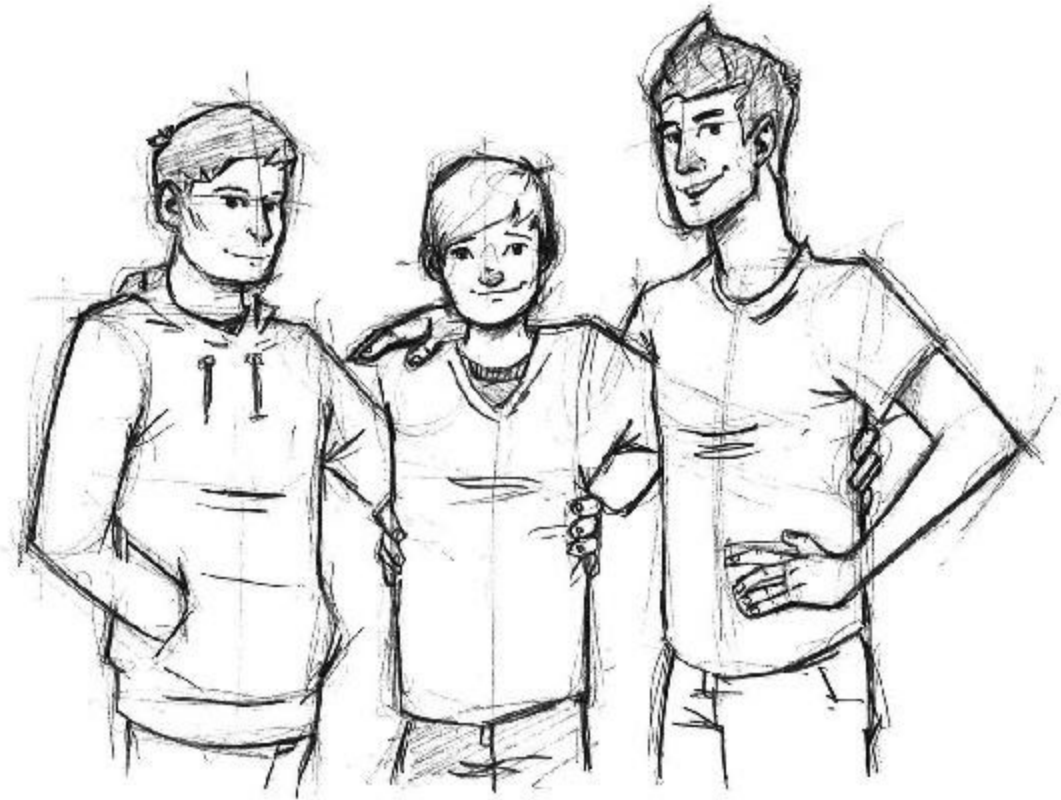
Por lo que sé, podría estar abriéndose las venas en la bañera. Pero él nunca haría algo así, ¿verdad? Las náuseas me impiden seguir aquí un segundo más, así que doy media vuelta para marcharme. Durante el camino me encuentro con un par de vecinos que me miran con extrañeza al ver mi expresión, pero

no dicen nada. Antes de entrar en casa me esfuerzo por recuperar mi máscara, esa que me acompaña en casi todo momento.

Por suerte, mi abuela sigue en la cocina con la mirada clavada en la telenovela que tiene a todo volumen. Puedo quitarme la máscara, aunque sea durante un rato. Pero tan solo un rato: no puedo permitir que vea lo que hay debajo. Soy su única familia, y tras perder a mi padre yo me he convertido en lo más parecido que tiene a un hijo, mucho más que un nieto. No podría soportar ver su mirada de decepción si se enterara de lo que soy. No podría mirarla mientras su corazón se rompe al darse cuenta de que a mí también me ha perdido. Y lo peor es que mi propio corazón es el que está roto, teniendo que vivir en una mentira para no perderla. Ojalá pudiera morirme cambiar lo que soy. Ojalá pudiera ser diferente para no decepcionar a la única persona que sigue queriéndome. Pero no puedo, y lo peor es que ya he perdido demasiado por intentarlo.

Una vez que estoy en mi habitación, cierro la puerta y echo el pestillo. Vuelvo a mirar la guitarra, pero entonces abro el tercer cajón de mi escritorio, que está repleto de papeles, y rebusco entre ellos. El corazón me da un vuelco al pensar que lo he perdido, pero entonces encuentro el dibujo. Se ha arrugado un poco por el paso del tiempo, pero sigue estando en buen estado.

Los trazos de Óscar son algo inseguros, pero delicados. Lo observo primero a él y no puedo evitar sonreír. Nunca se ha retratado fiel a la realidad. Siempre se ha sentido poca cosa, y eso queda claro en sus dibujos. Siempre se representa más delgado de lo que es realmente, menos guapo, como si dibujarse no fuera más que un mal necesario. Como si quisiera dedicarse a sí mismo el menor tiempo posible. A Fer, en cambio, lo dibuja exactamente como es. Fuerte, guapo, de facciones bien proporcionadas. Consigue captar a la perfección ese brillo amable en sus ojos, a pesar de que la ilustración está hecha a lápiz.



En cuanto a mí, siempre me dibuja mejor de lo que soy realmente. Al igual que a sí mismo se infravalora, a mí me sobrevalora... o tal vez simplemente me dibuja como le gustaría que fuera, no sé. El de la imagen soy yo, eso está claro... pero al mismo tiempo no lo soy. En el dibujo soy más guapo. Más musculoso. La sonrisa es mucho más bonita. Los ojos... los ojos no me transmiten lo mismo que cuando me miro al espejo. En la ilustración parecen desprender pureza. Cariño. En cambio, cuando me miro al espejo mis ojos me muestran algo muy distinto. Me transmiten odio. Culpa. Asco. Asco por lo que soy, por lo que he hecho y por todo lo que no puedo cambiar.

Guardo el dibujo, incapaz de seguir mirándolo más tiempo. En más de una ocasión me he planteado la posibilidad de romperlo en pedazos y tirarlo a la basura, de quemarlo incluso, pero sé que no sería capaz de hacerlo. Puede

que sea demasiado idílico, que no represente realmente la realidad...pero es lo único que me queda de ellos. Lo único que tengo para aferrarme a un pasado que ya no existe, a una amistad que perdí por mi culpa. Vuelvo a oír versos en mi cabeza. «Eres los restos de un sueño perdido. Eres lo mejor que perdí y que jamás he tenido.»

Tengo las mejillas llenas de lágrimas, así que me las froto con la manga para secarlas. Observo la manga empapada y me doy cuenta de que estoy temblando. No comprendo por qué hasta que entiendo que es por el llanto.

Cuando por fin consigo parar, suelto un suspiro y me pongo en pie para ir al cuarto de baño a lavarme la cara, con cuidado de no toparme con mi abuela por el camino. El agua fría me escuece en los ojos hinchados, pero logra relajarme un poco. Observo el agua mientras desaparece por el desagüe, llevándose con ella los restos de mis lágrimas. Ojalá todo desapareciera con la misma facilidad.

Me seco la cara con la toalla y entonces un destello capta mi atención. Se trata de mi maquinilla de afeitar, que se ha mojado y refleja la luz del techo. La tomo con cuidado, y entonces una idea tentadora se me pasa por la cabeza.

Sí. Podría acabar con todo fácilmente, ¿verdad?

Acerco la maquinilla a mis ojos y observo la cuchilla. Está bien afilada. Apenas he tenido ocasión de usarla, así que no está desgastada. Probablemente el corte sería limpio, siempre que lo hiciera en el lugar adecuado. Podría terminar con todo ahora mismo, pagar por lo que he hecho. Pagar por el infierno que Óscar tiene que soportar día a día por mi culpa, todo por culpa de mi cobardía.

Acerco la maquinilla a mi muñeca, inseguro de dónde cortar. ¿Por qué las películas y la tele no son más explícitas con esto? Podría acabar haciendo una carnicería intentando conseguir mi objetivo. Aun así, sé que merecerá la pena. Pego la hoja de la cuchilla a la muñeca, al lugar donde noto claramente



una vena latiendo. Presiono un poco y trago saliva para tratar de armarme del valor necesario para hacerlo, para acabar por fin con todo.

Pero no. No soy capaz de hacerlo. Después de todo, si hay algo de lo que estoy seguro es de que soy un cobarde.

O tal vez no sea eso. Tal vez sea solo que en el fondo sé que esa no es la solución.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Estoy solo. Sí. Completamente solo. Estoy en el fondo de un pozo infinito, donde nada puede alcanzarme. Donde nada puede ya salvarme.

Mi propia respiración resulta estruendosa en mis oídos. Los latidos de mi corazón son ensordecedores. Y entonces oigo algo más. Otra respiración, aunque mucho más lejana. Es un corazón que no es el mío, aunque sus latidos suenan mucho más irregulares. Perezosos. Lentos.

Como si estuvieran apagándose.

Veo un resplandor a lo lejos. No. No es un resplandor. Son dos, y se acercan poco a poco hacia mí. Me doy cuenta de que es de allí de donde provienen la respiración y los latidos, y comprendo que se trata del brillo de unos ojos.

El pánico me atenaza el estómago con una garra helada, y el corazón comienza a palpitarme cada vez con más fuerza. No sé qué hacer. No tengo adónde huir en medio de esta oscuridad. Esos ojos se acercan cada vez más, furiosos e implacables, y sé que vienen a por mí.

No veo a quién pertenecen, pero lo sé de todos modos. Son los ojos de una bestia, y en ellos veo que está dispuesta a destrozarme. A despedazarme. A hacerme pagar por lo que he hecho.

El corazón me late cada vez más fuerte, y con este silencio sé que podrá oírlo perfectamente. No tengo dónde esconderme en esta oscuridad.

Y cuando por fin está delante, veo que no es una bestia. No es ninguna clase de monstruo salido del infierno para hacerme pagar por mis pecados. No.

Es Óscar.

Por algún motivo, puedo verlo a la perfección a pesar de la oscuridad que nos envuelve. Sus ojos están furiosos, pero no es eso lo único que veo en ellos. También veo dolor. Decepción. Son los ojos de un animal moribundo dispuesto a hacer pedazos a su cazador.

–Me has matado, Darío –dice con voz ronca. Una voz que no es la de Óscar y al mismo tiempo es claramente la suya.

–¿Qué...? ¿Qué quieres decir? –logro preguntar, aunque apenas oigo mi propia voz por encima de mis latidos, que retumban con fuerza en mis oídos.

–Tú me has hecho esto.

Extiende ambos brazos hacia mí y entonces la piel se le abre por todas partes, en un sinfín de cortes que la recorren como telarañas. Comienza a manar sangre de ella, a borbotones, más sangre de la que nadie sería capaz de perder y seguir en pie. Me aparto unos pasos, sobresaltado.

–Óscar...

–Esto es por tu culpa –me interrumpe–. Todo esto es culpa tuya.

–Óscar, yo...

–¡Es culpa tuya!

La sangre fluye por sus brazos, espesa y abundante, y cae al suelo formando un charco oscuro. Tiene la camiseta húmeda, y también los pantalones, y veo que sus brazos no son lo único que sangra. Su pecho también lo hace. Sus piernas. Su cuello. Un largo tajo le recorre la cara desde la comisura de los labios hasta la sien, desfigurándolo por completo.

–Lo siento... –susurro entre sollozos, observándolo horrorizado–. De verdad, Óscar... lo siento mucho.

–¡Es culpa tuya! –grita él, furioso, y se acerca a mí. Decidido. Feroz. Sangrando cada vez más.

–Óscar, lo siento...

Pero entonces me doy cuenta de algo y mi voz muere en mi garganta.

Lo que sale de su cuerpo no es sangre corriente.

No.

–Es culpa tuya...

Puede que sea una ilusión óptica, pero estoy seguro de que no es así. Puedo ver su cuerpo con claridad a pesar de la oscuridad, al igual que veo el mío. Por alguna razón, la oscuridad que nos rodea no altera los colores.

Pero su sangre es negra. Negra como el alquitrán. Negra como la noche. Negra como mi corazón, como la esencia de mi alma.

Negra como la muerte.

Rompo a gritar.

# CAPÍTULO 4

After the way you've touched me  
I'm not asleep  
But I'm not awake  
After the way you loved me

*Sleepwalker*, Adam Lambert

Despierto sobresaltado, con el corazón palpitando con fuerza en el pecho. Suelto un suspiro de alivio al darme cuenta de que tan solo era un sueño. Sigo a oscuras, pero mis ojos no tardan en acostumbrarse a la tenue penumbra. Veo el resplandor del despertador y una débil luz que entra por las rendijas de la persiana. Sí. Esa oscuridad penetrante y terrible era solo una pesadilla.

Estoy completamente empapado de sudor, frío y caliente al mismo tiempo, y el pijama se me pega de forma desagradable al cuerpo. Siento la garganta áspera, así que estoy seguro de que he estado gritando en sueños. Doy gracias a que la sordera de mi abuela le haya impedido oírme, porque de lo contrario le habría dado un susto de muerte.

Salgo de la cama, haciendo una mueca de asco al darme cuenta de que las sábanas también están empapadas. Demasiado empapadas. Me quito la parte superior del pijama y la tiro al suelo, hecha una bola húmeda. Después me

quito el pantalón... y entonces reparo en ello. También tengo los calzoncillos mojados. Demasiado mojados. Y no solo de sudor.

No.

No puede ser.

Pero advierto horrorizado que ha pasado.

Hacía mucho tiempo que no mojaba la cama. Cuando mis padres murieron... Bueno, entonces lo hacía prácticamente cada noche, hasta el punto de tener que dormir con pañales durante una buena temporada. Pero desde entonces no había vuelto a sucederme, a excepción de esa vez, hace ya meses. Pero no había vuelto a ocurrirme hasta ahora.

Tomo el montón de ropa húmeda y voy al cuarto de baño, tiritando de frío, para encender el radiador. Después me dirijo hacia el pequeño lavadero que hay junto a la cocina. Meto el pijama en la lavadora y después me quito los calzoncillos y los meto también. Oigo los ronquidos de mi abuela por el pasillo, así que sé que no corro peligro de que me pille. Temblando, vuelvo a mi habitación y quito las sábanas de la cama. Por suerte, la funda del colchón ha impedido que este también se moje. La quito también y lo llevo todo hasta la lavadora. Tardo unos minutos en averiguar cómo ponerla en marcha y dónde echar el detergente, pero finalmente lo consigo. Doy gracias una vez más por la sordera de mi abuela, que le impedirá oír el estruendo del centrifugado.

Aterido de frío, me dirijo hacia el cuarto de baño, que por suerte ya está empezando a caldearse. Me meto en la ducha, tiritando, y me abrazo los costados mientras espero a que salga el agua caliente. Me siento sucio, y no es solo por haberme orinado encima. Me siento sucio por la vergüenza, por la culpa. Me siento sucio por lo que he soñado, tan cierto a pesar de lo retorcido de la pesadilla.

El agua me calienta el cuerpo, pero no el corazón. Aunque me quema la piel, no es capaz de derretir el hielo de mis venas. Se lleva la suciedad que siento por fuera, pero no la que tengo dentro y mancha cada milímetro de mi ser.

Una vez duchado, me pongo el albornoz y salgo al pasillo, estremeciéndome por el contraste de temperatura. Ya en mi habitación, saco un pijama limpio del armario y me lo pongo. A continuación, busco unas sábanas, hago la cama y me meto dentro. Miro el despertador de mi mesita de noche: las cuatro y treinta y cuatro del 1 de diciembre. Menuda forma de empezar el mes. Cambio la hora de la alarma y la pongo media hora antes de lo habitual, para poder tender la ropa antes de que se levante mi abuela. Si enciendo la calefacción del lavadero, la ropa no debería tardar demasiado en secarse. Creo recordar que mi abuela puso una lavadora hace un par de días, así que con suerte no entrará allí hasta que yo llegue del instituto.

Me tapo bien, me abrazo a la almohada y espero que el sueño no tarde demasiado en llegar. A ser posible, sin más pesadillas.

\* \* \*

El día transcurre como envuelto en una nube extraña, casi como si el propio tiempo se sintiera confuso. Cuando quiero darme cuenta, las clases han terminado y estoy entrando en mi casa, preparando la máscara de siempre, y Rocky se acerca corriendo y se tumba boca arriba para que le rasque la tripa. Oigo a mi abuela haciendo ruido en la cocina, de modo que no puedo entrar en el lavadero. Aun así, voy hacia allí para que sepa que ya estoy en casa.

–Hola, cariño –me saluda cuando entro, mirándome fijamente. Me dirige una sonrisa, pero hay algo en ella que parece forzado. O eso, o es que me estoy volviendo paranoico—. ¿Cómo estás?

Me encojo de hombros.

–Bien, supongo.

Sigue mirándome durante unos instantes.

–Venga, ve a dejar la mochila a tu cuarto y a lavarte las manos. La comida estará en un cuarto de hora.

Cuando llego a mi habitación, veo que las sábanas recién lavadas están dobladas encima de la cama. Se me llenan los ojos de lágrimas al ver que incluso ha planchado el pijama. Sabe lo que ha pasado. Por supuesto que lo sabe. ¿Cómo no iba a saberlo después de ver la ropa tendida? Y aun así no me ha preguntado nada. Está esperando a que yo se lo cuente, pero no soy capaz de hacerlo. Es demasiado vergonzoso, así que lo añado a la lista de vergüenzas que ocultar... una lista que cada vez es más larga.

Todavía faltan unos minutos para comer, así que voy hasta la guitarra y la saco de su funda polvorienta. Me siento en el puf y toco unos acordes que suenan algo desafinados después de tanto tiempo. Recuerdo la cara de Óscar en el instituto, recuerdo la pesadilla, y trato de poner en palabras esas imágenes.

–Eres los restos de un sueño perdido que temo al quedarme dormido... – comienzo a cantar, buscando una melodía que se me resiste—. Eres lo mejor que perdí y que jamás he tenido...

Pero las cuerdas no suenan bien, y mi voz parece más bien un graznido después de tanto tiempo sin utilizarla de este modo. Frustrado, vuelvo a guardar la guitarra y salgo de la habitación.

\* \* \*

Después de comer y pasear un buen rato con Rocky para tratar de despejarme, enciendo el ordenador y aguardo con paciencia a que se cargue mi escritorio. A continuación, entro en Facebook y tecleo el nombre completo de Óscar, pero su perfil sigue desactivado. Después de todos los

insultos que recibió cuando le jodí la vida, no me extraña. Con un suspiro, tecleo de memoria su nombre de usuario en Twitter. LostBoy\_99. Sé que probablemente borraría también esa cuenta si supiera que la conozco, pero por suerte no es así. Y me alegra que no lo sepa, porque es casi el único contacto que tengo con él, por llamarlo de alguna manera. Es la única forma que tengo de saber lo que pasa por su cabeza. Echo un vistazo a su último tuit.

Lost Boy @LostBoy\_99 · hace 9 minutos

La vida es una mierda.

Y que lo digas, Óscar. Y que lo digas.

Hago clic en el enlace que lleva a su blog. *El fuego en el que ardo*. Un título que en otras circunstancias podría haberme parecido algo exagerado, pero tal como están las cosas no podría ser más elocuente. Sin embargo, no hay ninguna entrada nueva desde hace más de un mes. «Ser gay es una mierda.» Una vez más, Óscar tiene toda la razón. Aun así, no sé si eso es lo que soy realmente. ¿Soy... soy gay? Casi me da asco el simple hecho de pensar en esa palabra.

Sea como sea, es una mierda, eso seguro.

Lo malo es que, aunque ambos tengamos una opinión tan parecida, hay una diferencia fundamental entre los dos: si él vive en un infierno, es únicamente por mi culpa.



# CAPÍTULO 5

Just grab my hand and don't ever drop it  
My love  
They are the hunters, we are the foxes  
And we run

*I Know Places, Taylor Swift*

–Darío –dice una voz de chica detrás de mí.

Al volverme veo que se trata de Marta y frunzo un poco el ceño, extrañado. Nunca hablamos fuera de clase, a excepción de ese día del verano pasado.

–¿Sí?

–Buscas a Óscar, ¿verdad? –pregunta sin rodeos.

Trago saliva. ¿Cómo demonios lo sabe?

–Sí.

–Creo que está allí.

Señala el otro extremo de la planta, hacia el pasillo donde se encuentran los lavabos, y entonces veo que hay dos o tres personas yendo hacia ellos. Están lejos, pero por la ropa estoy casi seguro de que uno de ellos es Carlos.

–¿En serio?

–Lo he visto yo misma.

Mierda...

–Gracias.

Y sin más, doy media vuelta y me dirijo hacia los lavabos. Cuando ya estoy en el pasillo, oigo lo que parecen unos gritos que proceden del interior del baño de los chicos. Cuando llego a la puerta me quedo paralizado, sin saber qué hacer. ¿Debería ir a buscar a algún profesor? Tal vez podría acabar con todo esto ahora mismo...

–Tío, ¡ten cuidado!

Es la voz de Aitor, estoy casi seguro. Añade algo más, pero no logro distinguir las palabras. A continuación, oigo lo que parecen golpes, y después algo que solo podría describir como un forcejeo. La puerta se abre de golpe y del interior salen Aitor y Jorge, arrastrando a Carlos con ellos.

–Dejadme, joder –dice él entre dientes, furioso. Veo que tiene la cara roja–. Voy a cargarme a ese maricón...

«Ese maricón.»

–¿Qué has hecho? –pregunto, a sabiendas de que con esas palabras solo puede referirse a Óscar, por si no lo tuviera ya lo bastante claro.

Me mira fijamente, sorprendido de verme.

–¿Qué coño quieres tú ahora?

Aprieto los dientes.

–Que qué haces aquí –insisto.

–¿A ti qué cojones te importa lo que haga?

Pero tiene la cara enrojecida y sudorosa, y la ropa arrugada. Entre eso y los gritos, no necesito más para saber lo que estaba haciendo.

–Le estabais pegando –afirmo. No es una pregunta. Carlos mira a nuestro alrededor, probablemente para ver si hay algún profesor cerca, pero no tengo esa suerte. Parece asustado.

–Como te chives...

Deja la frase inconclusa, pero la amenaza es evidente en su tono. Sin decir nada más, se zafa de Aitor y Jorge y se marcha con gesto airado por el pasillo, a grandes zancadas. Ellos lo siguen poco después, aunque Jorge me lanza una mirada extraña. Si no supiera cómo son realmente, casi creería que se trata de una mirada de disculpa.

Nota cómo me hierve la sangre en las venas al pensar en lo que han hecho. Me planteo salir corriendo detrás de ellos, pero me quedo donde estoy. Una parte de mí me dice que es porque quiero ver cómo está Óscar, comprobar el daño que le han hecho. Ayudarlo si puedo. La otra, sin embargo, me susurra que es simplemente porque soy un cobarde.

Abro la puerta del lavabo y entro.

No hay nadie a la vista, pero una de las puertas está cerrada. De ella salen sollozos entrecortados, y sé que está ahí. Armándome de valor, trago saliva y doy un par de golpes a la puerta. Aguardo durante unos instantes y vuelvo a probar, pero nadie contesta. Sin embargo, oigo claramente que está llorando. Tengo que hablarle. Puede que esta sea la oportunidad de arreglarlo todo, la oportunidad de ayudarlo aunque lo matara no lo hiciera cuando más lo necesitaba.

–¿Óscar? ¿Estás bien, Óscar?

Sigue sin contestar.

Echo un vistazo hacia la entrada para asegurarme de que no viene nadie y después me agacho con cuidado y miro por el hueco de debajo de la puerta. Lo veo sentado en el suelo, y todo el cuerpo le tiembla con violencia. Su iPod se encuentra en el suelo, y comprendo que lo más probable es que esté escuchando música. Presto atención y me doy cuenta de que puedo oír la música a pesar de los sollozos. Debe de tener el volumen al máximo.

*Just grab my hand and don't ever drop it*

*My love*

*They are the hunters, we are the foxes*

*And we run*

Durante unos segundos me planteo la posibilidad de llamar con más fuerza, de tratar de hablar con él, pero enseguida la descarto y mi decisión de hace unos segundos desaparece por completo. Sé que no serviría de nada. ¿Qué puedo decirle? Sin embargo, tampoco puedo irme. Necesito asegurarme de que está bien, así que me meto en el cubículo de al lado y cierro la puerta. Tras unos segundos, oigo que se pone en pie y sale por la puerta. Entonces se detiene. Procurando no hacer ruido, miro por el ojo de la cerradura y veo que se está mirando en el espejo. Tiene un ojo morado y la cara llena de lágrimas. Es horrible verlo así y saber que no puedo hacer nada para ayudarlo.

Y es más horrible todavía pensar que si está así es precisamente por mi culpa.

\* \* \*

El móvil vibra en mi bolsillo, y al sacarlo frunzo el ceño, extrañado al ver que se trata de un mensaje de Fer.

Ey.

Hola.

Eres 1 gilipollas

Menuda novedad.

Se puede saber q he hecho ahora?

Le han pegado 1 paliza a Oscar

Ya lo sé.

Q ya lo sabes???

Y te la suda, verdad??

No he dicho q me la sude.

He dicho q ya lo sé.

Mira, paso.

Eres gilipollas.

Pues nada.

Aunque intento evitarlo, se me llenan los ojos de lágrimas. A pesar de todo lo que ha pasado, sigo considerando a Fer mi mejor amigo, por mucho que no sea recíproco. Sé que ya no puedo contar con él para nada, no después de lo que le he hecho a Óscar, pero sigo queriéndolo. Sigo queriéndolos a los dos.

«Eres lo mejor que perdí y que jamás he tenido.»

–¡Darío! ¡A cenar!

La voz de mi abuela me saca de mis pensamientos. Suelto un suspiro, tiro el móvil sobre la cama y me seco las lágrimas. Me miro en el espejo del cuarto de baño antes de ir a la cocina, pero por suerte no tengo aspecto de haber llorado. Mejor así; no necesito preocupar más a mi abuela. No me ha preguntado nada acerca de las sábanas y yo tampoco he sacado el tema, pero sé que está preocupada.

–¿Qué hay de cena? –pregunto al entrar. Ella me mira con una sonrisa.

–Todavía queda un poco de lasaña. ¿Te apetece?

En realidad, pensar en comer después de lo de Óscar me revuelve el estómago. Pero mi abuela parece ilusionada y se nota que está segura de haberme dado una sorpresa, así que me obligo a sonreír.

–¡Claro! –aseguro con voz forzada–. Me muero de hambre.

Apenas un minuto después me arrepiento de mis palabras, porque el plato que mete en el microondas está lleno hasta arriba.

–Eso no será todo para mí, ¿verdad?

–Pues claro que sí.

–Abuela... ¡no puedo comerme todo eso! –protesto.

Ella me mira frunciendo el ceño.

–No digas tonterías –me reprende con cariño–. Tienes dieciséis años, Darío. Estás en edad de crecimiento. Además, ayer comiste más que esto cuando repetiste.

Suelto un suspiro de resignación y me siento a la mesa. Me dedico a partir la lasaña en trozos pequeños mientras mi abuela calienta su plato, y en cuanto se sienta comienzo a comer sin apetito, deseoso de acabar cuanto antes. La lasaña está deliciosa, a pesar de estar recalentada, pero cada bocado es como si alguien me diera un puñetazo en el estómago, como si me pegaran una patada en las tripas. Y por supuesto, me lo merezco todo.

Cuando termino, tengo ganas de vomitar. Me doy cuenta de que está comenzando a convertirse en una sensación bastante frecuente en mi vida. Decido salir a pasear con Rocky para bajar un poco la comida. Normalmente lo hago más tarde, pero no quiero quedarme ni un minuto más en casa. Lo más probable es que me echara a llorar, y no quiero que mi abuela me vea así, no después de lo de las sábanas. Así que le pongo la correa a Rocky, salgo y echo a correr con él.

Y sigo corriendo.

Corro sin parar. Hasta que el dolor de estómago es demasiado fuerte. Hasta que unas dolorosas punzadas me atraviesan las costillas, como cuchilladas. Hasta que no tengo más remedio que detenerme. Hasta que el amargo sabor de la bilis me llena la boca, provocándome arcadas. Hasta que doblo las piernas, abro la boca y dejo que salga todo.

Vergüenza. Odio. Asco. Culpa. Las lágrimas que corren por mi rostro. La orina que empapaba mi cama al despertar. La sangre de Óscar en el sueño, negra como la muerte.

Lo vomito todo.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Estoy solo. Sí. Completamente solo. Estoy en el fondo de un pozo infinito, donde nada puede alcanzarme. Donde nada puede ya salvarme.

No.

Otra vez no, por favor.

Otra vez no.

Mi propia respiración resulta estruendosa en mis oídos. El latido de mi corazón es ensordecedor. Y entonces, oigo algo más. Otra respiración, aunque mucho más lejana. Los latidos de un corazón que no es el mío, aunque hay algo diferente en ellos. No suenan débiles. No suenan irregulares.

Late al mismo ritmo que el mío.

Veo un brillo a lo lejos. No. No es un brillo. Son dos, y se acercan poco a poco hacia mí. Sé lo que son: se trata del destello de unos ojos.

El pánico me atenaza el estómago con una garra helada, y el corazón comienza a palpitarme cada vez con más fuerza. No sé qué hacer. No tengo adónde huir en medio de esta oscuridad. Esos ojos se acercan cada vez más, furiosos e implacables, y sé que vienen a por mí.

No veo a quién pertenecen, pero lo sé de todos modos. Son los ojos de Óscar, y en ellos veo que está dispuesto a destrozarme. A despedazarme. A hacerme pagar por lo que he hecho. Y lo peor es que sé que me lo merezco.

El corazón me late cada vez más fuerte, y sé que podrá oírlo sin problema. No tengo dónde esconderme en esta oscuridad.

Y cuando por fin lo tengo delante, veo que no es Óscar. Tampoco es una bestia. No es ninguna clase de monstruo salido del infierno para hacerme pagar por mis pecados.

No.

Es algo peor, mucho peor que todo eso.

Soy yo.



Por alguna razón, puedo verme perfectamente a pesar de la oscuridad que nos envuelve. Sus/mis ojos están furiosos, pero no es eso lo único que veo en ellos. También veo dolor. Vergüenza. Culpa. Son los ojos del cazador que se da cuenta de que ha disparado por error a su perro de caza. Son los ojos de alguien que tiene sangre inocente en las manos.

Mis propios ojos.

–Lo has matado, Darío –dice con voz ronca. Una voz que no parece la mía, aunque sé que lo es.

–¿Qué...? ¿Qué quieres decir? –logro preguntar, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

–Tú le has hecho esto.

Extiende ambos brazos hacia mí, y entonces la piel se le abre por todas partes, en un sinfín de cortes que la recorren como telarañas.

No.

No es su piel.

Es la mía.

Miro hacia abajo, y entonces lo veo. Mi cuerpo está destrozado. Veo más heridas que piel, y de ellas comienza a manar sangre a borbotones, más sangre de la que nadie sería capaz de perder y seguir en pie. Pero sigo en pie.

–Esto es por tu culpa –dice mi otro yo–. Todo esto es culpa tuya.

–Lo si...

–¡Es culpa tuya!

La sangre fluye por mis brazos, espesa y abundante, y cae al suelo formando un charco oscuro. Tengo la camiseta mojada, y también los pantalones, y veo que mis brazos no son lo único que sangra. Mi pecho también lo hace. Mis piernas. Mi cuello. Mi cara también está húmeda, y al tocármela noto un largo tajo que la recorre desde la comisura de los labios hasta la sien, sangrando con abundancia.

–Lo siento... –susurro entre sollozos, observándolo horrorizado. Observándome a mí, sangrante y moribundo–. De verdad... lo siento mucho.

–¡Es culpa tuya! –grita él, furioso, y se acerca a mí. Decidido. Feroz. Dispuesto a hacerme sangrar todavía más.

–De verdad... lo siento...

Pero entonces veo algo y mi voz muere en mi garganta.

Lo que sale de mi cuerpo no es sangre corriente.

No.

–Es culpa tuya...

Puede que sea una ilusión óptica, pero estoy seguro de que no es así. Puedo ver mi cuerpo con claridad a pesar de la oscuridad, al igual que veo el suyo. Por alguna razón, la oscuridad que nos rodea no altera los colores.

Pero mi sangre es negra como el alquitrán. Negra como la noche. Negra como mi corazón, como la esencia de mi alma.

Negra como la muerte.

Rompo a gritar.

# CAPÍTULO 6

Fast asleep where I keep my memories

He's calling me out in dreams

He visits me, what will be?

Will I see him again soon?

*In Sleep, Lissie*

Los días pasan, pero las pesadillas son insistentes y no me abandonan.

No las tengo todos los días, pero casi. Lo suficiente como para que se hayan convertido en parte de mi rutina. Lo suficiente como para que haya empezado a plantearme muy seriamente ir a comprar pañales. Es patético.

Al despertar de cada pesadilla no recuerdo gran cosa, tan solo lo básico. Oscuridad. Sangre. Muerte. A veces soy yo quien sangra. A veces es Óscar. A veces son mis padres, que han vuelto de la muerte para atormentarme. Para reprenderme por todo lo que he hecho. En cualquier caso, nunca hay demasiadas diferencias entre una pesadilla y otra, da igual quién aparezca en ellas. El resultado casi siempre es el mismo. Despierto empapado en sudor y orina, tiritando de frío, con la garganta ronca de tanto gritar.

Noche tras noche, pongo el pijama y las sábanas a lavar y los tiendo al levantarme. Tarde tras tarde, los encuentro doblados y planchados en mi

cama al regresar del instituto. Mi abuela siempre me pregunta cómo estoy en cuanto llego a casa, pero nunca comenta nada acerca de las sábanas. Nada de nada.

Hasta que lo hace.

–Darío, esto no puede seguir así –dice un día cuando terminamos de comer, con voz seria. Me mira fijamente a los ojos, pero yo aparto la mirada.

No necesito preguntar para saber de qué está hablando: hoy también tenía las sábanas y el pijama doblados sobre la cama al volver del instituto. Y aun así, mi primer impulso es fingir. Siempre fingir. Supongo que he llevado una máscara durante tanto tiempo que ya me resulta imposible quitármela.

–¿El qué?

No sé qué sentido tiene hacerme el tonto, tratar de mentir. Es como si la máscara estuviera pegada con cola a mi piel y fuera incapaz de deshacerme de ella, por mucho que lo intentara.

–No te hagas el loco –dice sin rodeos, mirándome fijamente a los ojos–. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando...

–Abuela...

–Ni abuela ni abuelo. Esto no es normal, Darío. Lo entiendes, ¿verdad? –Asiento lentamente con la cabeza, avergonzado. Noto la cara tan roja como un tomate–. Comprendo que te pasara cuando ocurrió lo de tus padres... Pero eso fue hace mucho tiempo, Darío. Han pasado años. Ya lo has superado.

–Lo sé.

–Entonces, ¿por qué estás mojando la cama?

Así es mi abuela. Me deja espacio cuando lo necesito, sabe callar cuando hace falta... hasta que habla. Y entonces es siempre así: directa y certera, como una flecha. Una flecha que se me clava directamente en el pecho.

Podría contarle la verdad, contárselo todo. Todo lo que está pasando. Todo lo que he hecho. Pero no soy capaz de hacerlo. No soy capaz de enfrentarme

a la vergüenza de que sepa lo que soy. Y, aunque no le contara esa parte, tampoco sería capaz de enfrentarme a la vergüenza de que supiera lo que he hecho.

Y, sobre todo, no sería capaz de contarle a ella lo de Óscar. No después del infierno que le he hecho pasar. No soportaría ver la expresión de su cara al enterarse. Nada me dolería más que verla decepcionada.

–No lo sé –respondo al fin. Ella suelta un suspiro y cierra los ojos. A continuación, se quita las gafas y se pellizca el puente de la nariz con cansancio.

–Darío... Creo que tendrías que volver a la psicóloga.

Siento que se me hiela la sangre en las venas, si es que es posible que esté aún más congelada. Cuando murieron mis padres y comenzaron las pesadillas, iba a la consulta dos veces por semana. Con el tiempo, las visitas se redujeron a una por semana, para después pasar a ser bimensuales. Para cuando dejé de ir, ya había transcurrido casi un año desde la primera sesión. Lo cierto es que todavía le tengo mucho cariño a Miriam y soy consciente de cuánto me ayudó, pero no quiero volver a las sesiones. Y aún menos contarle todo lo que ha pasado.

–No hace falta.

–Darío...

–¡Que no hace falta! –repito, y al ver su cara me arrepiento al instante de haberle gritado–. Lo siento. Pero de verdad, no hace falta. Ya... ya se me pasará.

–Darío, esto no es normal. Lo comprendes, ¿verdad?

Asiento lentamente con la cabeza.

–Sí.

–Tienes que volver a la psicóloga –insiste–. Cuando pasó lo de tus padres te ayudó, ¿a que sí?

Vuelvo a asentir, y noto cómo los ojos comienzan a empañarseme.

–Sí, pero...

Acerca la mano a mi cara y me seca las lágrimas con los dedos.

–Nada de peros. Esta situación no puede seguir así. Sé que no es tu culpa – añade, suavizando la voz–, pero no puedes seguir así.

Las lágrimas comienzan a derramarse por mis mejillas. Aunque no quiero volver a retomar las visitas a la psicóloga, sé que tiene razón. No puedo seguir así.

–Lo sé –digo al fin.

–Pues no se hable más.

–Pero es muy caro –protesto, secándome la cara con la manga del jersey–. No deberías gastar tanto dinero.

Como argumento es bastante débil, pero al menos tengo que intentarlo. Aun así, conozco a mi abuela lo suficiente como para saber que no va a funcionar.

–Eso es lo de menos –contesta, tal como esperaba–. Si es lo que necesitas, ya veremos de dónde sacamos el dinero.

–Está bien –acepto al fin, derrotado.

–No voy a preguntarte lo que te pasa si no quieres contármelo. Pero necesitas ayuda. ¿Lo entiendes?

–Sí.

–Si vuelve a pasarte, pediré cita con Miriam. ¿Te parece bien?

No. No y mil veces no.

–Sí.

–Te quiero mucho, Darío –dice, levantándose de la mesa y acercándose a mí–. No lo olvides nunca, ¿vale?

Apenas puedo ver a causa de las lágrimas, pero entonces noto sus brazos rollizos que me rodean, ese olor que me transporta de inmediato a la infancia

durante unos instantes. Lástima que no pueda estar allí más que unos pocos segundos.

–Vale –contesto con voz ahogada, dejándome abrazar, dejándome querer. Tengo muy pocas ocasiones de hacerlo como para desperdiciarlas.

Cuando nos separamos, me seco las lágrimas y me pongo en pie para sacar de paseo a Rocky. Este acude corriendo hacia mí en cuanto me oye sacar la correa, y yo me agacho para rascarle por detrás de las orejas. A continuación, echamos a andar, sin ningún rumbo en concreto, y cuando me doy cuenta vuelvo a estar aquí.

Bajo la casa de Óscar.

En esta ocasión, la luz de su habitación está encendida. Debe de estar leyendo, como solía hacer a estas horas. O quizás esté dibujando, no lo sé. Odio no saberlo. Odio no saber lo que piensa en cada momento. Odio haberlo matado perdido.

Quiero marcharme a casa, aunque no soy capaz de hacerlo. Todavía no. Necesito estar cerca de él, sentirlo cerca, y esta es la única manera que tengo de hacerlo. Solo serán unos minutos. Me siento en el banco que hay frente a su casa y me quedo aquí, escuchando música mientras miro hacia su ventana. Quizá sea hoy el día en que se asome, el día en que hablemos por fin, pero en el fondo sé que eso no va a pasar. Pero ¿y si se asomara? ¿Qué pensaría si me viera aquí? ¿Hablaríamos como si no hubiera pasado nada? ¿Como si no lo hubiera jodido todo?

Debería morirme marcharme, pero me quedo sentado en el banco.

Pasan los minutos y empiezo a tener frío, a pesar del abrigo. Doy una palmada sobre mis muslos y Rocky se sube de inmediato al banco, y después a mi regazo. A continuación, agacho la cabeza y lo abrazo, y él se deja mimar. Pesa, aunque no me importa. De hecho, agradezco el peso. Agradezco su calor. Me ayuda a sentirme menos solo.

De pronto, noto una vibración corta en el pantalón, contra la pierna. Supongo que será un mensaje de mi abuela, preocupada porque no haya vuelto todavía, así que me apresuro a sacar el móvil del bolsillo.

Pero no es mi abuela. Es Fer. ¿Qué querrá ahora? Después de la última vez, lo que menos me apetece es hablar con él, pero al mismo tiempo quiero saber qué es lo que tiene que decirme. Al abrir el mensaje veo que sigue conectado.

Eh

Vas a decirme otra vez q soy un gilipollas?

Su respuesta no se hace esperar más que unos pocos segundos.

No s eso, Dario.

Podemos hablar?

Tu dirás.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]



M gustaría hablar en persona

Te vienes hoy a mi casa?

Vale, esto sí que no me lo esperaba.

Eh...

Bueno, vale.

A q hora?

Q tal a las 6?

Te viene bien?

Si, claro.

A las 6 nos vemos.

:)

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

:)

Debo admitir que su invitación ha sido toda una sorpresa, pero no puedo evitar sentirme feliz. Quizás haya decidido perdonarme. Quizás haya decidido no meterse en medio. Quizás haya decidido que, a pesar de todo, sí que quiere seguir siendo mi mejor amigo. O, al menos, mi amigo a secas.

Miro hacia la ventana y entiendo que todo esto no habría pasado de no ser por Óscar. Sí, puede que fuera yo quien la cagara... Pero si la cagué fue por lo que me dijo. No tendría que habérmelo dicho. No estaba preparado para escucharlo. Sabía que no estaba preparado. Sí, puede que yo tenga buena parte de la culpa, pero no soy el único. Por fin lo comprendo. Aunque yo haya hecho mal las cosas, la culpa también es suya.

Dejo a Rocky en el suelo y me pongo en pie para volver a casa.

# CAPÍTULO 7

You and I

We have to let each other go  
We keep holding on but we both know  
What seemed like a good idea  
Has turned into a battlefield

*Battlefield, Lea Michele*

Aunque llueve de camino a casa de Fer, apenas lo noto. Después de todo, ya estoy más que acostumbrado a despertar empapado casi todas las mañanas, así que un poco de lluvia no va a hacerme mucho daño. Pero tengo miedo de lo que pueda decirme. Miedo de que quiera seguir siendo mi amigo. De que no quiera seguir siéndolo. Tengo miedo de que me odie. Miedo de que me quiera.

Y también tengo miedo de que me confirme que lo he perdido por completo, que no puedo hacer nada para recuperarlo por mucho que lo intente.

Pero entonces abre la puerta y me da un abrazo. Un abrazo de los suyos, fuerte y cálido, y en ese abrazo es como si no hubiera pasado el tiempo, como

si no hubiera ocurrido nada. Como si continuara siendo mi mejor amigo y fuera a serlo para siempre. Sonrío.

–Te echaba de menos –susurro antes de poder evitarlo. Él se queda rígido durante unos instantes entre mis brazos, pero entonces se relaja.

–Y yo a ti también –contesta, aunque su voz suena algo tensa–. Ven, vamos a mi cuarto.

Se separa de mí y echa a andar por el pasillo que tan bien conozco. Lo habré recorrido casi tantas veces como el de mi propia casa, y estar aquí es como recuperar algo perdido. Lástima que no pueda recuperar todo lo que he perdido con tanta facilidad. «Eres los restos de un sueño perdido...»

–La verdad es que me ha sorprendido el mensaje –digo en voz baja, un tanto cohibido, aunque todavía sonriendo–. No esperaba que fueras a querer hablar conmigo.

Él no contesta, sino que entra en su habitación y me hace un gesto con la mano para que lo siga. Lo hago, y entonces lo veo.

Guapo.

Odioso.

Perfecto.

Débil.

Fuerte.

Óscar.

La sonrisa se me queda congelada en la cara. Verlo es casi como ver un fantasma y, en cierto modo, eso es más o menos lo que es. Es un fantasma que yo mismo enterré, al que no esperaba tener que enfrentarme otra vez. Un fantasma al que no tengo valor para enfrentarme. «Eres lo mejor que perdí y que jamás he tenido.»

Esta es la razón por la que me ha citado Fer. No quería arreglar las cosas conmigo. No le interesaba mi amistad. No le interesaba nada de lo que

podiera decirle. No. Tan solo era una artimaña para provocar un encuentro con Óscar, y darme cuenta me llena de rabia. Normalmente me siento congelado por dentro, pero en estos momentos me hierve la sangre en las venas al darme cuenta de que me ha engañado. De que no le importo, pues solo le importa Óscar. De que no me quiere. De que lo he perdido de verdad.

–¿Qué coño haces tú aquí? –le pregunto a Óscar, furioso. A continuación, miro a Fer, que acaba de cerrar la puerta de la habitación–. ¿Qué coño hace este marica aquí?

La reacción de Fer es rápida e inesperada: levanta el puño y me golpea en un lado de la cara, con tanta fuerza que me hace retroceder unos pasos y estamparme contra la pared. No sé quién está más sorprendido por su reacción, si él, Óscar o yo.

Lo único que sé es que estoy furioso.

–¿Se puede saber qué cojones haces, tío? –grito mientras me llevo una mano a la cara. Duele la hostia.

–Cuidadito –advierte él con voz calmada–. Estás en mi casa, así que no quiero ni líos ni insultos. Y como vuelvas a decirle eso a Óscar, te reviento la cara de verdad. ¿Está claro? –Asiento con la cabeza dócilmente–. Ahora yo me voy al salón a jugar un rato a la Play, y vosotros os vais a quedar hablando. Y recuerda: nada de líos.

–Está bien –acepto a regañadientes.

–Así me gusta –dice Fer.

Y, sin más, cierra la puerta y nos deja solos con esa familiar tensión tan densa flotando en el aire. Miro a Óscar con el ceño fruncido, y él me devuelve la mirada. Esto es demasiado incómodo, así que decido romper el silencio.

–¿Qué quieres? –pregunto con voz ronca, todavía con la mano en la mejilla donde Fer me ha pegado.

–Solo quiero hablar contigo –dice con un hilo de voz, y eso me enfurece todavía más.

–No tengo nada que hablar contigo.

Quiero marcharme, pero entonces Óscar se levanta y camina hacia mí, tembloroso.

–Darío, éramos amigos –me recuerda–. Buenos amigos. ¡Los tres éramos inseparables, joder! ¿Que no me quieres del mismo modo que yo? Pues vale, puedo asumirlo. Pero eso no tiene por qué afectar a nuestra amistad. ¡También pasa entre chicos y chicas! La vida sigue y la amistad no tiene por qué romperse. ¿En serio ya no te importo?

¿Que no me importa? ¿De verdad está insinuando que no me importa, cuando es lo único en lo que puedo pensar día y noche? No sé qué contestar, así que desvío la mirada. No soy capaz de mirarlo a los ojos.

–¿Qué pasa? ¿Es que no vas a decirme nada? –insiste.

¿Qué puedo decirle? ¿Que todo es por su culpa? ¿Que me presionó cuando sabía lo difícil que era para mí? ¿Que las cosas estaban bien como estaban y él lo estropeó todo? Estoy furioso, pero sé que eso no es lo que quiere oír. Me encojo de hombros y titubeo antes de responder.

–No tengo nada que decir.

–No me lo creo.

Sus palabras me enfurecen todavía más. ¿Quién coño se cree que es para decidir lo que tengo que pensar? Fue así como se lo cargó todo, obligándome a aceptar algo que yo no era capaz de aceptar. Se lo dije una y otra vez, se lo dejé todo claro, pero él no quiso hacerme caso. Es todo culpa suya.

Y lo odio por ello.

–Pues créetelo. No quiero saber nada más de ti, joder. Asímelo ya, que no es tan difícil.

–Ah, ¿sí? –replica–. No me parece que no quieras saber nada más de mí cuando te ríes de mí con tus amigos cada puto día.

La rabia es tan intensa que noto las mejillas ardiendo. ¿Quién coño se cree que es para decirme eso? ¿Que me río de él? ¿Con qué amigos, si no tengo ninguno desde que los perdí a él y a Fer? Y fui yo quien se enfrentó a Carlos cuando le pegó en el baño, no Fer. Estoy tan furioso que aparto la mirada una vez más.

–No vas a decir nada, ¿no? Tío, eres un cobarde.

Ya está, estoy hasta los cojones. No pienso seguir aguantando esto. Me mira fijamente, y sé que está a punto de pegarme. Pues que me pegue, yo también quiero pegarle a él. No voy a permitir que siga diciéndome estas cosas.

Y entonces me besa.

Me quedo sin aliento durante unos segundos y mi cuerpo se paraliza por completo, como si alguien me hubiera atacado con una pistola eléctrica. Y casi sin darme cuenta, mis labios comienzan a moverse por voluntad propia. Es solo un leve movimiento, pero durante un instante le devuelvo el beso. Noto la calidez de su aliento, la suavidad de sus labios, su cuerpo buscando el mío. Sus labios saben a miedo y a sal, a lágrimas y a deseo, a temor y anhelo. El corazón parece estar a punto de reventarme en el pecho. Durante un breve instante todo lo demás desaparece y solo estamos él y yo, y ese deseo enfermizo que me golpea con fuerza. Y entonces toda la furia que siento en mi interior se derrama por cada poro de mi piel, espesa y ardiente. Y aun así, durante una fracción de segundo le devuelvo el beso.

Y me odio por ello. Lo odio a él. ¿Cómo se atreve a besarme? ¿Cómo es capaz de besarme después de todo lo que ha pasado? Sabe que no podía besarme, que ese era el trato, que no estaba dispuesto a pasar por eso. Y a

pesar de todo, lo ha hecho. Me ha besado. Noto el sabor de la bilis en la boca, amarga y familiar. Me separo bruscamente de él, asqueado.

Es como si algo salvaje me poseyera durante unos segundos, y cuando quiero darme cuenta le he escupido en la cara.

Sin pensar, abro la puerta y me largo de allí. Camino a grandes zancadas por el pasillo, incapaz de mirar atrás. El corazón me late a mil por hora, pero no logro controlarlo. Oigo que Fer grita algo, aunque soy incapaz de distinguir sus palabras. Llego hasta la puerta, la abro y cierro de un portazo al salir. Oigo que Fer vuelve a gritar desde el interior, pero hago caso omiso. Lo único que quiero es huir de allí.

Me siento fatal.

Me encuentro tan mal que noto un dolor casi físico, como si algo grande me aferrara la boca del estómago y me la retorciera. Tengo ganas de vomitar, y lo peor es que es una sensación con la que estoy tan familiarizado últimamente que no me sorprende lo más mínimo.

No, la culpa no era de Óscar, por mucho que intentara convencerme de que sí. La culpa es toda mía. He convertido su vida en un infierno, y ahora, cuando por fin podríamos haber arreglado las cosas, lo he hundido más todavía.

No veo la hora de que llegue la noche, y con ella las pesadillas.

Al menos en ellas puedo morir.

Al menos en ellas puedo pagar por mis pecados.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Estoy solo. No. En realidad no estoy completamente solo. Estoy en el fondo de un pozo infinito, donde nada puede ya salvarme. Pero no estoy solo.



Hay otra respiración aparte de la mía, aunque mucho más lejana. Los latidos de un corazón que no es el mío, aunque late al mismo ritmo. Sé quién es.

Ve un brillo a lo lejos. No. Son dos, y se acercan poco a poco hacia mí. Sé lo que son: se trata del destello de unos ojos.

El pánico me atenaza el estómago con una garra helada, y el corazón comienza a palpitarme cada vez con más fuerza. No sé qué hacer. No tengo adónde huir en medio de esta oscuridad. Esos ojos se acercan cada vez más, furiosos e implacables, y sé que vienen a por mí.

No veo a quién pertenecen, pero lo sé de todos modos. Son los míos, y en ellos veo que ese yo está dispuesto a destrozarme. A despedazarme. A hacerme pagar por lo que he hecho. Y lo peor es que sé que me lo merezco.

El corazón me late cada vez más fuerte, y sé que puede oírlo a través del silencio. No tengo dónde esconderme en esta oscuridad.

Y cuando por fin lo tengo delante, puedo verlo a la perfección a pesar de la oscuridad que nos envuelve. Sus ojos están furiosos, pero no es eso lo único que veo en ellos. También veo dolor. Vergüenza. Culpa. Y algo más: asco. Son los ojos del cazador que se da cuenta de que ha disparado por error a su perro de caza. Son los ojos de alguien que tiene sangre inocente en las manos.

Los míos.

–Me has matado, Darío –dice con voz ronca. Una frase que no me esperaba. Parecida a la de siempre, pero distinta al mismo tiempo.

–¿Qué...? ¿Qué quieres decir? –logro preguntar, porque realmente no sé a qué se refiere.

–Tú me has hecho esto.

Extiende ambos brazos hacia mí, y entonces la piel se le abre por todas partes, en un sinfín de cortes que la recorren como telarañas.

Su piel.

No la mía.

Tiene el cuerpo destrozado. Veo más heridas que piel, y de ellas comienza a manar sangre a borbotones, más sangre de la que nadie sería capaz de perder y seguir en pie. Pero así es.

–Esto es por tu culpa –dice mi otro yo–. Todo esto es culpa tuya.

–Lo si...

–¡Es culpa tuya!

La sangre fluye por sus brazos, espesa y abundante, y cae al suelo formando un charco oscuro. Tiene la camiseta húmeda, y también los pantalones, y veo que sus brazos no son lo único que sangra. Su pecho también lo hace. Sus piernas. Su cuello. Tiene un largo tajo que le recorre la cara desde la comisura de los labios hasta la sien, desfigurándolo por completo.

–Lo siento... –susurro entre sollozos, observándolo horrorizado. Observando un cuerpo que en realidad es el mío, sangrante y moribundo–. De verdad... lo siento mucho.

–¡Es culpa tuya! –grita él, furioso, y se acerca a mí. Decidido. Feroz. Dispuesto a hacerme pagar por haberle hecho sangrar.

Lo que sale de su cuerpo no es sangre corriente. No. Su sangre es negra.

–De verdad... lo siento...

Pero entonces veo algo y mi voz muere en mi garganta.

–Es culpa tuya...

Tiene la camiseta abierta, y se está llevando la mano al pecho, acariciándose.

No. No está acariciándose.

Se lo está arañando. Escarbando. Abriéndose la piel, desgarrándola hasta abrir un agujero. Y entonces se mete la mano en el pecho y la hunde hasta la muñeca.

Se saca el corazón. Mi corazón. Todavía palpita sobre su mano abierta, y puedo ver que también es negro. Negro como el alquitrán. Negro como la noche, como la esencia de mi alma.

Negro como la muerte.

–¿Qué... qué estás haciendo? –acuerdo a preguntar, con voz temblorosa.

–Es culpa tuya. Todo es culpa tuya.

Y entonces se lleva el corazón lentamente a la boca. Adivino lo que va a hacer un segundo antes de que lo muerda. La sangre sale a chorro, tiñendo sus dientes y su barbilla.

Pero no.

No es él quien está mordiendo el corazón.

Soy yo.

Bajo la mirada y ahí está, desgarrado y sangrante entre mis manos. Caliente. Palpitante.

Rompo a gritar.

# CAPÍTULO 8

I long for you to hold me  
Like your boyfriend does

*Malchik Gay, t.A.T.u.*

No puede ser.

No puede ser que de todos los putos trenes que hay al día, de todos los putos vagones, hayamos coincidido en el mismo.

Pero así es.

Por desgracia suerte, Óscar no me ha visto... al menos, no todavía. Se encuentra a unos cuantos metros de distancia, escuchando música y mirando el móvil cada dos segundos, sin dejar de sonreír. De vez en cuando mira por la ventana, y entonces puedo ver bien su reflejo. Tiene una expresión soñadora que no veía en él desde hacía mucho tiempo. De hecho, ni siquiera recuerdo la última vez que lo vi sonreír. No deja de mover las piernas, y me doy cuenta de que está nervioso. Puede que sea muy malo a la hora de interpretar los sentimientos ajenos, pero hasta yo soy capaz de ver lo que significa todo esto.

Ha conocido a alguien.

Siento una punzada de algo que no logro identificar. En realidad, no sé qué siento exactamente al respecto. ¿Rabia? ¿Envidia? ¿Celos? No lo sé. Lo único que sé es que quiero morirme llorar y gritar, pero aquí no puedo hacerlo. «Eres la razón de estos latidos.»

Necesito saber adónde va.

No dejo de pensar en lo que pasó en casa de Fer. En lo que hice. En cómo perdí el control y lo hundí una vez más, en cómo terminé por destruir cualquier oportunidad que pudiera tener de arreglar las cosas con ellos. La culpa es como una serpiente que se retuerce en mi estómago y me devora por dentro. Han pasado ya tres días, y apenas he podido comer o dormir desde entonces.

Cuando el tren llega a su destino, espero a que Óscar salga antes de hacerlo yo. Una vez fuera, no tardo en encontrarlo entre la gente. Lo sigo, acelerando el ritmo para no perderlo de vista, pero procurando mantenerme lo suficientemente alejado como para que no me descubra. Camina a paso ligero, y noto que está deseoso de llegar adondequiera que vaya. Otra vez esa dolorosa punzada en el pecho, y los versos danzan por mi cabeza. «Eres la razón de estos latidos que se clavan como cuchillos.»

Tras unos minutos, llega hasta el centro deportivo. Frunzo el ceño, extrañado, y un momento después me doy cuenta de que no hay duda posible: está caminando derechito hacia la escalera. Y allí, esperándolo, hay un chico. No puedo verle bien la cara desde donde me encuentro, pero me da la impresión de que sonríe, y Óscar también lo hace. Dicen algo, aunque no logro oír las palabras desde aquí.

En cuanto Óscar llega a la altura del chico, este se pone en pie de inmediato y lo abraza. Óscar se queda rígido, pero enseguida se apresura a devolverle el abrazo, como si hubiera estado deseando hacerlo. No sé cuánto

tiempo permanecen así, pero tiene que ser por lo menos un minuto. O veinte. O una vida.

Las punzadas en mi pecho son cada vez más dolorosas.

Hijo

de

puta.

El chico le dice algo, y Óscar asiente con la cabeza. A continuación, se dirigen hacia la entrada del edificio y desaparecen por la puerta. Durante unos segundos me planteo la posibilidad de seguirlos hasta el interior, pero enseguida la descarto. Eso ya rozaría el acoso, y si Óscar me descubriera, podría liarla. Además, voy a llegar tarde a la cita con Miriam, la psicóloga.

Por suerte, no estoy demasiado lejos, y cuando consigo llegar gracias a las indicaciones del móvil solo me he retrasado cinco minutos. Siento una especie de sacudida al entrar en la familiar sala de espera, donde tanto tiempo pasé hace años. Ahora es algo distinta; las sillas han cambiado y las plantas son otras, pero la esencia sigue siendo la misma.

Me dirijo directamente hacia la consulta y llamo a la puerta.

–Pasa –responde Miriam desde el interior. Obedezco y ella me mira fijamente cuando entro–. Llegas un poco tarde.

–Lo siento.

Volver a verla es como volver a ser un niño. Ella también ha cambiado. Ahora hay algunas arrugas alrededor de sus ojos castaños, y el pelo de un rubio oscuro tiene entrelazadas algunas vetas grisáceas. Sin embargo, su sonrisa continúa siendo la misma. Una sonrisa cálida y amable, la sonrisa de alguien que ha visto infinitas miserias y por alguna razón sigue queriendo aportar su granito de arena al mundo.

–Has crecido mucho. Casi no te reconozco.

Me encojo de hombros.

–Han pasado algunos años.

–Ya lo creo. ¿Cuántos han sido, Darío? ¿Tres, cuatro...?

–Casi cuatro desde la última vez –respondo.

Sé que no necesita preguntármelo, que tendrá las fechas en mi expediente y las habrá estudiado antes de que viniera, pero en su día pasé mucho tiempo con Miriam y recuerdo que esa es su táctica: siempre intenta que seas tú quien le diga las cosas, aunque ella las sepa a la perfección. Siempre intenta hacerte hablar.

–Cuatro años... –dice con tono pensativo–. Desde luego, es mucho tiempo. Cuéntame, ¿qué tal han ido estos cuatro años?

Vuelvo a encogerme de hombros.

–Bien, supongo.

Me mira arqueando una ceja bien perfilada.

–No habrán ido tan bien si vuelves a estar aquí. –Hace una pausa, pero al ver que no digo nada, continúa–: Cuéntame qué tal todo... ¿qué has hecho desde entonces? ¿Qué cosas han pasado en tu vida?

¿Y qué le digo yo ahora?

–Pues no sé. Terminé primero de la ESO –digo, al recordar que nuestras sesiones acabaron casi a finales de curso–. Ese verano mi abuela me llevó un mes a un apartamento en la playa. Luego hice segundo, tercero y cuarto. Me quedó una para septiembre, pero conseguí aprobarla. Y ahora estoy en primero de Bachillerato.

Me observa fijamente antes de responder.

–Veo que sigues siendo tan experto en resumir las cosas como lo eras cuando tenías doce años.

Mis labios me traicionan se curvan en una media sonrisa.

–Supongo.

–Pero sabes que eso no es suficiente, ¿verdad? –Asiento con la cabeza–. Bueno, al menos hemos progresado algo. Cuéntame, Darío. ¿Por qué has vuelto?

Mis mejillas enrojecen de inmediato. Por mucho que la psicóloga me lo pregunte, sé que mi abuela se lo habrá contado al pedir la cita. Puede que no supiera lo de las pesadillas, aunque se lo imaginara, pero sí que le habrá contado que mojo la cama casi todas las noches.

Vuelvo a tener doce años y soy incapaz de soportar la vergüenza.

–¿Y bien, Darío? –insiste al ver que no digo nada–. ¿Por qué has vuelto a verme? No creo que sea porque me echaras de menos.

Sé que intenta que sonría, pero no lo consigo. En lugar de ello, me limito a decir una única palabra.

–Pesadillas.

–¿Qué tipo de pesadillas?

Me estremezco al recordar la última. El corazón palpitante en mi mano, la sensación de mis dientes atravesándolo, el sabor de la sangre en mi boca... Era tan real que siento náuseas al recordarlo.

–Oscuridad –respondo al cabo de unos minutos–. Sangre. Muerte. Gente muerta. Gente muriéndose. Ya sabes... lo típico.

Me mira con atención antes de responder. A continuación, anota algo en la hoja que lleva en el portapapeles, con el ceño fruncido.

–¿Cuánto hace que tienes estos sueños?

Hago cálculos mentales. ¿Cuánto hace que le jodí la vida a Óscar?

–Un par de meses, aunque antes no eran tan... tan sangrientos como ahora.

Hago una pausa al recordar los primeros sueños, en los que lo único que había era oscuridad y esa sensación de culpa y miedo, pero nada más concreto. Entonces los aborrecía, pero ahora daría lo que fuera por poder recuperarlos.



–Pero ahora han cambiado.

Asiento con la cabeza.

–Sí. Desde hace un par de semanas son diferentes. Más oscuros. Más sangrientos. Y ya no estoy solo en ellos. Y además...

Pero no. No puedo decirlo en voz alta.

–¿Y además...?

–Ya lo sabes –digo con voz desafiante, retándola a contradecirme.

Pero no lo hace.

–Sí, lo sé. Pero necesito que tú me lo digas.

–No.

–¿Por qué?

Porque me da vergüenza. Porque soy me siento patético. Porque me doy asco solo de recordar cómo despierto noche tras noche.

–Porque sí.

–Eso no es una respuesta, ¿no te parece?

–No tiene sentido hacer una pregunta cuando ya conoces la respuesta... ¿no te parece? –contraataco, y ella sonrío y vuelve a anotar algo en el portapapeles.

–Muy cierto, Darío. Pero recuerda que aquí quien pone las normas soy yo, ¿o es que lo has olvidado?

Por supuesto que no lo he olvidado.

–No.

–En ese caso, seguro que también recordarás que la norma principal es que yo hago las preguntas y tú las respondes.

–Está bien.

–Pues entonces continúa, Darío. ¿Y además...?

–Y además... –Trago saliva, pero no soy capaz de pronunciar las palabras, por mucho que lo intente—. Y además...

Noto la cara tan roja que me extraña que no esté ardiendo. Tengo los ojos llenos de lágrimas que amenazan con derramarse en cualquier momento, y odio que tenga que verme en este estado.

Aunque, después de todo, me ha visto en momentos mucho peores que este.

–Tómate tu tiempo.

–Y además...

Aparto la mirada. No soy capaz de decirlo. Pero tengo que hacerlo. Por mucho que me cueste, tengo que reunir fuerzas para decírselo. De lo contrario, no habrá servido de nada venir hasta aquí. Será como volver a ser ese niño asustado de doce años que se sentaba frente a ella dispuesto a no decir una sola palabra.

La miro fijamente a los ojos, a pesar de las lágrimas que se derraman por mis mejillas.

–Y además me meo en la cama –digo al fin. La miro mientras pronuncio las palabras, y trago saliva al reconocer un brillo de sus ojos que ya creía olvidado. Un brillo de orgullo.

–Veo que, a pesar de todo, has hecho algunos progresos por tu cuenta.

# CAPÍTULO 9

Hold you in my arms  
I just wanted to hold  
You in my arms

*Starlight, Muse*

Me siento en el banco situado frente a la ventana de Óscar y me fijo en que tiene la luz encendida. Me pregunto qué estará haciendo. ¿Qué habrá pasado con aquel chico? ¿Qué habrán hecho? Vuelvo a sentir esas dolorosas punzadas en el pecho al pensar en lo que pueda haber pasado entre ellos. Y aunque no haya pasado nada... ese abrazo ya es mucho más de lo que yo volveré a tener de Óscar jamás. Sea lo que sea lo que haya entre ellos, ya es demasiado tarde para mí.

Aunque ni siquiera sé qué es lo que quiero exactamente.

—¿Van a mejorar las cosas, Rocky? —le pregunto mientras él me mira con atención, como si fuera capaz de comprender todas y cada una de mis palabras—. ¿Voy a poder arreglarlo todo? ¿Cuándo voy a estar bien?

Él suelta dos ladridos cortos, que decido interpretar como un sí. En estos momentos, si hay algo que necesito en la vida es optimismo.

—¿Crees que soy mala persona?

Esta vez da un solo ladrido, que interpreto como un no, y, a continuación, salta al banco. Se sube sobre mis muslos, aplastándome un poco bajo su peso, y agacho la cabeza para hundirla en su pelaje, aspirando su intenso aroma almizcleño. Puede que lo haya perdido casi todo, pero al menos lo tengo a él. A él y a mi abuela. Al menos no estoy completamente solo.

Una vez en casa, respiro hondo al encender el ordenador y entro en el Twitter de Óscar, ansioso por saber si habrá dicho algo acerca del chico. Llevo ya varios días sin *stalkearlo*, así que me he perdido unas cuantas cosas. Decido bajar el ratón hasta el último día que leí y comenzar a leer desde allí.

Lost Boy @LostBoy\_99 · hace 2 días

Creo que hoy toca otra noche sin dormir.

Lost Boy @LostBoy\_99 · hace 2 días

Qué ganas de llegar a judo.

Lost Boy @LostBoy\_99 · hace 2 días

Echaba de menos a mi hermana.

Lost Boy @LostBoy\_99 · hace 2 días

Creo que podría acostumbrarme a esto.

Desde luego, el cambio entre el primero y el último es más que evidente. Y aunque no confirma a qué tiene que acostumbrarse, no necesito demasiada capacidad de deducción para darme cuenta de que tiene algo que ver con ese imbécil chico. Veo también que ha publicado una entrada en su blog hace tan solo una hora, así que decido abrir el enlace, con el corazón latiéndome con fuerza. La entrada, sin embargo, no es demasiado elocuente que digamos.

:)

Es sorprendente lo fácil que resulta a veces sonreír.

Publicado el 11 de diciembre a las 22:50

Comentarios: 0

Sin embargo, por breve que sea la entrada, es muy significativa. Con ella me queda claro que ese... que ese chico con el que lo vi no es solo un amigo para él. Al menos, no solo eso, no en la mente de Óscar. Siento otra vez esas dolorosas punzadas, unas punzadas de celos que me atraviesan el pecho. Pero también siento algo diferente, una extraña sensación de ligereza que al principio no soy capaz de identificar del todo.

Me doy cuenta con sorpresa de que se trata de alivio.

Alivio porque quizá ya no sienta lo mismo por mí. Alivio por no tener que seguir soportando esa carga. Alivio porque, después de todo lo que le he hecho sufrir, quizás haya conseguido dejarme atrás.

Y, al mismo tiempo, lo odio por ello.

La mezcla de sensaciones se revuelve en mi estómago. Quiero reír, quiero saltar, pero también quiero morir llorar, gritar, romper cosas, destrozarlo todo y destrozarme también a mí. Comienzo a escribir un comentario cargado de odio y de palabras hirientes, cargado de toda la rabia que siento. Quiero acabar con esa felicidad. Quiero hundirlo, destrozarlo, reventar esa burbuja

de alegría hasta que ya no quede nada. Compruebo que el blog permite comentarios anónimos, y llevo el ratón hasta el botón de publicar.

Pero un segundo antes de hacerlo me arrepiento. Justo a tiempo de no enviarlo, de borrarlo y de escribir otra cosa. Algo completamente distinto. Tecleo rápidamente y presiono el botón de publicar.

Me alegra verte más contento :)

Publicado por Anónimo el 12 de diciembre a las 11:57



No sé por qué lo he hecho. ¿Me alegro de verdad por él? ¿O tan solo se lo digo para calmar mi conciencia, como una especie de forma de compensarlo por todo lo que le he hecho? Lo cierto es que no tengo ni idea, pero ya está hecho. El comentario está publicado, y no puedo borrarlo. Quizá sea mejor así.

\* \* \*

Despierto aliviado al darme cuenta de que he dormido toda la noche de un tirón, sin el menor rastro de pesadillas. Hoy es uno de esos días raros en los que me levanto descansado por completo. Me siento doblemente agradecido al notar también que he despertado seco: es increíble lo mucho que se pueden echar de menos las cosas que dabas por hecho cuando las pierdes.

Echo un vistazo al móvil para comprobar la hora y veo que es más de la una del mediodía. Me sorprende que mi abuela no haya entrado en mi

habitación para gritarme por vago, pero entonces entiendo cuál debe de ser el motivo: habrá querido dejarme dormir al darse cuenta de que esta noche no he mojado las sábanas.

Decido ir al baño y después a dar señales de vida antes de que cambie de opinión y me saque de la cama tirándome de las orejas. Un ruido estruendoso me guía hasta el salón, donde la encuentro trabajando con su anticuada máquina de coser.

–¿Se puede saber qué horas son estas de levantarse? –me reprende cuando entro, pero sé por su tono de voz que no lo dice en serio. Al menos, no del todo.

–Buenos días a ti también.

–¿Buenos días? –refunfuña, levantando la mirada de su costura–. Buenas noches, casi.

Suelto una carcajada.

–Qué exagerada eres.

–Ni se te ocurra ir a desayunar ahora –me advierte al oír que me suenan las tripas–. La comida estará en menos de una hora.

Suelto un quejido.

–Pero me muero de hambre...

–Pues haberte levantado a una hora decente.

Sé que es una batalla perdida, así que, en lugar de tratar de convencerla, salgo refunfuñando del salón y voy en busca de Rocky.

–Venga, que nos vamos de paseo.

Su entusiasmo es más que evidente, pues hace ya varias horas que debería haberlo sacado. Me doy cuenta de que últimamente estoy descuidándolo un poco, así que tomo nota mental para corregir eso. Quiero demasiado a Rocky, y sé que no se lo merece. Decido darle un paseo bien largo como compensación, pero al salir me recibe un cielo encapotado y un viento

helado. Sé que no va a tardar en ponerse a llover, así que en menos de cinco minutos ya estamos otra vez en casa.

Sigo sintiéndome mal por lo de Rocky, así que en lugar de dejarlo a su bola como siempre que volvemos de pasear me quedo jugando con él. Un buen rato después vuelvo a mi cuarto y, para matar el tiempo hasta la hora de la comida, enciendo el ordenador. Lo primero que hago es entrar en el blog de Óscar para comprobar si me ha respondido al comentario, y sonrío al ver que así ha sido.

No sé quién eres, pero muchas gracias, de verdad. Es reconfortante que alguien se preocupe por ti. :)

Publicado por LostBoy el 12 de diciembre a las 13:17

Sonrío al ver el emoticono de la sonrisa, al imaginar que ha sonreído al ver mi comentario. Quizás haya logrado por fin hacer algo bien. Quizás haya logrado por fin hacer algo bueno, algo que no joda a todo el mundo.

Por algún sitio se empieza, supongo.

Un rítmico golpeteo me llama la atención, y al mirar por la ventana compruebo que ya ha comenzado a llover, tal como esperaba. Pego una mano al cristal y después apoyo la frente en ella, contemplando la lluvia. Tengo ganas de salir a la calle, salir corriendo. Echar a correr bajo la lluvia, aunque acabe calado hasta los huesos. Quiero empaparme y gritar. Pero, en lugar de eso, voy hasta la esquina donde está mi guitarra y me siento con ella en el puf, tratando de dar forma a esa canción que lleva unos días rondándome la cabeza.

«Eres los restos de un sueño perdido

Que temo al quedarme dormido

Eres lo mejor que perdí y que jamás he tenido»



Me pregunto qué estará haciendo ahora. Puede que esté leyendo o dibujando en su habitación, esperando a que llegue la hora de comer. O puede que esté hablando con ese chico. Tal vez incluso esté con él. ¿Y si se han quedado a dormir juntos? Al plantearme esa posibilidad, siento una oleada de rabia que me sacude por completo.

«Eres la razón de estos latidos  
Que se clavan como cuchillos  
Eres todo lo que quise y que ahora ya he perdido»

Sé que se merece ser feliz. Sé que se merece tener a alguien que lo quiera, alguien capaz de darle lo que yo no puedo. Pero la rabia me invade al pensar que quizás esté con otra persona, que quizá ya me haya olvidado. Y me da aún más rabia saber que si lo he perdido es por mi culpa. Saber que yo podría haberlo evitado, que todo esto es culpa mía.

«Y no sé si te volveré a tener  
¿Cómo podría creer que vuelvas conmigo  
si eras mi fuego y yo lo he extinguido?»

Escribo en mi cuaderno de canciones lo que tengo, antes de que los versos abandonen mi mente. Intento sacar alguno más, alguna melodía más, pero no lo consigo y me doy cuenta de que todavía sigo algo bloqueado con la música.

Frustrado, guardo la guitarra en su funda y enciendo el ordenador. Al entrar en Twitter, veo que hay un nuevo tuit de Óscar.

Lost Boy @LostBoy\_99 · ahora

A veces me pregunto qué sentido tiene tratar de seguir adelante.

Me mata no saber por qué lo dice. ¿Estará hablando en general, por la situación que tiene que vivir día tras día en el instituto? ¿O será que ha pasado algo con su padre? ¿O tal vez...? O tal vez habrá tenido algún problema con ese chico. Me siento avergonzado del alivio que ello me supone.

Y eso hace que me dé aún más asco.

# CAPÍTULO 10

All we do is think about the feelings that we hide  
All we do is sit in silence waiting for a sign  
Sick and full of pride

*Drive, Halsey*

Ana se acerca a Óscar para decirle algo al comienzo de la clase. Él frunce el ceño, confuso, pero se levanta para seguirla hasta el exterior del aula.

–Me cago en la puta –dice Carlos, sin molestarse en bajar demasiado la voz.

–¿Creéis que se habrá chivado? –pregunta Aitor, con la voz teñida de cobardía. No sé de qué estarán hablando, así que trato de prestar atención.

–No creo –responde Carlos–. No ha tenido tiempo de hablar con ella. Pero como se lo esté diciendo ahora...

–Os dije que era mala idea –señala Jorge.

–No se va a chivar –afirma Carlos–. Ese maricón no tiene cojones para hacerlo. Sabe que si lo hace le partiremos las piernas.

Jorge resopla.

–Eres un gilipollas. Como me expulsen por esto...

–No me toques los huevos –murmura Carlos, en voz tan baja que apenas lo oigo–. Los tres estuvimos de acuerdo en hacerlo, ¿a que sí?

–Os dije que era mala idea –repite Jorge.

–Pero no te fuiste. Ni te detuviste. Así que ahora no me toques los cojones.

Jorge no responde, y ninguno de los otros dos dice nada más. Apenas unos minutos después, Ana y Óscar regresan al aula. Contengo el aliento, preguntándome si Ana les dirá algo. Si me dirá algo a mí. No sé lo que habrán hecho, pero, después del otro día, Óscar podría haberme inculcado a mí igualmente.

Pero Ana no nos dice nada. La clase transcurre con normalidad, y poco antes de que termine veo que Carlos arranca un trozo de papel de su cuaderno. Garabatea algo con rapidez y, a continuación, lo lanza hacia el pupitre de Óscar, donde aterriza limpiamente. No sé lo que habrá escrito, pero tampoco me resulta demasiado difícil imaginarlo. Veo que Óscar intercambia algunas palabras con Fer, y un segundo después este hace ademán de levantarse, pero Óscar le agarra el brazo y se lo sujeta contra la mesa para impedirselo. Los observo, intrigado, y veo que están discutiendo de forma acalorada.

Y a pesar de todo, odio no poder estar allí con ellos.

\* \* \*

Los días pasan sin sobresaltos, con la misma rutina de siempre. Instituto. Recreo escondido en el baño, puerta con puerta con Óscar, para asegurarme de que no le hacen nada. Tarde de deberes y estudiar. *Stalkear* a Óscar para ver si ha publicado algo en Twitter o en su blog. Paseos con Rocky. Comidas con mi abuela. Pesadillas. Sábanas mojadas. Lavadoras, despertador. Y vuelta a empezar. Desde luego, no puedo decir que lo tenga tan jodido como Óscar, pero lo cierto es que cada vez estoy más cansado de todo.

Hay alguna variación, claro. El lunes por la noche no mojo la cama, a pesar de la pesadilla. Y el martes ni siquiera tengo ninguna, aunque estas regresan al día siguiente. El jueves Ana vuelve a hablar con Óscar, pero en esta ocasión ni Carlos ni sus amigos hacen nada al respecto. Observo a Carlos y me doy cuenta de que lleva un par de días un tanto taciturno. Normalmente parece enfadado con el mundo, pero esta vez es distinto. Más que con el mundo, da la impresión de que está enfadado consigo mismo. Me parece reconocer su expresión, porque la he visto incontables veces en el espejo: es la expresión de alguien que se odia.

Al menos, eso es lo que creo.

El viernes siento un enjambre de abejas en el estómago mientras llego a la estación. Voy con el tiempo justo, decidido a no permitir que Óscar me vea si resulta que hoy también está ahí. Y no me equivocaba: en cuanto entro, lo veo sentado a unos cuantos bancos de distancia, con los auriculares en los oídos y los ojos clavados en un libro. Cuando llega el tren, me meto en el vagón que hay justo detrás del suyo. No quiero arriesgarme a que me vea; bastante cerca estuve la última vez.

Vuelvo a seguirlo al bajar y veo que se dirige hacia el mismo sitio que el otro día: el centro deportivo. Y ahí está de nuevo el chico de los cojones. No puedo verle bien la cara desde donde me encuentro, pero parece mayor. Y guapo. Y quizás algo fuerte.

Lo odio tanto que me hierve la sangre en las venas.

Y lo odio aún más cuando se levanta para darle un largo abrazo. Un abrazo como los que yo no puedo darle. Y no es solo eso: también le da un beso en la mejilla. Me alivia ver que no lo besa en la boca, pero eso tampoco significa nada. Quizá solo estén empezando. Quizás estén juntos pero no quieran besarse en público. No lo sé. Y ni siquiera sé si quiero saberlo, de modo que echo a correr. Para cuando llego a la consulta de Miriam estoy sudoroso y sin

aliento, así que aguardo unos segundos para calmarme un poco antes de llamar a la puerta.

–Pasa.

La consulta de siempre. La sonrisa de siempre. La expresión de siempre.

–Hola –saludo, aunque se me rompe un poco la voz. Ella frunce el ceño, pero no hace ningún comentario al respecto.

–¿Cómo ha ido la semana?

Me encojo de hombros.

–Bien –contesto sin entrar en detalles. Me mira fijamente, arqueando una ceja bien depilada.

–Creo que puedes contarme un poco más.

Suelto un suspiro.

–Es que no ha sido nada del otro mundo. Todos los días han sido más de lo mismo.

–¿Y qué tal las pesadillas?

–Bueno... La verdad es que han mejorado, creo –respondo con sinceridad–. El martes no tuve ninguna. Y además...

Hago una pausa. Ella permanece en silencio y hace un gesto con la mano, animándome a que termine de hablar.

–¿Y además...?

–El lunes sí que tuve una pesadilla, pero me desperté... normal.

–¿Normal?

Enrojezco ligeramente y trago saliva. Qué manía con obligarme a decir las cosas, joder.

–Sí, ya sabes... seco.

–¿De verdad? Eso es estupendo, Darío.

–Sí.

–¿Mojabas la cama todos los días?

Mis mejillas están empezando a arder de verdad.

–Al principio no, pero desde entonces... pues prácticamente sí.

–Entonces está claro que estás mejorando.

–Supongo –replico, encogiéndome de hombros.

–¿Cómo fue la pesadilla? ¿Había en ella algo distinto de las anteriores?

Trato de recordarla, pero lo cierto es que los detalles se confunden en mi cabeza. Todos los sueños son muy parecidos, pero nunca son exactamente iguales. Siempre hay alguna variación, personas distintas, actos distintos. Frunzo el ceño intentando recordar cómo fue exactamente el sueño, pero no lo consigo. Apenas soy capaz de recordar detalles específicos. Tan solo sé que aparecía Óscar, pero nada más. El resto está borroso, sumido en esa oscuridad densa y penetrante que siempre me envuelve en las pesadillas.

–No... no lo sé.

–Bueno, no pasa nada –dice con tono animado–. Sea como sea, es innegable que estamos progresando.

–Supongo –repito.

Me observa durante unos segundos antes de continuar.

–¿Vas a contarme a qué se deben? –Niego violentamente con la cabeza–. El otro día avanzamos mucho, y tú mismo estás haciendo muchos progresos por tu cuenta.

–Mejor no.

–Darío...

–Te lo contaré –la interrumpo, notando cómo el corazón me late a toda velocidad–. De verdad, te lo contaré... algún día. Pero todavía no, ¿vale?

–¿Por qué no?

–Porque no puedo. Todavía no. Necesito tiempo.

Me examina durante un largo momento y después baja la mirada para anotar algo en su portapapeles.

–Pero ¿lo harás? –pregunta al fin.

–Sí.

–¿Me lo prometes? ¿Me prometes que me lo contarás todo?

Asiento con la cabeza.

–Sí. Te lo prometo. Solo necesito tiempo.

Esta vez es ella quien asiente, y me doy cuenta de que parece satisfecha.

–Está bien. Pero recuerda que si vienes aquí es para dejar que te ayude, así que necesito que mantengas tu promesa.

–Lo haré.

–Está bien. Bueno, no sé si te has dado cuenta, pero los dos próximos viernes coinciden con Navidad y con el día de Año Nuevo, así que, si te parece, podemos retomar nuestras sesiones después de las vacaciones, el ocho de enero.

–Está bien.

–Aunque, si prefieres no pasar tanto tiempo sin venir, puedo buscarte un hueco. Creo que tengo libres los lunes y los miércoles a primera hora de la tarde... o quizá los jueves a última.

Niego enérgicamente con la cabeza.

–No. Necesito tiempo para pensar.

–Yo también lo creo. Pero acuérdate de hacerlo, ¿vale? Piensa en todo lo que hemos hablado, y también piensa en todo lo que quieras contarme. ¿Lo harás?

–Sí.

Lo haré.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.



Estoy solo. Sí. Completamente solo. Estoy en el fondo de un pozo infinito, donde nada puede alcanzarme. Donde nada puede ya salvarme.

Nada puede salvarme de él.

Mi propia respiración resulta estruendosa en mis oídos. Los latidos de mi corazón son ensordecedores. Y entonces oigo algo más. Otra respiración, aunque mucho más lejana. Los latidos de un corazón que no es el mío, el brillo de unos ojos que no son los míos y se acercan poco a poco hacia mí.

El pánico me atenaza el estómago con una garra helada, y el corazón comienza a palpar cada vez con más fuerza. No sé qué hacer. No tengo adónde huir en medio de esta oscuridad. Esos ojos se acercan cada vez más, furiosos e implacables, y sé que vienen a por mí.

No veo a quién pertenecen, pero lo sé de todos modos. Son los ojos de Óscar, y en ellos veo que está dispuesto a destrozarme. A despedazarme. A hacerme pagar por lo que he hecho. Y lo peor es que sé que me lo merezco.

El corazón me late cada vez más fuerte, y sé que puede oírlo en mitad del silencio. No tengo dónde esconderme en esta oscuridad.

Cuando por fin lo tengo delante, puedo verlo a la perfección a pesar de la oscuridad que nos envuelve. Sus ojos están furiosos, pero no es eso lo único que veo en ellos. También veo dolor. Decepción. Son los ojos de un cachorro apaleado por su dueño que, a pesar de todo, sigue buscando sus caricias.

–Yo te quería, Darío –dice con voz ronca. Una voz que no es la de Óscar y al mismo tiempo es claramente la suya.

–Lo... Lo sé –consigo decir, aunque apenas logro oír mi propia voz por encima de mis latidos.

–¿Por qué me has hecho esto?

Extiende ambos brazos hacia mí, y entonces la piel se le abre por todas partes, en un sinfín de cortes que la recorren como telarañas. Comienza a

manar sangre de ella, a borbotones, más sangre de la que nadie sería capaz de perder y seguir en pie. Me aparto unos pasos, sobresaltado.

–Óscar...

–Esto es por tu culpa –me interrumpe–. Todo esto es culpa tuya.

–Óscar, yo...

–¡Es culpa tuya!

La sangre negra como el alquitrán fluye por sus brazos, espesa y abundante, y cae al suelo formando un charco oscuro. Tiene la camiseta húmeda, y también los pantalones, y veo que sus brazos no son lo único que sangra. Su pecho también lo hace. Sus piernas. Su cuello. Un largo tajo le recorre la cara desde la comisura de los labios hasta la sien, desfigurándolo por completo.

–Lo siento... –susurro entre sollozos, observándolo horrorizado–. De verdad, Óscar... lo siento mucho.

–¡Es culpa tuya! –grita él, furioso, y se acerca a mí. Decidido. Feroz. Sangrando cada vez más.

–Óscar, lo siento...

Pero entonces me doy cuenta de algo: mis palabras no van a servir de nada. No van a hacer que deje de sangrar. Mis palabras no van a reparar todo el daño que le he hecho.

–Es culpa tu...

Lo beso, y sus palabras mueren al instante.

Es un beso extraño, un beso que tantas veces me pidió y que tantas veces le negué. Un beso que sabe a sangre, dolor y lágrimas y, a pesar de ello, es todo lo que podría haber deseado.

Pero entonces puedo verme a mí mismo mientras lo beso, como si estuviera fuera de mi propio cuerpo, pero sintiéndolo al mismo tiempo. Puedo ver que Óscar ya no sangra, que la sangre ha desaparecido, y al tocarlo el

tacto es seco. Puedo ver mis labios torpes acariciando los suyos, y la sensación es suave y cálida. Y de repente dejo de sentirlos.

Sigo mirándonos mientras nos besamos, extrañado por haber dejado de sentirlo. Y entonces entiendo por qué ya no noto nada. No soy yo quien está besando a Óscar. No son mis labios los que acarician los suyos. No.

Es el chico con el que lo había visto.

Percibo una especie de chasquido en el pecho, y al bajar la mirada veo que tengo mi corazón en la mano, negro y palpitante. Húmedo y cálido.

Rompo a gritar.

# CAPÍTULO 11

Cuerpos en guerra que se entremezclan  
Confusos labios que se buscan  
Lo que suceda aquí se queda

*Tú y yo, Chenoa*

Lo mío empieza a rozar el acoso, y lo peor es que ya ni siquiera me importa. Vuelvo a echar un vistazo al Twitter de Óscar para asegurarme de que no me he equivocado.

Confirmado: hoy va a ir al cine. El problema es que no sé a qué hora irá. Sé que como muy pronto será a las cinco, porque si tiene que ir después de comer no le dará tiempo de llegar a ninguna sesión que empiece antes de esa hora. Y también sé perfectamente de qué película se trata, porque hace meses hablamos de ir a verla juntos y se acaba de estrenar. Tras mirar la cartelera de nuestro cine de siempre, veo que la siguiente sesión es a las cinco y media, lo que me da un poco más de margen. Por si acaso, decido salir para llegar a tiempo a esa hora.

No lo veo en el tren, pero eso no me preocupa. Sé que lo más probable es que vaya a alguna sesión más tarde, o que haya quedado con el chico ese un rato antes. Lo malo es que no verlo me da mucho tiempo para pensar, y

recuerdo la última pesadilla. Se me revuelve un poco el estómago, así que intento dar forma de versos a mis sentimientos, aunque sea mentalmente.

«El hielo de mis venas ya se extiende y no puedo  
Seguir sobreviviendo en esta noche tan oscura  
¿Cómo podría salvarte si tu fuego lo he apagado?  
No lo sé...»

No, no lo sé. Y tampoco sé cómo seguir, así que apunto en el bloc de notas del móvil los últimos versos para no olvidarlos. Necesito ponerles música, pero por desgracia mi guitarra está demasiado lejos, de modo que tendré que esperar. Recuerdo la entrada de su blog de ayer y decido entrar desde el móvil para volver a leerla y así matar algo de tiempo.

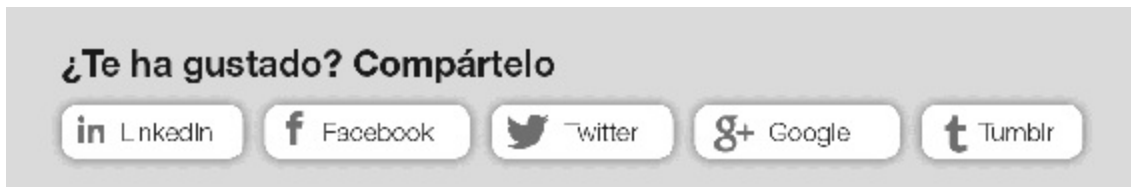
### ¿MARIPOSAS EN EL ESTÓMAGO?

Más bien abejas asesinas.

Qué bien te comprendo ahora, Ethan Wate: menuda metáfora de mierda.

Publicado el 18 de diciembre a las 20:31

Comentarios: 0



Sí: está claro que lo más probable es que vaya con él.

Por suerte, hay una cafetería justo al lado del cine, así que me siento ahí, pegado a la ventana, y pido un café.

Y otro.

Y otro más, aunque la camarera ya está empezando a mosquearse.

Y al fin, cuando estoy a punto de pedir el cuarto, los veo. Tal como imaginaba, Óscar va con ese chico, y el estómago me da un vuelco al verlos. Por suerte he pagado los cafés conforme los pedía, así que puedo salir corriendo de la cafetería antes de perderlos de vista. Una vez en el cine, espero en la cola y me dirijo a la misma taquilla que ellos.

–¡Hola! ¿Sabes a qué película han ido esos dos chicos de ahí? –pregunto con la voz atolondrada a causa del café, señalándolos con la mano. La chica me mira fijamente, como preguntándose si soy un acosador–. Querría una entrada para la misma sesión... son amigos míos.

–Eh... vale –responde, decidiendo al parecer que no tengo aspecto de querer asesinarlos–. Pero creo que no quedan entradas junto a ellos, los he metido en un hueco.

–No pasa nada. ¿Quedan asientos al fondo de la sala?

La chica vuelve a parecer dudosa.

–Eh... sí, claro. ¿Solo una entrada?

–Sí.

–Son catorce filas. ¿Te parece bien en la ocho, por ejemplo?

–Mejor en la catorce. ¿Quedan?

–Eh... sí, todavía quedan. ¿No vas a estar muy lejos de tus amigos?

–No te preocupes. En la catorce, por favor.

Me mira con el ceño fruncido, como si estuviera preguntándose si se trata de una broma, pero al final parece decidir que no le importa. Lo que sí parece una broma es el precio de la entrada: nueve con veinte. Pero eso tampoco lo es, así que pago y me dirijo a toda prisa hacia una esquina abarrotada, esperando a que entren en la sala. No me detengo a comprar palomitas; no después del sablazo de la entrada, y de todos modos tengo el estómago cerrado.

Busco con la mirada a Óscar y al otro chico, y enseguida los veo haciendo cola en la zona del bar. Compran un paquete de palomitas grande para los dos y un refresco para cada uno. Veo que es el otro chico quien paga, y no puedo evitar sentir una punzada de celos. A continuación, se dirigen hacia la cola para entrar, así que los sigo hasta la sala con cuidado de que no me vean.

Se sientan unas cuantas filas por delante de mí. Óscar mira a todas partes, así que me encojo en mi asiento por si acaso. Como me pille aquí, se me va a caer el pelo. Sus ojos se detienen durante un momento en dos chicos que se besan dos filas por delante de él, pero después aparta la mirada y vuelve a centrarla en su acompañante.

Cuando comienza la película, estoy más atento a ellos que a la historia, a pesar de que lo único que puedo ver son sus cabezas. Minutos después, el chico se inclina hacia Óscar. El corazón me da un vuelco al creer que va a besarlo, pero tan solo le susurra algo al oído, muy cerca de la oreja. Me da la impresión de que Óscar se estremece, aunque no sé si es real o lo he imaginado. Estoy casi seguro de que ha sido real, pero a estas alturas estoy tan paranoico que ya no sé ni qué creer.

Óscar asiente con la cabeza como respuesta a lo que le ha dicho, y un par de segundos después los dos se miran. Temo que vayan a besarse entonces, pero tan solo rompen a reír, hasta que unas cuantas personas a su alrededor los mandan callar. Siento una nueva punzada de celos al ver esa complicidad, la misma que yo compartía antes con él y que ahora he perdido por completo.

Y que nunca podré recuperar.

Al cabo de un rato, vuelven a mirarse.

Tardo más de media hora en ver otro avance. Óscar inclina la cabeza poco a poco hacia un lado y la apoya sobre el hombro del chico, como quien no quiere la cosa. Tras una breve pausa, él le pasa un brazo por encima de los hombros y lo deja ahí, rodeándolo. Noto las mejillas ardiendo, y el mismo

calor me recorre todo el cuerpo. Quiero levantarme y cargarme partírla la cara ahora mismo a ese cabrón, pero por desgracia hay demasiada gente entre nosotros. Me doy cuenta de que estoy apretando el reposabrazos con fuerza, así que me apresuro a relajar los músculos antes de que alguien piense que me he vuelto loco.

Cuando termina la película y comienzan los créditos, Óscar aparta la cabeza y se masajea el cuello con las manos. El chico lo mira, sonriendo, pero ninguno de los dos se levanta. Y entonces acerca la cara a Óscar. Sé que ha llegado el momento, y no quiero mirar, pero sigo haciéndolo. Va a besarlo. Va a hacer lo que yo nunca fui capaz de hacer.

El corazón me late con tanta fuerza que es como si fuera yo quien estuviera a punto de besarlo. O como si fuera Óscar quien estuviera a punto de besarme a mí.

Pero, en el último segundo, Óscar se aparta de él.

Apenas logro reprimir la tentación de soltar un grito de júbilo, pero por suerte me contengo justo a tiempo. El chico se queda inmóvil, con la cara a unos centímetros de la suya, y entonces baja la cabeza y la apoya en la de Óscar. Tras unos segundos, niega con la cabeza y veo que le está diciendo algo. Poco después, se aparta de él para mirarlo y le dice algo más. Desde donde estoy puedo ver claramente que parece alarmado. Está claro que no esperaba que fuera a hacerle la cobra, y no puedo evitar sonreír. Un instante después, me arrepiento: ¿en qué clase de persona me convierte eso?

Óscar se lleva las manos a las mejillas y, cuando se gira para mirarlo, veo que está llorando, aun a pesar de la escasa luz de la sala. Hablan durante unos segundos, pero entonces el chico le pone la mano sobre la boca. A continuación, le seca las lágrimas de los ojos con la otra mano.

Siguen hablando mientras la sala se va vaciando poco a poco, y me encojo aún más en mi asiento, temeroso de que me pillen. Después permanecen en



silencio durante unos segundos, y entonces el chico dice algo que hace que Óscar niegue con la cabeza. Continúan hablando un par de minutos más, hasta que finalmente se levantan y salen de la sala. Cuando paso junto a la fila donde estaban sentados, veo que el suelo delante de sus asientos está lleno de palomitas y noto como si algo me cerrara la garganta desde dentro.

No me cuesta demasiado imaginar por qué deben de haberse caído.

Me planteo durante unos instantes la posibilidad de seguirlos para ver adónde van, para ver qué hacen, aunque enseguida la descarto. Quiero saber lo que van a hacer ahora, pero me da miedo averiguarlo. Sin embargo, tampoco quiero volver a casa, donde tendría que enfrentarme a la realidad, donde tendría que ponerme la máscara para que mi abuela no se percatara de cómo estoy. Así que echo a andar sin rumbo fijo.

No tardo demasiado en darme cuenta de que no tendría que haberlo hecho. No sé dónde estoy, y los nombres de las calles no me dicen gran cosa. Aunque algunas me suenan, no tengo ni idea de cuál es cada una, ni mucho menos de cómo llegar a la estación desde donde estoy. Veo que a lo lejos hay una boca de metro, pero enseguida descarto la opción de entrar. Jamás he ido en metro, y ni de coña voy a hacerlo por primera vez solo; seguramente me perdería. Supongo que podría utilizar el móvil para guiarme, pero ni siquiera sé adónde tengo que ir, así que no serviría de mucho.

Sigo caminando, hasta que al fin me encuentro en medio de un grupo de personas que parecen ir todas en la misma dirección. Quizá vayan hacia el centro, donde está la estación, así que decido seguirlos. Pero al cabo de un rato me doy cuenta de algo: la mayoría son tíos y algunos de ellos van de la mano, sin mostrar ningún pudor. Algunos incluso se besan como si nada, y otros gritan obscenidades que provocan que me sonroje y comiencen a apretarme los pantalones. Uno de ellos, un chico moreno, me mira de vez en

cuando, y una de las veces me guiña un ojo. Yo me apresuro a apartar la mirada, azorado.

Cuando me doy cuenta, me encuentro cerca de la puerta de lo que parece un bar o una discoteca. Por el ambiente y por la gente que hay a mi alrededor, estoy seguro de que se trata de una discoteca gay. El corazón comienza a latirme con fuerza y, cuando estoy a punto de volverme para marcharme, alguien me empuja sin querer por detrás y acabo chocando contra el chico que estaba mirándome.

–Perdona... –mascullo, enrojeciendo hasta la raíz del pelo. ¿Cómo puedo ser tan torpe?

–Tranquilo, guapo.

–Bueno... ya me voy –digo con un hilo de voz. Comienzo a volverme, pero él me sujeta el brazo con la mano.

–Oye, espera. ¿Por qué no te vienes? –me pregunta, y yo enrojezco aún más de forma violenta.

¿Que qué? ¿Que vaya con él? ¿A una discoteca gay o algo parecido? No creo que eso sea muy buena idea, pero al mismo tiempo no puedo evitar sentir cierta curiosidad. Decido que lo mejor será tratar de ganar un poco de tiempo.

–Eh... No sé.

Él sonrío.

–Venga, no seas tímido. ¿Estás solo?

Las mejillas me arden cada vez más, pero a pesar de ello logro asentir torpemente con la cabeza.

–Sí.

–Pues vente –insiste, y acto seguido me guiña un ojo–. Lo pasaremos bien.

Lo miro de arriba abajo, sin saber qué hacer. Muy a mi pesar, tengo que reconocer... tengo que reconocer que está bastante bien, aunque no sé por

qué estoy pensando eso. El pelo oscuro le cae con suavidad por la frente, sobre los ojos castaños. Nada del otro mundo, pero su mandíbula es fuerte y angulosa, y sus labios se curvan en una sonrisa mientras me mira. Y, desde luego, parece interesado. Podría irme con él. Podría hacer lo que quisiera con él.

Pero no. No puedo hacer eso. Yo no soy gay, ¿verdad?

Lo cierto es que no lo sé. Si no soy gay, ¿por qué hacía esas cosas con Óscar? ¿Era solo diversión entre amigos, como siempre le decía, o es que había algo más? Si no soy gay, ¿por qué me siento tan celoso de ver a Óscar con ese chico? ¿Por qué los he seguido hasta el cine como si fuera un acosador?

Son preguntas para las que no tengo respuesta, pero el chico sigue esperando, y me doy cuenta de que probablemente pareceré tonto si continúo aquí plantado sin decir nada.

—Está bien.

Mis palabras escapan de mi boca antes de que pueda detenerlas, antes de que pueda decidir de forma consciente que quiero lanzarme a la piscina, pero ya es demasiado tarde para retractarme. El chico sonrío aún más y me pasa una mano por detrás de la espalda, acercándose un poco más a él. Nos conduce hasta la puerta, donde el de seguridad nos mira con cierto recelo. No aparento los dieciocho ni de broma, así que probablemente me pedirá el DNI y no me dejará pasar.

—Está conmigo —dice el chico, que parece conocerlo, cuando estoy a punto de dar media vuelta. Le tiende un billete de veinte y el de seguridad lo acepta sin hacer preguntas.

La verdad es que ha sido mucho más fácil de lo que pensaba.

—Gracias —digo con un hilo de voz al entrar.

—No es nada. ¿Cómo te llamas?

Me siento un poco incómodo ante el hecho de que no me haya preguntado mi nombre hasta ahora, pero trato de no darle importancia. Estas cosas pasan, ¿verdad? Seguramente se le habrá olvidado y, después de todo, yo tampoco lo he hecho.

–Darío. ¿Y tú?

–Jose. Encantado.

–Lo mismo digo.

Se inclina hacia mí para darme dos besos, acercándose un poco más de la cuenta, y me da la impresión de que me toca más de lo que sería realmente necesario. Cuando nos separamos, me conduce hacia la barra.

–¿Qué te apetece beber?

Buena pregunta.

–Eh... Un cubata.

Pide las bebidas en la barra y entrega a cambio los tiques que le ha dado el tío de seguridad. A continuación, me tiende uno de los vasos y me lleva hasta una zona apartada, más tranquila y menos abarrotada que la barra y la pista de baile. Nervioso, no dejo de dar grandes tragos al cubata mientras él habla por los codos. Está muy cargado, mucho más de lo que esperaba, y la cabeza enseguida comienza a darme vueltas. Decido que será mejor no pasarme demasiado con la bebida, porque no estoy muy acostumbrado y siempre me afecta mucho.

–¿Vienes mucho por aquí? –me pregunta tras unos pocos segundos de silencio.

–Qué va –respondo con sinceridad–. Es la primera vez que vengo.

–¿Y qué te parece esto?

Me encojo de hombros.

–No lo sé.

–¿No lo sabes?

Si hubiera un premio a la estupidez, seguro que yo lo ganaba sin despeinarme.

–Bueno... es raro.

Suelta una carcajada.

–¿Raro?

–Sí, no sé... es distinto a lo que estoy acostumbrado, supongo. Pero está bien –me apresuro a añadir, preocupado porque haya podido molestarle.

Seguimos bebiendo casi en silencio, haciendo tan solo alguna pregunta de vez en cuando, hasta que los dos nos acabamos las copas.

–¿Vamos a bailar? –sugiere.

En cualquier otra ocasión, me habría negado. No se me da bien bailar, y la verdad es que ni siquiera me gusta hacerlo. De hecho, nunca he bailado con un tío. Pero no estoy acostumbrado a beber, y el cubata estaba muy cargado para mí. Noto una especie de cosquilleo por todo el cuerpo y siento la cabeza como si flotara por encima de mi cuerpo. Una parte de mí quiere negarse, pero a la otra le da todo igual.

Así que asiento con la cabeza.

–Vale.

Cuando quiero darme cuenta, las manos de Jose están en mi cintura, pegándome a él mientras nos movemos al ritmo de la música. Cuando acaba la canción y comienza una más intensa, las manos de Jose me atraen hacia él, pegando mi cintura a la suya. Noto una tensión agradable e incómoda al mismo tiempo, y enseguida los vaqueros comienzan a apretarme. Él lo nota y su sonrisa se ensancha. Se pega cada vez más a mí, haciendo que la presión aumente hasta resultar casi insoportable.

Y entonces me besa.

Es un beso extraño, cálido y húmedo. La sensación es muy rara, y al principio no estoy seguro de si me gusta o no. La lengua me estorba un poco

y no sé qué es lo que se supone que debo hacer con ella, así que la dejo inmóvil. Pero entonces noto la suya, abriéndose camino entre mis labios, entrando en mi boca. Empiezo a mover la mía, dudoso, y el contacto entre las dos me provoca un cosquilleo que me recorre todo el cuerpo. Levanto el brazo con lentitud, casi sin darme cuenta, y lo pongo sobre su espalda. Jose intensifica el beso, y yo comienzo a bajar las manos poco a poco, hasta llegar a sus nalgas. El tacto me recuerda al de Óscar, aunque el suyo me gustaba más. Mucho más.

Pero no puedo pensar en Óscar ahora, así que aprieto con las manos para atraerlo más hacia mí. Siento los pantalones cada vez más tensos, y también noto que los suyos están igual. Creo que le gusta, y a mí me encanta también me gusta. Entonces se separa de mi boca y comienza a besarme el cuello, dando pequeños mordisquitos aquí y allá y arrancándome con crueldad una serie de gemidos bajos que no soy capaz de controlar.

Que no quiero controlar.

–Para...

Pero no lo hace; al menos, no enseguida. Cuando acaba la canción se separa un poco de mí y pienso que quiere que nos vayamos de ahí, o tal vez parar, pero entonces se gira para tomarme las manos y me acerca a él, pegándose a su espalda. Llevo las manos hasta su cintura para atraerlo hacia mí y me pego más a él, meciéndonos los dos al ritmo de la música, cada vez más juntos. Sus nalgas se mueven contra mí de forma lenta y provocadora, y temo estar a punto de perder la cabeza en cualquier momento. La presión es cada vez más fuerte, hasta el punto de resultar casi dolorosa.

Sin el casi.

Y entonces, la canción termina también y nos separamos un poco.

–Voy al baño –dice con voz entrecortada–. ¿Vienes?

Las implicaciones de su pregunta están demasiado claras, pero lo cierto es que no me importa. Quiero ir con él. No, no es solo eso: necesito ir con él. Así que, sin pensarlo más, asiento con la cabeza y lo sigo hasta un extremo de la sala. El cerebro me da vueltas por el camino y no sé si es a causa del alcohol, de la música, del baile o de las ganas que tengo de quedarme a solas con Jose. Supongo que es una mezcla de todo.

Cuando entramos en el lavabo veo que está en penumbra a causa de una bombilla fundida, y también algo sucio, pero en ese momento no me importa. Hay más gente, pero cuando Jose me conduce hasta una de las puertas vacías nadie parece sorprenderse demasiado: lo más probable es que no seamos los únicos. Y lo cierto es que tampoco me importa gran cosa quién pueda haber, aunque una parte de mí sabe que lo más seguro es que se deba sobre todo al alcohol. Pero eso tampoco me importa.

Una vez dentro del compartimento, comienza a besarme casi con furia, agarrándome las nalgas para pegarme más a él. Yo me dejo hacer y, cuando lleva la mano hacia delante y comienza a tantearme, me limito a soltar una serie de gemidos cada vez más profundos. Sé que, a pesar del ruido, deben de oírme desde fuera, pero a decir verdad eso es lo último que me preocupa en estos momentos.

Tras unos pocos minutos, Jose se separa de mí para cerrar la tapa del retrete y se sienta encima, sin molestarse siquiera en comprobar si está sucio. A continuación, me acerca a él y comienza a desabrocharme el cinturón con ansia. No sé si debería permitirle que continuara, pero la sensación de libertad cuando me baja los pantalones y cierra la mano sobre mis calzoncillos es demasiado agradable como para oponerme a ello.

—¿Te gusta? —pregunta con una sonrisa deseosa, y yo asiento con la cabeza.

—Sí... —comienzo a decir, y entonces aprieta más con la mano—. Joder, sí.

—Pues ya verás.

Vuelve a apretar, arrancándome un gemido, y a continuación comienza a mover la mano rítmicamente, acelerando cuando menos me lo espero y después volviendo a bajar el ritmo. Cierro los ojos, abandonándome a la sensación, y cuando creo que ya no voy a ser capaz de aguantar mucho más, Jose se detiene.

Abro los ojos, algo molesto, pero veo que está sonriendo. A continuación, comienza a bajar poco a poco la cabeza, como provocándome.

–¿Es...? ¿Estás seguro? –pregunto con un hilo de voz.

Se detiene.

–Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Me encojo de hombros, pero no respondo, así que él baja la cabeza y comienza a chupar. Con ganas.

La verdad es que es muy distinto de Óscar, que es el único con quien puedo comparar. Él lo hacía bien, pero se notaba que yo era su primer chico. Siempre había dudas, timidez, algo de recelo. Lo hacía con ganas, pero también con inseguridad. Sin embargo, está claro que yo no soy el primer chico con el que está Jose, porque sus movimientos son seguros y expertos. Fuertes. Entusiastas. Enérgicos. Actúa como si estuviera muriéndose de hambre, como si estuviera deseando devorarme entero. Y quiero que lo haga.

Y aun así, una parte de mí se da cuenta de que esa no es la única razón por la que no es lo mismo. Cuando Óscar lo hacía, había algo más, algo que Jose no tiene. Él lo hace por sí mismo y por mi cuerpo, pero no por mí. Lo hace solamente porque a él le gusta. Quizá quiera hacerme disfrutar, pero no es ese su objetivo principal. Con Óscar, en cambio, era todo lo contrario. Él lo hacía por mí, y lo único que quería era contribuir a hacerme feliz. Quería darme placer, aunque yo no se lo diera a él. Y lo peor es que yo sabía que eso no estaba bien, que no era justo para él, y aun así no hacía nada para cambiarlo.



Pero la cabeza me da demasiadas vueltas, así que no me detengo mucho más a pensar en ello. Simplemente me quedo con los ojos cerrados y me limito a disfrutar, a permitir que me haga disfrutar.

No sé cuánto tiempo pasa, pero en más de una ocasión estoy a punto de estallar de placer. Cuando finalmente decido dejarme llevar, le agarro la cabeza con ambas manos y comienzo a mover las caderas con fuerza, y él se deja hacer sin queja alguna, soltando una serie de gemidos ahogados que me enloquecen todavía más.

Se pone en pie al cabo de un rato, con las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas. Tiene los pantalones por los tobillos, aunque no sé cuándo se los ha quitado. Tras besarme con intensidad, se lleva una mano al bolsillo. Acto seguido, me pone algo en la palma, y al bajar la mirada veo el envoltorio cuadrado.

–Fóllame.

–¿Qué?

–Que me folles.

Miro a mi alrededor, inseguro.

–¿Aquí?

–Claro.

–No sé...

–Venga, lo estás deseando –insiste, arrancándome gemidos con la mano.

–Pero...

Me quita el condón de la mano, lo abre con la boca y me lo pone con un único movimiento fluido. Otra vez tan distinto a Óscar, tan seguro de sí mismo, tan decidido. A continuación, me da la espalda y se inclina sobre la pared.

–Venga.

Así que lo obedezco, y cuando por fin entro en él la sensación de placer es indescriptible. No necesito tener cuidado, pues se nota que está más que acostumbrado a hacer esto. De modo que, cuando comienza a gemir, yo muevo las caderas con más fuerza, con un movimiento rítmico y regular, aumentando cada vez más la velocidad. Lo abrazo por detrás, jadeando contra su oreja, y él no deja de gemir de forma ruidosa, sin importarle quién pueda oírnos. A mí tampoco me importa, y ya no es solo eso: en el fondo, a una parte de mí le gusta la idea de que puedan oírnos. De que sepan lo que estamos haciendo.

–Más fuerte... –murmura, y yo trato de hacerlo, aunque en esta postura es difícil. No estoy acostumbrado a hacerlo de pie... con Óscar casi siempre era en una cama.

Y entonces se me escapa.

–Óscar... –susurro entre dientes, y enseguida me doy cuenta de lo que he dicho y dejo de moverme—. Perdona, es que...

–Da igual, joder –replica con un gruñido—. Tú sigue.

Pero no da igual. No es Óscar. Miro su espalda sudorosa, mis manos en sus caderas, y me doy cuenta de que no tengo ni idea de quién es realmente este chico, ni de por qué estoy con él. No sé qué coño estoy haciendo, pero tampoco tengo la suficiente fuerza de voluntad para detenerme.

Así que no lo hago.

En lugar de eso, me esfuerzo por concentrarme y moverme cada vez más rápido, dándole lo que me pide, tratando de imaginar que no es él, que no es un desconocido. Tratando de imaginar que es Óscar, a pesar de que él nunca me pedía más como sí está haciendo Jose. Me esfuerzo por darle lo que me pide, hasta que al fin me pierdo en el éxtasis de jadeos y gemidos al oído.

Un segundo después de acabar, me siento asqueado de mí mismo.

# CAPÍTULO 12

Every step I take, I walk alone  
My winter storm holding me awake  
It's never gone when I walk alone

*I Walk Alone, Tarja Turunen*

Acaban de empezar las vacaciones de Navidad y ya quiero que acaben. No estoy solo del todo, porque tengo a mi abuela y a Rocky, pero me siento un poco deprimido ante la perspectiva de pasar tanto tiempo sin contacto alguno con más gente, sin salir apenas de casa. Y las entradas en el blog de Óscar no ayudan demasiado a que mi ánimo mejore.

## COSAS BONITAS

¿Hay forma más bonita de empezar las vacaciones de Navidad que quedarte hablando por teléfono hasta las cuatro de la madrugada?

Yo creo que no.

:)


Publicado el 23 de diciembre a las 4:11

Comentarios: 0

¿Te ha gustado? Compártelo

 LinkedIn

 Facebook

 Twitter

 Google

 Tumblr

Puede que la entrada sea corta, pero a mí me dice mucho. Muchísimo más de lo que aparenta a simple vista. Se le nota feliz y emocionado, y es una entrada tan distinta a la mayoría de las anteriores que es evidente que ha habido grandes cambios en su vida. Y lo peor es que no puedo evitar sentirme celoso al leerla. No puedo evitar sentirme celoso al darme cuenta de que nosotros nunca nos hemos quedado hablando hasta las cuatro de la madrugada, ni cuando empezó todo ni antes, salvo que estuviéramos hablando con Fer por el grupo.

Sé que debería alegrarme por él. Sé que debería estar contento por ver que Óscar es feliz, que ese chico es capaz de darle la felicidad que yo no supe darle. Sé que, si fuera buena persona y no un cabrón, así sería. ¿No se supone que eso es lo que hacen las buenas personas? ¿Alegrarse de que la gente a quien quieren es feliz? Supongo que eso significa que en el fondo no soy una buena persona en absoluto.

Entonces, ¿por qué seguir intentándolo?

Recuerdo a Jose y me maldigo una vez más por no haberle pedido su número de teléfono. En realidad, si quiero verlo no es tanto por él como por lo que hicimos en el baño de la discoteca. Después de eso, me fui demasiado rápido. No era capaz de mirarlo a la cara: la vergüenza era demasiado grande, y el asco que sentía por mí mismo, también. No podía seguir hablando con él como si nada hubiera pasado. Pero ahora he decidido que, ya que no puedo

ser feliz porque yo mismo me lo he buscado, no voy a negarme también la posibilidad de disfrutar.

Decido volver a la discoteca el día de Navidad, por la noche. Recuerdo el nombre, así que no me resulta difícil dar con ella cuando la busco en Google. Por lo que dice la gente en internet, tiene fama de ser bastante permisiva con los menores de edad, así que espero que no me pongan restricciones al querer entrar, aunque vaya solo. No me haría mucha gracia precisamente hacer todo el viaje para nada.

–Esta noche me quedaré a dormir en casa de Fer –digo cuando mi abuela y yo estamos terminando nuestra comida navideña para dos, procurando no tartamudear–. ¿Te parece bien? –me apresuro a añadir, al darme cuenta de que quizás he sonado demasiado brusco.

Mi abuela levanta la vista de su plato, claramente sorprendida.

–¿De verdad, cariño?

Asiento con la cabeza.

–Sí.

–Pensaba que os habíais peleado. ¿Es que os habéis reconciliado ya?

–Sí. Ya está todo arreglado.

Me dirige una enorme sonrisa, y puedo ver claramente que es sincera.

–Me alegro muchísimo, Darío. Y claro que me parece bien, hace mucho que no os quedáis a dormir los tres juntos. –Bebe un sorbo de agua antes de continuar, y yo me esfuerzo por mantener mi cara de póquer–. Porque supongo que Óscar también irá, ¿verdad?

Trago saliva antes de contestar, esperando que mi expresión no me traicione.

–Claro.

Total, ¿qué más dará una mentira más para la lista?

–Pues pasadlo muy bien. –Hace una pausa mientras se levanta y recoge los platos–. Y ahora, vete a sacar a Roque.

–Se llama Rocky... –murmuro en voz baja, pero, como siempre, ella me ignora.

Me apresuro a obedecer, consciente de que tengo que portarme bien y procurar que esté contenta para que no me retire el permiso. Salgo por la puerta, con Rocky caminando fielmente a mi lado, y echo a andar a buen ritmo. Pero esta vez no voy al parque de siempre, ni tampoco a casa de Óscar. Voy hacia las afueras del pueblo y una vez que salgo de sus límites camino por el campo, pegado a la carretera.

No tardo en llegar a un descampado que me resulta familiar. En realidad, no estoy seguro de que se trate del mismo, pero algo me dice que no me equivoco. Las imágenes del verano atraviesan mi mente como destellos. Óscar y yo. Unas toallas sobre el suelo. Nuestros cuerpos desnudos. El sol abrasador sobre nuestras espaldas, calentando nuestra piel mientras la sangre ardía en nuestras venas.

«Eras mi fuego y yo lo he extinguido.»

Me pregunto qué habría pasado con nosotros si no la hubiera cagado. ¿Habríamos seguido tal como estábamos? ¿Un poco de diversión entre amigos de vez en cuando? La verdad es que no lo sé. ¿Habría podido aguantarlo Óscar mucho más tiempo? ¿Habría podido aguantarlo yo? Tal vez hubiéramos acabado explotando de todos modos. O tal vez yo me hubiera dado cuenta a tiempo de lo que sentía. Tal vez hubiera admitido lo que era en lugar de esconderlo, y entonces ahora estaríamos juntos. Pero todo eso es irrelevante, porque no es lo que sucedió.

«¿Cómo podría salvarte si tu fuego lo he apagado?»

Aprieto los dientes, dándome cuenta de que no tiene sentido seguir viviendo en un tiempo que ya no existe. Como decía Timón, hay que dejar el

pasado atrás. Lo que pasó, pasó, y la culpa es toda mía. Fui yo quien la cagó, fueron mis decisiones las que hicieron que todo se fuera a la mierda. De nada sirve ahora plantearse posibilidades que ya no van a suceder.

\* \* \*

Una vez que salgo del metro tras un trayecto lleno de nerviosismo, no me cuesta demasiado llegar a la discoteca gracias al mapa del móvil. La verdad es que no sé cómo demonios lograba ir la gente de un sitio a otro antes de que hubiera móviles con internet. Si yo a veces me pierdo hasta con él, no quiero ni imaginar lo que me habría pasado hace tan solo unos pocos años.

En realidad, ni siquiera sé por qué estoy pensando eso... supongo que es porque tengo miedo de entrar. Verdadero miedo. De hecho, no es solo miedo. Es terror. Es puro pánico, frío como el hielo que siento extendiéndose por mis venas.

Por suerte, cuando por fin me armo de valor y me dirijo hacia la entrada, el gorila de la puerta no me dice nada, aunque me observa fijamente. No sé si es porque me recuerda de la última vez o porque es cierto lo que decían en internet sobre la permisividad del local, pero el caso es que cuando quiero darme cuenta ya estoy dentro. No sé muy bien qué hacer, así que me dirijo hacia la barra y pido un cubata, lo mismo que la otra vez. No soy muy fan del alcohol precisamente, después del verano pasado, pero sé que voy a necesitarlo.

Doy vueltas por ahí, algo incómodo, mientras me tomo mi bebida y espero a que el alcohol vaya haciendo efecto en mi cuerpo, cosa que no tarda demasiado en suceder. Me fijo en que algunos chicos me miran, y uno de ellos me guiña un ojo de forma lasciva, haciendo que aparte la mirada con las mejillas sonrojadas. Yo también miro a algunos, pero no soy capaz de acercarme. Siempre he sido demasiado tímido, y no tengo la autoestima y la

confianza suficientes para tratar de entablar conversación con una persona a quien no conozco, sobre todo si se trata de alguien guapo. Soy demasiado inseguro. Demasiado poca cosa.

Tras terminar el primero, decido ir a pedir otro cubata, molesto porque el alcohol apenas me esté afectando. A continuación, me dirijo hacia la zona de los sofás, donde encuentro uno libre, lo bastante lejos de parejas magreándose como para que no resulte incómodo. Me siento allí y comienzo a tomarme la bebida a sorbos pequeños, mirando a la gente que baila, se besa y desaparece en los lavabos. Al final, aburrido, me dedico a meterme en el blog de Óscar y leer las entradas que ya casi me sé de memoria.

Llego hasta el final y releo una de las primeras que publicó, y también una de las que más veces he leído.

## ¿QUÉ HACES?

¿Qué haces cuando parece que tus sueños se están cumpliendo por fin?

¿Qué haces cuando te das cuenta de que tan solo era una ilusión?

¿Qué haces cuando comprendes que tan solo estabas viviendo en una mentira?

¿Qué haces cuando descubres que tu sueño era tan solo eso, un sueño?

¿Qué haces cuando, a pesar de todo, eres incapaz de despertar?

¿Qué haces cuando no quieres despertar?


Publicado el 27 de junio a las 19:44

Comentarios: 1

¿Te ha gustado? Compártelo

 LinkedIn

 Facebook

 Twitter

 Google

 Tumblr



Mentiría si dijera que recuerdo ese día, pero lo cierto es que no. De lo que sí estoy seguro es de que, por esas fechas, ya había empezado todo. Ya habíamos empezado a... a hacerlo. Ya había empezado a tratar a Óscar como si fuera una mierda, y todo por no ser capaz de aceptar lo que soy. Lo que sentía por él. Y como tampoco era capaz de permanecer alejado, no dejaba de hacerle daño una y otra vez.

Parece irreal que ya hayan pasado seis meses desde entonces. Seis meses desde que decidí que era mejor vivir en el miedo que ser feliz, desde que perdí la oportunidad de ser feliz. Seis meses desde que lo tuve al alcance de la mano, pero no fui capaz de atreverme a dar el paso que necesitaba para alcanzarlo.

Pero lo dejé escapar, y ahora sé que no va a volver.

Debo de ser masoquista, porque decido leer también la siguiente entrada, publicada un mes más tarde.

## OTOÑO

Todavía no sé si este está siendo el peor verano de mi vida o el mejor.

Tan solo sé una cosa: no puedo esperar a que llegue el otoño.

Publicado el 28 de julio a las 21:23

Comentarios: 0



Es curioso que para mí fuera exactamente igual. Fue sin duda el peor verano de mi vida, pero al mismo tiempo fue el mejor.

Por un lado, fue el peor porque fue el verano en que tuve que enfrentarme de verdad a mí mismo. Ya había tenido algún momento, sobre todo en los meses anteriores, después de la noche de fin de año, pero nunca había sido nada tan extremo. Nunca había tenido que recordarlo día y noche. Nunca había estado con Óscar como lo estuve entonces. Sin embargo, también fue el mejor, precisamente porque lo tuve a él.

Pero ya no lo tengo.

Y nunca volveré a tenerlo.

# CAPÍTULO 13

Do what you want

What you want with my body

Do what you want

Don't stop, let's party

*Do What U Want, Lady Gaga y Christina Aguilera*

Para cuando termino de leer el blog entero por enésima vez casi me he terminado el cubata, y estoy planteándome la posibilidad de marcharme de aquí en cuanto me lo acabe cuando un chico se sienta en el otro extremo del sofá. Lo miro de reajo y sus rizos rojizos enseguida me llaman la atención. Entonces me fijo en que está llorando y ni siquiera parece haber reparado en que estoy aquí. No sé dónde meterme. Por un lado quiero irme y dejarlo solo, para que lllore tranquilo, pero por otro me siento preocupado por él, aunque no lo conozca de nada. Supongo que en el fondo soy gilipollas.

–¿Estás bien? –pregunto al cabo de unos segundos, y él asiente con la cabeza–. ¿Seguro?

Duda un instante y después mueve la cabeza de un lado a otro, agitando sus rizos.

–¿Te... tendrías un pañuelo? –me pide entre hipidos.

–Eh... Creo que sí. –Me meto la mano en el bolsillo de la chaqueta y saco un paquete de pañuelos–. Toma.

Le tiendo el paquete y él saca uno.

–Gracias.

A continuación, se suena de forma sonora un par de veces, y giro la cabeza un poco para disimular mi sonrisa. Después se seca la cara con las mangas y me mira con una sonrisa tímida en el rostro pecoso.

–¿Estás bien? –repito, más por hábito que porque necesite que me lo confirme otra vez.

–No. Pero gracias por preguntar.

Me encojo de hombros.

–No es nada.

–Y perdona... perdona por el espectáculo.

Me fuerzo a sonreír.

–No te preocupes.

–¿Cómo te llamas?

Al menos, él me lo ha preguntado al principio. Supongo que, después de todo, también hay gente normal por aquí. Aunque yo no soy quién precisamente para pensar algo así.

–Darío. ¿Y tú?

–Pablo. Encantado de conocerte.

Se acerca un poco a mí para darme dos besos y luego se queda sentado a mi lado, de forma que nuestros muslos se rozan ligeramente. Una parte de mí está segura de que el contacto es intencionado, pero enseguida descarto la idea. Deben de ser imaginaciones mías, divagaciones producto del alcohol que tengo en la sangre.

Aun así, siento un cosquilleo que me recorre todo el cuerpo.

–¿Cuántos años tienes? –pregunta unos segundos después.

Titubeo durante unos instantes antes de contestar.

–Dieciocho.

Suelta una carcajada que le ilumina el rostro.

–Venga ya, eso no te lo crees ni tú. En serio, ¿cuántos tienes?

–Dieciséis –admito al fin, enrojeciendo un poco.

–La verdad es que pareces mayor –comenta.

–Me lo dicen mucho. ¿Cuántos años tienes tú?

–Diecisiete.

–¿Y por qué estabas llorando? –pregunto sin poder contenerme, y al instante pienso que quizás haya parecido un poco cotilla. Tratando de arreglarlo, añado–: Si no es meterme demasiado, claro.

Pablo se ríe, y sus ojos centellean un poco bajo la luz a causa de las lágrimas. Son de un verde intenso, un verde muy bonito, pero en el fondo sé que no debería fijarme en eso. Aunque, ahora que lo pienso, ¿por qué no? ¿Acaso no he venido aquí para hacer lo que quiera y con quien quiera? Puedo fijarme en sus ojos si me apetece, ¿no?

–No te preocupes –contesta–. Después de todo, me has ayudado, así que tienes derecho a preguntar. –Hace una pausa y baja la mirada antes de responder–. Pues verás, es que mi novio me ha dejado.

La verdad es que no sé qué responder a eso. Tendría que haber adivinado que se trataba de algo así, porque era bastante obvio por dónde iban los tiros.

–Lo... lo siento. ¿Llevabais mucho?

Traga saliva.

–Pues íbamos a hacer seis meses la semana que viene. El sábado.

–Vaya mierda... Lo siento.

–Ya ves. Encima coincidía con la semana de su cumpleaños, y llevaba desde el mes pasado preparándole un regalo para que fuera especial... Pero en fin, supongo que ahora eso ya da igual, ¿no?

Se encoge de hombros en señal de resignación, y noto que el corazón me da un vuelco al verlo así. No lo entiendo. ¿Por qué me siento mal por él si ni siquiera lo conozco?

–Lo siento... –repito sin saber qué más decir, y él se encoge de hombros de nuevo.

–Ahora ya da igual. ¿Sabes lo que más me jode?

Niego con la cabeza, pero entonces veo que sigue mirando al suelo, así que no puede verme.

–No.

No contesta de inmediato, y cuando lo hace es con la voz extrañamente pastosa.

–De verdad pensaba que con él iba a funcionar. Antes había tenido una relación difícil que no salió bien, pero con él... Bueno, ya sabes.

En realidad no lo sé.

–Ya –contesto de todos modos, tratando de ser comprensivo.

–Pero en fin, en esa relación también pensaba lo mismo... supongo que es lo que se piensa siempre, ¿no? ¿A ti no te ha pasado?

Tiene gracia que me pregunte eso precisamente a mí. Sin embargo, no estoy por la labor de entrar en detalles, así que trato de ser lo más evasivo posible.

–Le pasa a todo el mundo, ¿no?

Se encoge de hombros.

–Sí... supongo que sí. –Hace una pausa, pensativo, y entonces aprieta la mandíbula–. Pero en realidad lo peor no es que me haya dejado, ¿sabes? Lo peor es cómo lo ha hecho. Ni siquiera ha tenido los cojones de decírmelo a la cara. –Levanta la mirada, y veo que sus ojos verdes están furiosos–. Me ha mandado un puto mensaje. ¿Te lo puedes creer?

Niego con la cabeza, sin saber muy bien qué decir. Al final, decido recurrir a lo que siempre hacía Óscar cada vez que yo estaba mal y necesitaba su apoyo.

Trago saliva antes de decirlo.

—¿Qui...? ¿Quieres un abrazo?

Él dirige la mirada de golpe hacia mí, evidentemente sorprendido. Un instante después, sin embargo, vuelve a mirar al suelo y asiente con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Por favor —responde con voz tímida.

Me acerco más a él y lo abrazo. Su cuerpo es blando, al contrario que el de Óscar, pero me gusta. La sensación es extraña; después de todo, se trata de un completo desconocido. Pero Jose también era un desconocido y me lo tiré en el baño. No sé si es por el recuerdo, por el abrazo o por los dedos de Pablo rozándome la nuca, pero siento un agradable cosquilleo que se extiende por mi cuerpo. Noto un calor que comienza a crecer, y supongo que el alcohol ha empezado a hacer efecto por fin.

Y no sé si eso es bueno o malo.

Cuando nos separamos, Pablo tiene los ojos verdes empañados en lágrimas sin derramar, pero sonrío a pesar de ello, aunque se trata de una sonrisa triste. Deja una de las manos sobre mi muslo mientras habla, y me pregunto si lo estará haciendo a propósito o si simplemente no se ha dado cuenta.

—Encima me han contado que se está tirando a otro.

—¿En serio?

Suelta un bufido.

—Pues sí. El de seguridad es amigo mío —explica, señalando en dirección a la puerta cerrada—, y me lo ha contado. En realidad... por eso he venido hoy aquí, ¿sabes?

—¿Para intentar pillarlo con alguien?

Pablo niega con la cabeza.

–No, él es libre para hacer lo que quiera. Para tirarme yo a otro. Si él va por ahí haciéndolo, yo también.

La presión en los pantalones aumenta ante las implicaciones de sus palabras, y su mano está peligrosamente cerca de zonas comprometidas. Comienza a moverla en círculos lentos, provocándome un cosquilleo con el roce de las uñas. Comprendo que el hecho de haberme puesto la mano en el muslo no ha sido algo casual.

–No... no sé yo si eso sería buena idea –mascullo, tratando de concentrarme–. Tirarte a alguien que no conoces solo por despecho...

Aunque, en realidad, ¿no es exactamente lo mismo que hice yo con Jose? ¿Quién soy yo para tratar de darle lecciones al respecto? Lo miro de reojo y no puedo evitar que mi corazón se acelere cada vez más.

–¿Te han dicho alguna vez que estás muy bien? –pregunta.

Suelto una carcajada nerviosa. El corazón me late ahora tan fuerte que estoy seguro de que tiene que estar notándolo a través de mi pierna.

–Bueno... alguna vez –bromeo, tratando de aliviar la tensión del momento.

Pablo se ríe a su vez y, para mi sorpresa, se acerca a mí para besarme.

Es un beso repentino e inesperado, pero enseguida me entrego a él como si hubiera estado aguardándolo. Sus labios son suaves y cálidos, y su sabor es una curiosa mezcla a sal y alcohol. Sin contar aquel beso fugaz de Óscar, solo tengo los besos de Jose para compararlos, y me doy cuenta de que los de Pablo son muy distintos. En Jose había una especie de desesperación extraña, una necesidad casi animal. También hay algo de desesperación en los labios de Pablo, pero es distinta. Él me abraza mientras me besa, acercándose más a él, y noto que su desesperación no es solo física, sino también emocional.

Cuando nos separamos tras un buen rato, los dos tenemos la respiración entrecortada. Lo miro a los ojos y veo que tiene las pupilas dilatadas,



oscureciendo casi por completo sus iris verdes. Su pulso está tan acelerado como el mío.

–¿Vamos a los baños? –pregunta entre jadeos, y mueve la mano hasta mi cremallera con lentitud. Sonríe y después aprieta un poco, arrancándome un gemido en contra de mi voluntad.

–No sé yo si es buena idea –me obligo a decir, a pesar de que no hay nada que desee más en estos momentos. Aunque he venido para esto, no me parece bien hacerlo con Pablo. Sería como aprovecharme de él, y no es eso lo que quiero hacer.

–Ahora mismo me da igual que sea una buena idea o no, la verdad.

–¿Estás seguro?

Asiente con la cabeza, presionando más con la mano y enloqueciéndome poco a poco.

–Completamente.

Desde luego, está claro que sabe lo que está haciendo, y ni siquiera parece estar borracho. Y si yo también quiero, ¿por qué no seguirle el juego? Ninguno de los dos está haciendo nada malo, ¿no?

–Pues vamos –respondo al fin.

Una vez que estamos en los lavabos, nos encerramos detrás de la misma puerta tras la que estuve la semana pasada. Oigo que hay alguien en el compartimento de al lado, pero no me preocupa lo más mínimo. Apenas me doy cuenta de que Pablo me está desabrochando el cinturón hasta que su boca comienza a trabajar, y entonces me abandono al placer.

–¿Tienes condones? –pregunto cuando vuelve a estar a la altura de mi cara, maldiciéndome por no haberme acordado de comprarlos. ¿Cómo puede haberseme olvidado cuando sabía perfectamente a lo que venía?

–Sí. –Titubea durante unos segundos antes de continuar–. ¿Quieres que te folle?

–Eh... no.

Arquea una ceja.

–¿Quieres follarme tú a mí?

–Si tú quieres...

Se muerde un labio, y me entran ganas de mordérselo yo también. Lo hago y él suelta un gemido prolongado. Le desabrocho el cinturón para meter la mano en su ropa interior, y él se deja hacer.

–No sé yo... se me va a hacer raro.

–Oye, que si tú no quieres tampoco pasa nada. Si no te gusta...

Él niega con la cabeza.

–No, si no es eso... en realidad soy versátil. Pero... –Se detiene, y yo aprovecho para bajarle la cremallera de los pantalones–. Pero es que normalmente solo dejaba que lo hiciera Alejandro, ¿sabes?

–¿Quién es Alejandro?

Suelta un suspiro.

–Pues ya sabes... mi ex.

Parpadeo un par de veces, desorientado, y entonces recuerdo la conversación que hemos mantenido hace unos pocos minutos. Al parecer, el alcohol me ha afectado más de lo que creía.

–Vale, ya. –Permanezco en silencio durante unos instantes, sin saber muy bien qué decir–. Pues no sé... como tú quieras. No tenemos por qué hacer esto si no quieres.

Me mira fijamente, con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. Los bucles rojizos le caen húmedos sobre la frente.

–Bah... qué más dará ahora, ¿no? Y de todos modos, él nunca me dejaba que lo hiciera yo. –Hace una pausa para besarme y juguetea con mi lengua durante unos segundos–. Hazme lo que quieras.

Y eso hago.

## (OSCURIDAD)

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Estoy solo. Sí. Completamente solo. Estoy en el fondo de un pozo infinito, donde nada puede alcanzarme. Donde nada puede ya salvarme. Excepto él. Tal vez él sí pueda salvarme.

No. Soy yo quien debe salvarme.

Oigo otra respiración, aunque mucho más lejana que la mía. Los latidos de un corazón que no es el mío, el brillo de unos ojos que no son los míos y se acercan poco a poco hacia mí. No veo a quién pertenecen, pero lo sé de todos modos. Son los ojos de Óscar, pero no veo odio en ellos. No hay furia, rabia ni ganas de hacerme pagar por lo que le he hecho.

El corazón me late cada vez más fuerte, y sé que no tengo dónde esconderme en esta oscuridad. Cuando por fin lo tengo delante, puedo verlo a la perfección a pesar de la oscuridad que nos envuelve. Sus ojos me miran, pero no hay dolor ni decepción en ellos.

–Yo te quería, Darío –dice con voz ronca. Una voz que no es la de Óscar y al mismo tiempo es claramente la suya.

–Lo... Lo sé –consigo decir, aunque apenas logro oír mi propia voz por encima de mis latidos.

–Todavía te quiero.

El corazón me da un vuelco.

–¿De...? ¿De verdad?

–De verdad.

Y entonces lo beso. Un beso que tantas veces me pidió, que tantas veces le negué. Un beso que sabe a sangre, dolor y lágrimas y, a pesar de ello, es todo lo que podría haber deseado.

–Yo también te quiero –susurro al separarme de él unos instantes, con los labios a tan solo unos pocos centímetros de los suyos.

–¿De verdad?

–De verdad.

–Joder, Darío. Te quiero.

Vuelve a besarme, y yo le devuelvo el beso. Me besa con la fuerza de todos los años de desear hacerlo, con la frustración acumulada en todos los meses que yo no se lo permití. Me besa como si estuviera muriéndose de sed, como si mis labios fueran lo único capaz de calmarla.

Y, entonces, el beso cambia. Se vuelve más intenso, más apasionado. Más ardiente. Sus manos me recorren el cuerpo. Una de ellas me agarra la mano que tengo a su espalda y la hace descender. Se aprieta contra mi cuerpo, y yo lo atraigo hacia mí. Sus labios recorren mi cuello y mi oreja, juguetones. Sus manos forcejean con mi camiseta y, cuando me doy cuenta, está quitándomela.

–¿Estás seguro? –logro preguntar mientras lo ayudo.

–Sí. Joder, claro que sí.

No me da tiempo a decir nada, porque entonces vuelve a besarme. Solo nos detenemos cuando yo le quito la camiseta, y enseguida nos deshacemos de la ropa que nos queda. Pero esta vez es diferente. Esta vez su cuerpo no es un objeto, sino algo que venerar. Algo que adorar.

Y eso es lo que hago, centímetro a centímetro.

Cuando por fin estoy en su interior, siento algo distinto. No es algo rápido como el día que estuve con Jose. Ni siquiera es como con Pablo, donde había algo más de conexión. Y tampoco es como aquellos momentos del verano. Esta vez es algo totalmente distinto.

Pero entonces noto algo húmedo en su espalda, húmedo y caliente. Me detengo para mirarlo de cerca, y veo que se trata de un líquido oscuro y

espeso que sale de una herida situada bajo sus hombros. Asustado, me pongo en pie y lo observo mientras sangra.

–Esto es lo que podrías haber tenido –dice con la voz ahogada mientras se levanta él también–. Es lo que podrías haber tenido si no me hubieras matado.

Extiende ambos brazos hacia mí, y entonces la piel se le abre por todas partes, en un sinfín de cortes que la recorren como telarañas. Comienza a manar sangre de ella, a borbotones, más sangre de la que nadie sería capaz de perder y seguir en pie. Me aparto unos pasos, sobresaltado.

–Es todo culpa tuya...

–Óscar... Lo siento, Óscar...

La sangre negra como el alquitrán fluye por sus brazos, espesa y abundante, y cae al suelo formando un charco oscuro. Tiene la camiseta húmeda, y también los pantalones, y veo que sus brazos no son lo único que sangra. Su pecho también lo hace. Sus piernas. Su cuello. Un largo tajo le recorre la cara desde la comisura de los labios hasta la sien, desfigurándolo por completo.

–Lo siento... –susurro entre sollozos, observándolo horrorizado–. De verdad, Óscar... lo siento mucho.

–¡Es culpa tuya! –grita él, furioso, y se acerca a mí. Toda la ternura anterior ha desaparecido por completo de su rostro. Ahora, su expresión es decidida. Feroz. Implacable.

–Óscar, lo siento...

Pero entonces me doy cuenta de algo: mis palabras no van a servir para nada. No van a hacer que deje de sangrar. Mis palabras no van a reparar todo el daño que le he hecho.

–Lo tenías todo y me has matado.

Rompo a gritar.

# CAPÍTULO 14

For the heart I'll never have  
For the child forever gone  
The music flows because it longs  
For the heart I once had

*For the Heart I Once Had, Nightwish*

Cuando despierto, no solo estoy empapado en sudor y orina. No solo tengo la garganta ronca de tanto gritar.

También estoy llorando.

Antes no solía llorar, no desde que pasó lo de mis padres Çy me quedé sin lágrimas, pero ahora que he empezado soy incapaz de parar. Me siento asqueroso y húmedo, y sé que huelo mal y que cuanto más tiempo me quede aquí peor será, pero, en lugar de levantarme para meterme en la ducha, me abrazo a la almohada y sigo llorando, desahogándome, sacando de mi interior todo lo que estaba reprimiendo.

No sé cuánto tiempo permanezco así, pero, cuando por fin me detengo, el despertador de la mesilla de noche marca las seis y cuarenta y tres de la mañana.

Salgo de la cama, asqueado al ver cómo la he dejado ahora que ya he conseguido calmarme un poco. Hago un ovillo con las sábanas empapadas, con cuidado de mantener la funda del colchón en la parte exterior para que no gotee y no ponerlo todo perdido. A continuación, salgo de la habitación de puntillas, tratando de no hacer ruido, y no enciendo ninguna luz hasta llegar a la cocina. Y entonces me llevo un susto de muerte.

–Otra vez, ¿verdad?

Es mi abuela, sentada junto a la mesa, con una taza de leche caliente entre las manos. Lleva la bata puesta, y al verla así por alguna razón parece más vieja que nunca. Sé que debo de tener la cara roja por el llanto, pero enrojezco aún más al verla.

Dadas las circunstancias, no tiene sentido tratar de mentir.

–Sí.

–¿Quieres hablar de todo esto, cariño? –Niego de forma enérgica con la cabeza y ella suelta un suspiro—. Bueno, como tú quieras. Anda, dame eso, que yo te lo lavo. Tú métete en la ducha... Intenta tranquilizarte, ¿vale?

–Pero el pijama...

Enrojezco todavía más ante la perspectiva de que me vea desnudo.

–No te preocupes, déjalo fuera del cuarto de baño y ya está. Yo te lo lavo todo, tranquilo.

–Está bien –digo, y doy media vuelta para marcharme.

–¿Darío? –me llama antes de que salga.

–¿Sí?

Hace una pausa antes de hablar.

–Te quiero mucho. No lo olvides, ¿vale?

Las lágrimas vuelven a empañar mis ojos, así que me vuelvo antes de que pueda verlas.

–Y yo a ti.

Me desvisto con rapidez dentro del cuarto de baño, y después abro un poco la puerta y dejo el pijama fuera, en el suelo. A continuación, me meto en la ducha y, una vez allí, dejo que las lágrimas vuelvan a fluir con libertad. Hacía tiempo que no lloraba, pero la sensación no podría ser más liberadora. Es como si hubiera alguna clase de dique en el que se acumularan todos los sentimientos que he estado ocultando y ahora sus muros se hubieran derrumbado.

El problema es que, al desbordarse el dique, a mí me está ahogando toda esta oleada de sentimientos.

Estaba equivocado. No es a Óscar a quien debo salvar, al menos, no todavía. Él puede salvarse solo, y si necesita ayuda, tiene gente mejor que yo para proporcionársela. No. En realidad, es a mí mismo a quien debo salvar. La cuestión es... ¿cómo voy a hacerlo? «Quiero escapar de estas tinieblas que me van dejando sin fuerzas. Quiero escapar de mi mente, pero no hay salida.»

Cuando por fin logro calmarme y sentirme limpio, al menos por fuera, cierro el grifo. Me seco concienzudamente con la toalla, y después me envuelvo en el albornoz y voy hasta mi habitación, tiritando a causa del frío. Pero, una vez me he puesto el pijama limpio, no me meto en la cama. En lugar de eso, salgo al pasillo y voy hasta la puerta entreabierta que hay un par de metros por delante de la mía.

—¿Abuela?

—Dime, cariño.

Hago una pausa, sin saber cómo expresarlo exactamente. Al fin, me decido por la forma más simple.

—¿Puedo dormir contigo?

Odio el sonido de mi voz, tan ridícula e infantil que me siento como si volviera a ser un niño pequeño. Mi abuela tarda unos instantes en responder,



y durante esos segundos temo que vaya a negarse, o tal vez incluso a reírse de mí.

Pero no hace nada de eso.

–Claro que sí, mi vida.

Con timidez, entro en la habitación y voy hasta su cama. Me meto entre las sábanas y, a continuación, me pego bien a mi abuela, tal como hice miles de veces de pequeño. Ella me rodea con un brazo, atrayéndome a su cuerpo, así que le paso el mío por encima para abrazarme bien a ella.

La sensación es extraña. Por un lado, es como volver a ser un niño, como todas esas noches en que me abrazaba a ella para dormir, o todas esas tardes en que dormía la siesta pegado a ella, sintiendo su respiración, incapaz de alejarme ni siquiera un segundo. Sin embargo, es evidente que ya no soy el crío que era. Ahora soy más grande y ella más pequeña, pero la mayor diferencia está en mi interior: tengo demasiadas cosas pesando sobre mi conciencia. Y, a pesar de ello, me siento protegido. Estando aquí, abrazado a mi abuela, tengo la extraña sensación de que todo va a salir bien.

Pero mi mente no deja de jugarme malas pasadas, así que pienso en lo que he hecho esta noche, en lo que hice el otro día. En todo lo que le hice a Óscar. Pienso en que ella no tiene ni idea de la clase de persona que es su nieto, de lo que es realmente. Me siento avergonzado de ser lo que soy, de las cosas que he hecho. Avergonzado de no ser capaz de decirle nada.

–Te quiero mucho –susurro con un hilo de voz, y ella me da un apretón cariñoso en el brazo.

–Y yo a ti, cariño –me asegura con voz soñolienta, y a continuación suelta un bostezo—. Te quiero muchísimo.

\* \* \*

Me siento avergonzado cuando me despierto a la mañana siguiente en la cama de mi abuela, pero ella no menciona nada en todo el día. Al mirar el móvil, veo que tengo un par de mensajes de Pablo de hace una hora, así que me apresuro a responder.

Hola!

Buenos días ^^

Buenos días

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

¿Estás bien?

Si, claro

Y tu?

Si

Es q te notaba raro.

Estoy bien

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Vale

Es q ayer te fuiste muy rapido

Se me escapaba el tren

Vale Estas enfadado o algo?

No, por?

No se

Me parecio q ayer te pasaba algo

---

Ya sabes

Cuando acabamos

Pues no se

Vale

Luego hablamos, ok?

Tengo cosas que hacer

Vale

Hasta luego!

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

[desconectado]

No sé qué sacar en claro de la conversación. No se habrá hecho ilusiones conmigo, ¿verdad? Creo que no le di ninguna razón para que sea así. No hubo nada especial entre nosotros, tan solo sexo. Sí, puede que no fuera igual que con Jose, pero después de todo seguía siendo solo sexo. Nada más.

Sabía que no tenía que haberle dado mi número de teléfono, pero ya es tarde para arrepentirse.

Decido mandarle un mensaje más, por si acaso está triste. No quiero portarme como un completo gilipollas con él después de que me contara ayer que estaba mal por haber terminado con su novio.

Por cierto

Espero que ya estes mejor

???

Mejor de q?

Ya sabes

Lo de tu ex

Ah

Bueno, si

Ahí voy

Algo mejor ^^

Me alegro :)

^^

Supongo que con eso bastará para evitar que se entristezca por mi culpa. Espero de verdad que no se esté haciendo ilusiones de ningún tipo conmigo... Aunque me ha parecido un chico genial, no puedo enfrentarme a algo así ahora mismo. Estoy demasiado confuso para pensar en nadie más. Me siento como una bomba a punto de estallar, y sé que implicarme emocionalmente con alguien me haría explotar sin remedio. No quiero tener que herir a nadie en la explosión.

Además, él tampoco debería fijarse en nadie. Acaba de cortar con su ex, así que necesita tiempo para recuperarse, tiempo para volver a estar bien consigo mismo antes de estar con otra persona. No le conviene tratar de buscar una nueva relación, y mucho menos con alguien como yo. Ni de coña debería fijarse en alguien como yo.

No soy bueno para él.

# CAPÍTULO 15

It's time to forget about the past  
To wash away what happened last  
Hide behind an empty face

*A Beautiful Lie, 30 Seconds to Mars*

Durante el resto de las vacaciones, caigo en una especie de rutina que se repite una y otra vez.

Cuando despierto mojado, me meto en la cama de mi abuela después de ducharme. A veces está durmiendo, pero otras se encuentra en la cocina, tomándose una taza de leche o alguna infusión, depende del día. En cualquier caso, nunca me lo impide, y tampoco dice nada al respecto, ni en ese momento ni al día siguiente. Mejor así: sé que no sería capaz de contarle la verdad si insistiera en preguntarme acerca de las pesadillas casi diarias.

Vuelvo a ir a la discoteca unas cuantas noches. A veces regreso en el último tren o en el primero del día siguiente, según la hora a la que vaya. Un par de veces voy a casa de alguien que apenas conozco y prefiere no hacer nada en los baños. Sin embargo, no vuelvo a darle mi teléfono a nadie. Lo malo es que Pablo me habla a menudo, así que tengo cada vez más claro que está haciéndose ilusiones. Por tanto, trato de ser con él lo más frío posible,

aunque procurando no hacerle daño. Tardo mucho en responder a sus mensajes, a veces horas, y cuando lo hago siempre empleo el menor número de palabras posible. No me gusta ser así con él, pero sé que es lo mejor.

Los problemas comienzan cuando me propone volver a quedar, una semana después de nuestro primer encuentro.

No se si es una buena idea.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Por?

Pablo, acabas de salir de una relacion

Lo se

Pues por eso

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]



No debería tener yo algo que decir?

Suelto un suspiro. Además de no seguirle el juego estos días, también he tratado de tener tacto con él, de no decir algo que pudiera hacerle daño, pero no ha servido de nada. Está claro que se está haciendo muchas ilusiones conmigo, a pesar de mi frialdad, y no puedo permitir que eso suceda. No solo por mí, sino también por él. Me duele tener que hacerlo, pero decido cortar por lo sano. Será lo mejor para los dos, aunque le duela.

Pablo, hay otra persona

Por eso no puedo volver a quedar contigo

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Ah

Me lo podrias haber dicho antes...

Ahora sí que me siento oficialmente mal: acaba de confirmarme que mis sospechas de que se estaba haciendo ilusiones conmigo eran ciertas. En realidad no sé muy bien a qué puede deberse, ya que he sido bastante frío con

él estos días, pero al menos ya he conseguido aclararlo todo con él antes de que la cosa vaya a más.

Lo siento

Da igual

Es que no me corresponde

Vaya...

Lo siento mucho :(

La culpa es mia

La cague con el, así que...

Y eso?

No me apetece hablar del tema

El caso es que no tengo posibilidades, y no me parece justo liarme con nadie

sintiendome así.

Vale...

Lo siento

Estás bien?

Supongo

Y tu?

Yo estoy buen, tranquilo.

Bien\*

Lo tengo asumido

Si quieres seguir hablando...

Podemos ser amigos, no?

Vale :)

Bueno. Al menos parece que las cosas han salido bien, dentro de lo que cabe. De hecho, han salido mucho mejor de lo que pensaba. No quiero que Pablo sea simplemente un tío más con el que desahogarme, por muy bien que estuviera lo de la discoteca. Y tampoco necesito iniciar una relación ni nada remotamente parecido cuando por fin estoy empezando a admitir lo que sentía por Óscar.

No, en realidad eso sería precisamente lo último que debería hacer.

Pero lo que sí necesito es un amigo, sobre todo habiendo perdido también a Fer, y Pablo puede ser ese amigo. No quiero a alguien a quien tirarme; de esos hay de sobra en la discoteca, y él me parece alguien especial. Lo que necesito es alguien con quien hablar, alguien a quien contarle mis problemas, alguien que me escuche cuando estoy mal. Alguien que me cuente sus cosas y a quien pueda abrazar cuando lo necesite, como la noche que nos conocimos. Alguien con quien dejar de sentirme tan solo.

Aunque, si cae algún que otro polvo, tampoco voy a negarme, claro.

Después de todo, sigo siendo lo peor.

\* \* \*

El día de fin de año, unas horas antes de la cena, decido entrar en el blog de Óscar para releer las últimas entradas. Casi me las sé de memoria, pero me da

igual: necesito volver a leerlas para saber que son reales, para saber que de verdad ya está mejor.

## LO RETIRO

Parece que Ethan se equivocaba.

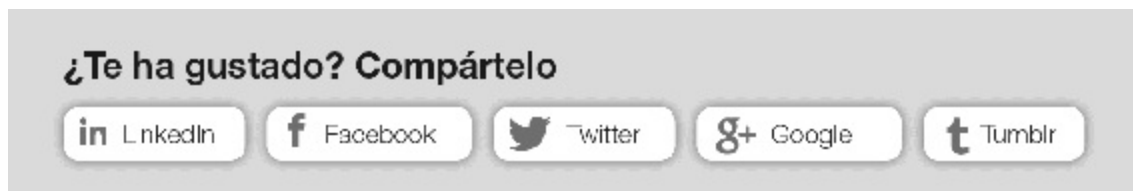
Después de todo, no son abejas.

Son mariposas. Son grandes, y a veces revolotean con demasiada fuerza, pero sin duda son mariposas.

Y son preciosas.

Publicado el 26 de diciembre a las 22:41

Comentarios: 0



## MENUDO MES

Es raro cómo pasan estas cosas.

El mes empezó siendo una mierda total y, sinceramente, entre tú y yo (y por «tú» me refiero al misterioso anónimo que no ha vuelto a dar señales de vida, porque nadie más me lee), no sabía si iba a ser capaz de soportarlo entero.

No sabía si iba a llegar vivo al final.

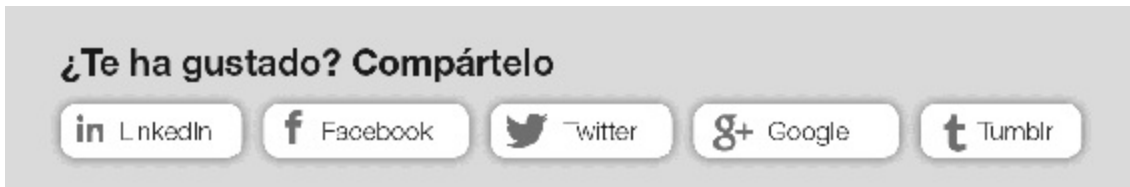
Pero lo he conseguido. Y ahora resulta que está terminando el que, a pesar de todo, ha sido el mejor mes de mi vida.

Después de un año lleno de altibajos, pero sobre todo de sufrimiento, por fin parece que las cosas vuelven a su cauce.

No sé qué me deparará el próximo año, pero espero que por lo menos sepa mantener el nivel de estos últimos días.

Publicado el 29 de diciembre a las 21:53

Comentarios: 2



No puedo evitar sonreír otra vez ante la mención a mis mensajes anónimos. Veo que ahora hay dos comentarios, así que entro para ver si me ha respondido. Así es.

El misterioso anónimo se alegra de verte tan contento.

Puede que no dé señales de vida, pero sigo leyendo desde las sombras todas tus entradas.

Publicado por Anónimo el 30 de diciembre a las 11:57

Sigue pareciéndome increíble que alguien que no conozco se preocupe por mí. En cualquier caso, gracias :)

Publicado por LostBoy el 30 de diciembre a las 14:32



Vuelvo a sonreír al ver su respuesta, y pienso que ni en un millón de años se imaginaría que soy yo. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tendría que le comentara nada después de todo lo que le he hecho?

Decido teclear una respuesta rápida, un recordatorio de que sigo ahí, escondido al otro lado de la pantalla.

Para eso estamos :)

Publicado por Anónimo el 31 de diciembre a las 16:28

A continuación, entro en su Twitter para ver si hay alguna novedad, pero últimamente apenas tuitea. Supongo que, en el fondo, es mejor así. Sin embargo, uno de sus últimos tuits me hace reír.

Lost Boy @LostBoy\_99 · hace 22 horas

Qué raro se me hace que la gente me comente en el blog.

# CAPÍTULO 16

Does anyone love anyone anymore?

Take what they want

Take it and run out the door

*Further Away (Romance Police)*, Lissie

Vuelvo a la discoteca el sábado antes de que comiencen las clases. A partir de ahora no voy a poder venir tan a menudo, así que será una especie de despedida. Además, el viernes pienso contárselo todo a Miriam, y no sé si tendré ánimos para volver después de eso.

Hoy el local está abarrotado; más que de costumbre. No me extraña: en dos días se reanudarán las clases, así que pronto los universitarios tendrán exámenes. Para muchos de los que están aquí, será la última vez que salgan de fiesta en una buena temporada. Por eso no me extraña cuando alguien me reconoce.

—¿Darío?

Me vuelvo y veo a un chico alto, de pelo y ojos castaños y unos cuantos granos repartidos por la cara. Sé quién es. Estuve con él el... ¿el martes? Sí, estoy seguro de que fue el martes. Lo que no recuerdo es su nombre: por más que me esfuerce, no soy capaz de acordarme.



–Hola –saludo con cierta timidez, sin saber muy bien qué decir.

–¿Qué tal? –pregunta, aunque por su expresión me doy cuenta de que está algo molesto. Tampoco puedo decir que lo culpe.

–Bien, aquí estamos. ¿Y tú?

Se encoge de hombros.

–Bien. Te fuiste muy rápido el otro día –añade, y, aunque trata de aparentar normalidad, distingo un matiz acusatorio en su voz.

Trago saliva antes de responder.

–Lo... lo siento. Es que se me escapaba el tren, y...

Dejo la frase inconclusa, pero él sonríe.

–No pasa nada –me asegura–. Es solo que me hubiera gustado tener aunque fuera tu número.

–Lo siento.

–Tranquilo. ¿Te apetece tomar algo?

Ahora soy yo quien se encoge de hombros. ¿Por qué no?

–Vale, vamos.

Todavía no he gastado el tique de la consumición que viene con la entrada, así que lo empleo para pedir un cubata. A continuación, nos dirigimos hacia la zona de los sofás y nos sentamos precisamente en el mismo donde estuve con Pablo hace unos días. Me siento un tanto incómodo, pero tampoco tenemos mucho donde elegir: bastante suerte hemos tenido de encontrar un sitio donde poder sentarnos.

–Y bueno... –comienza al cabo de unos segundos de incómodo silencio–. ¿Cómo va todo?

Vuelvo a encogerme de hombros y doy un trago a mi copa, pensativo. ¿Cómo coño se llamaba...?

–Bien, supongo.

Asiente lentamente con la cabeza, como si le hubiera dado una respuesta de lo más interesante.

—¿Vienes mucho por aquí?

Me encojo de hombros una vez más. Estoy empezando a perder la cuenta.

—De vez en cuando. ¿Y tú?

—Casi todas las semanas. —Hace una pausa antes de continuar, como si no supiera muy bien qué más decir—. La verdad es que me alegra que hayamos coincidido otra vez... Me gustó mucho lo de la otra noche.

Trato de recordar cómo fue nuestro primer encuentro, pero los recuerdos están un tanto borrosos a causa del alcohol. Solo acuden a mí algunos momentos en forma de destellos. Sus dedos recorriendo mi cuerpo. Su lengua en mi boca. Sus dientes mordisqueándome la oreja. Su boca por todas partes. Sus manos contra la pared. Me estremezco al recordar las sensaciones, que esas sí que son casi tan nítidas como si las estuviera sintiendo ahora mismo.

Y aun así, no logro recordar cómo se llama.

—A mí también —digo, aunque no estoy del todo seguro de que sea cierto. Si mis recuerdos borrosos no me engañan, supongo que lo será.

Sin embargo, enseguida me doy cuenta de que no tendría que haberlo dicho, porque entonces se acerca a mí y me coloca una mano sobre el muslo. La situación me resulta familiar, pero no es ni de lejos tan agradable como con Pablo.

—¿Te apetece repetir?

Sí. Claro que sí. Por supuesto que me apetece. Y aun así, sé que no debería hacerlo. Que no debería jugar con él. Pero, a fin de cuentas, él no es Pablo. No tengo ninguna deuda con él ni hay sentimientos de ninguna clase por parte de ninguno de los dos, más allá del deseo. Sé que no se está haciendo ilusiones de ningún tipo conmigo, que no voy a herir sus sentimientos. Para él, como para mí, sería tan solo algo físico. Nada más. Lo más probable es

que mañana ni siquiera piense en mí en todo el día. Estoy seguro de que él tampoco se ha acordado de que existo hasta ahora, y la verdad es que no sé si me importa.

Asiento lentamente con la cabeza.

–Sí. Pero vayamos más despacio esta vez, ¿vale?

El chico sonríe, y todavía no recuerdo su puto nombre. ¿Será quizá que no llegó a decírmelo? Lo peor es que tampoco me acuerdo de eso.

–Como quieras, guapo.

Seguimos hablando durante un rato y finalmente una cosa lleva a la otra, así que nos besamos. Mucho. Su voz me susurra al oído, pero no quiero ir al baño. Todavía no. Quiero disfrutar de este momento, algo que nunca tengo ocasión de hacer. Aunque sea durante un instante, quiero sentirme como si fuera una persona normal que viniera a pasar el rato a la discoteca. Quiero dejar de ser ese chico perdido, ese chico que todavía no está preparado para que lo encuentren.

Y entonces oigo una voz que también reconozco.

–Eres un cabrón.

Me giro sobresaltado y ahí lo veo: Pablo, de pie frente a nosotros, con los rizos rojizos apartados de la cara y los ojos furiosos.

–Pablo...

–Ya veo que me has mentido.

–¿Quién es este tío? –dice el otro chico, tensándose a mi lado. Abro la boca para responderle, pero al final decido ignorarlo.

–Pablo, no es lo que piensas. De verdad, no es lo que...

–No me vengas con excusas –me corta con voz acerada–. Conque no te correspondía, ¿eh? Conque no tenías ninguna posibilidad con él, ¿verdad? Ya veo que solo has estado jugando conmigo.

–¿De qué está hablando? –pregunta el chico sin nombre–. ¿Quién es este tío? –repite, con voz molesta.

Lo ignoro una vez más.

–Pablo, yo...

–No quiero oírlo. No quiero excusas. Si no querías nada conmigo, no tenías más que decírmelo, ¿sabes? No hacía falta que me mintieras.

–No es lo que parece, Pablo...

Suelta una carcajada teñida de amargura.

–Sí, ya. Como si no hubiera visto cómo os metíais la lengua hasta la garganta. Eres un hijo de puta.

–Pero bueno, ¿qué coño está pasando aquí? –pregunta el chico, visiblemente molesto, pero los dos lo ignoramos. Otra vez.

–Pablo, de verdad, no es lo que piensas –insisto con ojos suplicantes, tratando de conseguir que me escuche y entre en razón–. Solo lo he visto dos veces. Joder, si ni siquiera me acuerdo de cómo se llama.

Mierda. Creo que no debería haber dicho eso.

Y por alguna razón, Pablo ya no parece furioso. Ahora, veo en sus ojos que está dolido.

–Ah. Entonces admites que lo de que no querías estar con nadie era mentira –dice con voz fría–. Simplemente era que no querías estar conmigo, ¿verdad?

Vale, la he cagado aún más de lo que pensaba.

–No es eso, Pablo...

Pero no sé qué decir. ¿Cómo voy a explicarle que él fue un chico más, aunque luego resultara no ser como los otros? ¿Qué puedo contarle que no vaya a herir todavía más sus sentimientos? Lo único que hago es cagarla y hacer daño a la gente. «Quiero escapar de mi mente, pero no hay salida.»

–Tendrías que habérmelo dicho, Darío –dice, y su voz suena herida. Y me odio por ello. No se lo merece–. Te conté lo que pasó con mi ex... tendrías que habérmelo dicho.

No me da opción a contestar. Tan solo da media vuelta y se marcha, y yo me quedo allí, sintiéndome peor que nunca.

–Me llamo Javi –dice el chico al cabo de unos instantes, con la voz tan fría como el hielo que me corre por las venas y me cubre el corazón–. Veo que no significó gran cosa para ti si ni siquiera te acuerdas de eso.

Y, sin más, se levanta y él también se marcha. Me quedo solo, pensando en cómo les he hecho daño a los dos sin querer, en cómo he herido los sentimientos de dos personas que no se lo merecían. En cómo siempre acabo hiriendo a la gente, por mucho que intente lo contrario. ¿Es que nunca dejaré de cagarla?

Pero esto tiene que cambiar. El viernes voy a contárselo todo a Miriam, pase lo que pase. Voy a confesar todo lo que ha pasado. Todo lo que he hecho. Y entonces ella podrá ayudarme, y a partir de ahí las cosas empezarán a cambiar por fin. Al menos, eso espero.

Sin embargo, antes de poder contarle nada tengo que volver al pasado. Tengo que regresar a ese último verano, que fue tan horrible y perfecto al mismo tiempo. Ese verano en el que tantas cosas cambiaron, en el que la cagué de tantas formas. Ese verano al que querría volver para no salir jamás de él y que al mismo tiempo me aterroriza. Sé que va a ser difícil, pero debo hacerlo si quiero seguir adelante. Sé que dolerá, pero precisamente por eso es importante que lo haga.

Tengo que volver a ese verano y enfrentarme a él.

## SEGUNDA PARTE

### *TEEN IDLE*

The wasted years, the wasted youth

The pretty lies, the ugly truth

And the day has come where I have died

Only to find I've come alive

*Teen Idle*, Marina and the Diamonds

# CAPÍTULO 17

I keep asking myself  
Wondering how  
I keep closing my eyes  
But I can't block you out

*All the Things She Said, t.A.T.u.*

Noté una incómoda sensación de nerviosismo en la boca del estómago cuando llegué a casa de Fer y llamé al timbre, como cuando estás montado en el vagón de una montaña rusa a punto de ponerse en marcha. Sabes lo que va a pasar, sabes que a lo mejor vas a arrepentirte cuando comience el trayecto, pero ya no hay forma de dar marcha atrás.

No lo entendía. Me había quedado a dormir en su casa decenas de veces, con él y con Óscar, así que no era nada nuevo. Después de todo, eran mis mejores amigos. Y aun así, no podía evitar sentirme emocionado, nervioso ante la perspectiva de pasar una noche entera con ellos. Supongo que sería porque esos últimos meses no habíamos pasado tanto tiempo juntos como antes y, en el fondo, los echaba mucho de menos.

Fue Óscar quien me abrió la puerta al cabo de unos segundos. No me extrañó, pues la casa de Fer siempre había sido una especie de segundo hogar

para los dos desde que tengo memoria. Ha habido épocas del año en las que prácticamente pasábamos más tiempo allí que en nuestra casa. Óscar quería huir de su padre, y yo... bueno, yo no sabía de qué estaba huyendo exactamente. De mí mismo, supongo.

–¡Hola! –me saludó con una sonrisa, y no pude evitar sentir un extraño cosquilleo en la tripa. ¿Qué me estaba pasando?

–Hola.

Nos quedamos inmóviles y en silencio durante unos segundos, sin saber muy bien qué hacer. La situación era incluso un poco incómoda, cosa que me extrañó: entre Óscar y yo nunca había habido incomodidad. O al menos, nunca antes la había habido. Lo cierto era que, desde hacía unos meses, las cosas habían cambiado.

Si hubiera sido Fer quien hubiese abierto, me habría dado un abrazo, y eso probablemente habría eliminado la tensión, pero con Óscar las cosas eran distintas. Con él siempre era todo distinto. Nosotros nunca nos abrazábamos. No sabía cuál era la razón, pero el caso es que nunca lo hacíamos. Quizá fuera porque siempre era Fer quien nos abrazaba a los dos, pero nosotros no teníamos el valor para hacerlo por nuestra cuenta. Era como si nos diera vergüenza.

–Fer ha ido a por unas *pizzas*, que hoy había oferta si ibas a recogerlas –me explicó mientras caminábamos hasta el salón–. Me he quedado aquí para esperarte.

Me di cuenta de lo feliz que parecía porque yo había llegado. Y tampoco tuve más remedio que admitir lo feliz que me sentía yo al verlo. Pero no lo entendía. No sabía por qué me estaba pasando eso. Y tampoco sabía si lo suyo era real o tan solo se trataba de imaginaciones mías. No comprendía ese extraño cosquilleo en el estómago al ver a Óscar, al estar tan cerca de él, al rozar su cuerpo con el mío.



Una parte de mí insistía en que no era nada, en que era algo normal, que solo me alegraba de verlo porque era mi mejor amigo. Bueno, uno de los dos que tenía. ¿No es eso lo que pasa con los amigos? ¿No se alegra uno de verlos, no es feliz cuando está con ellos? Pero entonces, ¿por qué no sentía lo mismo al ver a Fer? Él era mi mejor amigo, y los dos siempre habían sido para mí una especie de conjunto indivisible. No lo entendía.

Esa extraña alegría me hacía sentir repugnante.

–¿Te pasa algo? –me preguntó tras sentarse en el sofá, y su sonrisa sincera desapareció para dejar paso a un ceño fruncido. Estaba claro que se sentía preocupado por mí, y el estómago me dio un vuelco al percatarme de ello.

Tragué saliva, tratando de deshacerme del nudo que sentía en la garganta.

–No, no –conseguí responder, y me senté en el sillón para no tener que ponerme junto a él. En realidad, quería sentarme con él, pero al mismo tiempo no quería estar demasiado cerca—. Estoy bien.

–¿Seguro?

Tragué saliva antes de contestar. ¿Lo estaba? En realidad, no lo sabía.

–Seguro.

Permanecimos sin decir nada durante unos minutos, cada uno con los ojos clavados en su móvil, y la tensión era más que palpable en el ambiente. No comprendía qué estaba pasando. Sí, puede que los últimos meses hubieran sido algo extraños entre nosotros... pero no hasta ese punto. La incomodidad estaba empezando a ser exagerada.

De vez en cuando le lanzaba alguna mirada furtiva, y una de las veces descubrí que él también estaba observándome. Se apresuró a apartar la vista, con las mejillas sonrojadas, y yo hice lo mismo. Enseguida sentí otra vez la necesidad de volver a mirarlo, pero hice un esfuerzo por controlarme y concentrarme en el *Fruit Ninja*. Pero no sirvió de gran cosa, y perdí varias veces seguidas antes de llegar a los 30 puntos. Al final, frustrado, cerré el

juego y me puse a mirar las últimas conversaciones con Óscar, por hacer algo. Sí, desde luego algo había cambiado durante los últimos meses.

Tras unos pocos minutos que se me antojaron eternos, oí el ruido de la puerta principal abriéndose y después cerrándose.

–¡Aquí están las *pizzas*! –anunció la voz animada de Fer, y me sentí aliviado. Oí el sonido inconfundible de sus pasos por el pasillo y un par de segundos después lo vi aparecer por la puerta con dos enormes cajas de *pizza*. El olor a tomate, queso y *pepperoni* flotaba en el aire y provocó que se me hiciera la boca agua–. ¡Hola! No sabía que ya estabas aquí.

Dejó las cajas con cuidado sobre la mesa y se acercó a mí para saludarme. Me puse en pie y él me envolvió enseguida con los brazos, tal como hacía siempre. No era un abrazo por compromiso, ni tampoco algo débil y rápido, sino que me abrazaba con fuerza, como si de verdad quisiera hacerlo. Noté algo cálido en mi interior, y una especie de cosquilleo que se extendía rápidamente por mi cuerpo mientras le correspondía. No pude evitar desear preguntarme cómo sería un abrazo de Óscar, y por alguna razón el pensamiento casi me pareció extrañamente repulsivo. Tenía que dejar de pensar en esas cosas, y tenía que hacerlo ya.

–¿Os apetece ver algo? –preguntó Fer mientras abría las cajas de las *pizzas*, ajeno a mis pensamientos–. Podríamos poner una película o algo así.

–Hoy es la semifinal de Eurovisión –dijo Óscar con un hilo de voz, con una timidez poco propia de él–. Podríamos verla un rato... si queréis.

–¿Eurovisión? Eso es una mariconada –solté con un resoplido, antes de pensarlo dos veces. Al instante me arrepentí de mis palabras, pero ya era tarde.

Fer me miró con el ceño fruncido.

–Pues a mí me gusta –replicó, y me pareció captar un matiz acerado en su voz–. Son dos votos a uno, así que hemos ganado. Pon la tele, Óscar. Tienes

el mando en la mesa.

Eché un vistazo a Óscar, que tenía la cabeza gacha y la mirada triste mientras encendía el televisor. No sabía por qué había dicho eso. En realidad, no sabía qué coño me pasaba, pero una vez más sentí asco de mí mismo. Noté una punzada de culpabilidad por haberle hecho daño, y me planteé durante unos segundos la posibilidad de disculparme. El problema era que no sabía qué decir, así que al final lo dejé correr.

Cuando acabó la semifinal, nos levantamos para recoger los restos de comida.

–Darío, ¿me acompañas a tirar las cajas al contenedor? –me preguntó Fer con voz neutra, lo cual me hizo sospechar que tenía otras intenciones—. Como mis padres vuelvan mañana y se encuentren con que he comido *pizza* sin permiso, me matan.

–Vale.

–Óscar, ¿te importa fregar los vasos y los cubiertos?

–Siempre me toca fregar a mí... –rezongó, y una sonrisa traicionera se extendió por mi cara—. ¿No podéis hacerlo vosotros por una vez?

–Tú ya tienes puesto el pijama –señaló Fer—. Pero si quieres salir así a la calle...

Óscar puso los ojos en blanco.

–Está bien, está bien. Ahora friego.

Mientras él se dirigía hacia la cocina, yo tomé una de las cajas de *pizza* y seguí a Fer hasta la puerta, preguntándome por qué querría que lo acompañara. Cuando salimos al exterior, una brisa fresca me sopló en el rostro, y cerré los ojos durante un instante para disfrutar de ella. Ya casi era verano, y dentro de poco el calor sería insoportable. Al abrir los ojos vi que Fer me miraba fijamente, con la frente arrugada.

–Darío, ¿estás bien?

Me encogí de hombros antes de contestar. ¿A qué venía esa pregunta?

–Supongo.

–Lo que has dicho antes no ha estado bien, y menos delante de Óscar –me dijo sin rodeos–. Lo sabes, ¿verdad?

Enrojecí de golpe ante sus palabras, consciente de que tenía toda la razón.

–Lo sé –respondí con un hilo de voz, sintiéndome de pronto como un niño pequeño al que están castigando por haber hecho algo malo–. Lo siento.

Fer soltó un suspiro.

–Mira, entiendo que estés confuso. De verdad, lo entiendo. Pero Óscar no tiene la culpa de eso, así que no quiero que pagues las cosas con él. ¿Lo has entendido?

El calor de mis mejillas se extendió por todo mi cuerpo con rapidez, y comprendí que se trataba de una oleada de vergüenza.

–No estoy confuso –aseguré, tratando de mantener la voz firme. Él se limitó a mirarme fijamente, como si estuviera retándome–. Lo digo en serio. No sé lo que estarás pensando, pero yo no... Yo no estoy confuso.

Continuó mirándome durante unos segundos antes de responder.

–Mira, me da igual lo que digas, pero no quiero que le hagas daño. ¿Queda claro?

–No voy a hacerle daño –aseguré.

–Más te vale.

Ninguno de los dos dijo ni una palabra más mientras avanzamos hasta el contenedor de basura, al final de la calle. Cuando tiramos las cajas de las *pizzas*, Fer se quedó ahí inmóvil, en lugar de volver a su casa. Lo miré con expresión interrogativa, sin saber si debería decir algo o simplemente esperar a que él lo hiciera.

–Darío, ¿quieres hablar conmigo? –preguntó al fin.

–¿Hablar? ¿De qué?

Se encogió de hombros, y noté cómo el corazón comenzaba a acelerárseme. No me gustaba el camino que estaba tomando la conversación.

–No sé, de lo que tú quieras. ¿Te apetece hablar conmigo o contarme algo?

–Hizo una pausa, pero me di cuenta de que todavía no había terminado—. Siempre nos lo hemos contado todo, ¿no? Si tienes dudas...

–No tengo dudas –me apresuré a corregirle, alzando un poco la voz. ¿Por qué coño se empeñaba en decir eso?

–Bueno, pero si estás... si estás preocupado por algo y quieres hablar, ya sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? Yo no voy a juzgarte.

La oleada de vergüenza se intensificó aún más. Estaba claro que lo sabía; no sé cómo, pero lo sabía. Sabía toda la mierda que se me estaba pasando por la cabeza últimamente. Aunque tampoco podía decir que me extrañara: Fer siempre había sido el más perspicaz de los tres, así que era lógico que se hubiera dado cuenta. Sin embargo, sentí miedo. Su rostro estaba serio, y no sabía si era por lo que había dicho antes, por la situación, o porque...

No. No quería pensarlo. Me daba miedo.

–Tranquilo –respondí al fin, tratando de mantener la voz firme—. Estoy bien, no te preocupes.

Su expresión cambió, y por alguna razón me dio la impresión de que parecía decepcionado.

–¿Estás seguro?

No lo estaba, pero asentí con la cabeza de todos modos.

–Sí.

–Darío, siempre puedes contar conmigo, sea para lo que sea. Lo sabes, ¿no? Puedes confiar en mí para lo que quieras.

Tragué saliva. Una parte de mí quería decirle la verdad, contarle todo lo que había estado pensando en contra de mi voluntad durante esos últimos meses, todas las sensaciones extrañas, todos esos sentimientos que ni siquiera

yo mismo era capaz de comprender, pero que no debían de ser naturales. Sin embargo, no podía; me daba demasiado miedo.

No era capaz de admitirlo. Ni ante él, ni ante Óscar... ni siquiera ante mí mismo.

Así que decidí que lo mejor sería seguir mintiendo.

–Tranquilo. Estoy bien, de verdad.

La decepción de su rostro dio paso a la resignación: era evidente que no me creía ni por asomo, pero sabía que no iba a insistir. En lugar de eso, dio media vuelta y se dispuso a volver a su casa, y yo lo seguí.

–Está bien –dijo tras un par de segundos–. Pero recuerda que si alguna vez quieres hablar, estoy aquí, ¿vale?

–Vale.

Cuando volvimos a entrar, fuimos directamente a la habitación de Fer al ver que el resto de la casa estaba a oscuras. Óscar se encontraba allí, tumbado en la cama supletoria, y de repente sentí un ansia extraña por tumbarme junto a él, por... por abrazarlo. Pero ¿por qué quería hacerlo? Nosotros nunca nos abrazábamos.

Aunque quizás el ansia que sentía era por hacer algo más que simplemente abrazarlo.

Pero sabía que eso no estaría bien, así que me odié al instante por ello.

–Hacía mucho que no quedábamos los tres juntos –comentó Fer con expresión pensativa mientras se subía a la cama superior de la litera, ajeno a todo lo que se me pasaba por la cabeza.

–Lo echaba de menos –murmuró Óscar, con la mirada fija en sus pies desnudos.

Había algo en esa imagen que provocaba algo extraño en mí, que me inspiraba... ternura. ¿Por qué coño me inspiraba ternura? Antes dormíamos juntos casi todos los fines de semana, y ahora... Ahora era como si

hubiéramos perdido todo lo que teníamos antes, y eso no me gustaba. ¿Sería porque estábamos creciendo, haciéndonos mayores? ¿Es que no podíamos tener ya la misma amistad que cuando éramos pequeños? Porque, si era así, no quería crecer. Si tenía que perderlos, no quería ser mayor. El problema era que no tenía forma alguna de cambiar lo inevitable, por mucho que lo deseara.

–Lo sé –dijo Fer con tristeza, una tristeza que yo también sentía.

Me quedé callado. Sabía que, en el fondo, si habíamos ido perdiendo esa relación no era porque estuviéramos haciéndonos mayores. Si últimamente pasábamos menos tiempo de lo habitual los tres juntos era en parte por mi culpa, y sabía que ellos también lo sabían aunque no lo dijeran. Fui yo quien dejó de quedar con ellos muchas veces. Fui yo quien dejó de responder a la mitad de los mensajes del grupo que los tres compartíamos. Fui yo quien se pasó los últimos meses alejándose de ellos cada vez más, preocupado porque pudieran averiguar todo lo que se me pasaba por la cabeza, esos impulsos que ni yo mismo entendía.

Una cosa llevó a la otra y comenzaron a hablar sobre la última vez que habían quedado los dos solos, y a comentar la película que habían visto juntos, pero yo apenas escuchaba lo que decían mientras los observaba. Sentí una dolorosa punzada de envidia al ver esa nueva amistad que había entre ellos, esos lazos más fuertes que antes, a pesar de que sabía que la culpa era toda mía.

O tal vez no fuera envidia.

Tal vez fueran celos.

Pero no. No podía ser. ¿Por qué tendrían que ser celos?

–La próxima vez que vayamos al cine tienes que venir con nosotros, Darío –dijo Óscar, más animado que antes, y noté algo cálido y frío al mismo

tiempo en mi interior al oírlo pronunciar mi nombre. Era la primera vez en mucho tiempo que lo hacía.

Asentí lentamente con la cabeza, no muy convencido.

–Está bien.

En ese momento me miró directamente a los ojos, y algo en mi interior dio un vuelco. Otra vez esa misma sensación de antes...

–Te hemos echado mucho de menos.

Nos miramos fijamente durante un instante, pero entonces Fer habló, haciendo que apartáramos los ojos el uno del otro y rompiendo el momento.

–Pues sí, tío. Menos mal que ya se está acabando el curso.

–Bueno, tanto como acabando... Aún quedan varias semanas –señaló Óscar, para quien cualquier segundo en el instituto era demasiado tiempo.

–Da igual, las cosas grandes hay que ir planeándolas con tiempo. Y este verano tenemos que vernos más, ¿vale?

Asentí con la cabeza, aunque no sabía si sería capaz de mantenerlo.

–Vale.

–Tenemos que hacer que sea el mejor verano que hemos pasado nunca –continuó Fer, entusiasmado–. Tenemos un montón de pelis por ver, y también está la piscina. Además, ya podemos ir solos a la ciudad... –Se detuvo durante unos segundos para tomar aliento–. Quiero que sea un verano que no olvidemos nunca.

Me obligué a sonreír.

–Va a ser genial –dije, aunque noté algo extraño en el estómago al hacerlo.

–Podríamos ir a la piscina un día de estos –sugirió Óscar–. Ya empieza a hacer buen tiempo, pero seguro que todavía no estará demasiado llena. Es el mejor momento para ir.

Una serie de imágenes pasaron por mi mente con rapidez.

Óscar en la piscina.



Óscar en bañador.

Óscar mojado.

Su cuerpo desnudo en la ducha.

«PARA.»

–No... No sé si eso será una buena idea –dije antes de poder meditar mis palabras siquiera. Lo único que sabía era que tenía que detener esas imágenes traicioneras que se me pasaban por la cabeza–. Ahora vienen los exámenes, y...

–¿Y desde cuándo te importan a ti los exámenes? –replicó Fer, riendo–. No me digas que te has vuelto un empollón...

–No es eso, pero ya está acabando el curso y...

–Venga ya, Darío –dijo Óscar, y volví a notar esa sensación extraña al oír que pronunciaba mi nombre–. Los tres vamos muy bien, no tenemos de qué preocuparnos.

Fer asintió con la cabeza.

–Exacto. Ya tendremos tiempo de agobiarnos cuando estemos en bachillerato, así que ahora vamos a disfrutar mientras podamos.

–Bueno... Está bien –acepté al fin, aunque sabía que acabaría arrepintiéndome. A continuación, me puse en pie y agarré mi mochila–. Ahora vengo... voy al baño a ponerme el pijama.

Fer se rio mientras Óscar me miraba con una expresión de curiosidad en la cara.

–¿En serio, Darío? –dijo Fer–. ¿Desde cuándo te vas al baño para cambiarte? –Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué decir. Sus palabras eran ciertas. Entonces, ¿por qué quería irme?–. Venga ya, tío, ¡que somos nosotros!

–Ya, pero...

–De peros, nada. Que hay confianza, coño. Como si no nos lo hubiéramos visto ya todo...

Por supuesto, tenía razón. Nos conocíamos desde pequeños, y habíamos crecido juntos. Todos los cambios en nuestros cuerpos, todos los... descubrimientos, los habíamos hecho juntos. Entonces, ¿qué me pasaba? ¿Por qué no quería cambiarme delante de ellos cuando ya nos habíamos visto desnudos cientos de veces?

¿Por qué estaba comenzando a sentir esa presión familiar en los pantalones, agradable e incómoda al mismo tiempo?

–Ahora vuelvo –dije simplemente.

Salí de la habitación, pero no sin antes echar un vistazo a Óscar. Veía algo extraño en su expresión, una mirada extrañamente llameante, como si en su interior ardiera alguna clase de fuego. Era como si quisiera que me marchara, pero al mismo tiempo prefiriera que me quedara allí. ¿Es que quería verme mientras me cambiaba? La presión de mis pantalones fue en aumento, al igual que el latido de mi corazón, y al instante me invadió una oleada de vergüenza que estuvo a punto de derribarme.

Aquello no estaba bien. No. Nada bien.

Era asqueroso.

Me encerré en el baño y me di cuenta de que tenía la respiración entrecortada, como si acabara de correr varios kilómetros. Notaba que me ardía la cara, como si el fuego de Óscar se hubiera propagado hacia mí, así que me dirigí al lavabo para refrescármela. A continuación, cerré los ojos y apoyé la frente contra la pared. Mi intención era calmarme, tratar de no pensar, pero no sirvió de nada.

La mirada de Óscar seguía clavada en mi retina mucho después de haber cerrado los ojos.

## (OSCURIDAD)

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista.

Pero entonces, lo vi a él.

Óscar en la piscina. Óscar en bañador. Óscar mojado. Óscar acercándose a mí. El agua no era transparente mientras su superficie se ondulaba con suavidad a nuestro alrededor, sino negra. Totalmente negra. Negra como el carbón.

Negra como mi alma.

Sus ojos se encontraban tan solo a unos centímetros de los míos. Sonrió. Iba a besarme. Sabía que iba a hacerlo; estaba seguro de ello. Sentí una mezcla de sensaciones extraña y confusa en mi interior.

Repulsión.

Deseo.

Odio.

Ansia.

Y otra vez repulsión.

Sus labios estaban a punto de rozar los míos, cada vez más cerca, peligrosamente cerca. En ese momento sonrió, pero era una sonrisa muy distinta a la anterior, pícara y casi traviesa, y entonces levantó una mano para salpicarme.

El agua se me metió en los ojos, quemándolos como si fuera ácido, dejándome ciego.

Todo se volvió completamente negro durante unos instantes. Me froté los ojos y después los abrí, dispuesto a vengarme de él y salpicarlo yo también.

Pero ya no nos encontrábamos en el agua.

Todo a nuestro alrededor seguía siendo negro, pero ya no distinguía el agua, ni la piscina ni absolutamente nada.

Estábamos perdidos en la oscuridad.

Solos él y yo.

Perdidos en el vacío.

Ya no estábamos mojados, pero seguíamos en bañador.

No. No estábamos en bañador. A pesar de la oscuridad que nos rodeaba, podía ver con claridad que se encontraba completamente desnudo, y después vi que yo también lo estaba.

Una oleada de atracción me golpeó con fuerza. Sentí unas extrañas ganas de acercarme a él, pero al mismo tiempo quería salir corriendo, lejos, muy lejos, para no volver jamás. Pero, por mucho que quisiera, por mucho que supiera que eso era lo que debía hacer, no era capaz de hacerlo.

Lo miré y él me devolvió la mirada, recorriendo mi cuerpo con lentitud. Yo hice lo mismo, consciente de que nunca había tenido una oportunidad parecida, de que aquello estaba mal, muy mal. Consciente de que quizá no volviera a tener esa oportunidad.

Y entonces me besó.

Sus labios eran cálidos y suaves. Se movían con lentitud sobre los míos, dudosos al principio y después más seguros. Nos separamos durante unos instantes y nos miramos a los ojos. Me sentía confuso.

No quería volver a rozar siquiera esos labios.

No quería volver a saborear nada que no fueran esos labios.

Y entonces me besó de nuevo. Sus labios eran ahora más cálidos que antes, y volví a tener la extraña sensación de que en Óscar ardía algún fuego extraño. Quería huir, pero también quería quemarme en él.

Elegí quemarme.

De pronto, ahora era yo quien lo besaba a él. Sus labios. Sus mejillas. Su cuello. Su pecho desnudo, y después otra vez su cuello. Su gemido en mi oído hizo que ardieran todas y cada una de mis terminaciones nerviosas.

El fuego de Óscar me consumía por dentro y por fuera, y ya era demasiado tarde para tratar de apagarlo.

# CAPÍTULO 18

It's happening soon

Its scent has been blowing in my direction

*Fillip, Muse*

Lo noté antes de abrir los ojos.

No. No podía ser.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Me apresuré a ponerme boca abajo, avergonzado, tratando de cubrir el bulto indeseado en mis pantalones que no quería que vieran. No podía permitir que lo vieran, pasara lo que pasase. Me quedé inmóvil durante unos segundos, con el corazón a mil por hora, y aguardé en silencio tratando de conseguir que mis latidos se calmaran, aunque fuera un poco. A lo mejor, tenía suerte y no habían visto nada. De lo contrario...

Abrí los ojos, con miedo, y comprobé que seguían dormidos. Solté un suspiro de alivio, pero aun así el corazón me latía a toda velocidad, como cuando salía a correr por las noches con Rocky antes de que empezara a llegar el calor. Habían estado a punto de pillarme, y no necesitaba tener un espejo delante para saber que tenía la cara de un rojo intenso.

Inspiré hondo, aliviado, y poco a poco mi respiración fue volviendo a la normalidad. El resto de mi cuerpo, también.

Más o menos.

No entendía por qué me ponía así. Los tres habíamos dormido juntos desde que éramos pequeños decenas de veces, tal vez cientos, y lo que me había pasado nos había sucedido ya muchas veces a los tres, sobre todo a Óscar. Después de todo, era inevitable, algo que no podíamos controlar. Pero nunca habíamos montado un drama por ello, ninguno de los tres. Ni siquiera Óscar, que también era el más propenso al drama. Simplemente, cuando a alguno le pasaba, los otros dos se burlaban un poco, el «culpable» se reía, y un minuto después era como si no hubiera ocurrido nada. Entonces, ¿por qué sentía tanta vergüenza en aquella ocasión?

De repente, una serie de imágenes cruzaron mi mente, breves como el destello de una cámara de fotos e igual de cegadoras.

Óscar.

Su cuerpo desnudo.

Sus manos sobre mi piel.

Su boca.

No. Joder, no.

No podía ser.

Pero sí. Sí podía ser. El sueño volvió a aparecer en mi mente, y entonces me di cuenta de por qué mi cuerpo había reaccionado de esa manera. Estaba soñando con Óscar.

Podía negármelo todas las veces que quisiera, podía intentar olvidarlo, pero eso no iba a cambiar la realidad. Había soñado que estaba haciéndolo con Óscar. Me sentía sucio. Era asqueroso. Yo era asqueroso. Me daba asco a mí mismo. Me daba tanto asco que me entraron ganas de llorar. Tanto asco que quería volver a dormirme y no despertar más.

Nunca jamás.

Sentía tanta repulsión hacia mí mismo que quería morirme.

No sabía cómo había sido capaz de algo así. Una cosa era tener algún pensamiento de vez en cuando, alguna idea confusa, pero algo así... era inexcusable. Había habido indicios en los últimos meses, pero nunca había llegado tan lejos. Óscar era mi mejor amigo. Era más que eso; en realidad, siempre había sido casi como un hermano. Y, más importante todavía, era un tío. Soñar algo así era asqueroso.

Me sentía a punto de llorar, pero entonces sonó la alarma en el móvil de Fer. Cerré los ojos para hacerme el dormido y di gracias a quienquiera que pudiera estar escuchándome al notar que el bulto ya había comenzado a disminuir.

–Joder... –murmuró Fer, con la voz pastosa a causa del sueño–. ¿En serio son ya las siete? Me siento como si no hubiera dormido ni dos horas...

–Es que no hemos dormido ni dos horas –rezongó Óscar en medio de un largo bostezo–. Nos hemos acostado a las cinco de la madrugada, ¿recuerdas?

A pesar de todo, no pude evitar sonreír con la cara oculta por la almohada. Era cierto: no nos habíamos dormido hasta las cinco de la madrugada, pues después de meternos en la cama nos pasamos varias horas seguidas hablando sin parar, riendo como hacía demasiado tiempo que no nos reíamos. Y lo cierto era que lo había echado de menos. Lo echaba muchísimo de menos. Me había pasado los últimos meses tratando de evitarlos, y sobre todo tratando de evitar a Óscar, pero aquella noche me había servido para darme cuenta de que los había echado demasiado de menos a los dos.

En cualquier caso, no podía permitir que pasaran otra vez cosas como esa. Era repugnante.

–¡Darío, despierta! –dijo Fer, aunque sin demasiada energía. A continuación, bostezó de forma prolongada durante lo que me pareció una



eternidad—. Si nosotros tenemos que jodernos y despertarnos, tú también...

De repente, noté que algo blando me golpeaba la espalda. Abrí los ojos, sobresaltado, y vi que lo que me habían tirado era una almohada. Solté un bostezo fingido y estiré los brazos, para que pareciera que de verdad acababa de despertarme.

—¿Qué hora es? —pregunté con lo que esperaba que fuera una voz de estar más dormido que despierto.

—Las siete —respondió Óscar. Lo observé y vi que se estaba frotando los ojos. Estaba adorable, y al momento sentí repulsión por haber pensado eso. Estaba claro que quedarme a dormir allí había sido una mala idea por un montón de razones, pero es que los echaba tanto de menos...

—Qué puto sueño, joder —murmuré entre dientes mientras me frotaba los ojos yo también—. ¿No podemos saltarnos las clases y ya está?

—Ojalá —dijo Fer con tono de resignación—. Pero mis padres llegarán en tres o cuatro horas, y como nos pillen aquí... nos matan.

—Siempre podemos quedarnos durmiendo un par de horas más y luego irnos —sugirió Óscar—. Seguro que no se dan cuenta.

—¿Estás loco? Como llamen a mis padres del instituto, me la cargo. Venga, va, a levantarse. ¿Quién quiere ducharse primero?

—Iré yo —me apresuré a contestar, deseoso de deshacerme de todos los rastros del sueño.

Hacía frío en el cuarto de baño, así que no tardé más que unos cuantos segundos en desnudarme y meterme en la ducha. Una vez dentro, me apresuré a abrir el grifo para entrar en calor. El chorro de agua caía firme y constante sobre mis hombros, desentumeciéndome los músculos, llevándose consigo toda la vergüenza.

Pero, entonces, las imágenes de mi sueño volvieron a aparecer en mi mente. Tenía los ojos cerrados mientras el agua caía a mi alrededor, y eso fue

como volver a estar en la pesadilla, rodeado de aquella extraña agua negra. Abrí los ojos de golpe, sobresaltado, pero no estaba en el sueño, sino en la ducha de Fer.

Y aun así, las imágenes de lo que había soñado no dejaban de bombardear mi cabeza. Óscar. Óscar desnudo. Sus labios en los míos, y después en mi cuello. Sus manos por todas partes, recorriéndome todo el cuerpo, bajando cada vez más.

Aunque eso ya no era parte del sueño.

Oh.

No.

Otra vez no.

Pero al bajar la mirada comprobé que había vuelto a pasar y supe que solo habría una forma de calmar a mi cuerpo. No quería hacerlo, pero era necesario. Me odiaba por pensar en Óscar mientras tanto, pero era incapaz de hacer otra cosa. Bajo el chorro de agua casi hirviendo, me abandoné a los deseos de mi cuerpo, a la imagen mental de Óscar y a la vergüenza que me acompañaba en secreto desde hacía tanto tiempo.

Cuando terminé, tenía lágrimas de frustración e impotencia en los ojos mientras observaba el agua que fluía hacia el desagüe, desapareciendo en la oscuridad, llevándose los restos de mi vergüenza. El problema era que las lágrimas no desaparecían con la misma facilidad, por mucha agua que me cayera encima. A pesar de todo, era demasiado débil, y me odiaba por ello.

# CAPÍTULO 19

Where there is desire there is gonna be a flame  
Where there is a flame someone's bound to get burned  
But just because it burns doesn't mean you're gonna die  
You gotta get up and try, try, try

*Try*, Pink

Llegamos al instituto los tres juntos, algo que no pasaba desde hacía meses. La primera clase era la de Inglés, y como nos habíamos retrasado bastante Ana ya se encontraba en su escritorio delante de la pizarra cuando entramos.

–Llegáis tarde, chicos –señaló con una voz severa muy poco propia de ella, que normalmente era toda sonrisas–. Que no se vuelva a repetir, ¿de acuerdo? Aunque estemos casi a final de curso, tenéis que ser puntuales de todos modos. A la próxima, tendré que poner os un punto negativo.

–Lo siento –respondimos los tres a la vez, y después nos apresuramos a ocupar nuestros sitios cerca del fondo de la clase. Por suerte, ya habíamos dado toda la materia de la asignatura, así que dedicamos la hora a hacer juegos para repasar lo que habíamos aprendido. Por primera vez en varios meses, Óscar, Fer y yo trabajamos juntos en clase. A veces mi brazo rozaba

el de Óscar, o nuestras manos se tocaban, y de nuevo volvía esa sensación extraña, ese maldito deseo que llevaba meses tratando de reprimir.

Y entonces recordaba el sueño. Las imágenes de la ducha. La sensación de placer, seguida de inmediato por el odio. La culpa y la vergüenza. Me daba asco, pero al mismo tiempo no podía evitar que me gustara ese contacto cada vez que mi piel rozaba la suya.

Puede que alguna vez yo mismo lo buscara.

–Darío, ven aquí un momento –dijo Ana cuando faltaban unos pocos minutos para que se acabara la clase. Extrañado, vi que se dirigía hacia la puerta, así que la seguí hasta el exterior de la clase, preguntándome qué habría hecho esa vez–. Los demás, quedaos en silencio hasta que volvamos.

–¿Qué pasa? –pregunté una vez que estuvimos fuera, asustado. ¿Es que había hecho algo mal? A lo mejor había suspendido el último examen y quería echarme la bronca... pero no, no podía ser. Estaba seguro de que me había salido bien.

Me dirigió una sonrisa.

–Tranquilo, Darío. No has hecho nada malo, pero me gustaría hablar contigo un momento.

–¿Qué pasa? –repetí, cada vez más nervioso, y su sonrisa se acentuó.

–He visto que vuelves a estar con Fernando y Óscar –comentó. Hizo una pausa de unos segundos, como esperando a que le dijera algo, pero yo me limité a encogerme de hombros–. Estos últimos meses te habías alejado un poco de ellos, ¿verdad?

Cambié el peso de mi cuerpo de un pie al otro, sin saber muy bien qué decir. ¿Adónde querría ir a parar con esa conversación? ¿Y por qué le importaba a ella lo que hiciera o no hiciera con ellos? Después de todo, eran mis amigos, no los suyos. ¿O es que lo que pasaba era que le molestaba que hubiéramos llegado tarde a clase?

–Supongo.

Me examinó con atención durante un instante antes de continuar.

–Me ha dado la impresión de que no has pasado por una buena época estos meses. ¿Me equivoco?

–¿Cómo lo sabes? –pregunté sin poder contenerme, algo extrañado. Esta vez fue ella quien se encogió de hombros.

–Se te notaba. Tu cara, tu forma de comportarte y de actuar, el hecho de que hayas estado tan alejado de tus amigos... No has estado muy bien, ¿a que no?

Tragué saliva. No, claro que no había estado bien. Desde la noche de fin de año... Había habido días mejores que otros, obviamente, pero en general no, no había estado bien. Aunque había tratado de ocultarlo, la culpa y la vergüenza estaban cada vez más presentes con cada día que pasaba, y desde la noche anterior eran aún más fuertes.

–Supongo que no.

–Es jodido ser adolescente –dijo, sorprendiéndome con su franqueza y captando mi atención de inmediato. Nunca la había oído hablar tan claramente, y mucho menos la había oído pronunciar ningún taco. Al parecer, Ana era toda una caja de sorpresas–. Es muy jodido, y tener quince años es difícil. Y sé que seguramente notarás cambios y sentirás cosas que antes no sentías, y sé que eso da mucho miedo. Yo también he pasado por lo mismo.

Noté una punzada de pánico en la boca del estómago ante sus palabras. ¿Y si lo sabía? Si había algo que tenía claro, era que Ana era muy perceptiva. ¿Se habría dado cuenta de todo lo que había estado pasando por mi cabeza esos últimos meses?

–¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

Sonrió.

–Lo que quiero decir es que la adolescencia es la etapa en la que descubres quién eres, y no debes tener miedo de ser tú mismo. –Hizo una pausa y me examinó de arriba abajo–. Tú estás bien así... no debes tener miedo de descubrirlo y de aceptarte como eres. El primer paso para ser feliz es quererse a uno mismo.

Fruncí el ceño, no muy convencido de sus palabras y sin saber muy bien qué tendría que ver una cosa con la otra. Cada vez estaba más seguro de que sabía todo lo que había estado pasando por mi cabeza esos últimos meses, pero no entendía cómo era posible que no le importara. ¿Por qué actuaba como si nada, como si tan solo estuviéramos hablando del tiempo? Si lo sabía, debería darle asco, debería sentirse repugnada de hablar conmigo. Debería odiarme. ¿O es que no sabía nada y todo aquello no era más que una extraña casualidad? ¿Sería posible que estuviera imaginándome sus intenciones, que estuviera viendo cosas donde no las había?

Negué con la cabeza.

–¿Y si no lo estoy? ¿Y si no está bien ser como soy?

Me miró levantando una ceja.

–¿Empujas a las viejecitas cuando cruzan la calle?

La pregunta me tomó por sorpresa, y no pude evitar soltar una carcajada.

–¿Qué?

–Lo pregunto en serio. ¿Lo haces?

–¡No!

Siguió mirándome fijamente.

–¿Tiras piedras a los gatitos callejeros que ves por ahí?

–No...

–¿Robas, vendes drogas, estás en alguna clase de secta extraña...?

No sabía si lo decía en serio o no, pero ya estaba empezando a cabrearme.

–¡Claro que no!

–Pues entonces no creo que tengas ningún problema, Darío. Como te decía, sé que tener quince años es difícil, pero ser quien eres no tiene nada de malo. Te lo prometo.

¿Y ella qué coño sabía de lo que yo era o dejaba de ser? Ahora sí que estaba oficialmente cabreado.

–Eso no lo sabes –repliqué, notando claramente la frialdad en mi voz. El hielo que a veces sentía en mi interior había llegado hasta mi boca, impregnando mis palabras de su frío intenso y amargo.

–Pues claro que lo sé. Y, en el fondo, creo que tú también lo sabes –añadió con una mirada muy significativa–. Pero ahora la decisión es tuya: puedes elegir entre negar quien eres y vivir el resto de tu vida ocultando una parte de ti, o puedes aceptarte y ser feliz. –Me miró fijamente a los ojos, como si estuviera retándome a contradecirla... o tal vez a hacer lo que me decía–. Pero yo no puedo elegir por ti: tienes que hacerlo tú solo.

¿Y si en realidad tenía razón? ¿Y si sabía exactamente todo lo que había estado pensando durante esos últimos meses y de verdad creía que nada de eso tenía ninguna importancia? ¿Y si, después de todo, estaba bien ser maricón quien era? A lo mejor toda esa confusión no tenía sentido. A lo mejor lo que decía era cierto, y estaba bien tal como era.

Pero eso sería demasiado fácil.

¿Verdad?

–Está bien –dije al fin, aunque en realidad todavía no estaba muy convencido. Sin embargo, Ana me dirigió una amplia sonrisa de aprobación, claramente contenta y ajena a lo que estaba pensando.

–Sé que es difícil. De verdad, Darío, sé mejor que nadie que tienes que estar pasando por algo muy complicado. Pero todo mejora, ¿vale? –Su mirada era cada vez más intensa–. Créeme: tarde o temprano, todo mejora. Aunque ahora lo veas todo negro, llegará el momento en que podrás ser feliz de

verdad siendo como eres. Pero el primer paso es que aprendas a aceptarte, ¿vale?

Tragué saliva antes de contestar.

–Es que es muy difícil –repliqué con un hilo de voz que se me rompió en la última palabra. Durante un instante deseé que me diera un abrazo, pero no lo hizo. Tampoco podía culparla por ello; después de todo, era mi profesora y habría sido muy raro. Aun así, su mirada se enterneció.

–Lo sé, Darío. De verdad que lo sé. Pero tienes que intentarlo, ¿vale? Por ti. ¿Me lo prometes?

Bajé la mirada, un tanto incómodo.

–No lo sé...

–Escucha, Darío, sé que te sientes confuso. Pero si alguna vez necesitas hablar, desahogarte o lo que sea, yo estaré aquí, ¿de acuerdo? No estás solo. Lo importante es que seas fuerte y aprendas a quererte como eres.

Aprender a quererme como soy. Parecía fácil, pero... No sabía si sería capaz de hacerlo. En realidad, era demasiado difícil.

–Está bien –dije al fin, aunque no muy convencido. El rostro de Ana se iluminó con una amplia sonrisa, y no pude evitar sentir el estómago revuelto por saber que en el fondo le había mentado.

Quizás huir no fuera la solución, después de todo. Quizá pudiera aprender a vivir con eso. Quizá... quizá no estaba tan mal ser como era. Las palabras de Ana resonaban en mi cabeza mientras me alejaba por el pasillo. «No estás solo.» A lo mejor era verdad.

Aun así, una parte de mí sabía que aquello iba a salir mal. Sabía que lo que quería hacer era imposible. Pero al menos tenía que intentarlo.



# CAPÍTULO 20

When I'm alone with you  
You make me feel, you make me feel  
When I'm alone with you  
You are the one, you are the one

*When I'm alone, Lissie*

Dada la situación, ir a la piscina posiblemente no fuera la mejor de las ideas, pero de todos modos me sentía emocionado.

Después de los últimos meses, parecía como si las cosas estuvieran volviendo por fin a su cauce, aunque fuera despacio. La situación estando con Óscar y Fer no era exactamente igual que antes, pero me daba la impresión de que íbamos por buen camino. Volvíamos a hablar todos los días y después de clase repasábamos juntos para los exámenes, casi siempre en casa de Fer, pero a veces también en la mía, para alegría de mi abuela, que ya podía volver a preparar las cantidades industriales de galletas, bizcochos y tartas que hacía antes. En la de Óscar, como siempre, era mejor no estar para evitar a su padre. Casi era como si los últimos meses hubieran desaparecido, al menos en su mayor parte.

Y lo mejor era que aquellos sueños también habían desaparecido, al menos desde el día que dormimos los tres en casa de Fer. Todavía sentía una extraña calidez al hablar con Óscar, todavía se me erizaba la piel cuando me tocaba, pero enseguida me di cuenta de cuál era la verdadera razón: lo había echado mucho de menos durante ese tiempo. Después de todo, era mi mejor amigo y apenas habíamos hablado los meses anteriores.

A veces no podía dormir por las noches y una vocecilla en el fondo de mi conciencia me preguntaba que, si era así, por qué no me pasaba lo mismo con Fer. Lo cierto era que al principio no lo sabía, pero enseguida me di cuenta de cuál era el motivo: sencillamente, era más amigo de Óscar que de Fer. Era lo normal, ¿verdad? La gente no suele tener dos mejores amigos, sino uno. Siempre los había considerado a los dos igual de amigos, pero quizás aquello significaba que no era así. Quizás aquello significaba simplemente que Óscar era mi mejor amigo, y Fer tan solo un muy buen amigo. No era tan raro.

¿Verdad?

Como suponíamos, no había demasiada gente en la piscina cuando llegamos. Era uno de los primeros días de calor del año, pero como la mayoría de la gente de nuestra edad estaba estudiando en esas fechas, íbamos a tener bastante libertad. Mejor así: odiaba cuando la piscina estaba tan llena que apenas se podía nadar con tranquilidad; por no mencionar a las señoras mayores que se indignaban como les salpicaras y les cayera una gota de agua en el pelo.

—Yo me quedo aquí —declaré al ver que Fer y Óscar se dirigían hacia el vestuario.

Se detuvieron en seco.

—¿Y eso? —preguntó Fer, extrañado—. ¿No vas a bañarte o qué?

—Es que ya llevo el bañador debajo de los vaqueros —expliqué.

Me miraron con el ceño fruncido, claramente sorprendidos, ya que nunca había hecho eso. Noté que mis mejillas comenzaban a enrojecer y rogué para que lo atribuyeran al calor del sol, que era intenso pese a no haber comenzado todavía junio.

–Bueno, vale –dijo Óscar, y algo en su tono de voz me dio la impresión de que se sentía decepcionado–. ¿Vas buscando unas hamacas? Que haya sombra, porfa. No quiero tener que pasarme los exámenes despellejándome mientras estudio.

–Vale.

Óscar dio media vuelta de inmediato y se dirigió hacia los vestuarios, pero Fer se quedó allí plantado. No dijo nada, pero me miraba con una expresión en la cara que se parecía mucho a la suspicacia.

–¿Qué pasa? –pregunté, y me di cuenta de que mi voz sonaba retadora. Él se encogió de hombros y me dirigió una sonrisita irónica.

Tragué saliva.

–No, nada –respondió al fin, sin perder la sonrisa, y entonces se volvió y siguió a Óscar.

El corazón me latía con demasiada rapidez.

Con un suspiro, miré a mi alrededor en busca de hamacas que estuvieran en la sombra: yo tampoco quería quemarme justo al comienzo de los exámenes. Finalmente encontré tres en el extremo más alejado de la piscina, donde no había nadie. Una vez allí, saqué la toalla de la mochila, la extendí sobre la hamaca y me quité los vaqueros y la camiseta. A continuación, me tumbé, disfrutando del calor y la brisa sobre mi piel, así como de la tranquilidad tan poco habitual en la piscina. Iba a ser un buen día.

–Ya estamos –anunció la voz de Fer al cabo de unos minutos.

Abrí los ojos y lo vi sacando la toalla y una pelota hinchable de la mochila. Cuando se sentó en la hamaca pude ver bien a Óscar detrás de él, con el

pecho al descubierto y su bañador azul. Tragué saliva y no pude evitar recordar el sueño de hacía unos días, cuando habíamos dormido los tres juntos. Llevaba mucho tiempo sin ver a Óscar medio desnudo, al menos en la vida real, y no esperaba que fuera a afectarme tanto. Una oleada de emociones se agitó en mi interior, intensa y poderosa, y las imágenes del sueño atacaron mi mente como cañonazos, reventándome por dentro. Notaba las mejillas ardientes, y una vez más supliqué que lo atribuyeran al calor del sol.

Por suerte, conseguí recuperar el control de mi cuerpo antes de tener reacciones indeseadas.

Nos metimos en el agua sin perder más tiempo. Fer hinchó la pelota que había llevado y enseguida comenzamos a pasárnosla y a jugar con ella como casi nunca teníamos ocasión de hacer: había que aprovechar el hecho de que apenas hubiera gente a la que pudiéramos molestar, porque sabíamos que no duraría. Pronto comenzamos a jugar a nuestro juego favorito: uno de los tres se colocaba en medio de los otros dos, que se iban pasando la pelota. El de en medio tenía que tratar de atraparla y, si lo lograba, el último en lanzarla era quien ocupaba su lugar.

Fue Fer quien sugirió el juego, así que él fue el primero en ponerse en el centro: eran las normas que habíamos establecido hacía ya muchos años, cuando jugábamos en el patio del colegio. Pero Fer era muy bueno, por eso siempre sugería él el juego: sabía que no iba a tardar mucho en conseguir cambiar de posición.

Óscar y yo comenzamos a pasarnos la pelota, procurando lanzar tan alto y tan lejos como podíamos para que Fer no lograra alcanzarla. Había algo en eso, en el simple hecho de lanzarle la pelota a Óscar, que me hacía sentir otra vez esa curiosa calidez por dentro. Me gustaba esa extraña sensación de camaradería, esa complicidad. Me gustaba notar el impacto en las manos

cuando la pelota las golpeaba con fuerza. Me gustaba lanzar bien alto y que el torso de Óscar saliera del agua tratando de alcanzarla. Me gustaba la amplia sonrisa que me dirigía cada vez que atrapaba la pelota.

Pero Fer era demasiado bueno, de modo que no tardó ni dos minutos en conseguir la pelota. Y como Óscar había sido el último en lanzarla, era él quien debía ocupar su lugar. Vi un borrón blanco y azul que se dirigía hacia mí a toda velocidad y extendí los brazos justo a tiempo para hacerme con la pelota. Óscar ya estaba nadando hacia mí, así que me apresuré a lanzársela a Fer. Continuamos así durante un rato, pero Fer lanzaba con demasiada fuerza, y más de una vez estuve a punto de perderla. Óscar se acercó a mí cada vez más, esperando aprovechar algún momento de descuido para quitarme la pelota.

Estaba muy cerca, así que no podía evitar fijarme en su cuerpo empapado cada vez que salía del agua, resplandeciendo bajo el sol. Tras unos minutos, miré un poco más de la cuenta su pecho mojado y, cuando fui a lanzar la pelota, me temblaron las manos y la tiré demasiado baja. Mierda.

–¡Tío! –gritó Fer entre risas mientras Óscar recuperaba la pelota, que había caído a solo un par de metros de donde él se encontraba–. ¡Qué malo eres!

Avergonzado y con las mejillas enrojecidas, me dirigí hacia el centro sin rechistar. Cuando Óscar me rozó al pasar a mi lado, sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con la combinación del frío de la piscina y el calor del sol sobre nuestras cabezas. Tragué saliva.

Fer y Óscar comenzaron a pasarse la pelota, y los dos eran muy buenos; tanto, que ya sabía por experiencia que en realidad no era rival para ellos. Al menos, no si me quedaba en el centro. Decidí acercarme a Óscar, tal como había hecho él conmigo antes, ya que esa siempre era la mejor estrategia para tratar de conseguir la pelota, pues Fer era imbatible. En uno de los lanzamientos, la pelota cayó justo en medio de donde nos encontrábamos. Era

extraño que Fer fallara el tiro, pero no tenía tiempo de pensar en ello, así que me lancé hacia allí. Óscar y yo llegamos al mismo tiempo y la tocamos a la vez. Los dos la aferramos con fuerza, pero ninguno logró hacerse con ella por completo.

–¡Suéltala! –gritó.

–¡Suéltala tú! –repliqué entre risas.

Comenzamos a luchar por la pelota entre gritos y risas, dándonos manotazos y tratando de sumergir en el agua la cabeza del otro, sin desistir en nuestro afán por hacernos con el botín.

–¡Tíos, yo salgo de aquí un rato! –gritó Fer a unos metros de distancia–. No me la vayáis a romper, ¿eh?

No le hicimos ningún caso, y seguimos forcejeando. Le di sin querer un manotazo a la pelota, que cayó a unos pocos metros de distancia, pero ninguno de los dos fue a por ella. En lugar de eso, lo que hicimos fue tratar de sujetar al otro para que no pudiera obtener el botín. Comenzamos a forcejear de forma todavía más intensa, a agarrar los brazos del otro, a abrazarnos casi para que no pudiéramos escapar, y cada vez estábamos más pegados.

Y entonces lo noté. Sus caderas estaban apretadas contra las mías mientras forcejeábamos, y podía notar cada parte de su cuerpo. Todas y cada una, incluido el bulto duro dentro de su bañador que sentía claramente pegado a mí. Me quedé paralizado, sin saber qué hacer, y solté la pelota al instante. No sabía por qué estaba así. ¿Es que no se había dado cuenta? ¿O sí se había dado cuenta, y simplemente no le importaba? No tenía forma de saberlo, pero entonces él también se quedó inmóvil y noté que lo había sentido. Y, por supuesto, también tenía que sentir que a mí me había pasado lo mismo. Mierda. Mierda, mierda, mierda.

Permanecemos como congelados durante un rato. No sé cuánto tiempo pasó; tal vez fueran segundos o tal vez horas, pero nos quedamos quietos y

apretados el uno contra el otro, notando nuestros cuerpos, notando esos bultos traicioneros que nos delataban. Percibí su respiración contra mi cara, y el latido de su corazón contra el mío. Me di cuenta de que me gustaba, pero no entendía por qué. ¿Cómo podía gustarme algo así? Era asqueroso, era... Era vomitivo.

Aquello tenía que terminar, y pronto.

Pero los ojos de Óscar me decían que a él también le gustaba, o que como mínimo no le molestaba. De lo contrario, se habría apartado, ¿verdad? Pero, en lugar de hacerlo, al cabo de un rato se apretó más a mí y cerró los ojos con lo que pareció un suspiro de satisfacción al notar mi presión contra su cuerpo, y la del suyo contra el mío. Aquello no estaba bien, pero el problema era que me gustaba. Me gustaba demasiado. Y eso me hacía volver a sentir aquel asco que creía haber dejado atrás.

Quería disfrutar del momento. Quería que no acabara nunca. Quería que durara para siempre, para no tener que separarme jamás de Óscar. Pero una parte de mí era vagamente consciente del hecho de que había más gente aparte de nosotros en la piscina y habría sido muy raro que nos quedáramos más tiempo pegados, así que me separé de él.

Soltó un grito de júbilo y se lanzó hacia la pelota, como si no hubiera pasado nada.

—¡Te he ganado! —exclamó con una enorme sonrisa en la cara—. ¿Lo dejamos ya por el momento o quieres la revancha?

Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué contestar.

—Nah, me rindo —dije al fin.

—Sabía que iba a ganar —aseguró, todavía sonriente.

¿Por qué hablaba así, como si no hubiera pasado nada? ¿Acaso me lo había imaginado todo? ¿O es que ni siquiera se había dado cuenta? No, eso era imposible. Tenía que haberse dado cuenta. Por supuesto que se había dado

cuenta. Pero entonces, ¿por qué actuaba así? ¿Acaso no le había importado? ¿O es que...? ¿O es que a él también le había gustado? No podía saberlo con seguridad, pero todo parecía indicar que así era.

La presión resultaba incómoda, pero por suerte el agua estaba muy fría a pesar del calor de la tarde, así que ayudaba. Nos quedamos chapoteando en el agua durante unos minutos, sin saber muy bien qué decir, y un silencio incómodo se extendió entre nosotros.

–¿Salimos ya? –preguntó Óscar al cabo de un rato, cuando quedó claro que ninguno de los dos iba a decir nada más.

–Vale.

Por suerte, la presión había desaparecido, pero sabía que no tardaría en volver. No mientras Óscar estuviera allí, con el pecho desnudo y mojado.

–¿Quién ha ganado? –preguntó Fer cuando llegamos a la zona de las hamacas.

–Yo –se jactó Óscar con alegría, y puse los ojos en blanco mientras me secaba con la toalla. A continuación, me volví y comencé a alejarme.

–¿Adónde vas?

–Al baño –respondí–. Me estoy meando.

–Y yo que pensaba que te mearías en la piscina... Me has sorprendido –replicó Fer, y Óscar soltó una carcajada.

–Qué cerdo eres, Fer –dijo.

Los ignoré y seguí caminando hasta el extremo contrario, donde se encontraban los lavabos. Nunca me había sentido tan agradecido de que la gente orinara en la piscina y casi nunca utilizara los baños, porque estaban bastante limpios para ser públicos. Me encerré en el compartimento más alejado de los tres que había y, una vez allí, me senté y me apresuré a bajarme el bañador. Aunque había logrado controlar la excitación por el camino, no tardó en regresar en todo su esplendor en cuanto me quedé desnudo y recordé



el forcejeo que había mantenido con Óscar. Había sido tan emocionante, tan... placentero.

El movimiento de mi mano era liberador, pero no se acercaba al placer de sentir el cuerpo de Óscar contra el mío.

Imaginé lo que habría sucedido si nos hubiéramos encontrado solos, y no en una piscina pública. ¿Habría pasado algo más? Probablemente sí. Recordé el sueño, aquel extraño sueño lleno de oscuridad y de Óscar. ¿Habría pasado algo parecido? Como siempre, no podía saberlo con certeza, pero creía que sí. Dejé que las fantasías invadieran mi mente y me abandoné a ellas.

Mientras terminaba con una mezcla entre un gruñido y un jadeo, una idea cruzó mi mente como un destello. Si Óscar también quería... ¿por qué no? ¿Por qué no hacer lo que quisiéramos? Antes de nuestra etapa de separación, muchas veces los tres nos tocábamos juntos cuando nos quedábamos a dormir en casa de Fer. ¿Realmente había tanta diferencia con eso? Ninguno de los dos era... Ninguno de los dos era... Ninguno de los dos era gay, ¿verdad? Solo era diversión entre amigos; nada más. No hacíamos nada malo. Mientras no nos besáramos, todo iría bien. Tan solo sería pasarlo bien juntos y ya está.

Tal vez... Tal vez lo que sentía cuando estaba con él no estuviera tan mal, después de todo.

Sí. Estaba decidido: iba a comprobar si él también quería lo mismo que yo. Y, para ello, tenía que quedarme a solas con él, aunque no sabía cuándo podría hacerlo, sobre todo ahora que se acercaban los exámenes. Supuse que no me quedaría más remedio que esperar a que acabaran.

# CAPÍTULO 21

Some say he looks just like his father  
But he could never love somebody's daughter

*New Americana*, Halsey

–Ya soy mayor –señalé mientras salíamos de la iglesia–. ¿Por qué tengo que seguir viniendo a misa todos los domingos?

–Porque es importante –aseguró mi abuela, como si eso fuera un argumento irrefutable–. Y porque vives conmigo, así que tienes que hacer lo que yo diga.

–Pero si dicen lo mismo una y otra vez. ¿De qué sirve que sigamos viniendo?

–Todavía puedes aprender muchas cosas.

–¿Como qué? –pregunté con escepticismo.

–Como que Dios nos ama a todos. Sus hijos somos todos iguales para Él.

Sí, claro. Puede que dijeran eso, pero luego pasaba lo que pasaba. Algún obispo salía por la tele diciendo que los gays irían al infierno, o un cardenal decía que la homosexualidad era señal de tener una sexualidad deficiente. Entonces, ¿cómo iba a estar bien lo que estaba sintiendo, todas esas sensaciones tan nuevas como terroríficas? Si supuestamente Dios era amor y

los miembros de su Iglesia condenaban esas cosas, ¿cómo podía seguir viviendo conmigo mismo? Dolía demasiado planteárselo siquiera.

–Si tú lo dices...

–Pues claro que lo digo.

Refunfuñé un poco entre dientes, pero no dije nada más: sabía que era una batalla perdida. Antes solo iba a misa cuando pasábamos el domingo con mi abuela, pero desde que mis padres murieron y empecé a vivir con ella no había faltado ni una sola semana. Al principio solía rezar por ellos cuando iba, y después me gustaba ir por las historias de la Biblia. Pero después de varios años de repetirse una y otra vez estaba ya bastante harto de oír siempre lo mismo.

Y lo que había comenzado a experimentar los últimos meses no ayudaba a que me sintiera cómodo allí.

–¡Hola, Darío! –dijo alguien detrás de mí, sobresaltándome.

Me volví con rapidez y vi a Marta, una compañera de clase. Debía de haber pasado justo a su lado, pero no me había fijado en ella. Estaba sentada en un banco con otras chicas que no conocía, pero ella destacaba por ser la única rubia. Llevaba unos vaqueros cortos que le llegaban a mitad del muslo, y quería fijarme en sus piernas, pero lo cierto es que no me decían absolutamente nada por mucho que lo intentara.

–Hola –respondí, algo cohibido. Nunca hablábamos en el instituto, así que me extrañó mucho que me saludara así, de repente, como si fuéramos amigos de toda la vida y no simples compañeros de clase que nunca hablaban.

Las amigas de Marta soltaron una risita, cosa que me resultó bastante molesta.

–¿Cómo estás?

Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué decir.

–Pues bien, supongo. –Me di cuenta de que debía de parecer un maleducado, así que me apresuré a añadir–: ¿Y tú?

–Muy bien... pasando el rato. ¿Por qué no te quedas con nosotras?

Noté que las mejillas se me ponían rojas. Puede que estuviera harto de ir a misa, pero recé a quien pudiera estar escuchando para que Marta y sus amigas no se dieran cuenta.

–Eh... mejor no –respondí mientras echaba un vistazo a mi abuela, que se había detenido a un par de metros de distancia y parecía muy entretenida examinando las macetas que colgaban de un balcón–. Tengo que ayudar a mi abuela a preparar la comida.

–Por mí no te preocupes –dijo ella, que no se estaba perdiendo ni una sola palabra de la conversación, a pesar de las macetas–. Puedo arreglármelas sola.

Mierda.

–¡Genial, entonces! –contestó Marta, sonriendo–. ¿Vienes, Darío?

Doble mierda.

–No, que tengo que sacar a Rocky.

–¿Rocky? –repitió Marta, frunciendo un poco el ceño.

–Mi perro –aclaré.

–¡Ooooh! ¿Tienes un perrito? ¡Yo también! Bueno, en realidad es una perrita.

Joder...

–Sí... aunque el mío de perrito tiene poco, ya es mayorcete.

–Bueno, pues podríamos presentarlos un día –sugirió con una enorme sonrisa–. ¿Qué te parece? Seguro que se llevan bien.

¿Es que esa chica no se cansaba nunca?

–Sí... claro. Algún día.

Las otras chicas volvieron a reírse disimulando muy mal. ¿Qué era lo que estaba pasando allí? ¿A qué se debía esa encerrona?

–¡Pues genial! Un día quedamos y nos vamos al parque con los perros, ¿vale? A lo mejor se hacen novios y todo.

Sí, claro. Justo lo que estaba yo pensando.

–Eh... vale. Pero no sé cuándo, que con los exámenes y tal...

–Bueno, pero a los perros hay que sacarlos de todos modos –me recordó Marta–. Seguro que en algún momento coincidimos.

Estaba claro que Dios estaba castigándome por haberme quejado de ir a misa.

–Sí... seguro que sí.

–Y si no, siempre podemos aprovechar para estudiar juntos –sugirió–. ¿Qué te parece? Así aprovechamos el rato.

La cosa estaba yendo de mal en peor. Decidí que tenía que cortar ya la conversación antes de que acabara comprometiéndome en matrimonio con ella, porque al paso que íbamos no creía que fuera a tardar mucho.

–Sí... es buena idea. Oye, tengo que irme ya. Hablamos, ¿vale?

–¡Vale! ¿Tienes mi número?

No.

–Sí. ¡Hasta luego!

Me apresuré a alejarme en dirección a mi abuela, y una vez allí le tomé la mano y tiré de ella para marcharnos. Tenía la cara roja como un tomate y no quería seguir sufriendo humillaciones públicas.

–Esa muchacha parecía simpática –señaló mi abuela con una sonrisita–. ¿Es tu novia?

–¿Qué dices?

–No sé, tal como hablabais... –contestó, encogiéndose de hombros.

–Pero ¡si era muy pesada! –repliqué, aunque me sentía mal por hablar así de ella.

–Anda, no digas eso... Pobrecita, estaba siendo muy agradable.

–Si tú lo dices...

–Uy, pues yo creo que a esa niña le gustas –añadió en voz baja, y yo puse los ojos en blanco.

–Anda ya.

–Que sí, que sí, que yo para estas cosas tengo un quinto sentido.

Me quemaba la lengua por las ganas de hacer una referencia a *Chicas malas*, pero no me pareció que a mi abuela fuera a hacerle mucha gracia que mencionara sus pechos.

–Dirás «sexto».

–Qué más dará quinto que sexto, si ya sabes que estoy medio sorda, cariño.

–Hizo una pausa–. Entonces, ¿te gusta o no?

–¡Abuela!

–¿Qué pasa? Lo normal para un muchacho de tu edad es que se fije en las chicas. Lo raro sería lo contrario...

Tragué saliva. «Lo raro sería lo contrario»... Sí, lo contrario, es decir, que me gustaran los chicos. ¿Era eso precisamente lo que me estaba pasando? ¿Me gustaban los chicos? ¿Me gustaba...? ¿Me gustaba Óscar?

Tal vez sí.

Pero aquello no estaba bien. «Lo raro sería lo contrario.» Estaba claro que a mi abuela no le haría ninguna gracia enterarse de que me... ¿de que me gustaban los chicos? Bueno, si es que me gustaban. A lo mejor no era así y tan solo estaba confuso, ¿verdad? Esas cosas pasan, era normal tener dudas.

En cualquier caso, necesitaba dejar de pensar en eso, así que decidí contarles lo sucedido a Fer y a Óscar, aunque callándome algunos detalles.

Los 3 Mosqueperros 🐶 🐶 🐶

Fer 😊, Óscar 😊, Tú

Tíos

No os vais a creer lo que me ha pasado

[Fer 😊]

Esto promete...

[Óscar 😊]

¡Cuenta, cuenta!

Sabeis Marta, la de clase?

Pues me la acabo de encontrar

[Fer 😊]

Y que?

Pues que me ha tirado los tejos

[Fer 😊]

WTF

[Óscar 😊]

¿En serio?

Completamente!

Pero vamos, descarado.

Delante de sus amigas, mi abuela y todo

[Fer 😊]

Flipo



[Óscar 😊]

Pues vaya.

Que pensais?

[Óscar 😊]

¿Y qué quieres que pensemos?

Es asunto tuyo.

[Fer 😊]

Uyuyuy... creo q alguien se ha cabreado

[Óscar 😊]

No me he cabreado.

Estaba claro que sí se había cabreado, y no me costaba imaginar la razón. ¿Se habría puesto celoso? Todo parecía indicar que así era. Decidí dejar las cosas

claras antes de que se pusiera triste; lo último que quería era hacerle daño.

Pues no se, pero a mi no me gusta

[Óscar 😊]

¿Seguro?

Seguro.

[Óscar 😊]

Pues mejor, porque esa chica no me cae bien.

No pude evitar sonreír. Tal vez Marta hubiera sido un poco pesada, pero, aunque apenas la conocía, nunca me había parecido mala persona, ni creía que hubiera hecho nada para caerle mal a Óscar, que siempre se llevaba bien con todo el mundo. Estaba claro que se había puesto celoso. Y eso no hacía más que aumentar el revoloteo que sentía en el estómago ante la perspectiva de verlo al día siguiente.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista.

Pero entonces, la vi a ella.

Era Marta, esperándome de pie, con la correa de un perro que no podía ver en la mano. Al verme me dirigió una amplia sonrisa, y entonces se acercó a mí con rapidez.

Cuando quise darme cuenta, sus ojos se encontraban tan solo a unos centímetros de los míos. Sonrió otra vez. Iba a besarme. Sabía que iba a besarme; estaba seguro de ello. Sentí una mezcla de sensaciones extrañas y confusas en mi interior.

Repulsión.

Curiosidad.

Odio.

Y otra vez repulsión.

Sus labios estaban a punto de rozar los míos, cada vez más cerca, peligrosamente cerca. En ese momento sonrió, pero era una sonrisa muy distinta a la anterior. Era una sonrisa pícaro... una sonrisa traviesa. Me di cuenta de que no podía ver nada más allá de ella.

Estábamos perdidos en la oscuridad.

Solos ella y yo.

Perdidos en el vacío.

Y, a pesar de la oscuridad, podía ver con claridad que se encontraba completamente desnuda, y yo también lo estaba.

Contemplé sus largas piernas, sus pechos desnudos. Sentí unas extrañas ganas de acercarme a ella, pero al mismo tiempo quería salir corriendo, lejos, muy lejos, para no volver jamás. Sin embargo, por mucho que quisiera, por mucho que supiera que eso era lo que debía hacer, no era capaz de hacerlo.

La miré y ella me devolvió la mirada, recorriendo mi cuerpo con lentitud. Yo hice lo mismo, consciente de que era la primera vez que tenía delante a una chica desnuda.

Y entonces me besó.

Sus labios eran cálidos y suaves. Se movían con lentitud sobre los míos, dudosos al principio y después más seguros. Nos separamos durante unos instantes y nos miramos a los ojos. Me sentía confuso.

El beso había estado bien, pero en realidad no había sentido nada. Me di cuenta de que no quería volver a rozar esos labios.

En ese momento, me besó otra vez. Sus labios parecían más cálidos que antes, y volví a tener la extraña sensación de que en Óscar ardía algún...

¿Óscar?

Sí. Cuando me aparté de ella, vi que ya no se trataba de Marta. Era Óscar quien me había besado.

Así que volví a besarlo.

–¡Darío! ¿Qué estás haciendo?

No era Óscar quien había hablado, sino una voz demasiado familiar. Al apartarme de él, vi que se trataba de mi abuela, que nos observaba con ojos desorbitados, y el corazón me dio un vuelco doloroso.

–Abuela...

No sabía qué hacer. Quería huir, pero también quería quemarme con Óscar. Elegí quemarme.

El fuego de Óscar me consumía por dentro y por fuera, y ya era demasiado tarde para tratar siquiera de apagarlo. Demasiado tarde para apagar las llamas que me recorrían la piel, ardientes y demasiado dolorosas.

Arderíamos juntos.

# CAPÍTULO 22

Glow is low and it's dimming  
And the silence is ringing  
And I can almost feel your breath  
I can almost feel the rest

*Touch*, Troye Sivan

–Estoy hasta los huevos de los exámenes –dijo Fer por enésima vez, tirando el bolígrafo contra el escritorio–. Necesito descansar un poco, joder.

–¿Descansar? ¿Qué es eso? –preguntó Óscar con sorna.

–No lo sé, creo que en otra vida podíamos hacerlo –añadí yo.

–Ya te digo. No tengo tiempo para nada, de verdad –siguió quejándose Fer–. En serio, es que no tengo tiempo ni para tocarme.

Óscar y yo nos reímos: ese comentario era demasiado típico de él.

–Ya somos dos –dijo Óscar.

–Tres –añadí para no quedar mal, porque si había algo que había hecho muy a menudo esas últimas semanas era precisamente eso. Muchas veces. Varias al día. Y, aun así, no era suficiente. Nunca lo era, porque no podía dejar de pensar en Óscar por mucho que lo intentara.

–¿Os apetece...? –comenzó Fer, pero dejó la frase inconclusa.

No hacía falta que terminara la pregunta para saber a qué se refería. Hacía meses que no hacíamos nada los tres juntos, pero antes era algo habitual. Sabía que a otras personas podía parecerles raro, pero para nosotros era algo normal: habíamos aprendido a hacerlo juntos y, desde entonces, habíamos seguido haciéndolo. Para nosotros era algo tan normal cuando dormíamos juntos como jugar a la Play o ver alguna película. Era diversión entre amigos, nada más. Y me moría de ganas por volver a hacerlo. La emoción aumentaba solo de pensarlo.

El problema era que, la última vez que lo habíamos hecho, yo no sentía esas cosas tan raras cada vez que estaba con Óscar. ¿Y si aquella vez era distinto? ¿Y si resultaba incómodo? O peor aún: ¿y si se daban cuenta de lo que se me pasaba por la cabeza y se enfadaban conmigo? No podía arriesgarme a que eso sucediera.

–Pero... ¿qué pasa con Laura? –preguntó Óscar con tono indeciso.

–¿Laura? –pregunté yo a mi vez, confuso.

–Es la chica que te dije con la que estoy de rollo –aclaró Fer–. Pero no estamos juntos en serio, así que...

Hubo una pausa.

–Pues por mí bien –dijo Óscar al fin, con un hilo de voz.

–¿Darío? ¿Te apetece?

Tragué saliva y a continuación me encogí de hombros, tratando de aparentar indiferencia. No podían notar las ganas que tenía.

–Bueno, vale.

–Voy a por el portátil –dijo Fer, y bajó de la litera de arriba. No pude evitar fijarme en el bulto que había en su ropa interior, y aparté la mirada antes de que se diera cuenta. Mis ojos se cruzaron con los de Óscar, y vi que él también se había fijado. Pero entonces lo miré de reojo y volví a notar esa familiar presión al ver su torso desnudo.

–¿Qué os apetece que ponga? –preguntó Fer mientras encendía el portátil, ajeno a nuestro intercambio de miradas.

Esa vez fue Óscar quien tragó saliva.

–No sé... lo que tú quieras estará bien –dijo.

–¿Seguro? Si queréis algo en concreto...

Óscar se encogió de hombros.

–A mí me da igual.

–¿Y tú, Darío?

–Me da igual. Lo que tú quieras.

–Bueno, vale.

Trasteó durante unos minutos en el ordenador y lo dejó sobre el escritorio, con la pantalla hacia las camas. A continuación, apagó la luz y puso el vídeo, sin sonido para no despertar a sus padres. Después subió a su cama, y oí el roce de la tela contra la piel cuando se desnudó por completo. Luego oí otro roce, mucho más constante, y al apartar los ojos de la pantalla y mirar hacia arriba vi que Fer ya había comenzado, aunque solo veía sombras.

–Sin mirar –me advirtió en voz baja.

Esa era la primera norma: nada de mirar.

–Darío, contigo delante no veo la pantalla –dijo Óscar desde la litera de abajo, en voz baja–. ¿Te pones aquí?

Tragué saliva con fuerza y noté cómo el corazón se me aceleraba aún más. No era raro que me pidiera eso; después de todo, era lo que hacíamos siempre. Pero entonces, ¿por qué me sentía tan nervioso? ¿Por qué notaba esa extraña presión en la boca del estómago?

–Vale.

Me senté junto a él, a su izquierda, y tendríamos que habernos puesto cada uno en un extremo como solíamos hacer, pero Óscar se encontraba en mitad de la cama, así que me quedé a su lado. Solo nos separaban un par de

centímetros, y estaba seguro de que podría oír con claridad los latidos de mi corazón. De hecho, me sorprendía que Fer no lo hiciera, aunque, a juzgar por el roce que oía, debía de estar demasiado ocupado como para fijarse en nada más.

Sin poder evitarlo miré a Óscar, tenuemente iluminado por la luz de la pantalla, y él me miró a mí. Estábamos rompiendo la primera norma, pero no parecía que a ninguno de los dos nos importara. Apenas podía distinguir su cara, pero creí ver una mezcla extraña de emociones en ella; una mezcla de inocencia, picardía, deseo y confusión. No sé cuánto tiempo pasamos mirándonos, pero al final me sonrió y terminó de desnudarse.

Yo hice lo mismo, aunque me sentía tan nervioso que estaba a punto de vomitar.

Comenzamos sin dejar de mirarnos a los ojos en ningún momento. Siempre me había gustado hacer eso con ellos, pero aquel día era diferente, más emocionante... mejor. Quería bajar la mirada, quería ver bien cómo lo hacía, pero no me atrevía. Y a pesar de ello, ese temor, esos nervios, hacían que la sensación fuera aún mejor. Me gustaba.

Pero entonces su mano izquierda rozó mi muslo, y así fue como rompimos la segunda norma: nada de tocar.

En realidad, las normas eran muy sencillas. Eran solo cuatro.

Nada de mirar.

Nada de tocar.

Nada de ruido.

El que manche algo, lo limpia.

Eran normas muy fáciles de cumplir y siempre nos había ido bien con ellas, pero estaba claro que ya no íbamos a tener la misma suerte con las dos primeras. Y lo realmente sorprendente fue que Óscar no apartó la mano: la



dejó allí como si no se hubiera dado cuenta o como si no le importara. Me dio la impresión de que más bien se trataba de lo segundo.

El corazón se me aceleró más todavía, si es que eso era posible, y de verdad que no comprendía que ni él ni Fer lo oyeran. Me pregunté qué era lo que debía hacer. Podía apartar el muslo un poco. Con moverlo apenas unos milímetros ya no estaríamos rozándonos. Pero... ¿quería hacerlo? No lo sabía. A una parte de mí le gustaba el contacto, pero a la otra...

La otra seguía sintiéndose asqueada.

No sabía qué hacer. No sabía qué pensar. No sabía qué era lo que sentía ni qué era lo que se suponía que tenía que sentir. No sabía nada, pero sí sabía que el roce de su mano sobre mi muslo desnudo me gustaba. Al final, no solo no me aparté, sino que me acerqué un poco más a él, apenas uno o dos centímetros, pero lo suficiente como para que lo notara. Lo suficiente como para que sonriera mientras seguíamos mirándonos a los ojos.

Y entonces me puso la mano directamente sobre el muslo.

Me quedé paralizado. Si antes no sabía cómo actuar, después de eso menos todavía. ¿Qué debería hacer yo? ¿Debería tocarlo también a él? Quizás habíamos ido demasiado lejos. O quizás aquello no tenía nada de malo. Seguía siendo diversión entre amigos, ¿no? Llevábamos años haciéndolo. No había nada de malo en ir un poco más allá, ¿verdad? Yo no le había pedido que lo hiciera. No lo había obligado a hacer nada. Si Óscar me había tocado el muslo era porque él quería. Y si él quería, ¿qué tenía de malo, entonces?

El problema era que Fer seguía estando en la litera de arriba, y no podíamos hacer nada más estando con él. Si nos descubría, probablemente nos mataría. Bueno, quizá no tanto, pero seguro que se enfadaría y llamaría a sus padres. A lo mejor incluso nos echaban de su casa, o peor aún, se lo contaban a mi abuela y a los padres de Óscar. A mi abuela le daría un infarto, y el padre de Óscar seguro que lo mataba de una paliza. No, no podía permitir

que eso pasara. Teníamos que parar antes de que fuera tarde. Antes de que ya no pudiéramos parar.

Pero entonces la mano de Óscar comenzó a subir con lentitud por mi muslo, provocando escalofríos a su paso, y se cerró sobre la mía.

Me quedé paralizado una vez más, pero sabía que ya era demasiado tarde para detenernos. Ya era demasiado tarde para evitar que pasara, porque ya había pasado. Ya no había marcha atrás, así que continué moviendo la mano con lentitud, con la suya encima, sin dejar de mirarlo en ningún momento. Mis ojos se habían acostumbrado ya a la penumbra, y veía con claridad esa mezcla de emociones en su cara que tanto me gustaba. Veía los nervios, el miedo y la confusión que yo también sentía, pero veía asimismo la emoción y la excitación; veía que a él también le gustaba lo que estaba haciendo.

Entonces oí cómo Fer se movía un poco en la cama y noté una punzada de pánico. Los dos nos detuvimos de inmediato y Óscar apartó la mano con rapidez. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que habíamos empezado? ¿Cinco minutos? ¿Diez? Agucé el oído, pero seguía escuchando el rítmico sonido que indicaba que Fer todavía no había terminado y también su respiración entrecortada. De todos modos, no creía que fuera a tardar mucho más... no más de otros diez minutos, eso seguro.

Aquello que estábamos haciendo, fuera lo que fuese, tendría que terminar rápido, me gustase o no. Y de todos modos, tampoco podría aguantar mucho más.

Tras unos instantes de silencio, roto solo por los sonidos amortiguados de Fer, Óscar volvió a llevar la mano hasta la mía. Permanecimos así durante un par de minutos, y entonces retiré la mano. Estaba acostumbrado al contacto con su cuerpo, pero no de esa forma, y me di cuenta de que a él también le pasaba lo mismo, y parecía que le gustaba. Cerré los ojos para dejarme hacer, y él comenzó a explorarme, primero con lentitud y después con más rapidez,

apretando y aflojando la mano, arrancándome gemidos bajos que apenas lograba contener mientras notaba que me acercaba más y más.

Cuando terminé no me apresuré a limpiarme y volver a vestirme, tal como hacía siempre. Me sentía demasiado bien como para hacer otra cosa que no fuera cerrar los ojos y disfrutar de la sensación. Oía a Óscar a mi lado, y me pregunté si tal vez debería ayudarlo, tal como él había hecho conmigo. Pero no me atrevía a hacerlo. Ahora que había terminado, la posibilidad de tocarlo me resultaba irresistible asquerosa.

¿Qué coño acabábamos de hacer?

Y aun así, no podía negar que me había gustado. Por mucho que me odiara por ello, me había gustado, y no veía la hora de que pudiéramos repetirlo. A ser posible en otro sitio, sin Fer, donde solo estuviéramos él y yo. Tenía una cosa clara: necesitaba quedarme a solas con Óscar, y pronto.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista.

Pero entonces, lo vi a él.

Óscar en la cama. Óscar sentado. Óscar desnudo. Óscar esperándome.

Me acerqué a él.

Todo a su alrededor era negro. La habitación, si es que se trataba de eso, era negra, al igual que el suelo. La cama era negra, y la almohada también. Incluso las sábanas eran negras por completo.

Negras como mi alma.

Me senté junto a él, y sus ojos se encontraron tan solo a unos centímetros de los míos. Sonrió, y durante unos instantes pensé que iba a besarme. Sentí una mezcla de sensaciones extrañas y confusas en mi interior: repulsión, deseo... excitación.

Pero no me besó, y aquello resultaba extrañamente decepcionante.

En ese momento volvió a sonreír, pero era una sonrisa muy distinta a la anterior. Era una sonrisa pícaro, una sonrisa travieso, y entonces levantó la mano y la llevó hasta mi muslo.

Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer, y el tacto de su palma ardía contra mi pierna. El fuego de Óscar me consumía por dentro y por fuera, derritiendo lentamente el hielo de mi interior.

Todo se volvió completamente negro durante unos instantes, pero entonces reparé en que tan solo había cerrado los ojos. Estábamos perdidos en la oscuridad.

Solos él y yo.

No sabía si había sido así desde el principio, pero entonces me di cuenta de que me encontraba desnudo por completo, al igual que él.

Quería tenerlo más cerca, pero al mismo tiempo quería salir corriendo, lejos, muy lejos, para no volver jamás. Pero, por mucho que quisiera, por mucho que supiera que eso era lo que debía hacer, no era capaz de hacerlo.

Abrí los ojos y lo miré. Él me devolvió la mirada, recorriendo mi cuerpo con lentitud, con la mano todavía en mi muslo. Yo hice lo mismo, consciente de que nunca había tenido una oportunidad parecida. Consciente de que aquello estaba mal, muy mal. Consciente de que quizá no volviera a tener esa oportunidad.

Y entonces sus dedos comenzaron a ascender con lentitud por mi pierna.

Pero esa vez no se cerró sobre la mía, porque yo tenía ambas manos a los costados. Cuando sus dedos se cerraron sobre mí, el tacto fue cálido y embriagador, ardiente por dentro y por fuera. Movi6 la mano durante unos instantes, pero entonces la apartó y nos miramos a los ojos. Me sentía confuso.

No quería que volviera a rozarme siquiera.

No quería que volviera a tocarme nada que no fuera él.

Y entonces volví a notar su tacto. Su mano era más cálida que antes, como si Óscar ardiera en algún fuego extraño. Quería huir, pero también quería quemarme en él.

Elegí quemarme.

Con él, siempre elegiría quemarme.

Y su mano se movía cada vez más deprisa, haciendo que ardieran todas y cada una de mis terminaciones nerviosas.

Y entonces, cuando menos lo esperaba, me besó.

No era la primera vez que lo hacía, al menos en ese mundo, pero sí la primera vez que lo hacía mientras me daba ese placer. Un torrente de sensaciones sacudió mi cuerpo, hasta que finalmente no pude aguantarlo más y exploté, soltando un sonoro gemido contra la boca de Óscar.

Y entonces oí la voz de Fer, salida de la nada.

—¿Qué coño estáis haciendo?

Distinguía un poco mejor los contornos de nuestro alrededor, y me fijé en que estábamos en su habitación, en la litera de abajo, y la cabeza de Fer asomaba por la parte superior.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

—Fer, no...

Él negó enérgicamente con la cabeza, y Óscar se calló.

—No, nada de Fer. Os estabais besando; os he visto.

—¡No! No es lo que parece... —traté de afirmar, pero mi voz no sonaba muy convencida.

—No me vengáis con mierdas. Sé perfectamente lo que he visto.

—Siempre hacemos estas cosas juntos —traté de argumentar—. ¿Qué tiene de malo?

–¿Que qué tiene de malo? ¡Os estabais besando! Sois unos maricones... tenía que haberme dado cuenta.

–¡No! No somos... No somos maricones –aseguré, y la palabra me ardió en la boca. ¿No lo era? En realidad no podía estar seguro.

–Pues claro que sí –insistió–. Una cosa es... lo que hacemos siempre... y otra... eso.

Su expresión y su tono de voz eran de repugnancia absoluta, lo que dejaba claro hasta qué punto lo habíamos asqueado.

Y lo peor era que yo también me sentía asqueado conmigo mismo. ¿Cómo no sentirme así después de lo que habíamos hecho?

–Lo siento. No volveremos a hacerlo.

–Largaos. Fuera de aquí ahora mismo.

–Pero, Fer... –dijo Óscar.

–¡Que os larguéis, joder! Sois unos putos enfermos.

Lo éramos. Claro que lo éramos.

–Fer...

–¡Que te calles, Óscar! Marchaos de aquí, los dos. No quiero maricones en mi casa.

–Yo no soy un maricón –afirmé con voz rotunda.

–Claro que sí. Sois los dos unos putos maricones.

–¿Y adónde vamos a ir? –gimoteó Óscar, y a pesar de la oscuridad pude ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

–Eso no es asunto mío. Largaos y dad gracias de que no despierte a mis padres.

–Fer... –siguió intentando Óscar.

–No quiero volver a veros –aseguró–. Nunca más.

–Pero ¡somos amigos!

–Yo no soy amigo de un par de maricones.

# CAPÍTULO 23

I wish you were mine

I close my eyes, take a breath

And I picture us in a place I can't recognize

In the fire I call your name out

*Dancin' in Circles, Lady Gaga*

Cuando desperté, tenía las mejillas llenas de lágrimas y el corazón a punto de estallar. Mi cuerpo también estaba empapado. Durante un instante temí haberme orinado en la cama, como me había ocurrido a menudo durante esos horribles meses tras la muerte de mis padres, y una ola de vergüenza helada me recorrió por completo. Pero entonces me di cuenta de que tan solo se trataba de sudor, así que suspiré aliviado mientras trataba de poner mi desbocado ritmo cardíaco bajo control.

Miré a mi alrededor, aunque no veía nada en la oscuridad, pero oía el sonido de la respiración pausada y constante de Óscar y Fer. La respiración de Óscar era suave y apenas audible, un poco como él cuando estaba despierto, mientras que la de Fer era mucho más pesada y ruidosa. Di las gracias por no haberlos despertado y también por tenerlos allí conmigo. A

pesar de todo, no me hubiera gustado despertar de la pesadilla y encontrarme solo.

Miré el móvil y vi que eran las cuatro de la mañana. Apenas habíamos dormido un par de horas, pero por suerte no teníamos que madrugar. Si no hubiera tenido esa maldita pesadilla...

Despegué mi cuerpo húmedo de la cama, procurando no hacer ruido, y atravesé la habitación a ciegas, sin necesidad de tantear nada de lo bien que la conocía. Al salir al pasillo cerré la puerta detrás de mí y me dirigí hacia el cuarto de baño. Comencé a desnudarme y entonces me di cuenta de que había un problema: aunque me duchara, mi pijama estaba empapado. Lo bueno era que ya hacía calor, así que podría dormir en ropa interior sin congelarme. Al final opté por encender el radiador y dejar los calzoncillos encima. Me planteé hacer lo mismo con el pijama, pero sabía que no se secaría a tiempo, así que me metí en la ducha sin darle más vueltas.

Aunque hacía algo de calor, notaba un extraño frío por dentro, o más bien un escalofrío. Era como si mi interior estuviera empezando a llenarse de hielo, un hielo abrasador que quemaba más que cualquier fuego por mucho que me helara las entrañas. Pero en el fondo el hielo era frío, así que me duché con agua caliente, tratando de derretirlo.

No lo conseguí.

Estaba demasiado alterado para volver a meterme en la cama, así que me puse los zapatos, tomé las llaves de Fer del escritorio y salí a dar un paseo. Hacía calor, pero soplaba una brisa fresca, y me sorprendió lo mucho que se pareció eso a lo que sentía en mi interior.

Fuego y hielo. Calor y frío. Deseo y asco. Placer y odio. Todo se entremezclaba en una confusa maraña de sensaciones y emociones; unas emociones que no quería, pero de las que no era capaz de desprenderme. ¿Y si pasaba lo mismo que en el sueño y perdía a Fer? ¿Y si se enteraba mi



abuela y me echaba de casa, o le daba un ataque al corazón? ¿De verdad valía la pena arriesgar tantas cosas por unos momentos de placer, un placer que me asqueaba al mismo tiempo que me gustaba? No tenía respuesta a mis preguntas y la noche tampoco me las daba, así que después de un rato dando vueltas volví a la casa.

La tenue luz de la luna entraba por la ventana de la habitación cuando regresé, iluminando ligeramente el cuerpo de Óscar. En algún momento de la noche se había quitado la camiseta, probablemente a causa del calor, por lo que veía claramente su pecho subiendo y bajando con suavidad. Recorrí su cuerpo con los ojos, empezando por su cara tranquila y serena, una cara que por lo general no veía tan pacífica, sino más bien como si siempre lo atormentara algo. Bajé por su cuello y sus clavículas, deteniéndome en el torso, observándolo libremente. Seguí descendiendo hasta llegar a su ombligo, y después me di cuenta de que a pesar de la escasa luz podía ver una fina línea de vello que bajaba hasta ocultarse bajo sus pantalones.

Noté otra vez esa molesta oleada de deseo y entendí que necesitaba hacer algo para distraerme, y pronto.

Miré a mi alrededor y me fijé en que la mochila de Óscar estaba abierta en el suelo y que de ella asomaba su cuaderno de dibujo. Volví a mirarlo a él para asegurarme de que seguía dormido y después me acerqué poco a poco a la mochila. Saqué el cuaderno con cuidado, procurando no hacer ruido, y a continuación volví a salir de la habitación. Me metí en el cuarto de baño una vez más, aferrando el cuaderno con fuerza contra mi pecho, abrazándolo contra mí como no podía abrazar a Óscar.

No me sorprendió encontrar mi cara devolviéndome la mirada desde la primera página, aunque el corazón se me aceleró de todos modos. Siempre fui su modelo favorito para dibujar; según él, porque tenía unos pómulos interesantes, y sabía que debía de haber hecho más de cien dibujos míos. Aun

así, era curioso pensar que había seguido dibujándome durante todo el tiempo que pasamos distanciados, porque estaba claro que no eran todos de los últimos días. Miré la esquina inferior de la página y vi que había una fecha: 1 de enero. Recordaba ese día con claridad: había sido la noche que se emborrachó, la primera noche...

La primera noche que comencé a sentir aquellas cosas que no debería sentir.

Pasé las páginas y vi que, intercalados con mis dibujos, había más de Fer de los que solía haber antes. A él nunca le gustó demasiado que lo dibujara, ya que no era capaz de quedarse quieto más de veinte segundos, pero estaba claro que o bien había cedido durante esos últimos meses para hacer de modelo, o bien Óscar lo había dibujado de memoria. Siempre ha tenido un ojo increíble para los detalles, así que no era improbable que se tratara de lo segundo.

Cada vez había menos dibujos míos, y los de Fer y nosotros dos juntos se intercalaban con algún autorretrato, un par de paisajes y un dibujo de su madre, con esos ojos que siempre parecían tristes. Y entonces volví a verme, pero no estaba solo.

Éramos Óscar y yo, y estábamos tumbados en una cama desnudos, aunque no se veían demasiados detalles. Él estaba delante de mí, mientras que yo lo abrazaba por detrás, rodeándolo con los brazos en ademán protector. Tenía una expresión de felicidad en el rostro, una expresión que pocas veces había visto en la vida real y que Óscar había logrado plasmar a la perfección. El resto, sin embargo, no le hacía justicia. Se había dibujado como con prisa, sin demasiado detalle, como si él no fuera lo importante del dibujo. Parecía haberse dibujado como si estuviera deseando quitárselo de encima.



Yo, en cambio, me veía extraño. En el dibujo era más guapo, más fuerte, más... ¿más dulce, quizás? ¿Es que no era yo la persona retratada? Quizá me había equivocado al pensar que era yo. No. Era yo claramente, aunque se trataba de una visión idealizada, una visión que no se correspondía del todo con la realidad. Era yo, pero no era exactamente yo, sino una versión mejorada. Me pregunté si era así como me veía Óscar, y qué significaba eso. Lo cierto era que no me atrevía a buscar la respuesta.

Miré la fecha del dibujo y vi que era del 22 de mayo, hacía unas cuantas semanas. No podía estar seguro del todo, pero me parecía recordar que ese fue el día siguiente a la primera noche en casa de Fer después de varios meses. La primera noche que las cosas habían sido otra vez como antes.

Con un suspiro, apagué la luz del cuarto de baño y volví a la habitación. Se me paró el corazón durante un instante al ver que Óscar se había movido,

pero enseguida comprobé que seguía estando profundamente dormido. Procurando de nuevo no hacer ruido, dejé el cuaderno en la mochila y caminé con sigilo hasta mi cama, sin perder a Óscar de vista ni por un segundo.

Entonces sentí un extraño impulso; algo que nunca había sentido: quería tumbarme junto a él. Quería abrazarlo, pegar mi cuerpo al suyo y no moverme de ahí en toda la noche. Antes de que nos distanciáramos ya nos abrazábamos en muy pocas ocasiones, pero aquello era distinto: quería dormirme mientras lo abrazaba. Quería que ese dibujo que había visto a escondidas se volviera realidad.

No entendía por qué sentía eso, así que me apresuré a meterme en la cama e intenté pensar en otras cosas, aunque en el fondo sabía que no iba a conseguirlo.

Puede que fuera ya comenzara a clarear, pero iba a ser una noche muy larga.

# CAPÍTULO 24

Let me rub your back

You can set limitations

Honey if you want we can get out frustrations

Do you wanna come over?

*Do You Wanna Come Over, Britney Spears*

Tuve que esperar hasta mi cumpleaños para poder estar a solas con Óscar.

En realidad, fue más fruto de la casualidad que algo planeado. Durante las semanas anteriores había tratado de buscar alguna oportunidad de quedarnos solos, pero no lo había conseguido. Por un lado, era difícil, incluso después de los exámenes, porque Fer estaba siempre de por medio. Y por otro, yo tampoco me atrevía a dar el paso de proponerle algo directamente. Pero entonces, la mañana de mi cumpleaños, llegó un mensaje de Fer a nuestro grupo.

Los 3 Mosqueperros 🐶 🐶 🐶

Fer 😊, Óscar 😊, Tú

[Fer 😊]

Tios

Stoy hecho mierda

No voy a poder ir hoy

Lo siento



[Óscar 😊]

Jo.

¿Y eso?

[Óscar 😊]

¿Qué te pasa?

[Fer 😊]

Gripe

Stoy hecho polvo 🤒

[Óscar 😊]

¿Gripe?

¿En junio? xD

Joe...

Que putada 🤒

[Fer 😊]

Pro no quiero jodert el cumple

Quedad sin mi, vale?

[Óscar 😊]

¿Seguro?

Podríamos ir a verte luego...

Claro!

Si quieres vamos y te hacemos compañía 😊

[Fer 😊]

No, no

Q seguro q os contagio...

Pasadlo bn vosotros, vale?

[Óscar 😊]

No sé...



Me sabe mal.



Jo, y a mi



[Fer 😊]

En serio

No quiero joderte 1 cumple, Dario

Si venis aqui estando yo hecho mierda en lugar de pasarlo bien vosotros

me sentire peor



[Óscar 😊]

Puf...

Si estás seguro...

[Fer 😊]

Q si, coño xD

Insisto

Pasadlo bn vosotros x mi, vale?

Bueno...

[Óscar 😊]

¿A ti te parece bien, Darío?

Eres tú el que cumple...

[Fer 😊]

Pues claro q le parece bn

Nadie quiere q le amarguen el cumple

No se...

Si de verdad no te importa que quedemos  
nosotros...

[Fer 😊]

Mira q sois pesados

Q no me importa, en serio

Si me molestara os lo diria, no?

[Óscar 😊]

Vale... Está bien.

Quedamos nosotros entonces...

Aunque me sabe mal 😞

[Fer 😊]

A mi si q m sabe mal perderme tu cumple 😞

Ahora m voy a dormir 1 rato, vale?

A ver si me mejoro 1 poco...

[Óscar 😊]

Vale... descansa. 😊

Mejorate!

Me quedé durante unos minutos con el móvil en la mano, mirando la pantalla incluso después de que se volviera negra. El corazón había vuelto a desbocárseme, y estaba empezando a perder la cuenta de las veces que me había pasado en los últimos tiempos. Por fin iba a estar a solas con Óscar. Y no solo eso, sino que íbamos a dormir juntos. Desde luego, era mucho más de lo que esperaba, y todo lo que llevaba deseando desde hacía varias semanas. Pero entonces, ¿por qué sentía tanto miedo?

Seguía sumido en mis pensamientos cuando el móvil me vibró en la mano, sobresaltándome. Vi que era un mensaje de Óscar, esta vez fuera del grupo.

Solté un suspiro antes de abrirlo.

Pues parece que nos quedamos los dos solos.



Eso parece



Supongo que sigue en pie, ¿no?

Que quieres decir?

Lo de esta noche.

Si prefieres dejarlo para otro día que estemos los tres, no pasa nada.

Lo entenderé



No, no!

Quiero que durmamos juntos

Tengo muchas ganas

¿En serio?

Mierda. ¿Tal vez había hablado más de la cuenta?

Pues claro

Dudé unos instantes antes de teclear lo siguiente.

Tu no?

¡Claro que sí!

Es solo que hacía mucho que no dormíamos juntos los dos solos.

Tenía razón: había pasado mucho desde la última vez, por lo menos un par de años, si no más, pues ni siquiera era capaz de recordar cuándo había sido exactamente. Pero no era porque hubiera habido algún problema entre nosotros, sino más bien porque éramos casi como un pack: Fer, Óscar y yo. Los tres Mosqueperros. Rara vez hacíamos nada dos de nosotros si no estábamos con el tercero.

Pero el día había llegado.

Ya... Lo se

Pero bueno, sera divertido



Seguro que sí.



¿Tienes algo planeado?

¿Alguna peli o algo parecido...?

Realmente, lo que planeaba tenía muy poco que ver con películas. Al menos, de las que se ven normalmente en un cine. Lo cierto es que no me quejaría precisamente si quisiera ver alguna película de otro tipo.

Pues no lo se

Pero seguro q lo pasamos bien




No sabía si había sido más claro de la cuenta con la indirecta, pero al menos esperaba que así la pillara. A juzgar por lo que tardó en responder, parecía que así era.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Seguro que sí. 

Pero entonces...

¿No quieres hacer nada especial?

Especial?

A que te refieres?

Bueno... es tu cumpleaños.

Tienes derecho a decidir, ¿no?

Uy...

Estas seguro? 



[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Claro.

Podemos hacer lo que quieras.

Hum...

Lo que yo quiera?

Sip

Seguro?



Pues claro.

Es tu cumple.

Pues ya pensaré en algo...

¿No se te ha ocurrido nada todavía?

Piensa que es una oportunidad única...

Todavía no

Pues muy mal.



No te preocupes...

Seguro que se me ocurre algo interesante



[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Por cierto...

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

[conectado]

Sí?

No te voy a poder dar tu regalo de cumpleaños.

Lo tiene Fer, así que...

Vale. Ese era el momento. Tenía que lanzarme y tenía que hacerlo ya, antes de que pasara más tiempo. Parecía que el universo me había puesto la oportunidad en bandeja, así que no iba a desaprovecharla.

Bueno...

Entonces tendras que compensarme esta noche

No te parece?



[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

¿Cómo?

Ah... no lo se

Eso es problema tuyo...

Pero mas te vale que me guste



¿Te apetece algo especial?

Te recuerdo que puedes pedir lo que quieras.



No, no...

Prefiero dejar que me sorprendas



Bueno... Se me ocurre algo.

Igual te gusta...

Aunque no estoy seguro.

¿En serio?

Sip.

Pero no sé...

Creo que mejor no.

No sé si es muy buena idea...

¿Sería lo que estaba pensando? No podía estar seguro, pero si se andaba con tanto misterio... quizá sí que fuera eso. Aunque no habíamos hablado de lo que había pasado aquella noche en casa de Fer, muchas veces, cuando me miraba pensando que no me daba cuenta, podía notar que no se lo quitaba de la cabeza.

Al igual que yo.


No seas tonto.

Seguro que me gusta.



No sé yo...

¿Y si no es así?

No quiero que tu regalo de cumpleaños te decepcione... 

Si no lo conociera mejor, tal vez me habría creído sus palabras. Pero lo conocía casi tanto como a mí mismo, así que sabía perfectamente que en realidad solo estaba jugando conmigo, provocándome un poco. Por un lado me molestaba que no fuera claro, pero después de todo yo tampoco lo estaba siendo, por lo que no tenía derecho a reprocharle nada. Además, debía reconocer que aquel juego estaba empezando a gustarme bastante... así que decidí que yo también iba a jugar.

No seas tonto

Estoy seguro de que no va a decepcionarme



No sé yo...

---

¿Quieres que me arriesgue entonces?

Pues claro

¿Y si no te gusta?

Pues tendras que buscar otra forma de  
compensarme...

No creo que se me ocurra nada mejor



Pues entonces tendras que probar con esa

Seguro que me gusta

Bueno... vale.

Pues espero que te guste. 

¿Qué es?

Ah, no.

Si te lo digo, ya no es una sorpresa.




Jo... 

Dame una pista al menos...

Nop. 

Si te doy una pista, seguro que lo adivinas.

Que no, jo

Que yo soy muy tonto 



No voy a adivinar nada

Y entonces...

¿Para qué quieres la pista?



Era increíble lo mucho que le gustaba jugar conmigo... Tenía que estar disfrutando de lo lindo, riéndose de mi sufrimiento. Y lo peor era que a mí también me gustaba, y no sabía si eso era bueno o malo.

Venga, va...

No seas así!



¡Se siente!

Si quieres saberlo, tendrás que esperar.

No es justo.



[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Tranquilo. Ya verás que merece la pena.

Seguro?

Seguro.

M lo prometes?

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Te lo prometo.

No podía esperar a que llegara la noche. El problema era que estaba tan nervioso que no sabía cómo calmarme, así que decidí sacar la botella de vodka que guardaba en el fondo del armario desde la última vez que habían

venido Óscar y Fer para intentar soltarme un poco. Una parte de mí sabía que no era una buena idea, pero al resto no le importaba.

# CAPÍTULO 25

So, baby, come light me up  
And maybe I'll let you on it  
A little bit dangerous  
But, baby, that's how I want it  
A little less conversation  
And a little more «touch my body»

*Into You, Ariana Grande*

Me sentía tan alterado que estaba a punto de vomitar, aunque tal vez fuera tan solo el efecto del alcohol.

No dejaba de dar vueltas de un lado a otro de la habitación, nervioso y preguntándome con el corazón desenfrenado qué pasaría cuando Óscar llegara. ¿Iría todo bien? ¿Querría hacer lo que estaba esperando que hiciera? ¿Y si había malinterpretado sus intenciones? ¿Y si no quería dar ningún paso más? Tal vez no debía intentar nada, tal vez...

No.

Estaba completamente decidido. Me había costado mucho tiempo tomar esa decisión, muchos quebraderos de cabeza, así que pensaba seguir hasta el

final. Probablemente luego me arrepintiera, pero al menos tenía que intentarlo, tenía que quitarme esa especie de espina que llevaba clavada.

Cuando sonó el timbre, el corazón estaba ya a punto de explotarme en el pecho. Me obligué a respirar hondo para calmarme, tratando de no darle demasiada importancia al asunto. No es como si no hubiéramos hecho nada antes. Después de la última noche en casa de Fer, no sería para tanto ir un paso más allá.

¿Verdad?

En cualquier caso, no podía dejar que me viera en ese estado. Tenía que aparentar seguridad, confianza en mí mismo. No podía dejarme llevar por los nervios, porque entonces Óscar también se pondría nervioso y todo sería un desastre. Di gracias al vodka, porque sabía que sin él estaría aún peor.

Abracé a Óscar nada más abrir la puerta. Nunca habíamos tenido costumbre de hacerlo entre nosotros, pero sentía que necesitaba hacerlo. El corazón me latía con fuerza, y me parecía sentir que el suyo también. Un instante después, sin embargo, estaba seguro de habérmelo imaginado. Me estaba volviendo paranoico.

–Qué efusividad –dijo cuando nos separamos al cabo de unos pocos segundos, y no pude evitar sonreír. No sabía cómo lo hacía, pero Óscar siempre lograba hacerme sonreír. Era de los pocos que siempre conseguían hacerlo.

–Tenía ganas de verte –repliqué, y atravesé el pasillo para dirigirme a mi habitación. Él cerró la puerta de la entrada y después me siguió, aunque no respondió nada a mi comentario.

–¿Estás seguro de que tu abuela no va a venir? –preguntó al entrar, y me di cuenta de que le fallaba un poco la voz. Me quedó claro que él también estaba nervioso.

–Completamente –contesté, tratando de fingir seguridad en mí mismo, a pesar de que me temblaban un poco las piernas–. Estamos solos tú y yo, al menos hasta dentro de unas cuantas horas.

Esperaba que fueran suficientes.

–Es una putada que Fer no haya podido venir –comentó al sentarse en la cama, aunque en realidad debía de estar pensando lo contrario. Después del día de la piscina y la noche en casa de Fer, cada vez estaba más seguro de que él quería lo mismo que yo. Pocas veces teníamos ocasión de estar los dos a solas, así que la gripe veraniega de Fer nos había venido muy bien. Era la primera vez que nos quedábamos a dormir juntos solos en mucho tiempo, y los dos éramos conscientes de que la oportunidad era única. Lo más seguro era que no volviera a repetirse en una buena temporada.

–Supongo –dije, encogiéndome de hombros mientras cerraba la puerta de la habitación. El corazón comenzó a latirme con fuerza, pero respiré hondo e hice lo posible por controlarlo. A continuación, me volví para mirarlo y me obligué a pronunciar las palabras que necesitaba decir–: Pero bueno, siempre podemos pasarlo bien nosotros dos solos, ¿no?

Lo cierto era que no esperaba ser tan claro. Quizás había sido demasiado explícito en mis intenciones, pero el alcohol siempre me soltaba la lengua, y de todos modos no me arrepentía de ello: no quería que hubiera lugar a dudas. Y en cualquier caso, después de la conversación que habíamos mantenido antes no tenía sentido andarse con rodeos. Noté cómo tragaba saliva, evidentemente nervioso por lo que había dicho. Sabía lo que eso significaba, y me di cuenta de que mis sospechas eran ciertas, tal como pensaba: él también quería hacerlo.

El miedo estaba comenzando a desaparecer, pues por alguna razón me gustaba verlo así, y noté que la presión en mis pantalones comenzaba a aumentar. Óscar me dirigió una sonrisa extraña que no sabía cómo

interpretar, y sentí una punzada de preocupación en el pecho. ¿Es que se estaba arrepintiendo? ¿Es que iba a echarse atrás?

–Claro –dijo al fin–. No todos los días cumple uno dieciséis años.

Estuve a punto de soltar un suspiro de alivio, pero logré contenerlo. Decidí seguir hablando para tratar de disimular los nervios que sentía.

–Todavía no me has regalado nada –le reproché, y entonces me di cuenta de algo: era el momento de lanzarme. Sabía que si seguíamos hablando y dándole vueltas a lo mismo no iba a atreverme, así que comencé a desvestirme con lentitud. El corazón me palpitaba con fuerza en el pecho, pero no podía echarme atrás a esas alturas–. Menudo amigo estás hecho...

Nos habíamos desnudado el uno delante del otro cientos de veces. Joder, ya habíamos hecho cosas juntos, por no mencionar lo que había pasado en casa de Fer.

Entonces, ¿por qué me temblaban tanto las piernas?

–Ya te lo he dicho –respondió con voz nerviosa, observándome mientras me desnudaba. Traté de hacer como que no me daba cuenta, aunque notaba los pantalones a punto de estallar a causa de la presión. Y estaba claro que él también lo notaba perfectamente: no había forma de ocultarlo–. Fer tiene nuestro regalo.

–Pues me parece fatal, que lo sepas –señalé con una sonrisa, mientras me deshacía de los vaqueros y los dejaba tirados en el suelo, notando al instante una sensación de alivio al quitármelos. Me costaba atreverme a pronunciar las siguientes palabras, pero al mismo tiempo sentía una extraña valentía que me impulsó a hacerlo de todos modos–. Tendrás que compensármelo... ¿no te parece?

Sabía que era entonces o nunca. No podía dudar, porque en ese caso no me atrevería. Así que, en lugar de alargarlo más, me quité la ropa interior y quedé completamente desnudo frente a él. Por dentro quería morirme, pero

aun así procuré no dar muestras de sentir ningún pudor. Me repetí una y otra vez que aquello no era nada nuevo, que para nosotros era algo normal, pero incluso a pesar del alcohol no conseguía mantener los nervios a raya.

Me pareció que una parte de él esperaba que fuera a ponerme el pijama, como si necesitara desnudarme del todo para ello, pero en lugar de eso me quedé ahí inmóvil, mirándolo. Él no apartó la mirada, sino que devoró con ella cada centímetro de mi cuerpo, y eso me gustó aún más.

Por supuesto, Óscar podía notar a la perfección cuánto me encantaba.

—¿Qué pasa? —pregunté, procurando que no notara el temblor de mi voz, aunque no me parecía que tuviera demasiado éxito—. ¿Ves algo que te guste?

Él se apresuró a negar con la cabeza, y después apartó la mirada con brusquedad, como si no me hubiera estado comiendo con la mirada tan solo unos pocos segundos antes. Sin embargo, sus mejillas se sonrojaron con violencia, y al bajar la mirada comprobé que sí que le gustaba lo que veía. Me acerqué hasta quedar a unos pocos centímetros de él, al alcance de su mano. Tenía tantas ganas de volver a sentir el contacto de esa mano que casi sentía un dolor físico.

—¿Estás seguro? —insistí con voz suave, y él se encogió de hombros, como si no supiera muy bien qué responder. Tenía la cara tan roja que parecía que iba a ponerse a echar humo por las orejas de un momento a otro. No podía culparlo; de no ser por el vodka, seguro que yo también habría estado así—. Venga. Sé que lo estás deseando.

Dudó durante unos instantes antes de contestar, y volví a temer que se echara atrás.

—Darío, yo... No sé si es buena idea.

Mierda.

Pero no. No podía dejar que notara que yo también estaba nervioso. Tenía que aparentar seguridad, así que sonreí. A continuación, bajé la mano para



acariciarle la cabeza, aunque al mismo tiempo aproveché para acercarlo un poco más a mí, y él no opuso resistencia alguna. Tenía tantas ganas de notar la diferencia entre su boca y su mano que casi no aguantaba más, pero hice un esfuerzo sobrehumano por controlarme.

–Venga ya, no digas tonterías. Solo es un poco de diversión entre amigos, ¿no? –señalé, citando las palabras que siempre habíamos utilizado cuando hacíamos otras cosas–. ¿Qué tiene de malo?

Y es que lo que estaba pasando allí no era más que eso. Diversión entre amigos. Porque eso era claramente de lo que trataba todo aquello. No había sentimientos por ninguna parte; de eso estaba seguro por completo. ¿Deseo? No lo sabía... quizá. Pero no había nada más entre nosotros. Solo diversión. Solo éramos amigos.

Nada más.

Óscar soltó un suspiro.

–No sé si...

–Lo estás deseando –repetí antes de que pudiera decir nada más, y sabía que tenía razón. Me miró a los ojos durante unos segundos y después bajó poco a poco la mirada. Noté el deseo en ellos, un deseo voraz y feroz, pero también la duda. Me dio la impresión de que se estaba debatiendo consigo mismo, pero, tras unos instantes, pareció decidirse por fin. Y entonces abrió la boca y se dejó llevar.

Cuando noté la calidez de sus labios por primera vez, la suavidad húmeda de su lengua, cerré los ojos y yo también me dejé llevar. Me entregué al placer que Óscar estaba tan dispuesto a darme, deseoso de sentirlo por fin.

\* \* \*

Joder. Joder, joder, joder.

No podía creérmelo. No podía creer que de verdad lo hubiéramos hecho. Pero así era, y no había forma de negarlo ni de cambiar lo sucedido. Me sentía sucio por dentro y por fuera mientras esperaba a que Óscar volviera del cuarto de baño, y pensar en lo que acabábamos de hacer me revolvió el estómago. No sabía cómo era posible que alguna vez hubiera pensado que aquello era una buena idea.

Ahora que el efecto del alcohol había desaparecido, sentía repulsión. Una repulsión profunda e intensa que parecía desgarrarme por dentro como un hielo ardiente que se me clavara en las entrañas. Una repulsión tan fuerte que casi sentía náuseas el recordarlo.

No pude evitar imaginar lo que pensaría Fer si nos hubiera encontrado, como en el sueño. O, peor aún: lo que pensaría mi abuela. Tampoco habría sido tan raro: ¿y si hubiera vuelto antes de tiempo? ¿Y si no la hubiéramos oído y hubiera entrado en mi habitación? Rara vez entraba sin llamar, pero todavía lo hacía en alguna ocasión... Ni siquiera hacía falta que entrara: seguro que podría haberlo oído perfectamente desde fuera, por muy mal que tuviera el oído.

¿Cómo había sido capaz de arriesgarme a eso? ¿Cómo había podido hacer algo así en casa de la abuela? Lo que habíamos hecho era asqueroso. Yo era asqueroso. Óscar... Óscar era asqueroso. Sí, yo había querido hacerlo, pero la culpa era de los dos. Él también quería; de lo contrario, no habría hecho lo de la piscina, ni tampoco lo que había pasado en casa de Fer.

Nunca había visto una expresión de asco tan profunda en la cara de mi abuela en la vida real, pero no podía dejar de verla en mi mente. Ya no era solo eso, sino la decepción, la decepción porque su nieto fuera... un maricón.

Traté de repetirme mis palabras anteriores. Tan solo era diversión entre amigos, no tenía nada de malo... pero estaba seguro de que eso no cambiaría la decepción de mi abuela si llegaba a enterarse. No cambiaría la verdad: que

lo que habíamos hecho estaba mal, por mucho que hubiera tratado de convencerme a mí mismo de lo contrario. Asqueado, me apresuré a vestirme sin esperar a lavarme siquiera. Seguir viendo mi cuerpo desnudo, las pruebas de lo que habíamos hecho, me revolvía aún más el estómago.

Me sentía como una mierda.

Porque era una mierda.

Entonces Óscar regresó de lavarse los dientes, todavía desnudo, y me observó con una amplia sonrisa al entrar en la habitación. Era una sonrisa totalmente sincera que rara vez veía, pero en ese momento me sentó como una patada en el estómago. Contemplé su cuerpo desnudo, esa boca y esas manos que tanto placer me habían dado tan solo unos pocos minutos antes, y sentí una punzada de asco al recordar los detalles de lo que había pasado.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas.

–Joder, vístete.

Su cara cambió a una expresión de dolor y confusión, pero me obedeció de todos modos. De espaldas a mí, abrió su mochila para sacar el pijama. Observé sus nalgas, blancas y suaves, y cuando quise darme cuenta me estaba preguntando lo que sentiría al tener a Óscar debajo de mí, cómo sería gemir contra su nuca. Noté que la presión en mis pantalones comenzaba a aumentar otra vez, pero hice un esfuerzo por dominarla. No podíamos hacerlo otra vez, pero una parte de mí quería precisamente eso.

Y la otra parte de mí seguía sintiéndose repugnante.

Óscar terminó de ponerse el pijama, uno azul con ovejitas, y no pude evitar reírme al verlo. Por mucho que me costara admitirlo, lo cierto era que estaba adorable con él. Noté cómo desaparecía parte de la tensión, y comencé a sentirme un poco más relajado.

–¿En serio vas a dormir con eso?

Él bajó la mirada, confuso, como si no supiera de qué estaba hablando. Entonces se fijó en las ovejitas, y me dio la impresión de que se sonrojaba un poco.

–¿Qué le pasa? Es mi pijama favorito.

–Es de invierno, Óscar.

Se encogió de hombros.

–¿Y qué? Ya sabes que soy muy friolero.

Y, sin decir más, se metió en mi cama con total naturalidad, como si lo de antes hubiera sido normal, como si siempre lo hubiéramos hecho. Tragué saliva, extrañado. ¿Por qué se había metido en mi cama? ¿Qué pretendía con ello? Y entonces, como si me hubiera estado leyendo la mente, se acercó a mí y me pasó un brazo por encima del pecho, con una expresión de felicidad inconfundible en la cara. Me quedé paralizado a causa de la impresión. Por un lado me gustaba que lo hiciera, pero al mismo tiempo me daba un pánico atroz.

La cara de decepción de mi abuela volvió a aparecer en mi mente.

–Oye, oye –dije–. ¿Qué estás haciendo?

Me miró frunciendo el ceño.

–Eh... ¿qué pasa?

–Me estás abrazando –señalé, a pesar de que era obvio.

Su expresión confundida se acentuó.

–Creía que...

Negué enérgicamente con la cabeza.

–Óscar, pensaba que estaba todo claro. No hay nada entre nosotros, ¿vale?

Casi podía ver cómo la sangre abandonaba su cara de golpe, cómo los restos de su sonrisa de felicidad se desvanecían por completo. Nunca lo había visto tan dolido; sus ojos eran como los de un cachorro abandonado.

–¿No?

–No –confirmé, y me dolió hacerlo por mucho que supiera que era lo correcto—. Solo ha sido diversión, Óscar. Diversión entre amigos. ¿De acuerdo?

Vi con claridad cómo tragaba saliva antes de responder. A continuación, asintió lentamente con la cabeza, y su cara de decepción fue evidente.

–Está bien. Yo... Lo siento.

Y, sin decir nada más, se levantó y volvió hasta su mochila. Sacó la ropa que había guardado hacía tan solo unos minutos y, para mi sorpresa, comenzó a quitarse el pijama.

¿Es que quería volver a hacerlo o qué?

–¿Qué haces? –pregunté, extrañado, al ver que empezaba a vestirse.

–Creo que será mejor que me vaya a casa.

Noté una punzada de dolor al darme cuenta de que le había hecho daño, y noté que mi expresión se suavizaba.

–No hace falta que te vayas.

–Sí. Será lo mejor.

Podría haber insistido. Podría haberle dicho que no pasaba nada, que podía abrazarme si quería. Podría haberle pedido que se quedara. Debía haberle pedido que se quedara. Pero no lo hice.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista.

Pero entonces, lo vi a él.

Óscar en la cama. Óscar sentado. Óscar desnudo. Óscar esperándome. Me acerqué a él.

Todo a su alrededor era negro. La habitación, si es que se trataba de eso, era negra, al igual que el suelo. La cama era negra, y la almohada también.

Las sábanas eran negras, totalmente negras.

Negras como mi alma.

Me senté junto a él, y sus ojos se encontraban a unos centímetros de los míos. Sonrió, y durante unos instantes me entraron ganas de besarlo. Sentí una mezcla de sensaciones extrañas y confusas en mi interior: repulsión, deseo... excitación.

Pero no lo besé, y podía ver en su cara que para él era algo decepcionante.

Entonces sonrió, pero era una sonrisa muy distinta a la anterior. Era una sonrisa triste, la sonrisa de alguien que siente haber perdido la esperanza.

—¿Te ha gustado? —preguntó, acercándose a mí.

—Claro —me apresuré a responder, y después me aparté un poco de él para no sentirlo tan pegado a mí—. ¿Y a ti?

—Sí. —Hizo una pausa—. Pero...

Esperé a que hablara, pero no lo hizo. Su rostro estaba cada vez más sumido en la oscuridad, como si estuviera disolviéndose.

—¿Pero...? —dije al fin.

No dijo nada, sino que se acercó para besarme. Aunque una parte de mí quería corresponder a ese beso, al final ganó la que me obligó a apartarme.

Todo se volvió completamente negro durante unos instantes, pero entonces me di cuenta de que no se trataba de que la oscuridad hubiera aumentado. En realidad, era Óscar quien se había desvanecido.

Ahora estaba solo.

—¿Óscar?

Mi voz reverberó en mitad de la negrura, pero no obtuve ninguna respuesta.

Tanteé a mi alrededor tratando de encontrarlo, pero era inútil. Óscar había desaparecido, o se había ido, y ya no había forma de encontrarlo.

Antes de volver a llamarle, sabía que no serviría de nada, pero lo hice de todos modos.

—¿Óscar?

Y, tal como esperaba, nadie contestó.

Me había quedado solo, solo en medio de esa densa y penetrante oscuridad. Tal vez con él hubiera sido capaz de salir de ahí, pero ya era demasiado tarde.

Recordé su mano, cálida como si en Óscar ardiera algún fuego extraño. Recordé que quería quemarme con él, pero al final lo que hice fue todo lo contrario. Dejé que su llama se apagara y que el hielo se extendiera por mis venas.

Lo había perdido.

# CAPÍTULO 26

But there's a scream inside that we all try to hide  
We hold on so tight, we cannot deny  
Eats us alive, oh it eats us alive

*Bird Set Free, Sia*

Nada más levantarme supe que necesitaba hablar con Óscar, y cuanto antes. Sabía que había sido solo un sueño, que no era más que una pesadilla, pero aun así necesitaba hacerlo. Esas pesadillas se estaban volviendo cada vez más frecuentes, y no hacía falta pensar demasiado para darme cuenta de que se trataba de alguna especie de advertencia de mi subconsciente. No quería perderlo.

No podía perderlo.

Oye, Oscar

Estas por ahí?



Sí. ¿Qué pasa?

Tragué saliva antes de continuar. Su respuesta había llegado casi de inmediato, y en realidad todavía no me había dado tiempo a hacerme la idea de lo que quería decirle exactamente.

Mira, se que fui un poco gilipollas ayer

Pues sí. Un poco.

Lo se, y lo siento

Pero es que esto... no se

Es raro para mi, vale?

Ya... lo entiendo.

Para mí también es muy raro.

Siento haberme portado asi contigo

---

No te lo mereces

Me perdonas?

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Sí.

¿Seguro?

Sí.

Estás enfadado conmigo?

Un poco.

Pero no te preocupes, se me pasará.

Ok

Es que necesito ir poco a poco, vale?

Todo esto es nuevo para mi

Y es difícil

Vale.

Sigues enfadado?

[escribiendo...]

[conectado]

Nop.

Seguro?

Sip.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

¿A ti te gustó?

¿Qué demonios iba a contestarle? Una molesta parte de mí quería decir que no, pero ¿realmente tenía algún sentido tratar de negar la evidencia?

Mucho

Bueno...

Pues ahora que está todo aclarado, ya sabes que podemos repetir cuando quieras. 😊

Puedes quedar esta tarde?

Por mí genial. 😊

Te parece bien sobre las 18:30?

Vale 😊

\* \* \*

Me abrazó nada más abrir la puerta. Al principio esperaba sentirme incómodo, pero por alguna razón no fue así. De hecho, me di cuenta de que en realidad me gustaba la sensación, y pensé que podría llegar a acostumbrarme.

–¿Me acompañas a pasear a Rocky? –le pregunté cuando nos separamos.

Frunció un poco el ceño, como si estuviera sorprendido.

–Pensaba que íbamos a quedarnos aquí.

Me encogí de hombros.

–No sé... es que me apetece dar una vuelta contigo. Si tú quieres.

–¡Claro que quiero!

–¿Seguro?

Me dirigió una enorme sonrisa, y por un momento me pareció que el corazón me daba una voltereta en el pecho. ¿Por qué era tan guapo?

¿Y por qué coño estaba pensando esas cosas?

–Claro que sí, es solo... es solo que me ha sorprendido.

–Bueno, pues vamos entonces. ¡Rocky!

Apenas cinco segundos después de llamarlo este llegó corriendo, tan deseoso como siempre de salir a pasear un rato. Al ver a Óscar, se emocionó y se puso en pie de un salto para ponerle las patas sobre el pecho.

–¡Hola, Rocky! –lo saludó Óscar, abrazándolo y rascándolo por detrás de las orejas, tal como siempre hacía. Rocky cerró los ojos y sacó la lengua, disfrutando claramente... siempre había querido mucho a Óscar. Después, le dio un lametón en el brazo. Me di cuenta de que, por alguna razón, sentía envidia al verlos juntos. También me di cuenta de que tenía envidia de un perro. De mi perro, concretamente.

Estaba enfermo.

–¿Vamos? –pregunté.

–Vamos –respondió Óscar, separándose de Rocky.

Echamos a caminar y, durante unos minutos, ninguno de los dos pareció saber qué decir.

–¿Vamos al parque? –dije al fin. Me parecía el lugar perfecto: podríamos estar juntos, pero, como habría más gente, no pasaría nada más entre nosotros.

Claro que ¿de verdad quería estar con Óscar en un sitio público? ¿De verdad quería que no pasara nada? No estaba tan seguro.

–Como quieras.

No tardamos mucho en llegar, pero el silencio era tan denso que casi me dolían los hombros por su peso. En el extremo más alejado había un banco libre, así que nos dirigimos hacia allí sin decir palabra.

–Oye, Darío... –comenzó Óscar cuando nos sentamos.

–¿Sí?

Noté que tragaba saliva antes de continuar.

–¿Qué somos?

Mierda.

Fruncí el ceño y traté de sonreír, aparentando confusión. Estaba totalmente claro a qué se refería, pero no quería admitirlo.

–¿Cómo que qué somos?

Sus mejillas se tiñeron al instante de un rojo intenso.

–Ya sabes... tú y yo.

–Óscar... somos amigos –dije, aunque no pude evitar que me temblara un poco la voz—. Ya lo sabes.

–¿Amigos?

Me pareció sentir el dolor de su pregunta en algún lugar del pecho, pero sabía que era necesario reafirmarlo.

Me obligué a sonreír una vez más.

–Sí, Óscar. Somos amigos.

Pensé que protestaría, que trataría de hacerme cambiar de opinión, pero en lugar de eso se limitó a asentir con la cabeza, con aire decepcionado.

–Vale –dijo al cabo de unos segundos. Tras una pausa, añadió–. ¿Puedo pedirte un favor?

No.

–Dime.

–¿Me...? ¿Me das un abrazo?

Una parte de mí quería negarse. Decirle que no era buena idea, que nosotros no nos abrazábamos. Pero últimamente sí que lo hacíamos, ¿no? Me estaba acostumbrando a ello, y lo cierto era que cada vez me gustaba más la sensación de su cuerpo contra el mío.

–Claro que sí.

Así que lo abracé.

–Gracias –masculló contra mi cuello, y su aliento me provocó un escalofrío que me erizó la piel. La sensación de tener sus brazos alrededor de mi cuerpo era algo distinta de lo habitual, como si necesitara aferrarse a mí para no caerse, como si temiera que si me soltaba fuera a quedar perdido a la deriva.

Noté una sensación extraña en la boca del estómago, aunque era una sensación cada vez más familiar cuando estaba con Óscar, y oí una vocecita en mi cabeza diciendo que siguiera adelante, que diera un paso más. Por un momento, no supe qué iba a hacer a continuación, y eso me daba miedo. No podía besarlo, y menos donde estábamos, en un lugar público donde cualquiera podría vernos. Bastante era que estuviéramos abrazándonos.

Pero quería besarlo.

Así que, reuniendo todas mis fuerzas y también toda mi cobardía, me separé un poco de él tratando de ignorar el ardor de mis labios. No sabía que pronto comenzarían a congelarse del todo.

# CAPÍTULO 27

Nos faltó razón, nos sobró la ropa  
Nos venció el alcohol, todo se incendió  
Bajo aquella luz de una noche loca  
Las mentiras sabían mejor

*Nos sobró la ropa, Malú*

Los acordes de la guitarra reverberaban en la habitación, flotando en el aire mientras se entremezclaban con el calor del verano. Óscar estaba sentado en la cama, con las piernas estiradas. Yo me había tirado en el puf del suelo, en mi esquina favorita para tocar.

–Hacía mucho que no me tocabas –dijo Óscar. Al darse cuenta de cómo sonaban sus palabras, enrojeció, arrancándome una sonrisa involuntaria–. La guitarra, digo.

–La verdad es que sí.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Mis manos se movían sobre las cuerdas, sacándoles notas sueltas sin formar ninguna melodía discernible.

–Me gusta esto –añadió tras unos minutos.

–¿Sí?

Esa vez fue él quien sonrió.



–Sí.

–A mí también.

–Pensaba que solo querrías hacer... eso. Ya sabes.

Por supuesto que lo sabía.

–Somos amigos desde que tenemos memoria, Óscar –le recordé–. Creía que estaba claro que para mí eres mucho más que... mucho más que eso.

No sabía a qué se debía exactamente ese arrebatado de sinceridad, pero lo cierto era que no me arrepentía de lo que había dicho.

–¿Vienes conmigo?

–Vale.

Guardé la guitarra con cuidado en su funda y, a continuación, me puse en pie. Óscar se había tumbado en la cama, ocupando la mayor parte, y me pregunté si estaría haciéndolo a propósito para que tuviera que pegarme a él. Me senté en una esquina del colchón, tratando de poner algo de distancia entre nosotros por alguna razón que desconocía.

–Tumbate, anda.

Mi primer impulso fue negarme, pero cuando quise darme cuenta estaba tumbado junto a él, hombro con hombro. Permanecimos en silencio durante unos segundos y, entonces, Óscar se puso de lado y me pasó el brazo por encima, soltando un suspiro. Llevábamos ya semanas quedando a solas, divirtiéndonos a solas, y había empezado a acostumbrarme a que lo hiciera. De hecho, a veces incluso me gustaba. Su cuerpo irradiaba calor, y el ventilador no ayudaba demasiado a disiparlo, pero no me importaba.

–Me gusta estar así.

No supe qué responder, así que no dije nada. Sí, a mí también me gustaba... pero al mismo tiempo no quería admitirlo. No podía admitirlo.

Di un respingo sobresaltado cuando noté su mano sobre el estómago. Lo miré, y Óscar sonrió mientras me metía la mano por debajo de la camiseta y

me acariciaba el vientre, provocándome un escalofrío que me erizó todo el vello del cuerpo de forma placentera. A veces le gustaba hacer eso, simplemente acariciarme. Y a mí me gustaba que lo hiciera, así que cerré los ojos y lo dejé hacer.

Tras unos minutos noté un cosquilleo en el cuello y me di cuenta de que se trataba de su aliento, pero no abrí los ojos. También me gustaba que me besara el cuello, y dejé que lo hiciera mientras soltaba un suspiro de satisfacción, disfrutando de los pequeños mordiscos que me daba de vez en cuando.

Pero entonces comenzó a recorrer poco a poco mi mandíbula, acercándose cada vez más a mi barbilla. Me puse rígido, pero él no pareció notarlo. Y, si lo notó, no debió de importarle, porque siguió avanzando de forma lenta, muy lenta.

Me di cuenta de que iba a besarme. Una parte de mí cada vez más poderosa quería permitirselo, quería que lo hiciera... estaba ansiosa incluso. Era esa parte de mí que intentaba reprimir cada día, pero que cada vez gritaba con más fuerza. ¿Y por qué no hacerlo? ¿Por qué no dejar que me besara, por qué no probar qué se sentía? Seguía siendo diversión entre amigos, ¿no? No significaba que hubiera algo más entre nosotros... ¿verdad?

Giré la cabeza cuando sus labios estaban a apenas un par de milímetros de los míos. Casi pude sentir su frustración emanando a oleadas de su cuerpo mientras se apartaba de mí para tumbarse a mi lado, con un suspiro de resignación. Quise decir algo, pero no sabía el qué, así que al final opté por quedarme callado. Lo miré, pero él no me devolvió la mirada. Estaba mirando al techo, como si estuviera muy concentrado en algo.

–Nunca me besas –dijo al cabo de unos segundos, a pesar de que no era precisamente la primera vez que manteníamos esa conversación.

Joder.

–Óscar... ya hemos hablado de esto –le recordé.

–Lo sé. Pero es que...

–No, Óscar. Ya lo hemos hablado. Si vamos a seguir haciendo esto, tiene que ser así. Nada de besos, ya sabes que no me gusta nada ese rollo.

–¿Ese rollo?

Mis siguientes palabras me dolieron a mí más que a él.

–Ya sabes lo que quiero decir. Nada de besos. ¿De acuerdo?

Noté que se esforzaba por tragarse las lágrimas, y me odié por hacerle sentir así. Me odié por ser tan imbécil, me odié por hacernos esto. Con lo bien que estaba yendo la tarde, y yo lo había estropeado por completo. Sería tan fácil dejarse llevar, tan fácil dejar que me besara o simplemente hacerlo yo...

Pero entonces todo cambiaría. Y eso no podía permitirlo.

–Está bien –dijo.

–Vamos a estar bien, ¿vale? No me gusta que discutamos por esto.

–Lo siento.

–No lo sientas. –Hice una breve pausa y, antes de poder contenerme, añadí–: En realidad, soy yo el que debería sentirlo.

Frunció el ceño mientras me miraba, claramente extrañado por mis palabras.

–¿Por qué lo dices?

Buena pregunta. ¿Por qué lo decía? Solté un suspiro antes de contestar.

–La verdad es que no lo sé.

Pensaba que iba a insistir, que querría seguir con la conversación, pero en lugar de eso sonrió y llevó una mano hasta mi muslo. No le hizo falta tocar demasiado para provocar una violenta oleada de sensaciones que me recorrió todo el cuerpo.

–¿Cuánto falta para que venga tu abuela?

–Al menos un par de horas.

–Tiempo de sobra, entonces.

Llevé la mano hasta sus vaqueros y la pasé por detrás. Después la introduje por dentro de la cinturilla, algo que nunca había hecho. Óscar parecía sorprendido, pero me dio la impresión de que le gustaba. Y a mí también me gustaba notar su nalga bajo mi mano, así que apreté un poco, y él soltó un gemido. Titubeé durante unos instantes, sin saber cómo pedirle lo que quería.

–¿Quieres que...? –empecé–. ¿Quieres que hagamos... ya sabes?

–No lo sé, Darío... –dijo con voz dudosa–. No sé si estoy preparado.

Era mentira. Sabía que era mentira. Por supuesto que lo estaba: sabía que llevaba meses deseando que llegara ese momento. Sin embargo, comprendía sus dudas: tenía miedo. Sabía que iba a dolerle, al menos un poco, y tal vez incluso se preguntara si estaba haciendo lo correcto. Aun así, no pude evitar mostrarme decepcionado. Supongo que en el fondo siempre he sido un egoísta.

–Me lo habías prometido –le recordé.

–Lo sé.

–Me dijiste que hoy... que hoy lo haríamos –añadí.

–Lo sé –repitió.

–¿Entonces?

Tragó saliva y asintió con la cabeza, enrojeciendo.

–Está bien.

Nos desnudamos con rapidez, sin detenernos demasiado en preámbulos. Nunca lo hacíamos, así que no era nada nuevo. Ya se lo había dejado claro hasta la saciedad: lo nuestro no era más que diversión. Diversión entre amigos.

Porque éramos solo amigos.

Se esforzó por hacerme disfrutar, primero con la boca, y después empezó a subir lentamente por mi cuerpo. Cuando llegó hasta mi cara, comenzó a besarme el cuello poco a poco. A veces me resultaba extraño que lo hiciera, pero al mismo tiempo me gustaba, así que le dejé hacer. Pero entonces bajó con lentitud, acercando los labios a los míos... y yo giré la cabeza, asqueado. Asqueado de lo que quería hacer, pero también asqueado de mí mismo. Asqueado de desear que lo hiciera.

Soltó otro suspiro resignado.

–Ya te lo he dicho, Óscar. Nada de besos.

# CAPÍTULO 28

Let me photograph you in this light  
In case it is the last time  
That we might be exactly like we were

*When We Were Young, Adele*

–Oye, Darío... –dijo unos minutos después de que termináramos, rompiendo ese silencio incómodo que siempre se formaba y en el que ninguno de los dos sabía qué decir.

–¿Sí?

–¿Puedo dibujarte?

La pregunta me tomó por sorpresa. Por lo general no me gustaba que me dibujara, porque me sentía extraño mientras lo hacía, me hacía sentir incómodo. Sin embargo, me pareció que era lo mínimo que podía hacer, así que asentí con la cabeza.

–Bueno... vale. Pero ya sabes que no sé posar.

Frunció el ceño, pensativo.

–¿Por qué no tocas un rato la guitarra? Así puedo escucharte y tú no tienes que concentrarte en posar.

–Eh... bueno. Vale.

Me puse en pie y me estiré por encima de la cama para alcanzar mi camiseta, que estaba hecha una bola junto a la almohada, pero Óscar me sujetó el brazo.

–Todavía falta un rato para que llegue tu abuela, ¿verdad? –preguntó, y yo asentí con la cabeza–. Pues no te vistas.

A pesar de todas las veces que nos habíamos visto desnudos, tanto antes como después de que esto empezara, me dio un poco de vergüenza pensar que siguiera viéndome así, sobre todo ahora que la excitación había pasado. Mi primer impulso fue negarme, pero me di cuenta de que no había razones para ello. Y, después de todo, él siempre era el que acababa cediendo. No pasaba nada porque yo también lo hiciera alguna vez.

–Vale.

Me dirigió una enorme sonrisa de felicidad que rara vez tenía ocasión de ver en su rostro.

–Eres el mejor.

Eso lo dudaba, pero no se lo discutí. Me senté en el puf mientras Óscar sacaba su cuaderno de la mochila y comencé a rasgar unos acordes.

–¿Qué te toco?

–Eh... ¿me cantas alguna tuya?

Negué categóricamente con la cabeza.

–Nop.

–Venga, Darío... solo una, porfa.

–No, lo siento. Mis canciones son solo mías, ya lo sabes.

–Pero alguna vez me has tocado alguna –protestó–. Venga, va... Sabes que me encanta oírte cantar.

¿Cómo le decía yo que las últimas canciones que había compuesto eran sobre él? Aunque solo fuéramos amigos, tal vez no pensara lo mismo si escuchara las canciones. A veces, hasta a mí me costaba recordarlo.

–No tengo muy bien la voz últimamente, con el aire acondicionado y todo eso –dije, tratando de salir del paso–. Si quieres te toco algo, pero sin cantar.

Óscar puso los ojos en blanco.

–Bueno, vale.

Comencé a rasgar las cuerdas, buscando el tono, y después empecé con la melodía, dudoso. No era tan bueno como para tocar algo complejo, y me daba mucha vergüenza pensar que Óscar pudiera reírse de mi música. Pero nunca lo había hecho, y tampoco lo hizo entonces. Sin decir palabra, abrió el cuaderno, y comenzó a hacer bailar el lápiz por el papel con trazos suaves pero firmes.

Seguí tocando, y él continuó dibujando. De vez en cuando lo miraba, y otras veces veía con el rabillo del ojo que era él quien estaba observándome a mí. A veces nuestras miradas se cruzaban, pero entonces sonreíamos y apartábamos la vista.

–Me estás mirando –dijo una de las veces.

–Y tú a mí –señalé.

Óscar se rio.

–Bueno, es que te estoy dibujando. Tendré que fijarme, digo yo.

–Bah. Sigue dibujando, anda.

–Y tú sigue tocando.

Y eso fue lo que hicimos. Comencé a encadenar canciones una tras otra; alguna propia, y otras de las que sabía que a Óscar le gustaban. Solo hicimos una pausa un rato después para vestirnos, a sabiendas de que mi abuela llegaría pronto, y después seguimos a lo nuestro, él dibujándome mientras yo tocaba.

No sé cuánto tiempo permanecimos de ese modo, pero la luz que entraba por la ventana fue muriendo poco a poco y cuando quise darme cuenta la



habitación se había quedado casi a oscuras. Dejé de tocar y aparté la guitarra a un lado, rompiendo un poco la magia del momento.

–Creo que debería ir yéndome –dijo al fin, cerrando el cuaderno y terminando así del todo con la magia.

–¿No vas a enseñármelo?

Óscar esbozó una sonrisa maliciosa.

–No hasta que me cantes algo tuyo.

Era justo.

–Eso no es justo.

–Sí que lo es, y lo sabes. Pero si quieres cantarme algo...

Me reí.

–Mejor no. Venga, te acompaño.

Nada más abrir la puerta de mi habitación me llegó el estruendo de la tele, señal de que mi abuela ya estaba en casa. No sabía a ciencia cierta qué estaba viendo, pero, a juzgar por los gritos, supuse que se trataba de uno de esos programas del corazón que tanto le gustaban.

–Pues bueno –dijo Óscar al llegar a la puerta–. Me voy ya.

–Vale.

Pero se quedó inmóvil, como si estuviera pensando algo más.

–Oye, Darío... –comenzó en voz baja–, ¿te ha gustado?

Me dio la impresión de que enrojecía un poco, y estaba seguro de que yo también lo había hecho.

–Mucho –admití–. ¿Y a ti?

Asintió con la cabeza.

–Me ha encantado. Bueno, me dolió un poco al principio... –confesó–. Pero te acostumbras, ya sabes.

–Bueno, en realidad no lo sé.

–Pues si algún día te apetece probar... Podemos cambiar los papeles si quieres.

Solté una carcajada.

–Anda, vete a casa.

–¿Me das un abrazo?

–Claro que sí, tonto.

Fue mientras lo abrazaba, oliendo ese aroma con el que me había impregnado unas horas antes, cuando me di cuenta de que no quería que se fuera. Me di cuenta de que lo echaría de menos, de que me pondría triste sin él. Se me ocurrió que tal vez podía decirle que se quedara a dormir. Sabía que a mi abuela no le importaría, así que traté de pensar una forma de pedírselo a Óscar sin que resultara extraña.

Pero entonces se separó de mí y, con una última sonrisa, se fue.

Me sentía extrañamente vacío ahora que ya no estaba. No me apetecía meterme en mi habitación y quedarme ahí encerrado el resto de la noche, solo y aburrido, así que fui al salón y me tiré en el sofá, justo debajo del aire acondicionado. Nunca me habían hecho demasiada gracia los programas del corazón, pero, si sugería siquiera la posibilidad de cambiar de cadena, mi abuela se pondría hecha un basilisco... no sería la primera vez. Por tanto, cerré los ojos y traté de quedarme dormido a pesar del estridente volumen.

–Pues a mí me han contado que te acostaste con él cuando estaba casado – dijo una voz de mujer.

Oí un sonido de asombro colectivo del público y eché un vistazo a la pantalla. En ella aparecía un hombre claramente amanerado con cara de indignación.

–¿Que yo qué? ¡Eso es mentira! ¡Men-ti-ra!

–No es eso lo que decía ella –replicó la mujer de antes.

–Uy, pero si ella es una zorra, ¡digo!

El hombre movía las manos de forma exagerada, y verlo me resultaba bastante incómodo. ¿Por qué tenía que demostrarlo tanto? Miré a mi abuela de reojo y vi que tenía una mueca de desagrado en la cara.

–¡Pues como tú, que te acostaste con él sabiendo que estaba casado! –gritó la mujer.

–Pero bueno, ¿tú quién te crees que eres, so desgraciá?

–Haya paz, haya paz –intervino otro hombre, también muy amanerado, que parecía ser el presentador del programa.

–Uy, pero si yo estoy muy calmado, maricón –replicó el primero, sin dejar de mover las manos–. Es la tarántula esta la que...

–Bueno, nos vamos a ir un momentito a publicidad –lo interrumpió el presentador–, pero enseguida volvemos. ¡No cambien de canal, que esto se está poniendo interesante!

–Qué asco de gente –murmuró mi abuela, con una profunda mueca de disgusto en la cara mientras observaba cómo la pantalla daba paso a los anuncios–. No entiendo cómo se creen que pueden ir así por la vida.

–Ya... –contesté, sin saber muy bien qué decir. Noté que mis mejillas habían comenzado a enrojecer, pero por suerte sus ojos ya no eran los de antes, y de todos modos no me estaba mirando. Probablemente ni siquiera se daría cuenta.

–Más te vale no ser nunca así, Darío –continuó con el ceño fruncido.

Tragué saliva, sin saber muy bien qué responder a eso.

–No te preocupes –contesté con un hilo de voz.

–Así me gusta. Porque como yo me entere de que acabas como alguno de esos dos, te echo de casa –afirmó–. ¿Entendido?

Nunca la había oído hablar de esa manera, ni con tanta severidad. Su tono de voz hizo que se me escarchara la sangre en las venas, una sensación que empezaba a ser cada vez más habitual.

–Entendido.

Si antes podía tener alguna duda, ya no me quedaba ninguna. Lo que hacía no estaba bien. Mis encuentros con Óscar no estaban bien. Se suponía que no era más que diversión entre amigos, sí, pero ¿lo era realmente? ¿O me estaba engañando a mí mismo? Recordé la sensación de placer al sentir su cuerpo debajo de mí, al entrar en su interior. Recordarlo me ponía enfermo, y esa sensación de náuseas que últimamente parecía haberme abandonado regresó con fuerza. Las cosas estaban llegando demasiado lejos, y no podíamos continuar así.

Teníamos que parar. Teníamos que dejar de hacer lo que estábamos haciendo. Y si eso significaba perder la amistad de Óscar... bueno, quizá fuera un sacrificio necesario.

No podía perder a mi abuela.

No cuando era lo único que me quedaba.

No cuando era la persona que más quería en el mundo.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista.

Pero entonces, lo vi a él.

Óscar en la cama. Óscar sentado. Óscar desnudo. Óscar esperándome, así que me acerqué a él.

Todo a su alrededor era negro. La habitación, si es que se trataba de eso, era negra, al igual que el suelo. La cama era negra, y la almohada también. Las sábanas eran negras, totalmente negras.

Negras como mi alma.

Me senté junto a él, y sus ojos se encontraron a unos centímetros de los míos. Sonrió, y durante unos instantes pensé que iba a besarme. Sentí una

mezcla de sensaciones extrañas y confusas en mi interior: repulsión, deseo... excitación.

Pero no me besó, y aquello resultó extrañamente decepcionante.

Entonces sonrió, pero era una sonrisa muy distinta de la anterior. Era una sonrisa pícara, una sonrisa traviesa, y después levantó la mano y la llevó hasta mi muslo.

Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer, y el tacto de su palma era ardiente contra mi pierna. El fuego de Óscar me consumía por dentro y por fuera, derritiendo con lentitud el hielo de mi interior.

Todo se volvió completamente negro durante unos instantes, pero entonces me di cuenta de que simplemente había cerrado los ojos. Estábamos perdidos en la oscuridad.

Solos él y yo.

No sabía si había sido así desde el principio, pero entonces me di cuenta de que me encontraba desnudo por completo, al igual que él.

Quería tenerlo más cerca, pero al mismo tiempo quería salir corriendo. Lejos, muy lejos, para no volver jamás. Pero, por mucho que quisiera, por mucho que supiera que eso era lo que debía hacer, no era capaz de hacerlo.

Abrí los ojos y lo miré, y él me devolvió la mirada, recorriendo mi cuerpo con lentitud, con la mano todavía sobre mi muslo. Yo hice lo mismo, consciente de que nunca había tenido una oportunidad parecida. Consciente de que aquello estaba mal, muy mal. Consciente de que quizá no volvería a tener esa oportunidad.

Y entonces su mano comenzó a ascender poco a poco por mi pierna.

Pero esa vez no se cerró sobre la mía, porque yo tenía ambas manos a los costados. Cuando sus dedos se cerraron, el tacto era cálido y embriagador, ardiente por dentro y por fuera. Movié la mano durante unos instantes, pero entonces la apartó y nos miramos a los ojos. Me sentía confuso.

No quería que volviera a rozarme siquiera.

No quería que volviera a tocarme nada que no fuera él.

Y entonces volví a notar su tacto. Su mano era más cálida que antes, como si Óscar ardiera en algún fuego extraño. Quería huir, pero también quería quemarme en él.

Elegí quemarme.

Con él, siempre elegiría quemarme.

Su mano hacía que ardieran todas y cada una de mis terminaciones nerviosas.

Y entonces, cuando menos lo esperaba, me besó.

No era la primera vez que lo hacía, al menos en ese mundo, pero sí la primera vez que lo hacía mientras me daba ese placer. Un torrente de sensaciones sacudió mi cuerpo, hasta que al fin no pude aguantarlo más y exploté, soltando un sonoro gemido contra la boca de Óscar.

Fue entonces cuando se abrió la puerta.

–Madre de Dios, ¿qué estáis haciendo?

Distinguí la figura de mi abuela recortada en umbral de la puerta, y me percaté de que estábamos en mi habitación, y de que mi abuela nos observaba con ojos desorbitados.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

–Abuela, no...

Ella negó enérgicamente con la cabeza, callándome de golpe.

–De «abuela», nada. Os estabais besando; os he visto.

–¡No! No es lo que parece... –traté de afirmar, pero mi voz no sonaba muy convencida.

–No me vengáis con tonterías. Sé perfectamente lo que he visto. Eres uno... uno de «esos». Tenía que haberme dado cuenta.

–¡No! No soy... No soy uno de esos –aseguré, y la palabra me ardía en la boca. ¿No lo era? Lo cierto era que ni siquiera podía estar seguro.

–Pues claro que sí. Eres uno de esos tíos guarros...

Su expresión y su tono de voz eran de repugnancia absoluta, y no necesité más para saber hasta qué punto la habíamos asqueado.

Lo peor era que yo también me sentía asqueado conmigo mismo. ¿Cómo no sentirme así después de lo que habíamos hecho? Miré a Óscar en busca de apoyo, pero entonces me di cuenta de que había desaparecido.

–Lo siento. No volveremos a hacerlo.

–Te lo advertí, Darío. No digas que no te lo advertí. Lárgate de aquí ahora mismo.

–Pero, abuela...

–¡Que te largues he dicho! No quiero enfermos en mi casa.

Eso es lo que era. Un enfermo. Claro que lo era.

–Abuela...

–No te lo voy a volver a repetir. No quiero maricones en mi casa.

Oír esas palabras de la boca de mi abuela me hirió hasta lo más hondo del corazón, desgarrándome por dentro y por fuera.

–Yo no soy un maricón –afirmé con voz rotunda.

–¡Eres un maricón! –gritó, fuera de sí, y se llevó una mano al pecho–. Fuera ahora mismo... de mi casa.

–¿Y adónde voy a ir? –gimoteé, notando cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

–Eso no es... asunto mío. Lárgate... ahora mismo.

Pero algo más iba mal. Me di cuenta de que estaba respirando con dificultad, y su mano se aferraba el pecho con fuerza. Justo encima de donde estaba su corazón.

Un momento después, cayó al suelo y ya no se movió.

–¡Abuela! –grité, aterrorizado, mientras corría hacia ella–. ¡Abuela!

La zarandeeé, pero no se movió. Su cuerpo estaba frío; demasiado frío, y el mismo frío comenzó a fluir por mis venas. Le puse dos dedos en el cuello y después en ambas muñecas, pero no sirvió de nada. No notaba ningún pulso.

–Abuela... –sollocé–. Abuela, no te mueras...

No podía ser. No podía estar muerta; no tan rápido. ¿De verdad se enfriaban los cuerpos tan deprisa? Parecía imposible, pero...

Como último recurso, agaché la cabeza y la pegué contra su pecho, deseando desesperado oír su corazón. Pero no había ningún sonido.

No quedaba duda posible: estaba muerta.

La había matado yo.

Había matado a quien más quería en el mundo.

Y jamás podría perdonármelo.



# CAPÍTULO 29

The sunshine trapped in our hearts  
It could rise again  
But I'm lost, crushed, cold and confused  
With no guiding light left inside

*Guiding Light, Muse*

–¡Darío! ¡Darío, tranquilo!

Noté unos golpes en la cara, pero era incapaz de despertarme del todo. La oscuridad me había apresado con unas garras grandes y potentes, y no tenía forma de escapar de ella. Unos fuertes gritos me taladraban los oídos, acallando la otra voz.

–¡Darío, cariño! ¡Despierta!

Abrí los ojos por fin y me di cuenta de que esos ensordecedores gritos eran míos. Me llevé las manos a la cara húmeda para secármela con el dorso.

–Lo... lo siento –respondí con la voz ronca de tanto gritar, algo desorientado. Pero me encontraba empapado en sudor en mi habitación, en el mundo real, no en ese mundo horrible de oscuridad y tinieblas. La luz estaba encendida, y yo no me hallaba solo. En este mundo mi abuela seguía viva, pero era incapaz de deshacerme de las imágenes de su cuerpo en el suelo, del

tacto de su piel fría bajo mis dedos, y el corazón aún me latía como si fuera a destrozarme el pecho. Noté náuseas solo de recordar el sueño.

–Darío, cariño... tenías una pesadilla.

–Lo sé –logré mascullar, mientras dos nuevas hileras de lágrimas bajaban deslizándose por mis mejillas–. Siento haberte despertado.

Con lo sorda que estaba mi abuela, tenía que haber gritado muy fuerte para que hubiera podido oírme desde su habitación.

–¿Qué estabas soñando? –preguntó, y yo sacudí la cabeza con fuerza. ¿Cómo iba a contárselo? No podía decirle cómo había sido la pesadilla, qué era lo que pasaba en ella... resultaba demasiado vergonzoso. Jamás podría contarle toda la verdad–. Darío, cariño, puedes contarme lo que sea. Me estabas llamando una y otra vez... ¿qué soñabas?

Observé su rostro arrugado y ajado por el tiempo. Saltaba a la vista que estaba muy preocupada, y no pude evitar que mi corazón se partiera en dos al verla. Debía de haberle dado un susto de muerte con mis gritos, así que no podía dejarla con esa preocupación. Tenía que decirle la verdad o, al menos, la verdad a medias.

–He soñado... –comencé, pero tenía la garganta demasiado áspera. Tragué saliva y volví a probar–. He soñado que te morías.

Su expresión se enterneció.

–Cariño... –dijo simplemente, y me abrazó con fuerza contra su pecho. Le devolví el abrazo mientras las lágrimas seguían cayendo por mis mejillas. Me apresuré a secármelas antes de separarme de ella.

–Estoy bien, no te preocupes –le aseguré, no muy convencido–. Siento haberte preocupado. Vete a la cama, que es tarde. Será mejor que vuelva a intentar dormir...

–No puedes dormir así –objetó–. Vete a la ducha, anda. Yo te lavo esto y te cambio las sábanas.

Al principio no entendí sus palabras. Pero entonces comprendí que había algo extraño; algo en lo que no me había fijado con las imágenes de la pesadilla todavía en la mente, el corazón a punto de explotar, la garganta dolorida y la cara de preocupación de mi abuela. Y lo raro era que no hubiera reparado en ello todavía.

Tenía el cuerpo húmedo por el sudor... pero esa no era la única causa. No. Antes no me había dado cuenta, pero ahora que me fijaba resultaba obvio. Húmedamente obvio. Pegajosamente obvio. Asquerosamente obvio.

Me había meado encima.

Como cuando era un crío. Como cuando tenía pesadillas cada noche después de la muerte de mis padres. Una oleada de asco y vergüenza me recorrió todo el cuerpo, erizándome el vello húmedo.

–No pasa nada, cariño –me aseguró mientras me secaba las lágrimas con el dorso de la mano–. Estas cosas pasan. Vete a la ducha, ¿vale? Y luego vienes conmigo a la cocina y te preparo un vaso de leche para ayudarte a dormir.

Con la cara ardiendo a causa de la vergüenza, asentí con la cabeza y salí de la cama. Estaba empapado, pero por suerte no goteaba: eso me evitaría la humillación de tener que fregar después o, peor aún, de que fuera mi abuela quien tuviera que hacerlo. Una vez que estuve en el cuarto de baño, dejé el pijama mojado en una esquina antes de meterme en la bañera y ponerme bajo el chorro de agua.

Ya tenía dieciséis años. Desde luego, era demasiado mayor para seguir mojando la cama, por muchas pesadillas que tuviera. ¿Cómo era capaz de quererme mi abuela, cuando estaba claro que tenía alguna clase de trastorno? ¿Qué era lo que no iba bien dentro de mí? Eran preguntas para las que no tenía respuesta, y por mucho tiempo que permaneciera debajo del agua no iba a encontrarlas.

Oí el pitido del microondas justo cuando salía del cuarto de baño, y al llegar a la cocina vi a mi abuela dejando un vaso de leche sobre la mesa.

–Siéntate, cariño –me dijo, y yo me apresuré a obedecerla–. ¿Quieres hablar? –Negué con la cabeza–. Bueno, pues tómate esto y vuelve a la cama. Está templada, como a ti te gusta.

Tomé el vaso y le di un sorbo, agradecido de que no insistiera en que hablara. La leche tenía un sabor dulzón que me resultaba familiar, y que mi abuela debía de haberle añadido un poco de miel para mi garganta dolorida a causa de los gritos. Se me llenaron los ojos de lágrimas una vez más, pero en esta ocasión conseguí que no se derramaran.

–Gracias, abuela.

–No es nada, cariño.

## FRACASO

Sabía que esto no duraría. Lo sabía desde el principio, pero supongo que una parte de mí no era capaz de aceptarlo.

Tal vez simplemente me estaba engañando a mí mismo.

Tal vez simplemente no quería ver la realidad.

¿Sabéis esa sensación de estar viviendo algo maravilloso que está condenado al fracaso? Así es como llevo semanas sintiéndome.

Lo peor es que el final está cada vez más cerca.

Lo siento.

Publicado el 30 de agosto a las 17:03

Comentarios: 0

## FRÍO COMO EL HIELO

No entiendo este cambio. Parecía que empezaba a abrirse, que por fin empezaban a cambiar las cosas. Y de repente... hielo. Por alguna razón,

se ha vuelto frío como el hielo. Donde había calidez, ahora no hay más que frío.

Y no comprendo por qué.

No sé qué he hecho para que tenga esa actitud conmigo. De verdad que no lo sé. ¿Por qué lleva días sin hablar conmigo? ¿Por qué ignora la mitad de los mensajes y es tan frío cuando me responde?

¿Tal vez debería...?

No. No debo hacerlo. Me muero de ganas, pero tengo que aguantar.

Publicado el 10 de septiembre a las 18:03

Comentarios: 0

## DECISIONES

Cambio de planes: ya no aguanto más.

Aunque me cueste un mundo, tengo que decírselo; tal vez así consiga que cambie de actitud. Está decidido.

Publicado el 19 de septiembre a las 18:59

Comentarios: 0

## MIEDO

Pocas cosas dan tanto miedo como los cambios. Hay pocas cosas más terroríficas que tomar una decisión que sabes que te cambiará la vida, sobre todo si no sabes si saldrá bien. Y sé que esto no puede salir bien. Para eso tendría que ser muy afortunado, demasiado afortunado, y la suerte nunca ha estado de mi parte precisamente.

Pero tengo que hacerlo.

Aunque quizá me arrepienta.

No puedo seguir viviendo así.


Publicado el 24 de septiembre a las 19:08

Comentarios: 0

¿Te ha gustado? **Compártelo**

 LinkedIn

 Facebook

 Twitter

 Google

 Tumblr

# CAPÍTULO 30

Kiss me hard before you go  
Summertime sadness  
I just wanted you to know  
That, baby, you're the best

*Summertime Sadness*, Lana del Rey

Cuando desperté por la mañana después de una noche de pesadillas vi en la pantalla del móvil que tenía unos cuantos mensajes de Óscar. Se había convertido en algo bastante corriente durante esas últimas semanas, pero aquella vez parecía más decidido de lo habitual. Eso me aterrorizaba, así que traté de darle largas.

¿Podemos quedar esta tarde? Quiero hablar contigo.

Hum...

Podría ser otro día?

Precisamente lo último que necesitaba después de la noche que había pasado era más drama con Óscar. Y, de todos modos, después de lo que me había dicho mi abuela mientras veíamos la tele aquel día, quería seguir alejado de él, al menos durante un tiempo.

Su respuesta no se hizo esperar.

La verdad es que prefiero que sea hoy.

Es importante.

Te pasa algo?

No te preocupes, no es nada grave. Pero de verdad que tenemos que hablar.

Aquello no me olía nada bien, pero sabía que lo mejor era aceptar y quitármelo de encima. De ese modo, podría sincerarme con él y decirle que debíamos acabar ya con todo aquello. No podíamos seguir con esa situación. Le estaba haciendo daño, y eso no me gustaba.

Bueno... esta bien



Genial, gracias.

¿A qué hora te iría bien?

Cuando tu quieras

Tengo todo el día libre

¿Qué tal a las cinco?

Perfecto

Genial.

Puedes venir a mi casa si quieres...

así podremos hablar con calma.

Oh, oh. Lo cierto era que no me hacía mucha gracia la idea de ir a su casa. Tenía claro lo que debía hacer y lo que tenía que decirle, y no sabía si iba a poder hacerlo estando a solas con él en su habitación, con todas las

posibilidades que ello ofrecía. Pero tampoco quería discutir con él y hacer que se sintiera todavía peor, así que más me valía controlarme.

De acuerdo

A las 5 estoy allí

Hasta luego.



Ese último emoji no me gustó nada de nada. Sentí verdadero pánico al pensar en la conversación que podíamos tener, pero no me quedaba más opción que esperar.

Una idea horrible se me pasó por la mente. ¿Y si me decía que...? Pero no. No podía ser. Habíamos dejado las cosas claras desde el principio, y él sabía perfectamente cómo estaba la situación. No podía ser eso. Tenía que ser otra cosa.

Necesitaba que fuera otra cosa.

\* \* \*

–Tú dirás.

Se retorció las manos con nerviosismo, incapaz de mirarme a los ojos. Una parte de mí sabía que lo que estaba a punto de decirme lo cambiaría todo, y muy posiblemente para peor, pero ya no había marcha atrás. Lo veía con claridad en su mirada: tenía que hacerlo, aunque era consciente de que lo más probable era que fuera a arrepentirse.

Vi cómo se movía su garganta mientras tragaba saliva antes de hablar.

–En primer lugar, quiero que sepas que esto no tiene que cambiar nada entre nosotros –dijo, como tratando de preparar el terreno–. Si tú quieres, las cosas pueden seguir igual que antes, no me importa...

Lo sabía. Si es que lo sabía, joder. Estaba claro qué era lo que quería decirme.

–Mira, si esto es lo que creo que es...

–Por favor, Darío. Necesito decírtelo. Sé que ya debes de imaginártelo, pero en fin... tengo que decírtelo.

Puse los ojos en blanco y me arrepentí al momento de ello. Por muy incómoda que me resultara la situación, eso no justificaba que lo tratara mal. Aun así, estaba comenzando a perder la paciencia, y eso nunca era bueno.

–Suéltalo ya.

–Estoy enamorado de ti –confesó de un tirón, y sus palabras me provocaron un vuelco extraño en el estómago, o tal vez en el corazón–. Sé que para ti es complicado, que no quieres que la cosa cambie, pero... no puedo evitarlo. No puedo conformarme con que solo seamos amigos. Te quiero, y... tenía que decírtelo.

Se quedó sin palabras, incapaz de continuar, pero al instante noté en su rostro la sensación de liberación, como si se hubiera quitado un peso de encima. Abrí la boca para contestar, pero no sabía qué decir.

Por mi mente pasó un torrente de pensamientos confusos, una marea de emociones perturbadoras. A una parte de mí le hacía ilusión lo que me había dicho, se emocionaba por lo que me había confesado, pero la otra... La otra parte era incapaz de olvidar la conversación que había tenido con mi abuela, lo que había dicho mientras veíamos la tele.

Sentía asco.

Sentía alegría.

Sentía repulsión.

Sentía deseo.

Sentía desprecio.

Sentía anhelo.

Sentía odio.

Y entonces lo vi. El cadáver de mi abuela, en medio de un mar de oscuridad, inmóvil e inerte. Me recordé tocándolo con dedos temblorosos, y pude sentir con claridad el frío horrible y rígido de su cuerpo. Después volví a oír sus palabras como un eco dentro de mi cabeza. Pero esas palabras eran reales, no como las imágenes del sueño.

«Más te vale no ser nunca así, Darío.»

No. No podía serlo. Yo no era así.

«Como yo me entere de que acabas como alguno de esos dos, te echo de casa.»

No iba a acabar como esos dos. No iba a ser uno de... esos. Uno de esos... maricones. No. No podía permitirlo. Mi abuela era la persona que más quería en el mundo, la única familia que me quedaba. Y me lo había dicho claramente: si se enteraba de que era como esos dos de la tele, me echaría de casa. No sabía si en realidad la amenaza iba en serio; conociéndola, en el fondo no lo creía. Pero lo que estaba claro es que para ella sería una decepción enorme, y no era capaz de hacerla pasar por eso. Bastante tenía con soportarme a mí mismo.

«Más te vale no ser nunca así, Darío.»

No lo era. Jamás lo sería. No podía permitirme perder a lo que más quería. Recordé la imagen del sueño, su cuerpo inerte tirado en el suelo. ¿Y si se volvía realidad? ¿Y si le daba un infarto del disgusto?

«Como yo me entere de que acabas como alguno de esos dos, te echo de casa.»

Miré fijamente a Óscar y pude ver con claridad que mi mirada le hacía daño. Pero se lo merecía. No podía hacerme eso. No tenía derecho a hacerlo. Lo teníamos todo claro, perfectamente claro, y no tenía ningún derecho a hacerme ir para decirme eso.

Me daba asco.

Y también me daba asco a mí mismo.

Quería llorar.

Quería abrazarlo.

Quería pedirle que me abrazara.

Pero no fue eso lo que hice.

«Más te vale no ser nunca así, Darío.»

–Vete a la mierda –dije al fin, y me di media vuelta con brusquedad para marcharme. Tenía que acabar con todo aquello de una vez por todas.

–Darío, por favor... –Me tomó de un brazo para detenerme, pero se lo aparté de un manotazo, furioso.

–No me toques, joder. Déjate de «por favor». Paso de estas mariconadas, tío. Ya sabes que no van conmigo.

Me entraron ganas de vomitar mientras lo decía, pero tenía que hacerlo. No podía ser como él. No podía seguir con ese juego.

«Como yo me entere de que acabas como alguno de esos dos, te echo de casa.»

–No te vayas –suplicó, y por su voz noté que se encontraba al borde de las lágrimas mientras me dirigía hacia la puerta. Sentí una punzada de compasión y me detuve antes de abrirla, sin saber muy bien qué decir.

–¿Qué más quieres?

–Dime algo –susurró–. Por favor, dime algo.

Lo miré durante casi un minuto antes de responder, sin saber qué decir. Esa marea de emociones y sentimientos confusos inundaba mi mente,

impidiéndome pensar, impidiéndome razonar. Las palabras de mi abuela resonaban en mi cabeza una y otra vez.

«Más te vale no ser nunca así, Darío.»

«Como yo me entere de que acabas como alguno de esos dos, te echo de casa.»

«Más te vale no ser nunca así, Darío.»

Las imágenes del sueño me acribillaban como balas, taladrando cada centímetro de mi cerebro. La cara de desprecio de mi abuela al vernos. Su mano sobre el pecho. Ella cayendo al suelo. Su cuerpo tirado en el suelo, inerte. Su tacto frío bajo mis dedos. Y todo por mi culpa. Todo por haber aceptado hacer algo asqueroso con Óscar.

–Me das asco –dije por fin.

Y me fui.

Pero, mientras me marchaba, me odié a mí mismo. Tanto, que hasta odié el hecho de tener que seguir viviendo. Detestaba lo que acababa de hacer, aunque sabía que era necesario, y también lo que era, fuera lo que fuese. Aborrecía aquello que sentía tan a mi pesar, esa parte asquerosa y repugnante de mí que no era capaz de controlar por mucho que lo intentara. Odiaba todo lo que había hecho ese tiempo con Óscar, pero también odiaba no haber hecho nada más.

Y, sobre todo, odiaba saber cómo debía de sentirse en esos momentos. Haberle hecho tanto daño con mis palabras, haber visto esa mirada de dolor y saber que era yo el causante.

Algo se había roto entre nosotros, probablemente para siempre, y todo gracias a mí.

Nada volvería a ser igual.

DOLOR

Pocas cosas duelen más que saber que le das asco a la persona que amas.


Publicado el 25 de septiembre a las 20:02

Comentarios: 0


**¿Te ha gustado? Compártelo**

 LinkedIn

 Facebook

 Twitter

 Google

 Tumblr

# CAPÍTULO 31

Si pudiera congelar el tiempo y volverme cenizas  
Deshacerme cuando sople el viento  
Que nadie sabe dónde habita  
Y si pudiéramos ser algo más que polvo y energía  
La luz de dos estrellas extinguidas

*Hoy es el principio del final, Amaral*

Cuando desperté por la mañana y miré el móvil, vi que Óscar se había marchado del grupo que compartíamos con Fer. Aunque, a decir verdad, leyendo los mensajes anteriores no podía decir que me sorprendiera demasiado precisamente. Todavía medio dormido, retrocedí varias semanas en la conversación y comencé a leer.

Los 3 Mosqueperros 🐶🐶🐶

Fer 😊, Óscar 😊, Tú

[1 de septiembre]

[Fer 😊]



Chicos

Quedamos para ver una peli o hacer algo?

[Óscar 😊]

No puedo.

[Fer 😊]

Y eso??

[Óscar 😊]

Mi padre no me deja.

[Fer 😊]

Jo. Mañana?

Yo no puedo

Sorry

[Fer 😊]



[6 de septiembre]

[Fer 😊]

Hace mucho que no quedamos



Quereis ir a la piscina?

Ya nos quedan pocos días para aprovechar...

[Óscar 😊]

Estoy castigado.

[Fer 😊]

Por??

[Óscar 😊]

Meh.

Da igual.

[Fer 😊]

Pues nada...

[10 de septiembre]

[Fer 😊]

Os apetece qdar para jugar a la play esta tarde?

Ya he quedado

Lo siento

[15 de septiembre]

[Fer 😊]

Chicos, este finde vamos al cine

Aviso con tiempo para que no haya excusas 😊

[Óscar 😊]

No tengo dinero. 😞

[Fer 😊]

No pasa nada.

Te invito.

[Óscar 😊]

Nop.

Ya te debo mucha pasta.

Otro día si eso.

[Fer 😊]

Voy a empezar a pensar que me estáis evitando



18 de septiembre

[Fer 😊]

Hacemos algo este finde?

No hace falta que gastemos dinero 😊

[19 de septiembre]

[Fer 😊]

Hola?

[21 de septiembre]

[Fer 😊]

Os echo de menos...

[Hoy]

Óscar ha abandonado el grupo

[Fer 😊]



????

Que ha pasado??

¿Qué le decía yo ahora?

Da igual

[Fer 😊]

Como que da igual??

Algo habrá pasado

En serio, Fer

Mejor dejalo

[Fer 😊]

No entiendo nada

Es que os habeis peleado?

Si

[Fer 😊]

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Es por... lo vuestro?

Sus palabras me provocaron una oleada de pánico que me sacudió todo el cuerpo.

«Lo vuestro.»

Lo sabía. Fer lo sabía. Había sido un iluso al pensar que Óscar no le habría contado lo que estábamos haciendo. No sabía si lo habría hecho antes o después de que todo acabara, pero estaba claro que lo había hecho.

En cualquier caso, no tenía fuerzas para continuar con esa conversación.

[Fer 😊 ]

Hola?

Estás por ahí?

Has abandonado el grupo



# CAPÍTULO 32

The sun will set for you  
And the shadow of the day  
Will embrace the world in gray  
And the sun will set for you

*Shadow of the Day, Linkin Park*

Cuando llegué al aula, Carlos era el único que se encontraba dentro. Llevaba sentándome junto a él desde que había comenzado el curso y me había distanciado de Fer y Óscar, así que me dirigí hacia donde se encontraba.

–Ey –dijo a modo de saludo, sin apartar la mirada de su móvil.

–Ey –respondí yo con tono neutro. Me había dado cuenta de que le gustaba sentarse conmigo, pero por alguna razón en realidad nunca hablábamos, así que no esperaba que fuera a decirme nada más.

Pero ese día lo hizo.

–Oye, tío, llevo un tiempo preguntándomelo. ¿Cómo es que ya no te sientas con Óscar o Fer? –me preguntó, echando un vistazo a la puerta mientras entraban un par de compañeros. Justo el tema del que necesitaba hablar en esos momentos—. Desde que empezó el curso no has hablado con ellos ni una vez.

Me encogí de hombros.

–Ya no somos amigos.

–¿Y eso?

Volví a encogerme de hombros.

–No sé, cosas que pasan.

Pero, por supuesto, no eran solo «cosas que pasan». La culpa era de Óscar... y también mía. Sí, yo reaccioné mal ese día. Sí, él no tendría que haberme dicho lo que me dijo. Pero desde entonces no había dejado de mandarme mensajes, y yo no había respondido todavía a ninguno de ellos. No era capaz.

Con un suspiro, me saqué el móvil del bolsillo y abrí su conversación. Ya me sabía los mensajes de memoria, pero retrocedí de todos modos y volví a leerlos por enésima vez, odiándolo a él por lo que me decía y a mí por no ser capaz de responderle.

[30 de agosto]

Darío... por favor.

¿No vas a hablarme nunca más?

Te echo de menos.

Podemos seguir siendo amigos, ¿sabes?

[3 de septiembre]

Dime algo...

Por favor, dime algo...

[6 de septiembre]

Deja de ignorarme, por favor...

[8 de septiembre]

Darío, lo siento.

De verdad que lo siento.

[12 de septiembre]

Al menos dime que no quieres saber nada más de mí y dejaré de mandarte mensajes.

Pero dime algo, por favor.

[15 de septiembre]

Darío... ¿podemos quedar?

Necesito hablar contigo.

[18 de septiembre]

Por favor... tan solo te pido hablar un momento.

Nada más.

Si después quieres dejar de hablarme para siempre, lo entenderé.

Te lo prometo.

[25 de septiembre]

¿Hasta cuándo vas a seguir culpándome por haberme enamorado de ti?

–Hostia puta –dijo Carlos a unos centímetros de mi oreja, sobresaltándome–.  
¿Óscar es maricón? ¿Por eso os habéis peleado?

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

–¿Qué coño haces leyendo mis mensajes? –pregunté con el corazón desbocado mientras bloqueaba el móvil y le daba la vuelta. Eso fue toda la confirmación que Carlos necesitaba.

–¡Joder! Estoy flipando, tío.

–¿De quién habláis? –preguntó otro chico, Víctor, al fondo de la clase.

–¡De Óscar! –respondió Carlos, sin molestarse siquiera en bajar la voz–.

Por eso ya no se hablan... está enamorado de Darío.

–Joder... mira que me olía que era maricón.

–No lo es –me apresuré a asegurar, aunque ni yo mismo sabía muy bien por qué–. Es solo que...

–¿Qué pasa? ¿Que tú también lo eres o qué? –preguntó Carlos entre risas–.  
¿Tú también estás enamorado de él?

Una garra helada me oprimió el corazón al oír eso. Las palabras que había pronunciado mi abuela me golpearon la mente como un martillazo.

«Más te vale no ser nunca así, Darío.»

Recordé su cuerpo muerto en la pesadilla.

«Como yo me entere de que acabas como alguno de esos dos, te echo de casa.»

No podía permitir que eso pasara. Y si no me aseguraba de librarme de cualquier posible acusación, eso era exactamente lo que pasaría.

–No. Yo no soy maricón.

Carlos me dio un puñetazo amistoso en el brazo. Me dolió más que ningún merecido insulto o golpe real, porque sabía que lo hacía porque me creía igual que él, porque me veía como uno de los suyos.

–Ya decía yo.

–¿Qué hacéis? –preguntó Jorge, que entraba en la clase en esos momentos.

–¡Tío! ¡Que Óscar es marica!

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

–¿Óscar? ¿El de clase?

–¡Pues claro!

–Oye, Carlos –intervine–. Que lo del mensaje que has visto era broma, en realidad no...

Él se rio.

–Pero ¡si se le notaba en la cara! –aseguró–. ¿Es que no habéis visto cómo camina y cómo nos mira en los vestuarios? El muy maricón se ha estado poniendo las botas con nosotros todo este tiempo.

–Carlos, de verdad que no...

–Anda, calla. Venid conmigo.

Se puso en pie y fue directamente hacia el pupitre de Óscar, en el extremo contrario del aula.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Jorge, curioso.

–Ya lo veréis –respondió Carlos mientras sacaba el libro de Matemáticas de debajo del pupitre. Tenía una sonrisa maliciosa en el rostro que me daba muy mala espina.

–Carlos, tío, no hagas nada...

Traté de quitarle el libro de las manos, pero entre los dos me lo impidieron y no tuve más remedio que rendirme.

–¿Qué te pasa? –dijo Jorge, dándome un empujón que me hizo retroceder unos pasos–. ¿Es que tú también eres marica o qué?

Apreté la mandíbula. No quería que se metieran con Óscar, pero si pensaban que yo era como él... No podía arriesgarme a que convirtieran mi vida en un infierno. No podía arriesgarme a que mi abuela se enterara y me echara de casa como había dicho o, peor todavía, que le pasara lo mismo que en el sueño. Solo de imaginarme que sucedía algo parecido se me revolvía el estómago, y me costaba contener las náuseas al recordar la pesadilla.

Así que observé como el cobarde que era mientras Carlos escribía las palabras «**SOY UN MARICÓN**» con rotulador negro en la portada. Odiaba cada centímetro de mi ser mientras me reía con ellos para guardar las apariencias. Había traicionado a mi mejor amigo. Había traicionado a la persona que probablemente hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa por mí. Ya le había fallado unos días antes, y en ese momento estaba haciéndolo de nuevo.

Me había convertido en el ser más asqueroso y despreciable que existía.

–¿Qué pasa? –preguntó una compañera de clase cuando entró con un grupito de amigas y nos vio junto al pupitre de Óscar.

–Nada, que Óscar es maricón –contestó Jorge entre risas.

–No me jodas... ¡qué fuerte! –replicó otra.

–Oye, no seáis gilipollas –dijo Marta, con el ceño fruncido–. ¿Qué más dará eso?

Joder... aquello se nos estaba yendo de las manos con creces.

–Venga, vamos –dijo Carlos.

–En serio... dejadlo en paz –les pedí con voz débil.

–Ya estamos otra vez –soltó Jorge, y puso los ojos en blanco–. ¿Seguro que este no es marica también?

Nadie contestó y yo tampoco lo hice. En lugar de eso, apreté las mandíbulas con el rostro enrojecido y me obligué a guardar silencio.

No podía arriesgarme.

Entonces, oí unas risitas desde la puerta.

–¡Ya viene! –dijo alguien, y todos nos apresuramos a volver a nuestros asientos. Me puse a hablar con Carlos y su pandilla, para tratar de disimular y que no pensarán nada raro de mí, y entonces vi que Óscar entraba en el aula. Me miró y vi la habitual expresión de extrañeza en su rostro al ver con quién me encontraba: estaba claro que todavía no se había acostumbrado a mis

nuevas compañías. Pero entonces ellos comenzaron a reírse, y yo también lo hice, aunque cada carcajada me dolía como una patada en el estómago. Me dio la impresión de que Óscar tragaba saliva, aunque no podía estar seguro del todo.

Quise decirle algo, pero al final me quedé callado.

De repente, entró el profesor de Matemáticas y todos dejamos de reír de golpe. Los que quedaban de pie volvieron a sus asientos, aunque muchos no paraban de mirar a Óscar cada pocos segundos, expectantes.

Tragué saliva, consciente de que nos habíamos pasado. Puede que yo no fuera el culpable... pero tampoco lo había impedido. Si Óscar decidía contarlo, se nos iba a caer el pelo. En mi mente apareció la cara decepcionada de mi abuela, y me di cuenta de que no podría soportar verla así. Pero la otra opción era peor, muchísimo peor, así que tenía que arriesgarme. No podía permitir que sucediera lo que había pasado en el sueño... ni tampoco dar pie a que sus palabras se cumplieran.

«Más te vale no ser nunca así, Darío.»

«Como yo me entere de que acabas como alguno de esos dos, te echo de casa.»

Tragué saliva una vez más. Como siguiera así, iba a acabar ahogándome, aunque tal vez eso fuera lo mejor.

—Sacad vuestros libros, por favor —pidió el profesor—. ¡En silencio! —añadió cuando Carlos soltó una risita al oír sus palabras.

Obedecí de forma mecánica, prestando más atención a Óscar que a mi mochila. Él sacó el libro de Matemáticas con aire distraído, y entonces lo vio. Me di cuenta del momento exacto en que lo leía, porque una expresión de claro pánico cruzó su rostro. Yo también lo veía; las palabras resultaban claramente visibles desde donde me encontraba.

«**SOY UN MARICÓN.**»



Miró a su alrededor, aterrado, y vio que media clase estaba tratando de contener la risa, con los ojos fijos en él, esperando su reacción. Me dio la impresión de que se detenía a pensar durante unos segundos, y entonces arrancó la portada de cuajo y oí a mi alrededor unas carcajadas mal disimuladas. Estaba claro: después de lo que había sucedido, ya no había marcha atrás. No tenía forma alguna de cambiar las cosas.

Era una Me sentía como una puta mierda, y no era para menos.

La vida de Óscar tal como la conocía había terminado para siempre.

Y la culpa era toda mía.

## INCREDULIDAD

Todavía soy incapaz de creer que esto esté pasando realmente. No entiendo por qué tiene que pasarme esto a mí. No sé qué he hecho yo para merecer esto. Yo no tengo la culpa de ser como soy. No tengo la culpa de haber nacido así.

Quizás haya llegado el momento de marcharme. Después de todo, lo más probable es que nadie vaya a echarme de menos.

Quizás haya llegado el momento  
de  
decir  
adiós.

Publicado el 16 de octubre a las 18:38

Comentarios: 0

## SER GAY ES UNA MIERDA

En serio. Una puta mierda.

¿Todas esas películas y series que te cuentan lo maravilloso que es ser gay, vivir rodeado de compañeros heteros modernos en el instituto que te

aceptan como eres y padres que te quieren incondicionalmente?

Todo mentira.

La realidad no es esa.

Al menos, no es mi realidad.

Mi realidad es sangrar cada día a escondidas.

Mi realidad consiste en morir lentamente mientras nadie se da cuenta.

Publicado el 26 de octubre las 20:58

Comentarios: 0



## **(OSCURIDAD)**

Estaba corriendo a través de la oscuridad.

Corría, corría y seguía corriendo, pero no lograba llegar a ningún sitio. La oscuridad no solo no disminuía, sino que, al contrario, parecía volverse cada vez más densa. Envolvía mi cuerpo como una manta pesada, y también parecía colarse lentamente en mi interior.

O tal vez no estuviera colándose dentro, sino que salía desde mi interior hacia el exterior. A lo mejor la oscuridad se encontraba dentro de mí. A lo mejor era por eso por lo que no podía huir de ella por mucho que corriera.

Pero no importaba. Tenía que seguir corriendo. Pasara lo que pasase, tenía que seguir corriendo. Si me detenía... En realidad, no sabía lo que pasaría si me detenía. Pero me daba miedo averiguarlo. No, no era miedo. Era pánico. Puro pánico.

Tenía que seguir corriendo.  
Antes de que fuera demasiado tarde.

**TERCERA PARTE**  
***SINNER'S PRAYER***

Hear my sinner's prayer

I am what I am

And I don't wanna break the heart of any other man

*Sinner's Prayer, Lady Gaga*

# CAPÍTULO 33

I had everything  
Opportunities for eternity  
And I could belong to the night

*Make Me Wanna Die, The Pretty Reckless*

Hoy el chico está esperándolo en la estación.

Lo veo ahí plantado, a unos pocos metros de distancia, retorciéndose las manos con evidente impaciencia. No me hace falta conocerlo para saber que lo ha echado mucho de menos. No me extraña: yo también lo echo de menos. Cuando se besan, es como si llevaran semanas sin verse, aunque sé que lo más probable es que solo hayan pasado unos pocos días. Siento una molesta punzada en la boca del estómago y no puedo evitar darme cuenta de que ya no es tan dolorosa como antes, aunque no sé lo que eso significa. ¿Será que estoy superando lo de Óscar? ¿O se trata simplemente de que ya me he acostumbrado a esa situación? En realidad, no sé cuál de las dos cosas prefiero.

Se ponen a andar de la mano, hablando animadamente, aunque desde donde me encuentro no soy capaz de oír lo que dicen. En un momento dado, Óscar se echa a reír, y odio no saber qué es lo que están diciendo. Supongo

que mi nivel de acoso tiene que estar alcanzando ya límites estratosféricos, y doy las gracias a todos los dioses del universo por que no me hayan pillado todavía: seguro que me pondrían una orden de alejamiento. Aunque, pensándolo bien, quizás eso fuera lo mejor y tendría que dejar que me pillaran.

Continúan caminando y yo los sigo a unos cuantos metros de distancia, con cuidado de no acercarme demasiado. Tras unos minutos, el chico se detiene en seco y hace algo con las manos. Entrecierro los ojos y veo que se está desatando una especie de pulsera negra. A continuación, la ata en la muñeca de Óscar. Siguen hablando sin moverse de allí, y entonces Óscar lo besa en los labios.

Otra vez esa sensación en la boca del estómago, pero esta vez más fuerte que antes... más como si fuera una patada en las tripas. Desde luego, si pensaba que ya lo había superado estaba muy equivocado. Todavía estoy muy lejos de hacerlo. «Y no sé si me volveré a perder...»

Cuando echan a caminar otra vez, el chico lo toma de la mano. Noto que Óscar se tensa un poco y mira a su alrededor, pero no la suelta. Siguen andando en la misma dirección de siempre y poco después me fijo en un grupo de chicos que están saliendo del centro deportivo y caminan hacia ellos. Son un par de años mayores que nosotros y cuando los ven de la mano se echan a reír, lanzándose miraditas. No me resulta difícil adivinar lo que estarán diciendo. Temo que vayan a insultarlos a la cara, pero al pasar junto a ellos no dicen nada. Sin embargo, en cuanto los dejan atrás comienzan a reírse otra vez.

—¿Has visto cómo le agarraba la mano? —oigo que comenta uno de los chicos entre carcajadas, acercándose a mí.

—Putos maricones... —contesta otro.

Comienza a hervirme la sangre en las venas. Me planteo muy seriamente la posibilidad de ir detrás de ellos, de enfrentarme a ellos, de hacerles pagar por lo que han dicho. Pero, después de todo, no es peor que todo lo que le han dicho a Óscar por mi culpa, y eso me hace sentir una culpa pesada y densa en las tripas. Saber que no hay nada que puedan hacerle que no le hayan hecho ya gracias a mí me mata por dentro.

Es curioso, porque siempre había pensado que en la ciudad la gente era más abierta que en el pueblo. Y tal vez sea así en general, no lo sé, pero desde luego está claro que intolerantes hay en todas partes. En cualquier caso, a Óscar y a ese maldito chico no parece haberles afectado demasiado el encuentro, porque en cuanto llegan al centro deportivo se abrazan y comienzan a besarse. Decido que no quiero seguir viendo nada más, así que echo a caminar en dirección contraria, hacia la consulta. Total, aquí tampoco tengo nada que hacer.

Cuando llamo a la puerta, Miriam parece tardar apenas una fracción de segundo en responder, como si hubiera estado observándome por una cámara de seguridad mientras venía o algo por el estilo.

–Pasa.

–Hola –la saludo al entrar, dirigiéndome al sillón de cuero negro que suelo ocupar. Ella me dirige una sonrisa, como también suele hacer–. ¿Qué tal?

–Muy bien, gracias. ¿Cómo estás tú? ¿Qué tal han ido las vacaciones?

Me encojo de hombros.

–Bien, supongo.

–¿Y ya está? –Hace una pausa, esperando a que diga algo más, pero no contesto–. ¿No tienes nada más que decir después de tres semanas sin verme? ¿No hay nada que quieras contarme?

Respiro hondo. No puedo seguir retrasándolo. Me había propuesto que lo haría, así que ahora ya no puedo echarme atrás.

–Sí. En realidad, tengo que contarte una cosa.

–Pues tú dirás. ¿De qué se trata?

Suelto un suspiro, sabiendo que los próximos minutos van a ser los más difíciles de toda mi vida.

–Voy a contarte la verdadera razón por la que estoy aquí. La verdadera razón por la que... –Hago una pausa, tratando de reprimir la oleada de vergüenza que recorre mi cuerpo—. Por la que empecé a mojar la cama.

Ella asiente con la cabeza.

–Te escucho.

Trago saliva con fuerza, intentando deshacerme del nudo que tengo en la garganta. El corazón me late tanto que no entiendo cómo es posible que Miriam no me diga nada al respecto, porque estoy seguro de que lo oye con total claridad. Es imposible que yo sea el único que esté quedándose sordo por culpa del ruido.

Suelto un suspiro antes de hablar.

–Estaba enamorado de mi mejor amigo.

Ya está. Ya lo he dicho. Por fin me he atrevido a hacerlo. Por fin he reunido el valor de pronunciar las palabras en voz alta. Y, por algún extraño milagro, el mundo no ha explotado ni nada, y yo tampoco lo he hecho. Lo cierto es que se trata de una agradable sorpresa, y debo admitir que confesarlo ha sido algo más fácil de lo que esperaba.

Es la primera vez que digo esas palabras que llevo tanto tiempo temiendo pronunciar, la primera vez que soy capaz de admitir delante de alguien lo que sentía. O lo que siento, en realidad no lo sé. Es la primera vez que soy capaz de confesarle a alguien lo que soy, y el terror que siento es como un fuego helado que me corre por las venas, un hielo líquido que me abrasa por dentro y por fuera. El pánico es tan atroz que me desgarran por dentro, pero hago un esfuerzo por mantener una expresión tranquila.



–Entonces... ¿eres gay? –pregunta Miriam, y a continuación se apresura a garabatear algo en su portapapeles.

No me esperaba que fuera a ser tan directa, pero la verdad es que es una buena pregunta. El problema es que no sé qué responder.

–No. Bueno... no lo sé. En realidad no sé lo que soy.

Asiente con la cabeza.

–No pasa nada. Puedes ser bisexual, pansexual o muchas otras cosas. La heterosexualidad no es más que una de las múltiples opciones que existen – explica–. Y todas son igual de válidas. Lo importante aquí no son las etiquetas.

–¿Y qué es lo importante?

–Que sepas quién eres.

Trago saliva.

–Pero es que no lo sé.

–Y por eso es por lo que estás aquí. Pero ahora necesito que me lo cuentes todo. ¿Lo comprendes?

–Sí.

–Has dado un paso muy importante –continúa, y me dirige una cálida sonrisa; una sonrisa que casi parece de orgullo. Después de todos los años que han pasado desde que nos conocimos, supongo que en cierto sentido es normal–. ¿Es la primera vez que se lo dices a alguien?

–Sí.

Vuelve a garabatear algo en el portapapeles, y durante un instante siento la necesidad de arrebatárselo para ver lo que ha escrito en él. Por suerte, logro contenerme y no dejarme dominar por mis impulsos; unos impulsos que me han hecho cagarla tantas veces. Sí, desde luego, parece que algo sí que estoy avanzando.

–Eso es un gran avance, Darío, de verdad –me asegura, como si estuviera leyéndome la mente–. Pero no puedes dejarlo en eso. Ahora tienes que contármelo todo, ¿vale?

–Vale.

Ella sonrío.

–Pero cuando digo todo, es todo. No me puedes mentir, ni callarte cosas importantes. Lo comprendes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

–Lo comprendo.

–Pues entonces... cuando tú quieras puedes empezar. Te escucho. –Hace una pausa, con aspecto de estar pensativa, y después añade–: Y no lo olvides, Darío: no voy a juzgarte.

–Está bien.

Ha llegado el momento, uno que he temido desde hace mucho tiempo, pero que al mismo tiempo necesitaba que llegara. El momento de confesar, de quitarme este peso de encima. El momento de cambiar las cosas de una vez por todas, de dar el primer paso hacia mi propia felicidad. La miro a los ojos, trago saliva y respiro hondo para tratar de serenarme un poco. Y después, se lo cuento todo.

Bueno, casi todo.

En realidad, no entro demasiado en detalles sexuales. Tampoco me siento muy cómodo contándole todo lo que siento cuando ni yo mismo lo sé con seguridad. Lo cierto es que estoy demasiado confuso como para abrirme por completo con nadie acerca de mis sentimientos, así que es un tema que prefiero no tocar más que lo imprescindible. Pero sí le cuento lo básico, prácticamente todo lo que ha pasado desde el verano hasta la semana pasada en la discoteca. Todo lo que he hecho. O casi todo.

Ella me observa con atención, sin perderse una sola palabra. De vez en cuando escribe algo en el portapapeles, y un par de veces me pide que repita una frase que no ha entendido bien, ya sea porque estoy hablando muy bajo o porque estoy balbuceando. Cuando acabo, tengo las mejillas ardiendo, la boca completamente seca y, además, me duele la garganta. No sé cuánto tiempo habrá pasado, pero me da la sensación de que han sido varias horas. Lo raro es que no me haya echado todavía de la consulta por pesado.

–¿Quieres un poco de agua?

–Sí, por favor –suplico con voz ronca.

Ella se levanta, va hasta la garrafa montada encima de una especie de grifo y llena un par de vasitos de plástico. Me tiende uno, que me bebo entero de un trago, y enseguida me entrega el otro. Vuelvo a beberme toda el agua de golpe, agradecido.

–¿Cómo te sientes? –pregunta unos segundos después, mientras me tiende un tercer vaso, aunque de este solo doy un par de sorbos.

–No lo sé. Bien, supongo.

–¿Supones?

No, claro que no.

En realidad, me siento mucho mejor que bien. Me siento aliviado. Liberado. Aunque sea el tópico más viejo del mundo, me siento como si me hubiera quitado un peso enorme de encima de los hombros, como si hubiera pasado cada día de mi existencia arrastrando unas cadenas pesadas y por fin se hubieran roto. Me siento tan ligero que casi me parece que podría echar a volar si quisiera. Es como si el hielo de mis venas hubiera comenzado a derretirse al fin para después empezar a evaporarse, al menos en parte. Lo que no sé es si durará.

–No. Me siento mucho mejor. –Sonrío, y es mi primera sonrisa de verdad en mucho tiempo–. Me siento genial.

Ella me devuelve la sonrisa y escribe algo más en su portapapeles. Vuelvo a sentir el impulso de quitárselo, pero esta vez me cuesta mucho menos controlarlo. Sí, sin duda estoy haciendo progresos en todos los aspectos.

–Bueno. Como te he dicho, no voy a juzgarte por nada de lo que me has contado –me asegura–. El pasado es el pasado y, aunque hayas cometido errores, lo importante es que te arrepientas de ellos y hayas aprendido. Porque supongo que te arrepientes de las cosas que has hecho mal, ¿verdad?

«¿Cómo podría creer que puedo salvarme si yo fui mi ruina y mi propio castigo?»

Asiento con la cabeza.

–Sí –digo con un hilo de voz–. Me arrepiento cada día.

–No esperaba menos. Pues ahora, lo que tenemos que hacer es tratar de solucionar las cosas. Y no te preocupes, que yo voy a estar aquí para ayudarte. Puedes contar conmigo, Darío. Te lo prometo.

\* \* \*

Durante el viaje de vuelta a casa decido que lo mejor que puedo hacer es empezar a solucionar las cosas cuanto antes, y quiero comenzar hablando con Pablo. También ha sufrido por mi culpa, así que lo justo para él es que intente arreglar las cosas. Lo mejor será que no volvamos a quedar, pero tengo que tratar de no hacerle daño.

Veo que aparece como conectado, así que me apresuro a teclear antes de que se vaya. Tardo unos segundos en presionar el botón de «Enviar», con el corazón latiéndome a toda velocidad, pero al fin lo hago.

Hola.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Hola.

Como estas? :)

Bien.

Y tu?

Bien

Me gustaria hablar contigo

Para?

No quiero dejar las cosas asi

...

Cuentame mas

Lo digo en serio, Pablo

Me pareces un chico genial

Siento mucho haberte hecho daño, de verdad

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Sabias lo de mi ex

Joder, es que lo sabias

Lo se

Y lo siento mucho

Pero lo que te dije no era mentira

No quiero estar con nadie ahora mismo

Claro

Y lo del chico ese, que?

Es distinto

No fue nada serio

O sea, que lo conociste, te liaste con el y ya esta, verdad?

Supongo que es eso lo que hiciste conmigo

No es eso, Pablo

De verdad

Fui un polvo mas, no?

Que no es eso

En serio

Mira, da igual

No quiero seguir hablando

Pablo...

Que te vaya bien

Pablo, jo...

No seas asi

Espero un par de minutos, pero no hay respuesta.

Pablo, por favor...

Pablo?



Estas ahí?

Pero mis mensajes ya no aparecen como enviados, y así es como comprendo que me ha bloqueado. Pruebo a llamarlo, pero me cuelga el teléfono. A la tercera llamada salta directamente el buzón de voz, así que supongo que o me habrá bloqueado también las llamadas, o tal vez simplemente haya apagado el móvil. Sea como sea, ya no tengo forma de contactar con él.

Suelto un suspiro. Quería arreglar las cosas con Pablo y he conseguido todo lo contrario.

Entonces recuerdo lo que me dijo el primer día que nos vimos y que mañana será sábado. Hay una posibilidad de que vuelva a ir a la discoteca, así que tengo que aprovecharla. Sé que también hay muchas más probabilidades de que no vaya, pero aun así debo arriesgarme. No quiero dejar las cosas así con él. Bastante daño le he hecho ya a Óscar como para seguir haciéndoselo a más gente.

Si quiero estar bien, tengo que cambiar, y el primer cambio tiene que ser dejar de hacer daño a los demás.

# CAPÍTULO 34

I haven't lived life  
I haven't lived love  
Just bird's-eye view  
From the sky above

*Living Dead*, Marina and the Diamonds

No puedo evitar sentirme algo asustado cuando entro en la discoteca. ¿Y si no encuentro a Pablo? O peor aún: ¿y si me lo encuentro? Tal vez no quiera hablar conmigo. O tal vez sí quiera y se ponga a gritarme delante de todo el mundo. O a lo mejor decide pegarme un bofetón y marcharse, como pasa a veces en las películas cutres que ponen los sábados después de la hora de comer. Tal vez incluso me eche un refresco por encima, llevando el cliché hasta su máximo exponente, y lo cierto es que no podría culparlo por ello. Pero, pase lo que pase, ya es tarde para echarme atrás.

He tratado de llamarlo varias veces a lo largo del día, pero mis llamadas iban directas al buzón de voz, así que supongo que habrá bloqueado mi número: nadie de nuestra edad es capaz de pasar veinticuatro horas con el móvil apagado, es físicamente imposible. Incluso le mando un SMS, como si estuviéramos en el siglo pasado, pero tampoco contesta. Supongo que, si me

ha bloqueado, tampoco le llegarán los mensajes, aunque en realidad no sé muy bien cómo funcionan esas cosas. Nunca me he visto en la situación de tener que hacerlo.

Una vez dentro, doy unas cuantas vueltas por ahí, sin rumbo fijo ni saber muy bien dónde buscar. En realidad todavía es temprano, así que quizá Pablo aún no haya llegado. Aburrido, me voy al sofá donde ya nos hemos visto dos veces, esperando que me dé suerte para que haya una tercera, y me dedico a cotillear el blog de Óscar por enésima vez. Las últimas entradas son bastante elocuentes y más frecuentes de lo habitual, así que no me cuesta mucho hacerme una idea de cómo han sido estos días para él.

## FELIZ AÑO

Y cuando pensaba que mi Fin de Año iba a ser una mierda, resulta que todo cambia.

No habría imaginado una forma mejor de comenzar el año.

Publicado el 23 de diciembre a las 12:59

Comentarios: 0

## INCREÍBLE

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando eres feliz.

Publicado el 5 de enero a las 21:37

Comentarios: 0

## TENGO LA MEJOR MADRE DEL MUNDO

Y ya no hace falta añadir nada más.


Publicado el 8 de enero a las 22:59

Comentarios: 0

¿Te ha gustado? Compártelo

 LinkedIn

 Facebook

 Twitter

 Google

 Tumblr

Me pica mucho la curiosidad con esta última. ¿A qué puede referirse? Su madre es maravillosa, pero sin duda tiene que haber pasado algo que motivara esa entrada, así que no puedo evitar preguntarme qué será. ¿Le habrá dicho lo que le ha pasado? ¿Le habrá dicho que le gustan los chicos? Teniendo en cuenta el título de la entrada, no creo que vaya muy desencaminado. Pero no tengo forma de saberlo, y odio que sea así. Antes podía saber todo lo que quisiera sobre Óscar, mientras que ahora es casi como si se tratara de un extraño. Pero supongo que, después de todo, me lo he ganado a pulso.

## ABEJAS ASESINAS


Como sigan así, van a agujerearme el estómago.

Publicado el 9 de enero a las 17:25


¿Te ha gustado? Compártelo

 LinkedIn

 Facebook

 Twitter

 Google

 Tumblr

El significado de esta última entrada, de hace apenas un par de horas, no me queda tan claro como el de la anterior, pero tampoco necesito pensar demasiado para tratar de imaginar a qué debe de referirse: es evidente que hoy va a ocurrir algo importante para él. Y lo más probable es que ese algo

tenga que ver con ese tío, con su... con su novio. Siento una punzada de dolor al darme cuenta de cómo fue su primera vez conmigo, y de lo bonita que será probablemente con ese maldito chico... si es que no ha ocurrido ya. En realidad no tengo ninguna prueba de que eso sea lo que va a pasar, pero es la impresión que me da tras leer la entrada.

Sin embargo, de nada me sirve pensar en Óscar, ni tratar de averiguar lo que está haciendo con su vida ni si se acostará o no con él. Todo eso dejó de ser asunto mío hace mucho tiempo, y no hice más que confirmarlo para ambos el día que le escupí en la cara. Por mucho que odie admitirlo, fui yo quien lo sacó de mi vida.

Así que, a falta de nada mejor que hacer, me pongo en pie otra vez y recorro la discoteca de un lado a otro, tratando de encontrar a Pablo. Pero al cabo de unos pocos minutos sigo sin tener suerte, así que voy a la barra y pido un cubata. A continuación vuelvo al lugar donde estaba y comienzo a jugar al *Fruit Ninja* en el móvil.

Cada quince o veinte minutos me levanto para dar una vuelta, esperando encontrarme a Pablo, pero no aparece. Cada vez estoy más nervioso, más seguro de que no va a venir, y entonces, tras una hora o más, los veo.

No se trata de Pablo.

Son ellos.

Mierda.

Óscar y su novio están en la barra, pidiendo algo.

En realidad no veo más que el perfil de Óscar, y de todos modos se encuentra muy lejos, pero conozco tan bien su cara desde todos los ángulos posibles que lo reconocería en cualquier parte. ¿Qué coño estará haciendo aquí? Nunca le han gustado demasiado las fiestas, y después del incidente de hace dos Nocheviejas no ha sido muy amigo del alcohol precisamente. ¿A

esto se refería la entrada acerca de las abejas asesinas? Desde luego, tenía razones para estar nervioso, porque parece encontrarse fuera de su elemento.

Como si la situación no pudiera ser ya lo bastante mala, al cabo de un rato un grupo de gente se acerca a donde están... y uno de ellos es nada menos que Pablo. En serio... ¿cómo se puede tener una suerte tan horrible?

Sí, vale que quería hablar con él y es precisamente por eso por lo que he venido, y vale que también quería hablar con Óscar, pero eso no significa que quisiera tenerlos a los dos JUNTOS en una misma habitación, ni mucho menos hablar con los dos a la vez. Y desde luego, lo que jamás habría esperado es que se conocieran. ¿Cuáles eran las posibilidades de que eso ocurriera? Estoy seguro de que tiene que ser un porcentaje bastante bajo, tanto como para empezar a plantearme seriamente si todo esto no estará siendo una broma cruel del universo, o tal vez un castigo por todo lo que he hecho.

Se me escapa una carcajada desprovista de humor. Esto es justo lo que necesitaba: que todos mis demonios personales vinieran a atormentarme juntos en forma de horda, para que no tenga escapatoria posible. Igual es que se han puesto de acuerdo para vengarse de lo que les he hecho. De ser así, no podría culparlos, la verdad: me merezco cualquier cosa que me pase.

Pero no permanecen demasiado tiempo juntos, y enseguida el novio de Óscar, o lo que sea, lo saca a bailar un rato. Me planteo la posibilidad de aprovechar para ir a hablar con Pablo, pero está con más gente, y no quiero que se enfade conmigo y me ponga en ridículo delante de todos. Decido quedarme ahí sentado, con la esperanza de que me vea en algún momento y sea él quien se acerque para hablar conmigo. O tal vez se aparte de sus amigos un momento para ir al baño y pueda emplear esa ocasión para interceptarlo por el camino.

Tras unos minutos, siento una punzada de pánico cuando los veo a todos caminando en mi dirección, y durante un instante estoy completamente seguro de que van a darme una paliza entre todos. Pero entonces me doy cuenta de que no se dirigen hacia el sofá donde estoy, sino a otro un poco más alejado donde hay espacio para todos, así que respiro con alivio. De momento, estoy a salvo. Lo que no sé es cuánto durará.

Observo a Óscar y a su chico misterioso, que siguen bailando al ritmo de una canción lenta cantada por una chica de voz dulce. Tras unos segundos se besan, y la envidia comienza a hervir en mi sangre como si fuera alguna especie de veneno tóxico que se extiende por mi cuerpo, obligándome a apartar la mirada.

Por suerte el beso no dura mucho. En cuanto acaba la canción, se acercan a la zona donde se encuentran Pablo y sus amigos para sentarse con ellos. Me fijo en la cara de Óscar, que parece atolondrado, emocionado y asustado a partes iguales, y no puedo evitar sonreír. Hubo momentos en los que lo veía con esa cara de felicidad estando conmigo, pero yo siempre lograba destruirla. La cagué tantas veces con él que no entiendo cómo era posible que siguiera acudiendo a mí. Supongo que simplemente es que me quería mucho más de lo que me merecía.

No parece que tengan intención de irse de allí, así que al final decido marcharme yo para no arriesgarme a tener ningún encuentro desafortunado. Podría tratar de hablar con Pablo aunque estuviera con sus amigos, pero no puedo hacerlo si también está Óscar. Y mucho menos si está con su novio, que sin duda debe de saber todo lo que le he hecho. Parece fuerte, y seguro que se basta él solito para romperme las piernas si quiere. Como mínimo podría darme un buen puñetazo y, aunque sé que me merezco que me parta la mandíbula, no es algo que tenga demasiadas ganas de experimentar precisamente.

Me pongo en pie con resignación y echo a andar en dirección a la salida, pero entonces un movimiento capta mi atención en la zona donde se encuentran. Veo que se trata del novio de Óscar, que se ha puesto en pie, y durante un instante temo de verdad que vaya a partirme las piernas. Pero entonces compruebo aliviado que va en dirección contraria, hacia el baño, así que miro a Óscar.

Y entonces sus ojos se cruzan con los míos.

Da un respingo al verme, así que está claro que me ha reconocido. Por supuesto, sé que me reconocería en cualquier parte, al igual que yo a él. El corazón comienza a latirme con fuerza, y noto una especie de neblina que me embota el cerebro. No puedo pensar con claridad; solo sé que necesito salir de aquí, alejarme de él, marcharme lejos de todo esto. No ha sido una buena idea venir, y tendría que haberlo pensado desde el principio.

Asustado y sin detenerme a pensar, me mezclo con la gente y voy hacia la puerta. Justo antes de salir, echo un vistazo hacia atrás y veo que Pablo está hablando con él. Ya está: si no habían hablado antes de mí, ahora seguro que lo estarán haciendo. Sin duda se estarán contando todo lo que les he hecho, así que si me quedaba alguna posibilidad de reconciliarme con alguno de los dos, la he perdido por completo. Por mucho que intente explicarles las cosas, sé que a estas alturas ya no servirá de nada.

«¿Cómo podría encontrarme si yo mismo me he perdido?»

Quizá sea mejor así después de todo.

Quizá lo mejor sea seguir muerto solo.

\* \* \*

Aunque entro en casa procurando no hacer ruido, Rocky se lanza corriendo hacia mí como si hubiera estado vociferando o caminando a zancadas. Parece histérico, como si no hubiera salido de casa en tres días, y sé que cuando se



pone así no se calma hasta que lo saco. Así pues, en lugar de tirarme en la cama como deseo hacer, tomo la correa que hay junto a la puerta y se la engancho al collar. Fuera hace frío, pero no me importa. Con un poco de suerte así se me congelarán las lágrimas en los ojos antes de caer. Total, ¿qué importa un poco más de hielo? Ya tengo el cuerpo lleno por dentro, por mucho que una parte haya comenzado a derretirse.

La verdad es que no tengo ni idea de por qué voy a la casa de Óscar cuando sé que no se encuentra en el pueblo, pero cuando quiero darme cuenta estoy en su calle, tal vez fruto de la costumbre. La luz de su habitación, como era de esperar, está apagada. No sé qué es lo que esperaba. ¿Que hubiera vuelto ya? ¿Que todo hubiera sido un sueño y no lo hubiera visto en la discoteca? ¿O tal vez que lo hubiera confundido con otra persona? Sí, ya. Como si eso fuera posible.

Me siento en el banco habitual, frente a su ventana, el banco donde tantas veces esperaba a que bajara cuando aún no me lo había cargado todo. Pero esta vez no va a bajar. Y tampoco va a mirar por la ventana ni verme aquí. Me doy cuenta de que ni siquiera va a volver; al menos, no hasta mañana. Si ha salido de fiesta, lo más probable es que vaya a quedarse a dormir en casa del chico ese. De... de su novio. La palabra me quema en la garganta solo de pensarla. Y, después de la entrada de su blog, está claro que tienen planes especiales para esta noche. Duele pensar que, si las cosas hubieran sido diferentes, quizás esos planes podrían haber sido conmigo. Pero ya es demasiado tarde para arrepentirse. Hace mucho que es demasiado tarde para nada que tenga que ver con Óscar.

–Ven, Rocky.

Me doy una palmada rápida en el muslo y él sube al banco de un salto, obediente, para tumbarse sobre mi regazo. Esto empieza a ser demasiado habitual en mi vida y no sé si es bueno o malo. Por un lado, me siento

agradecido por el calor de Rocky, por su cariño incondicional. Él no sabe nada de lo que he hecho, y de todos modos tampoco lo comprendería, así que al menos sé que, aunque pierda a todo el mundo, a él no le perderé. Aunque me quedara sin ninguna de las personas que sigo teniendo en mi vida, y la verdad es que ya no son demasiadas, al menos seguiré teniendo a mi perro.

Lo que no me gusta es lo que significa el hecho de que lo necesite tanto. Si hay algo que no quiero es caer en la dependencia.

–¿Qué puedo hacer, Rocky? –pregunto en voz baja, casi como si de verdad creyera que me entiende–. ¿Qué puedo hacer para arreglarlo todo?

Sus ojos brillan bajo la luz de la luna con una chispa de inteligencia mientras me mira, pero no responde. Y menos mal que no lo hace, porque de lo contrario me acojonaría. Supongo que hay preguntas que simplemente no tienen respuesta, por mucho que se busquen. O tal vez que tratar de hablar con un perro es una gilipollez, salvo que uno esté loco. Me inclino más por esta opción, la verdad.

Pasan los minutos, pero soy incapaz de volver a casa, no tan pronto. Me quedo abrazado a Rocky, aterido de frío, hasta que mis músculos están cada vez más agarrotados y soy incapaz de moverme sin que me cruja algo. El hielo de mi interior ahora me cubre también por fuera, y no puedo evitar preguntarme qué pasaría si lo dejara extenderse, si le permitiera congelarme por completo. ¿Acaso no sería eso mucho más fácil que tratar de enfrentarme a él una y otra vez? Quizá sea eso lo que debería hacer; quizá sería mejor para todo el mundo que me quedara congelado del todo y ya no despertara nunca más. Pero no. Ahora que estaba comenzando a derretirlo, no puedo permitir que la cosa vuelva a ser como antes. Debo seguir luchando. «Debo seguir ardiendo si no quiero congelarme...»

Al cabo de un rato, me duele tanto todo que no tengo más remedio que marcharme. Estoy helado hasta los huesos y me duele cada músculo del

cuerpo a causa de la mala postura. Cada paso es un suplicio y, sin embargo, lo agradezco. Después de todo el daño que he hecho a Óscar, y después a Pablo, no me merezco vivir otra cosa.

Cuando llego a casa estoy temblando con violencia a causa del frío, así que decido darme una ducha caliente, consciente de que el ruido no despertará a mi abuela. El agua me cae a presión sobre la espalda y la nuca, desentumeciendo poco a poco los músculos, aliviando el dolor. No es suficiente para derretir todo el hielo de mi interior, pero al menos sí que logra mantenerlo un poco a raya. «Debo buscar el fuego que está ahogado por el hielo...»

Y entonces, por fin, doy rienda suelta a las lágrimas. Lágrimas de dolor, de tristeza. De frustración. Lágrimas que llevo demasiado tiempo guardándome. Lágrimas que no soy capaz de seguir guardando durante más tiempo. Son tantas que temo que no vayan a acabarse nunca, pero el tiempo pasa y al fin lo hacen.

Vuelvo a mi habitación y la recorro de un vistazo al encender la luz. Rocky está ya tumbado en su cama, en una esquina. La mía se encuentra en el extremo opuesto. Tengo frío, así que me apresuro a meterme dentro y taparme con el edredón. El colchón no es demasiado grande, pero hoy me parece enorme. Me siento solo, tanto que sé que no voy a ser capaz de dormirme por mucho que lo intente. Y pensar que Óscar dormirá acompañado esta noche no ayuda demasiado precisamente. «Todo lo que tenía y por miedo he perdido... ¿dónde está?»

–¡Rocky! –lo llamo entre susurros, lo bastante alto como para que me oiga. Él levanta la cabeza y me mira con curiosidad–. ¡Ven, Rocky!

Doy unas palmadas en la cama para dejarle claro lo que quiero, y él se pone en pie enseguida. Sin embargo, permanece en su sitio mientras me observa, un tanto dudoso. Casi nunca le permito que suba, así que debe de

extrañarle mucho que esté llamándolo, y más siendo por la noche y después de dar un paseo. Hace años que no lo dejo dormir en mi cama, porque mi abuela es una obsesa de los gérmenes y la suciedad.

–¡Ven, Rocky! –insisto.

Se acerca a mi cama corriendo, pero no sube. Sigue mirándome con curiosidad y yo vuelvo a dar unas palmadas sobre el colchón.

–¡Sube!

Y entonces lo hace. Salta sobre mí, feliz de que le permita compartir la cama, y enseguida se acurruca junto a mi pecho, hecho un ovillo. Me acomodo sobre la almohada y a continuación me abrazo a él, que suelta un leve gruñido de satisfacción. Con la cara contra su pelaje, aspirando su aroma almizcleño, puedo sentir el calor que desprende su cuerpo y los latidos acompasados de su corazón. Esto es exactamente lo que necesito en estos momentos. No es Óscar... pero al menos sé que es alguien que no me juzga por lo que he hecho y que me quiere de forma incondicional.

No quiero dormir solo.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Estoy solo. Sí. Completamente solo. Me encuentro en el fondo de un pozo infinito, donde nada puede alcanzarme. Donde nada puede ya salvarme. Salvo él. Tal vez él sí pueda salvarme.

Oigo otra respiración, aunque mucho más lejana que la mía. El latido de un corazón que no es el mío, el brillo de unos ojos que no son los míos y se acercan poco a poco hacia mí.

Pero... espera.

No son un par de ojos los que se acercan a mí, sino dos. Aguzo el oído y escucho dos latidos distintos, dos respiraciones, aunque están tan acompasadas que realmente parece que sea una sola persona.

Pero no. Son dos.

El corazón me late cada vez con más fuerza, y sé que podrán oírlo a través del silencio. No tengo donde esconderme en esta oscuridad. Cuando por fin los tengo delante, puedo verlos a la perfección a pesar de la oscuridad que nos envuelve. Uno de ellos es Óscar, y el otro es ese chico. Su novio. Los ojos de Óscar me miran, pero no hay dolor ni decepción en ellos. Simplemente resignación.

–Yo te quería, Darío –dice con voz ronca. Una voz que no es la de Óscar y al mismo tiempo es claramente la suya.

–Lo... Lo sé –consigo decir, aunque apenas logro oír mi propia voz por encima de mis latidos.

–Pero ya no te quiero.

El corazón me da un vuelco.

–Óscar...

–Ahora lo quiero a él.

Y entonces lo besa. Lo besa como nunca me había besado a mí, porque yo no se lo permitía. Lo besa como ahora desearía que me besara. Como sé que jamás me besaré.

–Yo sí te quiero –susurro cuando se separan durante unos instantes, con los labios todavía a unos centímetros de distancia el uno del otro.

–¿De verdad?

–De verdad.

–Lo siento, Darío. Ya es tarde.

Vuelve a besar a su novio, y él le corresponde con entusiasmo. Se besan como si estuvieran muriéndose de sed, como si los labios del otro fueran lo

único capaz de calmarla.

–Parad... Por favor, parad.

Pero no me escuchan.

Y entonces, el beso se transforma. Se vuelve más intenso, más apasionado. Más ardiente. Sus manos recorren el cuerpo del otro. Óscar le toma la mano al otro chico, que se encuentra a su espalda, y la hace descender. Se aprieta contra su cuerpo, y el chico lo atrae hacia él. Los labios de Óscar recorren su cuello y su oreja, juguetones. Sus manos forcejean con su camiseta y, cuando me doy cuenta, se están desnudando.

–Por favor... –suplico con un hilo de voz–. Parad...

Pero no sirve de nada, y enseguida pierden toda la ropa. Están tumbados en el suelo, y el chico se pone encima de Óscar. Puedo ver con claridad el momento en que entra en su interior, pero para mí no tiene nada de excitante. No tiene nada de erótico. Todo lo contrario: verlos así hace que sienta ganas de llorar.

–Parad...

Pero no lo hacen, así que cierro los ojos y me tapo los oídos, esperando a que acaben mientras las lágrimas corren por mis mejillas como el sudor sobre sus cuerpos. Y tras un tiempo que se me hace interminable, por fin acaban. Oigo que alguien se acerca a mí y al abrir los ojos veo que se trata de Óscar, desnudo y sudoroso, con la piel enrojecida.

–Esto es lo que podrías haber tenido –dice con la voz entrecortada y jadeante–. Es lo que podrías haber tenido si no me hubieras matado.

Extiende ambos brazos hacia mí y entonces la piel se le abre por todas partes, en un sinfín de cortes que la recorren como telarañas. Comienza a manar sangre de ella, a borbotones, más sangre de la que nadie sería capaz de perder y seguir en pie. Me aparto unos pasos, sobresaltado. Miro a mi

alrededor en busca del chico, extrañado al ver que no acude en su ayuda, pero no está por ninguna parte.

–Es todo culpa tuya...

–Óscar... Lo siento, Óscar...

Pero ya no es Óscar. No. Al fijarme de nuevo en su cara, veo que se trata de Pablo.

La sangre negra como el alquitrán fluye por sus brazos, espesa y abundante, y cae al suelo formando un charco oscuro. Tiene la camiseta húmeda, y también los pantalones, y veo que sus brazos no son lo único que sangra. Su pecho también lo hace. Sus piernas. Su cuello. Un largo tajo le recorre la cara desde la comisura de los labios hasta la sien, desfigurándolo por completo.

–Lo siento... –susurro entre sollozos, observándolo horrorizado—. De verdad, Pablo... lo siento mucho.

–¡Es culpa tuya! –grita él, furioso, y se acerca a mí con expresión decidida. Feroz. Implacable.

–Pablo, lo siento...

Pero entonces me doy cuenta de algo: mis palabras no van a servir de nada. No van a hacer que deje de sangrar. Mis palabras no van a reparar el daño que le he hecho.

–Podíamos haberlo intentado y me has matado.

Rompo a gritar.

# CAPÍTULO 35

Hope it isn't too late to say, I love you  
Hope it isn't too late to say  
That without you this place looks like London  
It rains everyday

*Your Embrace, Shakira*

Por suerte para Rocky, o tal vez precisamente gracias a él, esta vez no he mojado la cama.

Bueno, miento. En realidad la he empapado, pero es solo sudor. Sudor y también lágrimas. Rocky me observa fijamente con expresión asustada cuando despierto con el corazón desbocado, y sé que debo de haber estado gritando y llorando en sueños.

–Tranquilo, Rocky. Estoy bien –le aseguro mientras le acaricio por detrás de las orejas para calmarlo–. No te preocupes.

Pero no estoy bien. El pijama se me pega al cuerpo y la cara a las sábanas, así que decido meterme en la ducha. Otra vez. Cuando vuelvo a mi habitación Rocky sigue en el mismo lugar que antes, así que me apresuro a meterme entre las sábanas y acurrucarme contra él, agradecido por su presencia y su calor.



–No sé qué haría sin ti, Rocky. De verdad que no lo sé.

\* \* \*

Cuando despierto un par de horas después me doy cuenta de que, de algún modo, he tomado una decisión mientras dormía.

Voy a hablar con Óscar. Sé que va a ser difícil, que lo más probable es que no quiera saber nada de mí, y en realidad tampoco puedo culparlo por ello. Después de todo lo que ha tenido que soportar por mi culpa, de todo lo que le he hecho pasar y de todo lo que le he hecho, lo más normal es que no quiera saber nada más de mí.

Y, por supuesto, esa no es la única razón por la que va a ser difícil, pero tengo que intentarlo de todos modos. Soy consciente de que voy a sentirme mal durante la conversación y también de que lo más seguro es que no sirva de nada, pero me da igual. Al menos tengo que intentarlo. Si hay una posibilidad de tratar de arreglar las cosas, por diminuta que sea, tengo que aprovecharla.

Hola

Apenas tarda unos pocos segundos en responder, casi como si hubiera estado esperando mi mensaje. O tal vez es que haya estado hablando con ese chico y por eso tenía el móvil en la mano. Sea lo que sea, su respuesta es como un puñetazo. Sabía que era más que posible que se lo tomara mal, pero eso no hace que duela menos.

Espero que tengas una buena razón para interrumpirme.

---

Podemos hablar?

No.

Vale, lo cierto es que me merezco que sea tan borde conmigo.

Óscar, por favor...

No tengo nada de qué hablar contigo.

Es importante

¿Más que la Oro?

Eh?

Que no.

Está claro que esto va a ser aún más difícil de lo que pensaba. La frustración crece cada vez más en mi interior, pero hago un esfuerzo titánico por controlarla. No puedo dejar que me controle, no cuando ya la he cagado

tantas veces con él por ceder a mis impulsos, por actuar impulsado por mis sentimientos en lugar de detenerme a razonar.

Óscar, de verdad.

Tenemos q hablar.

¿Y dices que es importante?

Si

Pues no me interesa.

Óscar, por favor...

Lo digo en serio. Lo siento, pero no me interesa nada que puedas decirme.

Te lo estoy pidiendo por favor

Yo también te pedí cosas por favor y no me hiciste mucho caso.

Por supuesto, tiene toda la razón del mundo, así que no puedo culparlo por nada. Sí, se está comportando como un gilipollas, y también está comenzando a cabrearme, pero no puedo decir que no me lo merezca. Aun así, tengo que seguir intentándolo. Tengo que seguir controlándome, seguir demostrándole que de verdad tengo buenas intenciones. Sé que es imposible que vuelva a quererme, ni que volvamos a ser amigos siquiera, pero no me gustaría que siguiera pensando que soy el monstruo que sé que soy. Que quiero dejar de ser.

Mira, lo siento, vale?

Eso ya no me sirve, Darío.

Llegas un poco tarde.

Ya se q he sido un gilipollas

Lo has sido, sí.

Dime algo que no sepa.

–Calma, Darío –me digo en voz baja, como si estuviera loco–. Calma.

Tiene todo el derecho del mundo a tratarme así, de modo que no puedo dejar que eso me afecte. Decido que lo mejor será ir al grano lo antes posible,

consciente de que no voy a poder seguir controlando mis nervios mucho más tiempo.

Tengo cosas q explicarte

¿Me vas a explicar lo del día que fuimos a casa de Fer?

¿Me vas a explicar por qué has sido tan cabrón conmigo todo este tiempo?

¿Me vas a explicar por qué te has empeñado en joderme la vida?

Empiezo y borro el mensaje un par de veces, sin saber muy bien qué decir ni cómo enfocarlo. Finalmente, opto por lo más sencillo.

Si

Pues no me interesa.

Joder, Oscar, lo siento!

He sido un gilipollas, y un cabron, y un puto  
egoista, ya lo se.

Pero lo siento

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

A ver.

¿Qué quieres?

Quiero verte

Tenemos q hablar en persona

Ni de coña.

Lo que quieras decirme, puedes hacerlo por  
aquí.

Lo cierto es que tampoco puedo culparlo por no querer verme después de la última vez. En realidad, no podría culparlo absolutamente por nada. Si la situación fuera a la inversa, estoy seguro de que yo ya lo habría sacado por completo de mi vida y probablemente lo habría bloqueado, tal como ha hecho Pablo conmigo.

Se lo q estas pensando

Podemos quedar en tu casa si quieres

Olvídalo.

A mi madre no le hará ninguna gracia volver a verte por aquí.

¿Y en la mía?

Me estás vacilando, ¿no?

Suelto un suspiro de resignación. Sí, sin duda está siendo aún más difícil de lo que pensaba. Noto que la frustración amenaza con desbordarse, pero sigo manteniéndola a raya como puedo, consciente de que no debo volver a cagarla. Porque, si lo hago, probablemente ya no habrá marcha atrás.

Joder, Oscar...

Mira, si quieres, podemos ir a casa de Fer, si es que a él le parece bien.

Terreno neutral.

¿Te parece?

¿Despues d lo del otro día?

No creo q le haga mucha gracia

La culpa es tuya.

¿Aceptas o no?

¿Acaso tengo otra opción? Está claro que es o eso o nada, y necesito hablar con él sean cuales sean las circunstancias.

Acepto



Y si dice q no?

Entonces te jodes y me lo cuentas por aquí o me dejas en paz y te vas a tomar por culo.

Tú eliges.

Preguntale cuando le viene mejor y nos vemos

Vale.

Pues voy a preguntarle y en un rato te digo.

Vale.

Y, oye, Oscar...

¿Sí?

Gracias

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

[conectado]

[desconectado]

Miro la pantalla durante unos segundos, expectante. Pero Óscar no vuelve a conectarse, y sé que ya no me contestará. No puedo decir que la conversación haya ido de maravilla, pero al menos he conseguido lo que quería: voy a hablar con él. Ahora, solo me queda controlar los nervios para no volver a cagarla.

Trago saliva al darme cuenta de que no sé si voy a ser capaz de ello.

# CAPÍTULO 36

Y es que llego tarde como siempre  
Tarde siempre para mí  
Que esta noche tengo frío  
Y no sé dónde dormir

*Verano, La Oreja de Van Gogh*

Tengo tanto puto miedo que temo ponerme a chillar en cualquier momento. Las piernas me tiemblan de forma violenta, débiles como si estuvieran hechas de mantequilla dejada al sol, y siento la imperiosa necesidad de dar media vuelta y volver a casa, de salir corriendo en dirección contraria para no enfrentarme a la conversación que está a punto de llegar.

Pero no lo hago y, en lugar de ello, obligo a mis piernas a caminar paso tras paso hasta llegar a la casa de Fer. Una vez allí, acerco un dedo tembloroso al timbre y necesito un par de intentos antes de conseguir presionarlo. Oigo el sonido de cuando descuelgan el telefonillo, pero nadie contesta. La puerta zumba y me doy cuenta de que la han abierto sin decir nada.

Subo en el ascensor y toco al timbre de la casa, con la sensación de que el corazón va a explotarme dentro del pecho en cualquier momento. Cuando al

cabo de unos segundos Fer me abre la puerta, su expresión es seria.

–Hola –digo con un hilo de voz, bastante cohibido después de lo que pasó la última vez que vine. Él no responde, sino que hace un gesto con la cabeza y me conduce en silencio hasta su habitación. El trayecto, tan familiar y que tantas veces he recorrido, me resulta insoportablemente largo y sobre todo hostil, muy hostil. No necesito verle la cara a Fer para sentir la intensa hostilidad que emana de él.

No entiendo esa frase hecha tan típica para esta clase de situaciones de que la tensión podría cortarse con un cuchillo. A mí me parece tan densa y sólida en el aire que estoy seguro de que nada podría cortarla.

–Pues nada –dice al fin, tras dejarme pasar por la puerta–. Os dejo solos. Pero no quiero líos, ¿eh? –advierte con seriedad, y no puedo evitar tragar saliva ante sus palabras–. Si pasa algo como lo del otro día, te saco de la casa a hostias –añade mirándome, y yo asiento arrepentido con la cabeza. Me planteo la posibilidad de contestar, pero la verdad es que no tengo ni idea de qué decir. Quizá sea mejor mantenerme en silencio.

Y entonces se marcha y Óscar y yo nos quedamos a solas.

Nos miramos incómodos, sin saber por dónde empezar, y ninguno de los dos habla durante unos minutos que se me antojan tan interminables como si hubiera transcurrido una eternidad. Me siento en la cama de Fer, junto a Óscar, pero evito con cuidado mirarlo a los ojos y pongo unos cuantos centímetros de distancia entre nosotros. Sigo sin saber qué decir, y es evidente que él tampoco. En cualquier caso, el nudo que siento en la garganta es tan fuerte y tenso que no sé cómo voy a ser capaz de pronunciar palabra.

–Tú dirás –dice él al fin, con voz seca y cortante. Me queda claro que no podría tener menos ganas de estar aquí conmigo–. Querías que habláramos, ¿no? Pues venga. Habla.

–No sé por dónde empezar.

Suelta un resoplido que me llena de rabia.

–Pues chico, si no lo sabes ni tú...

–Joder, Óscar. Esto es muy difícil para mí, ¿vale?

Vuelve a resoplar, claramente exasperado por mi actitud. Tengo que encontrar una forma de reconducir la conversación si no quiero que me mande a la mierda antes de que pueda empezar a hablar, y tengo que hacerlo rápido. De lo contrario, quizás acabe haciendo algo de lo que me arrepienta, y eso es lo último que quiero que pase.

–No tienes ni idea de lo que es tener las cosas difíciles.

Ahora soy yo quien está comenzando a exasperarse. Por supuesto que sé que no ha tenido las cosas fáciles, pero no hace falta que me lo restriegue en todo momento. Ya tengo que vivir con toda la culpa cada día.

–No me estás ayudando, ¿sabes?

–¿Y qué es lo que quieres, Darío? ¿Que te haga un interrogatorio? Tú sabrás por dónde empezar, eres el que me ha citado, ¿no? Di lo primero que se te pase por la cabeza.

El problema es que lo que se me pasa por la cabeza no son palabras, sino acciones. Y sé que debería controlar mis impulsos, que debería tratar de mantener la calma. Sé que debería tomarme unos minutos para pensar en lo que voy a hacer antes de actuar únicamente en función de mis sentimientos. Pero Óscar me está pidiendo que actúe, así que lo hago.

Y lo beso.

Es la primera vez que lo hago de forma voluntaria, y durante una fracción de segundo Óscar trata de responder al beso. Al menos eso creo, aunque también es posible que simplemente lo haya imaginado. Parece un instante demasiado breve, pero al mismo tiempo es como si fuera una cantidad de tiempo eterna y totalmente intangible. Es un beso que he deseado desde hace tanto tiempo, que me he negado desde hace tanto tiempo, que ahora que por

fin lo experimento siento un torrente de emociones que me sacude por dentro. Es como si el fuego de Óscar me quemara las venas, derritiendo todo el hielo de mi interior. Y quiero que dure eternamente, que no acabe nunca y que jamás nos separemos, pero sé que eso no es posible.

Y entonces, apenas un instante después de comenzar, Óscar me da un empujón y se aparta de mí, enfadado.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

Titubeo durante unos segundos antes de contestar. Buena pregunta; ¿qué coño estoy haciendo? Lo cierto es que no lo sé. Noto los labios ardientes, impregnados todavía de su fuego, y no puedo evitar pensar en ese breve y eterno instante en que me pareció que correspondía a mi beso. ¿Era verdad, o tan solo se trataba de una ilusión? Lo cierto es que no lo sé y tampoco tengo forma alguna de averiguarlo.

—Pero esto es lo que tú querías, ¿no? —pregunto con un hilo de voz, deseoso de que responda que sí, de que diga que todavía siente algo por mí. Lo miro y veo que en su cara hay algo parecido a la lástima, una expresión que no comprendo y no logro definir—. Me dijiste que estabas enamorado de mí. Pues ya está, aquí estoy. Yo... —Las palabras me queman en la garganta, pero sé que tengo que reunir el valor necesario para pronunciarlas. Es lo mínimo que se merece... lo mínimo que puedo hacer después de haberla cagado tanto con él—. Yo también te quiero.

Me mira con asombro, como si fuera incapaz de creer lo que he dicho, o tal vez como si creyera que me ha oído mal. Y lo cierto es que yo tampoco soy capaz de creerlo. Ni lo que he dicho ni lo que he hecho. Solo han pasado unos pocos segundos desde que lo he besado, pero me siento como si hubieran sido años. Y aun así, el fuego en el que arden mis labios no parece que vaya a apagarse jamás.

—No, Darío. Ya no. Es demasiado tarde.

No puedo decir que no me esperara sus palabras, pero igualmente son como una patada en los huevos. El dolor es tan intenso e implacable que de verdad temo estar a punto de vomitar esta vez. Pero tengo que respirar hondo y tratar de controlarme. No puedo volver a perder los nervios.

–Pero me dijiste que me querías –digo algo extrañado, y frunzo el ceño.

Sé que está saliendo o lo que sea con ese chico, pero ¿de verdad se ha olvidado de mí con tanta rapidez? Si tan enamorado estaba de mí, no puede haberme olvidado tan fácilmente, ¿verdad? Sé lo que sentía cada vez que me pedía un beso, cada vez que me complacía solo porque era una forma de estar cerca de mí. Sé que me quería de verdad... y eso no puede haber muerto tan pronto. ¿O sí?

–¡Y tú me mandaste a la mierda! –replica Óscar, acalorado, y me doy cuenta de que ahora es él quien está perdiendo el control de sus palabras—. Me dijiste que te daba asco y me escupiste en la cara. Lo siento, pero ahora ya es tarde. Tú mismo te encargaste de matar todo lo que sentía por ti.

Las palabras duelen como cuchillos de hielo retorciéndose en mis entrañas. Por un instante no puedo evitar desear que sean de verdad para quedarme ahí, sangrando en el suelo, pero por desgracia no lo son. Y aun así, el dolor es tan fuerte y real como cualquiera que haya experimentado con anterioridad. Tal vez incluso más, porque para este dolor no tengo remedio alguno.

–Pero...

–No –me ataja firmemente, alzando un poco la voz con tono autoritario—. Nada de «peros». Lo siento, pero ya no soy el mismo Óscar que era antes. Yo te quería, ¿vale? Te quería muchísimo, y lo sabes. Yo mismo te lo dije, ¿recuerdas? –Me parece ver lágrimas en sus ojos, pero creo que ni él mismo se da cuenta de ello. Y, a decir verdad, tampoco estoy seguro del todo de que sean reales: me cuesta un poco ver a través de las mías—. Me costó un mundo

hacerlo, pero lo hice. Y tú no supiste valorarme, y ahora he encontrado a alguien que sí lo hace. Alguien que no se avergüenza de estar conmigo.

Y aunque ya lo sabía, oírlo decir que está de verdad con ese chico, de que van en serio, es como una dentellada que me desgarrara por dentro. Entre eso y los cuchillos, me pregunto cómo es posible seguir todavía en pie. Supongo que esto es algo parecido a lo que debe de sentir un muerto viviente.

–Es ese chico, ¿verdad? –pregunto sin pensar, molesto por sus duras palabras–. El de la discoteca.

–Eso no es asunto tuyo.

–Eres un gilipollas –suelto antes de poder contenerme, frustrado por su actitud–. Lo sabes, ¿no?

Mierda. Mierda, mierda, mierda. Está claro que aquí el gilipollas soy yo. ¿Cómo coño he podido soltarle algo así? Me he esforzado tanto por controlarme, y ahora... la he cagado otra vez.

Óscar suelta una carcajada amarga que me duele más que cualquier golpe que pudiera darme, más que cualquier palabra.

–¿Sabes cuál es tu problema, Darío? Eres tú mismo. No eres más que un niño. Un niño cobarde y asustado –añade, como si estuviera asegurándose de recalcar bien las palabras, de hacerme sentir todas y cada una de ellas. Desde luego, está claro que me equivocaba: esto duele más que esa carcajada–. Lo tenías todo, joder. Podías haberlo tenido todo al alcance de tu mano. Yo estaba dispuesto a dártelo, pero lo dejaste escapar. Eras mi mejor amigo, y cuando me enamoré de ti pensaba que sería capaz de hacerlo todo por ti. Lo habría hecho sin dudar si siquiera si tú me lo hubieras pedido.

Sí. Desde luego, duele mucho más. Duele tanto que otra vez creo que estoy a punto de echarme a llorar. Sin embargo, me doy cuenta de que ya no es solo dolor: algo ardiente se alza en mi interior, algo que parece derretir todo el hielo que quedaba. Es como si una chispa del fuego de Óscar se hubiera



quedado dentro de mí después del beso y ahora estuviera creciendo en mi interior, arrasándolo todo a su paso. Estoy empezando a cabrearme, y de verdad. Y eso no es bueno, porque si lo hago, haré o diré más cosas de las que luego me arrepentiré.

–Para.

–No. Eras tú quien quería hablar, así que ahora no pienso parar. ¿Sabes qué es lo que te jode? Darte cuenta de lo que has perdido. Me viste con Sergio y te pusiste celoso, y a eso ha venido toda esta charla. Pero lo siento: por mucho que te joda lo has perdido todo, y ya es tarde para recuperarlo.

Resoplo y noto que estoy cada vez más cabreado. El fuego crece en mi interior fuera de control, consumiéndolo todo, hasta que al final ya no soy capaz de detenerlo y exploto con un estallido de llamas.

–Ni que fueras tan importante –digo enfadado, aunque me arrepiento al instante de mis palabras.

–¿Ves lo que decía? Ese es tu puto problema, tío –replica él, con la voz sorprendentemente calmada en comparación con cómo me ha hablado hasta hace solo unos segundos–. No estoy hablando solo de lo que sentía por ti, gilipollas. Estoy hablando de mi amistad, y de la de Fer. Nos has perdido a los dos.

–Fer todavía...

Ahora es él quien suelta un resoplido.

–¿Es que te has vuelto ciego además de gilipollas? Fer no te soporta. Puedes creer lo que quieras, pero lo perdiste a él el mismo día que me perdiste a mí. –Realmente no puedo decir que necesitara confirmarlo, pero saberlo con seguridad duele de todos modos. En cualquier caso, sé que es lo justo: no me merezco a Fer después de todo el daño que le he hecho a Óscar–. Y también te perdiste a ti mismo.

–Yo no... –comienzo, pero no me deja continuar.

–Eres un niño –repite, como si estuviera saboreando la palabra en su boca, como si estuviera asegurándose de que me hace el mayor daño posible. La sangre comienza a hervirme en las venas y hago todo lo que puedo por tratar de controlarme, pero es demasiado difícil–. Un niño perdido y llorón que no sabe lo que quiere, que no es capaz de aceptarse a sí mismo. Estás amargado. Te rechazas a ti mismo porque tienes miedo, tienes miedo de... de tirarte a la piscina para ser feliz.

Y lo que más me jode es que ha dado en el puto clavo. Puede que hayan pasado muchas cosas insalvables entre nosotros, pero en el fondo sé que sigue conociéndome a la perfección. Y eso me revienta y es lo que me hace perder el control del todo.

–Vete a la mierda –suelto de sopetón, y me levanto de la cama para marcharme. Óscar me sujeta por el brazo para impedírmelo, así que lo miro con furia. Nuestros ojos se cruzan echando chispas durante unos instantes, y por un momento no estoy seguro de lo que va a pasar a continuación. Por un momento, creo que voy a besarlo. Por un segundo, creo que va a besarme él a mí. Y por un instante, por un brevísimo instante, pienso en lo que pasaría si lo hiciéramos, si volviéramos a besarnos, si de verdad nos dejáramos consumir por ese fuego que arde en nuestro interior.

Pero entonces me suelta, así que me giro para marcharme sin mirar atrás. Cierro la puerta sin decir adiós, con el corazón latíendome a toda velocidad y unas lágrimas que me arden en los ojos. Quería tratar de arreglar las cosas y la he cagado hasta el infinito. Lo peor es que en el fondo sabía que esto era lo que iba a pasar.

# CAPÍTULO 37

And I will stumble and fall  
I'm still learning to love  
Just starting to crawl

*Say Something, A Great Big World*

Soy gilipollas. De verdad, soy gilipollas.

Solo quería arreglar las cosas con él. Quería disculparme, pedirle perdón por todo lo que le he hecho. Y en lugar de eso, la he cagado. En lugar de arreglar las cosas, le he insultado. Puede que un insulto más no signifique demasiado después de todos los que ha tenido que soportar, pero eso no cambia lo que he hecho. No le resta importancia.

No puedo regresar a casa. No ahora. No estando tan alterado, con el estómago revuelto y la cara llena de lágrimas. Sé que mi abuela se preocuparía, y no quiero seguir haciéndole más daño a nadie. Demasiado he hecho ya. Así que salgo a correr, esperando que el ejercicio, la distancia y el aire frío sobre mi rostro me calmen un poco los nervios.

Pero no consigo llegar demasiado lejos. Tras apenas unos pocos minutos, la molestia que siento en la tripa se incrementa tanto que me veo obligado a detenerme. Me agacho un poco y me pongo las manos sobre los muslos,

jadeando y tratando de recobrar la respiración. No es la primera vez que me duele el estómago después de correr, pero hoy es más de lo normal. Es como si... Es casi como si fuera a...

Vomito.

No he comido mucho en todo el día, pero aun así echo todo el líquido de mi estómago. Odio vomitar. Odio el sabor amargo, intenso y desagradable que se queda en la boca mucho después. Odio la sensación de impotencia, de no poder parar aunque quieras hasta que has terminado. Y sobre todo odio la sensación de humillación que siento cada vez que me pasa, como cuando era un niño, me manchaba y tenían que limpiarme. Lo odio.

—¿Darío?

Me vuelvo en dirección a la voz y veo que se trata de Marta, que está saliendo del parque a unos metros de donde me encuentro. Me detengo en seco, algo sorprendido por habérmela encontrado, y jadeo para tratar de recobrar el aliento. Observo el perro negro que lleva de una correa y comprendo que lo ha sacado de paseo.

—Hola —logro decir al fin, avergonzado de que me haya pillado en esta situación.

—¿Qué estás ha...? —comienza, pero entonces se fija en el charco de vómito y se detiene en seco. Mi vergüenza es cada vez mayor, y creo que en cualquier momento la cabeza me va a empezar a arder—. Uy. ¿Estás bien?

Asiento torpemente con la cabeza, rezando para no tener la boca manchada.

—No te preocupes.

—Toma, tengo un chicle —me ofrece, tendiéndome el paquete.

—Muchas gracias —respondo de corazón antes de metérmelo en la boca. Al menos así podré deshacerme de este sabor tan asqueroso.

Nos miramos durante unos segundos, incómodos y sin saber muy bien qué decir. ¿Qué se hace en estas situaciones?

–¿Qué estabas haciendo por aquí? –pregunta con evidente curiosidad mientras se acerca a mí.

Me encojo de hombros.

–Estaba corriendo.

–Pues no llevas ropa de correr –señala, haciendo un gesto hacia mis vaqueros y mi abrigo–. ¿Es que pasa algo?

La verdad es que no sé qué responder a eso, así que echo a caminar, incómodo. Marta me sigue.

–No... tan solo necesitaba despejarme.

Me mira durante unos segundos con una sonrisa tímida en los labios, como si no estuviera muy segura de qué decir a continuación.

–¿Por qué no vienes conmigo? –pregunta al fin mientras el perro da vueltas alrededor de sus pies, algo inquieto.

La propuesta me toma por sorpresa.

–¿Qué?

–Vivo cerca de aquí –explica–. Si quieres, puedes venir a mi casa para descansar un poco. Podemos ver una película... o lo que tú quieras.

El sentido oculto de sus palabras está más que claro. Marta lleva desde el curso pasado detrás de mí, y no sería la primera vez que me suelta indirectas bastante directas. Recuerdo con claridad aquel día saliendo de misa con mi abuela. Si fuera a su casa... si fuera a su casa seguro que pasaría algo. Siempre que yo quisiera, claro, porque está claro que ella sí. La cuestión es si yo quiero o no, y ahora mismo lo cierto es que no lo sé.

–Acabo de vomitar –le recuerdo, un tanto humillado.

–Tenemos cepillos de dientes desechables para los invitados.

Mierda.

–Pero ¿no estarán tus padres? –pregunto para ganar tiempo.

–No llegan de trabajar hasta tarde... tendremos un par de horas para nosotros solos –añade con una sonrisa pícaro.

Esa es toda la confirmación que necesito sobre sus intenciones.

¿Y si pruebo algo con ella? ¿Qué tengo que perder con intentarlo? A lo mejor... a lo mejor no soy... gay. Miriam me dijo que había muchas opciones posibles... puede que sea bisexual. No sería tan raro, ¿no? Se supone que hay mucha gente bisexual en el mundo. Y, después de todo, quizá las cosas fueran más fáciles si lo fuera. Quizá no tendría que seguir ocultándome tanto. Decido que no pierdo nada por comprobarlo.

–Está bien.

Parece sorprendida ante mi respuesta.

–¿En serio?

–En serio. ¿Por qué te sorprendes tanto?

Ella se encoge de hombros.

–No sé... la verdad es que en el fondo no me lo esperaba.

Echamos a andar en dirección a su casa, que se encuentra a unos pocos minutos de distancia del parque, y el perro trota alegremente junto a nosotros. Una vez dentro del edificio, me agacho para acariciar al animal.

–¿Cómo se llama?

–Sakura.

Suelto una risita mientras sigo acariciando al perro, que supongo que es perra. Al entrar en la casa, Sakura sale disparada sin perder ni un segundo hacia lo que imagino que es el salón.

–¿Puedes darme...?

–Ah, sí. Ven conmigo.

Me conduce hasta el cuarto de baño y saca de un cajón un cepillo desechable envuelto en plástico. El chicle ha eliminado todo el sabor a

vómito, pero aun así me limpio los dientes a conciencia, asegurándome de que no quede ningún rastro. Mientras lo hago, observo a mi alrededor. El cuarto de baño es bonito, pero el espejo y las superficies tienen una ligera capa de polvo, como si sus padres no tuvieran mucho tiempo para limpiar. Recuerdo lo que ha dicho de que no llegan de trabajar hasta tarde y me pregunto si Marta se sentirá sola. Al menos, tiene a Sakura para hacerle compañía.

Cuando termino, me detengo frente a la puerta sin saber qué hacer a continuación.

–¡Estoy aquí! –llama desde la única puerta iluminada. Echo a caminar hacia allí y veo que los cuadros del pasillo también parecen un tanto polvorientos. Sí, sin duda los padres de Marta no deben de pasar mucho tiempo en casa.

Me siento un poco incómodo cuando entro en el salón. ¿Qué coño estoy haciendo aquí? Es más, ¿qué coño estoy haciendo con ella?

Pero tengo que intentarlo. Tengo que comprobarlo.

–Ponte cómodo –me dice Marta, señalando el sofá tapizado de un azul oscuro–. ¿Quieres algo?

–Un poco de agua estaría bien –le pido, pues tengo la garganta seca después de haber estado corriendo.

–Enseguida vuelvo.

Mientras la espero, me siento en el sofá y contemplo la estancia. El corazón me late con fuerza, así que intento concentrarme en los detalles para tratar de distraerme. La habitación parece mucho más cuidada, por lo que seguramente pasarán la mayoría del tiempo en familia aquí. Casi todos los muebles son de color oscuro, en contraste con las cortinas de color crema. El televisor es enorme, y el gigantesco arsenal de películas que hay junto a él

deja claro que se trata de una familia muy cinéfila. Como nos pongamos a elegir una, no acabaremos antes de que lleguen sus padres.

–Toma.

Me tiende el vaso y yo lo acepto, agradecido por poder beber algo después de haber vomitado. Sus dedos rozan los míos y me da la impresión de que lo ha hecho a propósito. Pero tengo demasiada sed, así que me bebo toda el agua de un solo trago. Mientras tanto, Marta se sienta a mi lado.

–¿Qué tal? –pregunta con una sonrisa–. ¿Mejor?

–Mucho. Gracias.

–No es nada.

Nos miramos durante unos instantes y me doy cuenta de que ella tampoco sabe muy bien qué decir. Me da la impresión de que se ha ruborizado un poco, aunque no sé si es mi imaginación o tal vez un efecto de la luz. Pero lo que sí veo con claridad es que se está mordiendo el labio inferior en lo que parece ser una clara invitación a que haga lo que estoy pensando. El corazón me martillea el pecho, y no sé si es a causa de los nervios por lo que me propongo hacer o porque en realidad no quiero hacerlo.

Y entonces, la beso.

Ella parece sorprendida y me doy cuenta de que no esperaba que lo hiciera, o al menos no tan pronto. Se queda inmóvil durante un segundo, pero entonces me responde con ganas. Sus labios se mueven sobre los míos con deseo, y comprendo que probablemente lleva mucho tiempo deseando hacerlo. Quizá yo también estaba deseándolo, solo que aún no lo sabía. Acaricio su cuerpo, que es suave y blando, al igual que sus labios.

Pero entonces comprendo que, en realidad, no la estoy besando a ella. Aunque Marta no lo sepa, en realidad estoy besando a Óscar. O, al menos, eso es lo que me gustaría. Aparto la cabeza con rapidez.



–¿Qué pasa? –pregunta ella, algo sobresaltada. Echa un vistazo a la puerta, pero no hay nadie–. Qué susto... pensaba que habían venido mis padres.

–Lo siento –digo, alejándome un poco de ella–. No puedo hacer esto.

Marta asiente con la cabeza, y me parece ver resignación en su rostro.

–No te preocupes. Ya me lo imaginaba.

–¿Qué quieres decir con eso?

Se encoge de hombros antes de contestar y me dirige una sonrisa triste.

–Si te soy sincera, me ha extrañado mucho que quisieras venir conmigo, y más todavía que me besaras.

El corazón me late cada vez con más fuerza. ¿Querrá decir que...? Pero no. No puede ser. Es imposible que se haya dado cuenta.

–¿Por qué?

–¿De verdad quieres que te lo diga?

No.

–Sí.

Suelta un suspiro.

–Yo en realidad no te gusto... ¿a que no?

No sé cómo decir la verdad sin herir sus sentimientos, así que decido que lo mejor será ir al grano y ser sincero.

–No.

Esboza otra sonrisa de tristeza, pero enseguida se sobrepone, o al menos me da esa impresión.

–Lo imaginaba... pero supongo que la esperanza es lo último que se pierde. Darío, tú eres gay, ¿a que sí?

La pregunta me pilla con la guardia baja y comienzo a toser sin poder controlarme. Cuando me calmo un poco, veo que sigue sonriendo.

–¿Por qué...? ¿Por qué dices eso?

–Bueno, con esto voy a quedar como una acosadora total... pero llevo ya mucho tiempo observándote, Darío. Me he dado cuenta de muchas cosas.

Asiento con la cabeza, sin saber qué decir.

–¿Lo sabe alguien más? –pregunto al fin, y ella se encoge de hombros.

–Ni idea, pero yo no se lo he dicho a nadie.

Suelto un suspiro de alivio.

–Gracias.

–No tienes por qué darlas. –Hace una pausa, como si no supiera si decir o no algo más–. Pero sabes que no tienes que ocultarte, ¿verdad?

No puedo evitar resoplar.

–Sí, claro. Para que hagan de mi vida un infierno.

–Un infierno como la vida de Óscar, ¿no?

Sus palabras me toman por sorpresa. No hay dureza en ellas, ni tampoco acusación, y tal vez sea eso lo más sorprendente. No me está juzgando por nada, tan solo está señalando una realidad que no se puede negar.

–Sí –respondo, porque sé que no tiene sentido decir otra cosa–. Exactamente.

–Lo de Óscar empezó por tu culpa, ¿verdad?

Trago saliva, algo desconcertado por lo directa que es.

–Sí, en realidad sí, pero yo nunca quise que pasara nada de eso –intento explicarme, deseoso de dejar las cosas claras–. Tenía miedo sobre todo de que la gente se enterara de que... de que yo también era gay y por eso me mantuve al margen, y...

–Darío, para –me corta, levantando las manos–. No estoy aquí para juzgarte por lo que has hecho. Sé que te equivocaste, pero también sé que estás arrepentido.

–¿Cómo lo sabes?

Suelta una risa nerviosa.

–Como te he dicho, llevo mucho tiempo observándote. No hay más que ver cómo miras a Óscar cada vez que piensas que nadie te ve... está claro que en tu mirada no hay odio, sino culpa. Culpa y arrepentimiento. Y también hay algo más.

El corazón va a estallarme como siga así.

–¿El qué?

–Estás enamorado de él –afirma con rotundidad–. ¿A que sí?

Trago saliva, pero sé que no tiene sentido negarlo. No después de lo que ya le he confesado, y desde luego no después de lo bien que se está portando conmigo con todo esto. Cualquiera otra persona me habría mandado a la mierda nada más romper el beso.

–Sí –respondo al fin.

–Y él también estaba enamorado de ti –añade–. Por eso empezó todo.

–Pero ya no sirve de nada –señalo con tristeza–. Está con otro, así que no tengo ninguna posibilidad con él.

–Bueno... pues entonces tú y yo tenemos algo en común, ¿no te parece?

No puedo evitar sonreír ante sus palabras. Me sorprende que se lo esté tomando todo tan bien, y también me doy cuenta de algo: Marta puede ser la amiga que necesito en estos momentos. No me la merezco, pero supongo que en realidad sigo siendo un egoísta.

–¿Por qué te estás portando tan bien conmigo? –pregunto tras unos instantes de silencio.

Se encoge de hombros.

–Supongo que de tanto observarte me he dado cuenta de que en realidad eres una buena persona. Te mereces ser feliz.

–Si tú lo dices...

–Pues claro que lo digo. Darío, sé que has cometido errores, y sé que la has cagado mucho, pero todos lo hacemos. Todos hacemos cosas de las que nos

arrepentimos. Pero lo importante es eso, que te arrepientas. Porque te arrepientes, ¿verdad?

–Muchísimo –confieso con un hilo de voz.

–Pues ya está.

Como si fuera tan fácil.

–Pero con arrepentirme no voy a cambiar el pasado. No voy a deshacer lo que he hecho, ni voy a cambiar todo lo que le ha pasado a Óscar.

–Pues entonces a lo mejor lo que tienes que hacer es buscar la forma de ayudar –sugiere–. Seguro que hay algo que puedas hacer.

–¿El qué?

–No lo sé –admite, encogiéndose de hombros–. Pero, si quieres, puedo quedarme contigo para ayudarte a averiguarlo.

–Sigo sin entender por qué te portas tan bien conmigo.

–¿En serio me vas a obligar a decírtelo?

Sonrío a mi pesar.

–Es lo que hay.

–Mira, se me hace muy raro decirte esto, ¿vale? –Hace una pausa–. Pero me gustas mucho... creo que te has dado cuenta ya de eso. Y quiero que seas feliz.

–¿No estás enfadada?

Se encoge de hombros.

–Lo superaré. Tampoco eres el único tío del mundo, ¿sabes?

Suelto una carcajada, y ella se ríe conmigo.

–Eres genial –digo, y lo pienso de verdad.

–Lo sé. –Hace una pausa y, tras unos instantes, pregunta–: Hoy ha pasado algo... Algo con Óscar, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, tratando de no recordar lo que ha ocurrido.

–Sí.

–¿Me lo cuentas?

Quiero decirle que no. Quiero negarme a pasar otra vez por esa humillación. No quiero que sepa cómo he vuelto a cagarla con él. Pero Marta me inspira una extraña confianza y, cuando quiero darme cuenta, se lo estoy contando todo. Es la primera vez que me abro tanto con alguien desde que le conté a Miriam lo que había pasado, y hacerlo me resulta de nuevo enormemente liberador. Aunque me cuesta un mundo, cuando termino me siento mucho mejor, como si el problema no fuera tan grave, como si no la hubiera cagado tanto.

–Tienes que trabajar en tu genio –señala con el ceño fruncido cuando termino–. Lo sabes, ¿no?

–Lo sé. Estoy mejorando, pero...

–Has perdido el control –completa Marta–. No pasa nada; lo entiendo... a todos nos pasa de vez en cuando. Pero ahora tienes que intentar arreglarlo, ¿vale?

–Después de lo que me ha dicho...

–Darío, si te ha dicho eso es para que reacciones –me asegura–. ¿Es que no lo ves?

Tengo que reconocer que esa posibilidad no me la había planteado, pero tiene sentido.

–Si tú lo dices...

–Pues claro que sí –insiste ella–. Óscar te conoce bien, y sabe perfectamente qué es lo que te pasa. Tan solo quiere que vuelvas a estar bien.

Me encojo de hombros, no muy convencido.

–Debería marcharme... ya es tarde.

–Cómo te gusta esquivar las conversaciones difíciles –dice con una sonrisa, y me parece ver cierta ternura en su mirada.

–No me apetece seguir hablando, ¿vale?

–Bueno, como quieras. Pero intenta arreglarlo, ¿de acuerdo?

–Vale –respondo de mala gana.

–Lo digo en serio –insiste, con más firmeza que antes–. Prométemelo.

–Te lo prometo.

Marta sonrío.

–Así me gusta. Venga, te acompaño hasta la puerta.

Camino junto a ella, sin saber qué debería hacer ahora. Quiero decirle algo, explicarle cuánto ha significado para mí esta conversación, pero no sé por dónde empezar y decido optar por lo fácil.

–Oye... muchas gracias.

Se detiene junto a la puerta, pero no la abre.

–No es nada.

–Te lo digo en serio. La verdad... la verdad es que necesitaba una amiga.

Marta sonrío mientras abre la puerta, y me maldigo por no haber confiado antes en ella.

–Pues aquí me tienes. Buenas noches, Darío.

–Buenas noches –respondo mientras salgo al frío de la calle.

–Te mereces ser feliz –repito antes de que me marche.

Yo no estoy tan seguro, pero al menos creo que vale la pena intentarlo.  
«Debo seguir ardiendo si no quiero congelarme.»

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Estoy solo. Sí. Completamente solo. Estoy en el fondo de un pozo infinito, donde nada puede alcanzarme. Donde nada puede ya salvarme. Salvo yo. Tal vez yo mismo pueda salvarme.

Oigo otra respiración, aunque mucho más lejana. Los latidos de un corazón que no es el mío, el brillo de unos ojos que no son los míos y se acercan poco a poco hacia mí.

Es Marta.

–Yo te quiero, Darío –dice con voz suave. Una voz que no es la de Marta y al mismo tiempo es claramente la suya.

–Lo... Lo sé –logro decir, aunque apenas consigo oír mi propia voz por encima de mis latidos.

–Sería muy fácil. Lo sabes, ¿verdad?

El corazón me da un vuelco.

–Marta...

–Tan solo tendrías que besarme. Si lo haces, todo se habrá terminado.

La respiración se me acelera mientras Marta se acerca a mí poco a poco.

–¿Lo dices en serio?

–Pues claro. Solo tienes que besarme.

Se acerca cada vez más, tanto que solo tendría que moverme unos centímetros para rozarla. Y entonces me acerco a ella y la beso en los labios.

Ya está. Todo ha terminado, ¿no? Ella misma lo ha dicho. Pero... pero no. Esto no está bien. No me siento bien. No es a ella a quien debería besar, no es a ella a quien quiero besar en realidad.

Rompo el beso.

–No es a ti a quien estoy besando –digo, y ella sonrío.

–No –afirma, pero ya no es Marta. Ahora es Óscar, que me observa con una expresión ilegible en los ojos–. Me estabas besando a mí.

–Te estaba besando a ti... –mascullo.

–Pero eres tú quien se ha separado –señala–. Eres tú quien ha roto el beso, no yo, aunque pensabas que era Marta.

Distingo sus palabras, pero no entiendo qué es lo que quiere decir con ellas.

Y entonces, Óscar vuelve a ser Marta.

–¿Quieres volver a besarme? –pregunta con una sonrisa seductora, y sus labios parecen invitarme a que me acerque a ellos. Pero no puedo hacerlo. No puedo seguir engañándome.

–No.

–¿Estás seguro? La decisión está en tus manos.

Asiento con la cabeza, consciente de que tiene razón, y bajo la mirada hasta mis manos. Sí. La decisión es mía. No voy a besarla. No voy a hacerlo cuando no es a ella a quien quiero besar en realidad.

–La decisión es nuestra –dice, y de nuevo ya no es Marta.

Al levantar la mirada, veo que soy yo.

–¿Qué haces...? –comienzo, pero mi pregunta queda inconclusa. En realidad no sé qué es lo que quiero preguntar exactamente.

–Besarla no habría sido sincero –señala–. Nosotros no sentimos nada por ella.

–No sentimos nada.

–Al besarla solo nos estaríamos engañando. Lo sabes, ¿verdad?

Sí. Tiene razón.

No tiene sentido besar a alguien a quien realmente no quieres besar. No tiene sentido obligarte a no besar a quien sí quieres besar.

–Lo sé.

–Pues no lo olvides.



# CAPÍTULO 38

I'm starting with the man in the mirror  
I'm asking him to change his ways  
And no message could have been any clearer  
If you wanna make the world a better place  
Take a look at yourself, and then make a change

*Man in the Mirror*, Michael Jackson

Tengo el tuit de Óscar grabado en la retina mientras entro en el cuarto de baño para ducharme. He memorizado cada palabra, cada letra y cada coma.

Lost Boy @LostBoy\_99 · hace 20 horas

A veces, las palabras que más necesitamos no son precisamente las que queremos oír, sino todo lo contrario.

No necesito que me lo confirme para saberlo, eso está claro. Parece que Marta tenía razón: tal vez las duras palabras de Óscar me las dijera para que

reaccionara, para que me dejara de una vez de tantas gilipolleces. Y sí. Eso es precisamente lo que voy a hacer.

Mientras me desnudo, recuerdo el sueño de anoche. Seguía en la línea de las pesadillas que he estado teniendo desde hace tiempo, pero algo había cambiado. Ya no era tan terrible. Todavía era algo turbio, pero ya no me daba tanto miedo. Seguía siendo oscuro, pero había algo más, una pequeña luz... la luz de la esperanza. «Debo seguir ardiendo si no quiero congelarme.»

Está en mis manos cambiar las cosas y eso es lo que voy a hacer. Después de haber hablado con Miriam y con Marta sobre todo esto, ha llegado el momento de seguir avanzando. Tengo que cambiar las cosas. Tengo que dejar de permitir que el miedo me domine. Si quiero ser feliz, debo empezar a tomar las riendas de mi vida, aunque sea difícil.

Y también debo ayudar a Óscar a salir del infierno en el que lo he metido. No sé cómo voy a hacerlo, ni siquiera sé si servirá de algo, pero al menos tengo que intentarlo. Y si tengo que hablar con los profesores del instituto y contar todo lo que ha pasado, lo haré. Puede que eso signifique que me expulsen, pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Y también puede que me hagan la vida imposible a mí a partir de ahora... pero, si es así, tendré que aprender a vivir con ello. No me merezco otra cosa después de haber permitido que hicieran tanto daño a Óscar.

Observo mi imagen en el espejo. Nunca he sentido demasiado cariño por mí mismo precisamente, pero durante estos últimos meses he llegado a odiarme. Enfrentarme a mi rostro cada mañana era un suplicio. En otros momentos podía intentar olvidarlo, podía distraerme, tratar de engañarme a mí mismo. Pero, los espejos no engañan, y siempre que me miraba en él me veía tal como era en realidad: alguien despreciable, alguien que permitía que su mejor amigo viviera un infierno por no tener el valor de decir la verdad.

Pero ahora puedo cambiarlo. Puedo cambiar a ese chico que veo en el espejo. Y voy a hacerlo.

Sin embargo, sé que será difícil. Llevo demasiado tiempo viviendo con miedo como para transformarme de la noche a la mañana; demasiados meses ocultándome y luchando conmigo mismo como para contarle todo ahora. Pero no puedo dejar que pase mucho más tiempo, porque sé que cada día es un infierno para Óscar. Un infierno que está en mi mano detener. Así pues, decido ponerme un límite: febrero. Antes de que llegue febrero, habré hablado. Antes de que llegue febrero, todo habrá terminado, para bien o para mal.

\* \* \*

El miércoles Óscar no viene al instituto, y eso me preocupa.

No recuerdo una sola vez que haya faltado a clase. Ni siquiera estando enfermo ha perdido un solo día; es demasiado responsable. Por eso sé que si no ha venido es porque ha pasado algo grave. O, como mínimo, algo importante. Entro en su cuenta de Twitter y veo algo que hace que el corazón me dé un vuelco.

Lost Boy @LostBoy\_99 · hace 8 horas

Esto no puede estar pasando...

El siguiente tuit es el enlace a una entrada de su blog, así que hago clic en él para leerla, temiéndome lo peor.

...

No entiendo por qué tiene que joderse todo cuando por fin comenzaban a salirme bien las cosas.

¿Qué se supone que he hecho para merecer esto?

Publicado el 12 de enero a las 22:15

Comentarios: 0



Noto una molestia en los oídos y me doy cuenta de que es por lo fuerte que está bombeando la sangre en mis venas, que parece estar aporreando cada parte de mi cuerpo. No sé qué habrá sido exactamente, pero está claro que le ha pasado algo. Y, por sus palabras, tiene que haber sido algo importante. ¿Lo habrá dejado por fin el chico ese? No, no puede ser. No creo que Óscar se pusiera tan dramático por eso, y de todos modos en la discoteca parecían demasiado acaramelados como para haber roto tan pronto. Tiene que ser otra cosa, algo peor... ¿tal vez le habrá pasado algo a su madre? Espero que no, porque esa mujer vale su peso en oro. Si le ocurriera algo, no sé qué sería de Óscar. A lo mejor no tiene nada que ver con su madre. A lo mejor... Mierda. A lo mejor tiene que ver con su padre.

Cuando suena el timbre para ir al recreo, me dirijo hacia Fer antes de que pueda salir de la clase. Parece sorprendido al verme, pero enseguida se recompone y me dirige esa mirada de desprecio que reserva para mí desde que pasó lo de Óscar. Lo cierto es que no puedo reprochárselo, pero duele igualmente.

—¿Podemos hablar?

–Estoy ocupado –replica él, y hace ademán de marcharse. Pero, antes de que pueda irse, le sujeto el brazo.

–Por favor. Es sobre Óscar.

Él frunce un poco el ceño antes de contestar.

–¿Qué quieres?

–Le pasa algo, ¿verdad? Por eso no ha venido a clase. –Asiente con la cabeza–. ¿Tiene algo que ver con su padre?

Frunce el ceño todavía más.

–¿Cómo lo sabes?

–Era una suposición. ¿Está bien?

Se encoge de hombros.

–Por así decirlo... podría estar peor.

–Tenemos que sacarlo de allí, Fer. Ese hombre está loco, si descubre que es... que es gay, lo matará de una paliza.

Fer aprieta los dientes.

–Ya ha descubierto que es gay. Pero no te preocupes, que ya no está allí. Se está quedando en mi casa unos días.

Suelto un suspiro de alivio.

–¿Por qué no ha venido a clase? ¿Es que le ha pegado?

–Sí, pero está bien –me asegura, aunque la confirmación me duele como si el golpe me lo hubieran dado a mí–. Lo que pasa es que estaba demasiado alterado... no se veía capaz de enfrentarse a otro día aquí.

–¿Qué va a hacer ahora?

–No lo sabemos. De momento se quedará unos días conmigo... esta tarde iremos a su casa cuando no esté su padre para recoger sus cosas.

–¿Y después? –insisto.

–No lo sé. Ya veremos lo que pasa después. A lo mejor cuando acabe el curso se va a la ciudad a vivir con su hermana, pero todavía no lo ha

decidido.

Siento una punzada en el estómago al pensar en la posibilidad de que se vaya de aquí, de que se aleje de mí, pero en el fondo sé que es lo mejor para él. No es feliz en esa casa ni en este pueblo, así que sé que cuanto más lejos se encuentre de aquí, más feliz será. Aunque me duela.

–¿Puedo hacer algo para ayudar?

–No.

–¿Seguro?

Su rostro duro parece enternecerse un poco, pero tarda unos instantes en responder.

–A lo mejor no eres tan gilipollas después de todo –dice al fin–. Mira, ahora mismo no lo sé, pero si se me ocurre algo te lo diré. ¿Vale?

–Vale. Pero oye, Fer... una cosa.

–Dime.

–No le digas a Óscar que hemos hablado, ¿vale?

Vuelve a fruncir el ceño.

–¿Por qué?

Buena pregunta.

–No sé... supongo que no quiero que piense que estoy tratando de ganar puntos con él ni nada parecido después de lo que pasó. Que quede entre nosotros, ¿vale?

–Darío, con esta conversación me estás demostrando que no eres tan cabrón como pensaba. Que igual sí que eres el Darío que siempre he conocido. ¿Por qué te empeñas en ocultarlo?

De nuevo, otra muy buena pregunta.

–No lo sé –admito con un hilo de voz–. Pero no se lo digas, por favor.

–Está bien.

–¿Me lo prometes? –insisto.

Suelta un suspiro de exasperación.

–Te lo prometo.

–Y una cosa más... ve contándome cómo está, ¿vale?

–Está bien. Oye, Darío...

Creo que va a continuar, pero no lo hace.

–¿Sí?

–Te echaba de menos.

–Y yo a ti, Fer. Os echaba mucho de menos.

–Pero no esperes que Óscar te perdona tan fácilmente –me advierte–.

Después de todo lo que ha pasado...

–Lo sé. Pero no te preocupes por eso ahora. Solo quiero que esté bien.

–Lo estará. Seguro que sí.

–Y, oye, Fer...

–Dime.

–¿Puedo darte un abrazo? –pregunto en voz baja–. De verdad que te echaba mucho de menos.

No responde, pero sonrío y es él quien se acerca a mí para abrazarme. Y al estar entre sus brazos, unos brazos que tantas veces me han rodeado antes, me siento como si las cosas comenzaran a arreglarse por fin. Soy consciente de que va a ser difícil recuperar la amistad que teníamos, si es que lo consigo alguna vez, pero al menos sé que no está todo perdido. Al otro lado del aula, Marta me sonrío. Y aunque sé que Fer tiene razón y que Óscar no me perdonará con tanta facilidad, todavía tengo esperanza. Es más de lo que me habría permitido sentir hace unos días.

\* \* \*

Cuando vibra el móvil con los mensajes de Fer, tengo el corazón en un puño.

---

Eh.

Ya hems vuelto

Y que tal?

Todo bien?

Si, bueno... mas o menos

?????????

Tranquilo, tranquilo

Oscar sta bn

Joder

No me des esos sustos

Lo siento



---

En fin, el caso es q hemos descubierto q el padre de Oscar pegaba a su madre


...

Que hijo de puta

Ya me lo imaginaba, pero...

Ya.

Lo va a denunciar?

Que va 

Tiene miedo...

Pero tiene que hacerlo!

No puede ser tan cobarde...

---

Darío, no te ofendas...

pero tu no eres el mas adecuado para hablar de cobardía precisamente.

Las palabras de Fer me golpean en la cara, porque sé que son totalmente ciertas. Después de todo, prácticamente tengo un máster en cobardía, y eso sin haber acabado todavía el instituto. Es esa cobardía la razón por la que despierto mojado casi todas las noches. Es ella la razón por la que tengo que ir a las sesiones con Miriam, la razón por la que me callé el día que descubrieron lo de Óscar. Es mi cobardía la razón por la que su vida es un infierno.

Lo siento.



Pero tiene que hacerlo... ya lo sabes

Lo se.

Pero no se puede juzgar así a una víctima

Ya sabes como es el miedo...

Ya lo creo que lo sé. El miedo te paraliza por completo, te congela por dentro como un hielo abrasador, devorando tus entrañas. El miedo es capaz de hacer que la gente haga cosas terribles... o que permita que pasen. Y eso lo sé por experiencia, por mucho que me cueste admitirlo.

Es una mierda

Pues si

Pero tenemos que hacer algo para ayudarlos

El que?

Si no quiere hablar...

No lo se

Pero algo se nos ocurrirá.

Al menos, eso espero. Después de todo lo que ha tenido que pasar Óscar por mi culpa, espero al menos poder hacer algo para ayudarlo.

El problema es que no sé el qué.

# CAPÍTULO 39

Every time I try to fly I fall  
Without my wings I feel so small  
I guess I need you baby  
And every time I see you in my dreams  
I see your face, you're haunting me

*Everytime, Britney Spears*

Óscar se salta las clases la mitad de los días, y eso me preocupa.

Por un lado, me alegra que no tenga que venir para soportar a la gente, pero por otro odio no poder hacer nada para ayudarlo. Odio no poder hablar con él. Odio no poder decirle que sé por lo que está pasando, que tiene que ser fuerte, que intente convencer a su madre de que deben denunciar a su padre. Por si fuera poco, las entradas de su blog no ayudan precisamente a tranquilizarme. Al leerlas siempre quiero mandarle uno de mis comentarios anónimos, intentar que me cuente lo que piensa, pero en realidad no sé qué decir.

–No deberías cotillear su blog –dice Fer con el ceño fruncido cuando le cuento que he leído la última entrada de Óscar.

–¿Y qué quieres que haga? –pregunto.

–Puedes hablar conmigo.

–Pero no es lo mismo. Necesito saber lo que piensa, Fer. Me mata no poder hablar con él de todo esto.

Veo en sus ojos lo que no me dice: que me lo merezco. Que yo mismo me lo he buscado. Y tiene toda la razón, pero aun así no pronuncia las palabras. Por algún motivo, Fer ya me ha perdonado, o al menos eso parece. Aunque no me lo merezco, a pesar de todo lo que he hecho, creo que lo ha hecho. Y eso es más de lo que jamás podría haber esperado.

–Pero es privado.

Pongo los ojos en blanco.

–Fer, que es un blog en internet, no su diario.

Me mira con seriedad, pero acaba sonriendo.

–Haz lo que quieras.

–¿Vas a responderme?

–¿A qué?

Suelto un resoplido.

–A qué es lo que está pasando con los correos y los mensajes.

Se encoge de hombros con abatida resignación.

–Lo mismo de siempre –replica–. Los cabrones esos le mandan correos y mensajes de vez en cuando.

–¿En serio? –pregunto, aunque la verdad es que no puedo decir que me sorprenda precisamente.

–Pues sí.

–Pedazo de gilipollas.

–Ya ves. El caso es que estos días lo están haciendo más a menudo... y claro, tal como están las cosas no es que ayude mucho que digamos.

–Me lo imagino.

En ese momento suena el timbre que señala el fin del recreo, así que nos dirigimos hacia el aula. Al entrar, Marta me intercepta.

–¡Hola! –me saluda.

–Hola.

Mientras, Fer se despide con un gesto y se dirige hacia su pupitre. Siento una punzada en el corazón al ver la silla vacía de Óscar.

–¿Sigue en pie lo de esta tarde?

A pesar de todo, sonrío. Vamos a ir al cine, como amigos, claro, y lo cierto es que es algo que me tiene muy emocionado. Después de todo lo que ha pasado, es bonito empezar a tener amigos otra vez.

–Claro.

–¡Genial! –responde con una sonrisa–. Pues luego decidimos la hora, ¿vale?

–Vale.

Va hasta su pupitre, tres por delante del de Fer, y yo ocupo el mío... con Carlos. Me da asco tener que sentarme a su lado, me repugna incluso respirar su mismo aire, pero sé que es lo mejor. Si cree que sigo siendo de los suyos, tendré más posibilidades de enterarme si planean hacerle algo a Óscar. Y si es así, tal vez pueda ayudar a evitarlo.

Por suerte, todavía no ha llegado, así que aún podré librarme de las náuseas un poco más. Para entretenerme hasta que empiece la clase vuelvo a leer las entradas del blog de Óscar, que ya me sé prácticamente de memoria.

## ¿VOLANDO SOLO?

Parece que ha llegado la hora de remendar estas alas de papel y tratar de volar.

Tan solo espero no caer en el intento.

Publicado el 13 de enero a las 21:59

Comentarios: 0

## ANCLA

Tengo claro que sin él no habría sido capaz de superar esta semana.  
Es bueno tener un ancla que te impida ir a la deriva.

Publicado el 17 de enero a las 19:45

Comentarios: 0

## HASTA LOS HUEVOS

Empiezo a estar un poco hasta los huevos ya de los correos y de los mensajitos.

¿Tan difícil es dejarme en paz?

¿Tanto cuesta?

No creo que sea pedir demasiado.

Publicado el 20 de enero a las 20:17

Comentarios: 0



Un chirrido a mi lado me sobresalta, y al desviar la mirada veo que Carlos ya ha llegado y está arrastrando la silla para sentarse. Siento una punzada de desprecio al verlo, pero trato de disimularla. Intentando actuar con normalidad, le dirijo una sonrisa, y me sorprende ver una expresión extraña en su cara. Siento pánico al pensar que tal vez me haya visto el móvil... pero no, no puede ser. Lo habría notado si estuviera mirando por encima del hombro.

¿Verdad?

\* \* \*

Algo ha pasado.

Lo primero que hago tras volver del cine es entrar en el blog de Óscar, pero no está disponible. Tecleo la dirección otra vez, pero vuelve a aparecer el mismo mensaje.

Este blog solo admite a lectores invitados.

<http://elfuegoenelqueardo.blogspot.com/>

No parece que te hayan invitado a leer este blog. Si crees que se trata de un error, es posible que desees ponerte en contacto con el autor del blog y solicitar una invitación.

Mierda. Mierda, mierda, mierda. Está claro: Carlos ha visto el blog en la pantalla de mi móvil y ha debido de buscarlo. Joder. ¿Cómo he podido ser tan estúpido como para dejar que pasara otra vez? No sé lo que habrá hecho, pero imagino que le habrá dejado algún comentario. Y, conociéndolo, no debe de ser nada bueno. Soy gilipollas.

Oscar ha cerrado su blog

Qué ha pasado?

Lo han encontrado



Le mandaron un mensaje insultandolo y amenazandolo

Putos gilipollas

Como esta?

Bueno, ahí va

Podría estar mejor, pero es fuerte.

Puedo ir a tu casa?

Necesito hablar con el

No está

Se ha ido a pasar el finde cn su novio.

El corazón me da un vuelco al leerlo. Con todo esto, me había olvidado del novio de Óscar. Durante un instante me planteo la posibilidad de que sea mentira, de que no sea más que una excusa porque no quiere verme, pero en

el fondo sé que no es así. Si Carlos le ha dejado un comentario en su blog, su rincón sagrado, necesitará distraerse estos días. No puedo creer que haya vuelto a joderle la vida.

Paseo los ojos por la habitación, sin saber qué hacer para distraerme. De pronto mis ojos caen sobre mi guitarra, abandonada en una esquina, y entonces... sí, ¿por qué no? Voy hacia ella, la saco de su funda y me acomodo en el puf, consciente de que tocar es lo único que puede relajarme ahora mismo, lo único que puede alejar todo el tema de Óscar de mis pensamientos. Toco unos acordes, los mismos que había tocado la última vez. A continuación, abro mi cuaderno, donde he anotado los versos que han ido acudiendo a mi cabeza estos últimos días. Tengo mucho más de lo que pensaba, así que, dejándome llevar por la inspiración, continúo tocando y comienzo a cantar.

*Eres los restos de un sueño perdido  
Que temo al quedarme dormido  
Eres lo mejor que perdí y que jamás he tenido  
Eres la razón de estos latidos  
Que se clavan como cuchillos  
Eres todo lo que quise y que ahora ya he perdido  
Y no sé si te volveré a tener  
¿Cómo podría creer  
Que vuelvas conmigo si eras mi fuego y yo lo he extinguido?  
El hielo de mis venas ya se extiende y no puedo  
Seguir sobreviviendo en esta noche tan oscura  
¿Cómo podría salvarte si tu fuego lo he apagado?  
No lo sé...  
Quiero escapar de estas tinieblas*

*Que me van dejando sin fuerzas  
Quiero escapar de mi mente, pero no hay salida  
Y no sé si me volveré a perder  
¿Cómo podría creer  
Que puedo salvarme si yo fui mi ruina y mi propio castigo?  
El hielo de mis venas ya se extiende y no puedo  
Seguir sobreviviendo en esta noche tan oscura  
¿Cómo podría salvarme si mi fuego lo he apagado?  
¿Cómo podría encontrarme si yo mismo me he perdido?  
No lo sé...  
Debo seguir ardiendo si no quiero congelarme  
Debo buscar el hielo que está ahogado por el hielo  
Todo lo que tenía y por miedo he perdido  
¿Dónde está?  
El hielo de mis venas ya se extiende y no puedo  
Seguir sobreviviendo en esta noche tan oscura  
¿Cómo podría salvarme si mi fuego lo he apagado?  
¿Cómo podría encontrarme si yo mismo me he perdido?  
No lo sé, no lo sé, no lo sé...  
Solo yo puedo encontrarme si yo mismo me he perdido*

Cuando termino de cantar, tengo las mejillas llenas de lágrimas. No es que sea precisamente la primera vez que lloro mientras canto, pero llevaba mucho tiempo sin hacerlo, y la sensación es liberadora. Y más liberador todavía es comprender que tal vez pueda salvarme a mí mismo si lo intento.

Al menos, eso espero.

**(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Estoy solo. Sí. Completamente solo. Estoy en el fondo de un pozo infinito, donde nada puede alcanzarme. Donde nada puede ya salvarme. Salvo yo. Tal vez yo mismo pueda salvarme.

Oigo otra respiración, aunque mucho más lejana. Los latidos de un corazón que no es el mío, el brillo de unos ojos que se acercan poco a poco hacia mí.

Es Óscar.

–Yo te quería, Darío –dice con voz ronca. Una voz que no es la de Óscar y al mismo tiempo es claramente la suya.

–Lo... Lo sé –consigo decir, aunque apenas logro oír mi propia voz por encima de mis latidos.

–Pero ya no te quiero.

Se me para el corazón.

–Óscar...

–Todavía puedes arreglarlo.

Ahora, el corazón se me acelera.

–¿Lo dices en serio?

–No es lo que piensas. No me refiero a nada entre nosotros... sino a ti. Todavía puedes arreglarte a ti mismo.

–¿A mí mismo?

–Sí –responde, pero ya no es Óscar. Ahora es Marta, que me observa con una expresión ilegible en los ojos–. Todavía no es demasiado tarde.

–No es demasiado tarde... –repito.

–La decisión está en tus manos –señala ella.

Asiento con la cabeza, consciente de que tiene razón, y bajo la mirada hasta mis manos. Sí. La decisión es mía.

–Podemos salvarnos –dice una voz grave, y ahora no es Marta.

Al levantar la mirada, veo que soy yo.

Mi otro yo extiende ambos brazos hacia mí y entonces la piel se le abre por todas partes, en un sinfín de cortes que la recorren como telarañas. Comienza a manar sangre de ella, a borbotones, más sangre de la que nadie sería capaz de perder y seguir en pie. Me aparto unos pasos, sobresaltado.

–Nosotros nos hemos hecho esto –susurra.

La sangre negra como el alquitrán fluye por sus brazos, espesa y abundante, y cae al suelo formando un charco oscuro. Tiene la camiseta húmeda, y también los pantalones, y veo que sus brazos no son lo único que sangra. Su pecho también lo hace. Sus piernas. Su cuello. Un largo tajo le recorre la cara desde la comisura de los labios hasta la sien, desfigurándolo por completo.

–Lo siento... –susurro entre sollozos, observándolo horrorizado—. De verdad... lo siento mucho.

Espero furia, pero de mi otro yo solo emana calma.

–Todavía podemos salvarnos. Todavía podemos cambiar eso.

–Sí –respondo—. Sí, claro que sí. Lo haré.

–No me falles –advierte el otro Darío—. Quizás esta sea nuestra última oportunidad.

No lo haré.

Pero entonces me doy cuenta de algo: mis palabras no van a servir para nada. No van a hacer que deje de sangrar. Mis palabras no van a reparar el daño que le he hecho.

Lo único que pueden hacerlo son los actos.

# CAPÍTULO 40

I've lived a lot of different lives  
Been different people many times  
I live my life in bitterness  
And fill my heart with emptiness

*Fear and Loathing, Marina and the Diamonds*

Cuando salgo de la consulta de Miriam, las palabras parecen mirarme desde la pantalla como un fantasma salido del infierno para atormentarme.

Oscar ha intentado suicidarse

No te preocupes, esta bien

El mensaje parece irreal. No puede ser posible. Óscar jamás haría algo así. Y menos ahora que su vida está empezando a cambiar, ahora que por fin parece que va a librarse de toda esta mierda. Pero sé que Fer jamás me mentiría con

algo parecido, así que tiene que ser cierto. Y si es verdad que lo ha hecho... que ha intentado suicidarse, es porque ha pasado algo gordo.

Qué ha pasado?

Dime la verdad, porfa.

Le han meado

En los vestuarios, despues d EF

...

No me jodas

En seriO?????

Si

Cuando volvi a casa lo encontré en la bañera

Se estaba cortando con una cuchilla

Siento náuseas al visualizar esa imagen en mi cabeza. Y lo peor es que no me cuesta demasiado hacerlo: han empujado a Óscar tan hasta el límite que en realidad lo raro es que no hiciera una locura antes.

Seguro que esta bien??

No habra perdido demasiada sangre???

No, tranquilo

No llego a cortarse demasiado

Aunque me ha dicho desde el principio que estaba bien, suspiro, aliviado. Si lo hubiera hecho, si hubiera llegado hasta el final, si se hubiera suicidado... no sé lo que habría hecho. Jamás habría podido perdonármelo sabiendo que en parte habría sido por mi culpa. El peso habría sido demasiado grande como para poder seguir viviendo con él.

Las cosas no pueden seguir así

Lo sabes, no?



Lo se

Va a irse del instituto

El corazón me da un vuelco al leer sus palabras. Sabía que era inevitable, sabía que acabaría pasando tarde o temprano... pero siento una punzada en el pecho ante la perspectiva de dejar de verlo. Sé que es lo mejor para él, que estará a salvo de toda esa gentuza, pero supongo que en el fondo soy egoísta. No quiero perderlo.

Así que me obligo a teclear el siguiente mensaje.

Es lo mejor

Lo se

Me jode que tenga q irse el, pero...

Tiene miedo de las consecuencias

Verdad?

Pues sí

No se lo puedo reprochar, la verdad

Ya

Quién ha sido?

No iras a hacer ninguna tonteria, verdad?

Que te conozco

Me ha pillado.

Que no, coño

Pero quiero saberlo

En realidad han sido los de siempre

Carlos y los otros

Lo sabía. Si es que lo sabía. Tenía que ser ese hijo de puta... ¿quién si no?  
Siempre era él quien estaba en primera fila para hacerle la vida imposible.

Pero ya me he hartado. No voy a permitir que sigan haciendo con Óscar lo que les dé la gana.

Busco su móvil entre los contactos y le mando un mensaje.

Ey!

Te apetece echar una partida a la play esta tarde?



Aparece como conectado, así que no tarda más que unos segundos en contestar.

Ya vuelves a hablarme?

Jajaja

Por que lo dices?

No se, como ultimamente pasabas tanto de mi

No se, seran imaginaciones tuyas

Quedamos entonces?

Bueno, vale

A que hora?

Hum...

Te va bien a las 7?

Vale

Donde nos vemos?

En el descampado? El que esta cerca de mi casa

Sé que es un lugar extraño para quedar, pero al menos suele estar vacío. Por suerte, no parece darse cuenta de nada.

Ok

Pues alli nos vemos

Genial!

Me muero de ganas jeje



Me pone enfermo hablar así con él, como si nada, como si no fuera un cabrón, como si no le hubiera jodido la vida a Óscar. Pero tengo que hacerlo para que no sospeche. Una cosa es segura: desde luego que me muero de ganas de que llegue el momento.

\* \* \*

Llego diez minutos antes de tiempo, con el corazón palpitando con fuerza a causa de los nervios. Bueno, nervios... y emoción, porque la verdad es que estoy deseando que llegue este momento. Sé que está mal, que no debería hacerlo y que lo más probable es que me meta en un montón de problemas... pero necesito hacerlo.

Carlos llega apenas un par de minutos después de las siete y se dirige hacia mí con los mismos pasos seguros de siempre, la misma sonrisa socarrona. Me da asco verlo, pero trato de mantener la compostura.

–¡Hola! –me saluda cuando se encuentra a un par de metros–. ¿Nos vamos? No entiendo por qué querías quedar aquí...

–¿Podrías venir conmigo un momento? –pregunto, tratando de mantener la voz calmada–. Quiero hablar contigo...

Se encoge de hombros, pero no parece sospechar nada y me sigue cuando me interno en el descampado. Por suerte, nunca suele haber nadie, y hoy no es una excepción. Caminamos hasta el fondo, directamente hacia un lateral en sombras que hay en un extremo.

–¿Se puede saber qué te pasa? Estás muy raro.

Su voz suena ahora algo recelosa, pero al menos he conseguido que venga hasta aquí sin causar problemas. Me vuelvo hacia él, con la sangre bullendo de emoción en mis venas.

–Eres un hijo de puta –digo, con la voz mucho más tranquila de lo que me siento.

Carlos frunce el ceño.

–¿Qué coño dices?

–Me he enterado de lo que le habéis hecho a Óscar –continúo, y la calma de mi voz me asusta–. ¿Cómo puedes ser tan cabrón?

Retrocede un paso, pero da con el muro del descampado antes de poder seguir haciéndolo.

–Eso no es asunto tuyo... –balbucea Carlos, y por primera vez veo miedo en su mirada. Verdadero miedo, y disfruto al verlo.

No puedo contenerme más, así que le pego un puñetazo en la mandíbula con todas mis fuerzas. Él suelta un gruñido y se lleva una mano hacia la zona del impacto

–Pero ¿qué coño haces? –grita con indignación–. ¿Es que te has vuelto loco o qué cojones te pasa?

En lugar de responder le doy otro puñetazo, y después otro, uno a cada lado de la cara. Lo cierto es que no tengo experiencia alguna con las peleas; nunca me había metido en nada parecido, así que no sé lo fuerte que le estoy dando. Pero, desde luego, estoy intentándolo.

Sin embargo, tras el tercer golpe Carlos logra sobreponerse después de haberlo tomado por sorpresa y es él quien me ataca. Su puño impacta contra mi ojo izquierdo, provocándome un estallido de dolor que se extiende por mi cráneo y me hace tambalearme unos pasos hacia atrás, mareado. Durante un instante creo que me he quedado ciego, pero entonces la vista comienza a aclarármese un poco, aunque tengo el campo de visión lleno de estrellas.

–Hijo de puta... –logro mascullar.

Le lanzo otro puñetazo, pero este es más débil que los anteriores y no le hago demasiado daño. Carlos me lanza otro, esta vez contra la mandíbula, y el golpe es tan fuerte que me hace soltar un chillido de dolor. Retrocedo un par de pasos, aturdido, y me doy cuenta a mi pesar de que tengo los ojos llenos de lágrimas. Me las seco con la manga, furioso, y a través de las estrellas de mis ojos veo que se está acercando a mí a paso seguro.

–¿Se puede saber qué coño te pasa? –grita, enfadado.

Intento golpearlo otra vez, pero me siento demasiado mareado, y él me aparta el brazo con facilidad de un manotazo. A continuación, me da un empujón con fuerza en el pecho utilizando ambas manos. Retrocedo una vez más, pero esta vez tropiezo con mis propios pies y caigo al suelo, despatarrado. La tierra blanda amortigua un poco el golpe, pero duele de todos modos.

Pestañeo un par de veces, tratando de deshacerme de las molestas estrellas, pero no lo consigo. Después planto ambas manos sobre el suelo para tratar de impulsarme y levantarme, pero Carlos me da una patada en el brazo derecho que vuelve a derribarme del todo. Intenta darme otra patada, pero con un movimiento rápido del brazo intacto consigo atraparle la pierna antes de que pueda golpearme. Ahora es él quien pierde el equilibrio y cae al suelo. Aprovechando la ocasión, me incorporo como puedo y me lanzo contra él. Le atrapo las piernas con las mías y, encima de él, le doy un puñetazo en la

mandíbula con todas mis fuerzas. Escupe saliva ensangrentada, pero no me importa, así que le lanzo otro puñetazo. Esta vez va directo hacia su ojo, en venganza por el golpe de antes.

–Eres un hijo de puta –repito una vez más, furioso.

–Pero ¡qué coño te pasa, tío! ¿Te has vuelto loco?

–Es lo mínimo que te mereces después de todo lo que le has hecho a Óscar.

Me mira durante unos instantes, desconcertado por mis palabras. A continuación, levanta la rodilla con fuerza y me golpea directamente entre las piernas. Un estallido de dolor, más fuerte e insoportable que ninguno de los anteriores, se extiende por todo mi cuerpo nublándome los sentidos y llenándome los ojos de lágrimas. Caigo hacia un lado, chillando sin poder evitarlo.

–¡Hijo de puta! –aúllo mientras me sujeto con la mano la zona golpeada, retorciéndome de dolor sobre el suelo–. ¡Me has reventado los huevos, joder!

Nos miramos con la respiración entrecortada, los dos jadeando con fuerza, y durante unos instantes ninguno dice nada. Entonces, Carlos se lanza sobre mí y esta vez es él quien me sujeta con fuerza en el suelo sin que yo pueda evitarlo. Me mira fijamente, con los ojos llenos de furia en la cara cubierta de tierra, como si quisiera reventarme la cara a golpes, como si quisiera matarme. Creo que va a pegarme otro puñetazo, uno que me hará daño de verdad, pero no lo hace.

Lo que hace es besarme.

Si hay un momento en mi vida que haya podido tomarme por sorpresa, es este beso. Su boca es torpe y rápida, furiosa y apasionada contra la mía, y durante un segundo creo que voy a devolverle el beso. Pero entonces levanto el brazo y lo golpeo con fuerza en la mejilla, obligándolo a apartarse.

–¿Se puede saber qué coño haces? –pregunto con rabia–. ¿Tanto hacerle la vida imposible a Óscar por ser gay y al final tú también lo eres?



–Yo no soy...

–¡Los cojones! –lo interrumpo mientras le pego otro puñetazo. Hay miedo en su mirada, miedo de verdad al ver que lo he descubierto.

–No se lo digas a nadie –susurra aterrorizado, y disfruto al verlo así–. Por favor, no se lo digas a nadie...

Me pongo en pie con esfuerzo, haciendo una mueca ante el dolor intenso que siento todavía en la entrepierna y que aún me tiene un poco mareado.

–Eres un trozo de mierda. Lo sabes, ¿no? Después de todo lo que le has hecho...

Pero, aunque le dirijo las palabras a él, es como si también me las estuviera diciendo a mí mismo. Después de todo, yo también he tratado mal a Óscar por miedo. Yo también le he dicho cosas horribles y le he hecho cosas terribles. Sí, puede que no haya llegado a los extremos de Carlos, pero de todos modos le he hecho daño a Óscar. Un daño que posiblemente nunca voy a poder reparar. Lo miro tirado en el suelo y entiendo que lo que odio en él es también lo que odio en mí.

–Lo siento... –masculla, y me fijo en que tiene lágrimas en los ojos.

Ahora comprendo que, en el fondo y por mucho que me pese, Carlos también es una víctima. Una víctima más de esta sociedad de mierda que nos obliga a ocultarnos, que nos enseña que lo que somos está mal. Una sociedad que nos hace odiarnos desde que nos damos cuenta de que somos diferentes. Carlos es víctima de su propio odio, del odio hacia sí mismo, pero es un odio que le han inculcado. Un odio que proyectaba en Óscar, al igual que yo estoy proyectando en él el odio que siento hacia mí mismo. Supongo que, después de todo, no somos tan diferentes.

Pero que sea una víctima de todo esto no justifica lo que ha hecho, al igual que el miedo tampoco justifica lo que he hecho yo.

–Como vuelvas a ponerle la mano encima a Óscar o dirigirle aunque sea una sola palabra, me encargaré de que todo el instituto sepa lo que acabas de hacer –le advierto con voz fría–. ¿Está claro?

No responde, sino que asiente con la cabeza con expresión aterrorizada, y yo disfruto al verla. No puedo decir que me sienta orgulloso de haberle pegado, aunque haya sido satisfactorio, pero tampoco me arrepiento de haberlo hecho. Sé que la violencia no es la solución, que así no es como se arreglan las cosas. Pero también sé que se lo merecía, y que nada de lo que haya podido hacerle se va a comparar con todo lo que le he hecho a Óscar. Si fuera otra persona, una persona mejor, tal vez me arrepentiría. Qué coño, si fuera una persona mejor supongo que jamás le habría pegado.

Pero no lo soy. Si fuera una buena persona, para empezar nada de esto habría pasado. Si fuera una buena persona, jamás habría permitido que Carlos hiciera lo que quisiera con Óscar solo por tener miedo de actuar. Si fuera una buena persona, jamás le habría escupido a Óscar. Si fuera una buena persona, jamás habría actuado así cuando me confesó lo que sentía por mí, cuando me abrió su corazón y yo se lo arranqué del pecho.

O tal vez no sea exactamente una mala persona. ¿Acaso no somos todos víctimas, por mucho que eso no justifique lo que hayamos hecho? Tal vez lo que pasa es simplemente que estoy roto. Roto por dentro, hecho pedazos que no sé si algún día seré capaz de recomponer. Y, por supuesto, no soy el único. De hecho, parece que todos lo estamos en realidad. Óscar está roto, al igual que yo. Y ahora comprendo que Carlos también lo está. Parece que aquí todos estamos rotos de una forma u otra.

Lo verdaderamente difícil es aprender a encontrar los pedazos que nos faltan.

# CAPÍTULO 41

So I turned myself to face me  
But I've never caught a glimpse  
Of how the others must see the faker  
I'm much too fast to take that test

*Changes, David Bowie*

Cuando Rocky me da la bienvenida al entrar por la puerta, soy incapaz de responder a su alegría con el cariño habitual. Estoy demasiado nervioso; demasiado tenso. De camino a casa me he mirado la cara en la cámara del móvil y he comprobado que tengo el ojo y la mandíbula hinchados y amoratados. Es imposible que mi abuela lo pase por alto, y sé que en cuanto lo vea no va a dejarlo correr. Y entonces vamos a tener que hablar en serio de una vez por todas, y eso me aterroriza.

Tras hacerle algunas caricias a Rocky, voy hasta el cuarto de baño con la intención de darme una buena ducha para relajarme un poco antes de enfrentarme a mi abuela. Todavía me duele la entrepierna y caminar no ayuda, pero no me queda otra opción que seguir adelante, me guste o no. Estoy lleno de tierra del descampado y sangre tanto propia como de Carlos, así que necesito limpiarme bien con urgencia antes de enfrentarme a nada.

Veo mi mirada reflejada en el espejo, un espejo que me ha mostrado muchas caras diferentes en los últimos meses. He visto odio en él, más veces de lo que me gustaría admitir. Hacia mí mismo, hacia Óscar, y también hacia prácticamente todo lo que existe. También he visto miedo en mis ojos; el miedo fuerte e intenso que sentía cada vez que despertaba de alguna de mis pesadillas. Pero, por primera vez, hoy hay valor en mi mirada.

Suelto un suspiro de satisfacción cuando el agua caliente cae sobre mis hombros. Tengo los músculos agarrotados a causa de la tensión que siento y de la pelea, pero el calor y la presión del agua me ayudan a desentumecerlos poco a poco. Echo la cabeza hacia atrás y hago una mueca cuando el chorro cae sobre las marcas de los golpes, pero aguanto como puedo. Sé que después de esto voy a sentirme mejor. No sé cuánto tiempo paso en la ducha, pero cuando se acaba el agua caliente y salgo al fin me siento como si estuviera preparado para cualquier cosa.

Al cerrar la puerta del cuarto de baño oigo que mi abuela está trasteando en la cocina, y por la hora deduzco que debe de estar preparando ya la cena. Trago saliva y me dirijo hacia allí, consciente de la bronca que probablemente me espera. Noto de inmediato el intenso olor del aceite de oliva que siempre utiliza, pero hoy no me resulta agradable ni apetitoso. De hecho, hoy tan solo me revuelve el estómago.

–Hola –saludo en voz alta al entrar, pero ella no se vuelve mientras sigue cortando patatas sobre la encimera.

–Ve poniendo la mesa, cariño.

Obedezco en silencio. Soy consciente de que no va a servir de mucho tratar de atrasar el momento, de que tan solo estaré retrasando lo inevitable, pero no puedo evitarlo. Pongo platos, cubiertos, vasos y servilletas sobre el mantel a cuadros y relleno la jarra de agua medio vacía. Después saco del cajón el pan que ha sobrado del mediodía.

–Ya está.

–Tráeme los huevos, anda.

Saco el cartón de huevos del frigorífico y lo llevo hasta la encimera con manos temblorosas, pero mi abuela ni se fija en mí, concentrada como está en las patatas. A continuación, me siento a la mesa y la observo mientras mete las patatas troceadas en la freidora y comienza a batir unos huevos. Pronto el olor de la tortilla inunda la cocina, pero tengo el estómago demasiado cerrado para apreciarlo.

Solo cuando termina de preparar la comida y se vuelve hacia mí con el plato de tortilla en la mano y una sonrisa en el rostro, se da cuenta de que algo va mal. Su sonrisa desaparece de inmediato en cuanto se fija en mi cara.

–¡Madre de Dios! –exclama al verme, y se lleva la mano libre al pecho–. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

–No te preocupes, abuela. Estoy bien.

–Cuéntame ahora mismo lo que te ha pasado, Darío –ordena con severidad, bajando la mano.

Suelto un suspiro mientras ella deja el plato sobre la mesa.

–Me he peleado.

–Eso ya me lo imaginaba. ¿Desde cuándo te peleas?

Una oleada de vergüenza recorre mi cuerpo al ver su cara de decepción. Si hay algo que mi abuela siempre ha tratado de inculcarme es que la violencia no soluciona nada, y hoy me lo he saltado por completo. Y lo peor de todo es que en el fondo sé que he disfrutado haciéndolo, por mucho que me odie por ello.

–Ha sido la primera vez.

–Y más te vale que sea la última –me advierte con voz seria.

–Lo será.

–Eso espero. ¿Ha sido con Óscar?

Trago saliva, nervioso.

–No... con Carlos –respondo con voz débil.

–¿Con Carlos? ¿El de tu clase? –Asiento con la cabeza–. ¿Y por qué?

Suspiro una vez más.

–Es una larga historia, abuela... no volverá a pasar.

–Ah, no, tú a mí no me pongas excusas. Si es una larga historia, pues empiezas por el principio. Así que ya sabes.

Desde luego, está claro que es mucho más fácil decirlo que hacerlo. Aun así, no tengo más remedio que intentarlo.

–Carlos y sus amigos llevan un tiempo haciéndole la vida imposible a Óscar en el instituto.

–¿Un tiempo? ¿Cuánto?

La pregunta me pilla con la guardia baja.

–Pues... no sé, unos meses. Desde unas semanas después de empezar el curso.

Me mira con el ceño fruncido.

–¿Y has esperado hasta ahora para intentar ayudarlo?

Me encojo de hombros, incómodo, sin saber qué contestar a eso.

–Bueno... es que estábamos peleados –me justifico débilmente.

–Eso no es excusa –señala con severidad–. Si era tu amigo, tendrías que haberlo ayudado antes. Tendrías que haberle dicho algo a alguien.

Noto que las mejillas me arden a causa de la vergüenza.

–Lo sé.

–¿Por qué os habíais peleado?

Mierda.

–Prefiero no decirlo –logro mascullar.

–Darío...

–No, abuela. No insistas, ¿vale? –le pido con voz suplicante–. Eso es cosa nuestra... prefiero no hablar de ello, de verdad.

Ella suelta un fuerte suspiro.

–Está bien, como tú quieras. Pero si estás peleado con Óscar y no lo habías ayudado antes, ¿por qué te has metido ahora en una pelea?

Ahora soy yo quien suspira. ¿Cómo le cuento lo que ha pasado sin entrar en detalles?

–Hoy le hicieron... algo –digo. No soy capaz de explicar lo que ha pasado, no soy capaz de pronunciar las palabras. No quiero ni imaginar lo humillante que ha debido de ser para él–. Algo gordo. Me harté de que lo trataran siempre de ese modo, así que quedé con Carlos.

–Para pegarte con él.

No es una pregunta, pero asiento con la cabeza de todos modos.

–Sí.

–Sabes que así no es como se arreglan las cosas, ¿verdad?

–Ya lo sé –respondo, y es cierto–. Pero es que estaba muy enfadado, y Óscar ha tratado de suicidarse, y...

–Espera, espera –me ataja, y vuelve a llevarse una mano al pecho, con cara de preocupación–. ¿Cómo que Óscar ha tratado de suicidarse?

Respiro hondo para calmarme, tratando de ordenar mis pensamientos y mis emociones.

–Le estaban haciendo la vida imposible en el instituto, pero eso no era lo único. Las cosas también iban mal por casa.

–Sí... algo había oído por ahí.

–Bueno, pues hace unos días Óscar tuvo una bronca gorda con su padre, así que se fue de casa –continúo explicando–. Está viviendo en la de Fer desde entonces. Y hoy, después de... después de lo que ha pasado, Fer lo ha

encontrado en la bañera lleno de sangre, después de haber tratado de suicidarse.

Mi abuela se santigua con rapidez, pero el gesto no hace más que provocarme náuseas.

–Madre de Dios... ¿está bien?

Me apresuro a asentir con la cabeza.

–Sí, las heridas no eran graves... dice Fer que ha sido más el susto que otra cosa.

–Y aun así tuviste que ir a pegarte con ese muchacho –señala con actitud reprobadora–. ¿Por qué lo hiciste?

–¡Te estoy diciendo que le hacían la vida imposible! Pero es que lo de hoy... –Trago saliva, notando cómo se me llenan los ojos de lágrimas–. Lo de hoy ha sido horrible, abuela. Bastante mal me siento sabiendo que todo es culpa mía como para encima no hacer nada...

–¿Cómo que por tu culpa? ¿Qué has hecho?

Mierda. Me estoy metiendo en un berenjenal cada vez más grande, y ya no sé cómo voy a salir de él.

–No es nada.

–Sí que lo es. Has dicho que es culpa tuya. –Me observa fijamente durante unos segundos–. ¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho?

–Abuela...

–Déjate de abuelas. ¿Qué es lo que has hecho, Darío?

–No quiero hablar de eso, ¿vale?

Sin embargo, me conozco a la perfección, y sé que como siga insistiendo voy a acabar estallando. Por un lado quiero hacerlo, pero por otro lado siento un miedo tan atroz e intenso que soy incapaz de decírselo por voluntad propia.



–Pero ¿se puede saber qué es lo que ha pasado entre vosotros? Erais inseparables desde pequeños... ¿qué os ha pasado? Los amigos no se separan así porque sí.

–Nada...

–Tuvo que pasar algo gordo –insiste, mortificándose cada vez más con sus palabras–. Si no, no habríais acabado así.

–¡Que no es nada, coño!

Mi abuela da una fuerte palmada en la mesa que hace que me sobresalte.

–Que sea la última vez que me hablas así, y menos en la mesa –me advierte–. ¿Está claro?

–Sí.

–Y ahora, cuéntame lo que ha pasado o no te levantas de aquí. –Aparta el plato de tortilla todavía humeante a un lado–. Y tampoco vas a cenar hasta que me lo cuentes.

Y aunque no quiero hablar, al final la presión es demasiada y acabo estallando.

–Que soy gay, joder –confieso al fin–. ¿Vale? Soy gay. No te preocupes, que ya me voy a mi cuarto. Ya sé que no te gusta la gente como yo.

Ya está. Lo he dicho. No puedo creer que lo haya hecho, pero así es. Por fin se lo he contado, por fin le he soltado todo lo que llevo tanto tiempo ocultando, tanto tiempo negándome. Una pequeña parte de mí siente alivio, pero mi cerebro apenas logra registrarlo. La mayor parte de mi ser está aterrorizada, y el miedo es tan intenso y voraz que siento como si me estuviera devorando por dentro.

No sé qué va a pasar ahora. No sé cómo van a ser las cosas con la abuela de ahora en adelante, y siento pánico al pensar en descubrirlo. ¿Y si deja de quererme? ¿Y si me manda a otro psicólogo, uno que no sea tan amable como Miriam? O, peor todavía... ¿y si me echa de casa? ¿Qué haría entonces? Tal

vez pudiera quedarme en casa de Fer, como está haciendo Óscar... Pero, ¿cómo iba a quedarme con él estando ahí Óscar? Sería demasiado incómodo para él, sobre todo con lo que está pasando estos días. Además, tampoco podría hacerlo eternamente. ¿Qué haría después? ¿Adónde iría? Temo descubrir la respuesta a todas estas preguntas, así que cuando la veo abrir la boca me temo lo peor.

–Pero ¿se puede saber de qué estás hablando? –dice tras unos instantes que se me antojan interminables.

Trago saliva. Después de lo que me ha costado decirlo por fin, repetirlo es un poco menos difícil.

–Que soy gay.

Pero solo un poco.

–Eso ya lo he oído, Darío –replica con severidad–. Pero ¿qué tonterías dices de irte a tu cuarto y de la gente como tú? ¿Se puede saber de qué estás hablando?

Sus palabras me resultan un tanto desconcertantes.

–Pues... Como soy... Y como tú... –En realidad no sé qué decir exactamente, así que le hago la pregunta que más me aterroriza–. ¿No estás enfadada conmigo?

–Pues claro que estoy enfadada.

Ya está. Ya lo ha confirmado.

–Lo siento...

–Estoy enfadada porque te hayas peleado –especifica, puntualizando cada palabra–. Y estoy enfadada porque hayas dejado tirado a tu amigo cuando más te necesitaba. Yo no te he criado para que hagas esas cosas, Darío –añade–. Me avergüenza que hayas actuado así.

Me parece ver un rayo de esperanza, pero no sé si es real o solo producto de mi imaginación. A estas alturas, me siento demasiado confuso.

–¿Y... por lo otro?

–Darío, ya sabes que yo estoy mayor ya. Y esto en mis tiempos no se veía tanto, pero yo sé que las cosas han cambiado. ¿Tú estás seguro?

¿Lo estoy?

–Sí... supongo que sí.

–Mira, cariño, ya sabes que yo estas cosas no las entiendo muy bien, pero eres mi nieto. Y si tú eres así...

–¿Entonces...?

–No, Darío. No estoy enfadada por... lo otro.

¿De verdad ha dicho lo que creo que ha dicho o es que la he oído mal? Siento una oleada de alivio que se hincha como un globo en mi interior, pero trato de controlarla antes de que se extienda demasiado. Y también trato de controlar las lágrimas, que se acumulan en mis ojos y amenazan con derramarse en cualquier momento. Pero antes me equivocaba. Aún no le he hecho la pregunta que más miedo me da.

–Entonces... ¿no has dejado de quererme?

Mi voz suena como la de un niño a mis oídos, y los ojos de mi abuela se enternecen en cuanto pronuncio las palabras.

–¿Cómo no te voy a querer si sigues siendo mi nieto?

Y por fin las lágrimas se derraman del todo.

–Te quiero mucho, abuela –digo con un hilo de voz, y entonces pongo la cabeza sobre los brazos y comienzo a llorar encima de la mesa.

–¡Darío! Pero ¿qué te pasa, Darío? –pregunta con evidente preocupación.

Quiero contestar, pero no puedo. El llanto me sacude con fuerza, un llanto que llevaba demasiado tiempo guardando sin saber que necesitaba soltarlo. Los hombros me tiemblan con violencia, y me doy cuenta de que ahora que he empezado me va a ser muy difícil parar.

–Abuela... –logro mascullar entre hipidos.

–Darío, cariño...

Oigo que su silla se mueve. Unos instantes después, la noto a mi lado. Se sienta a mi lado, pegándose a mí, y entonces me abraza. Sus brazos me rodean con fuerza pero con cariño, y su aroma dulce y familiar impregna mis sentidos. Mis hombros siguen temblando con fuerza y apenas soy capaz de controlar los hipidos y los sollozos, pero estando con ella poco a poco el llanto se va apaciguando.

–¿Qué pasa, cariño? –pregunta cuando me calmo un poco.

–Tenía mucho miedo... –confieso, incapaz de levantar la cabeza de encima de mis brazos.

–¿Miedo de qué?

Trago saliva antes de contestar.

–De que dejaras de quererme.

–Pero si ya te lo he dicho, cariño. ¿Cómo voy a dejar de quererte?

–Porque soy... porque soy...

Soy incapaz de pronunciar otra vez esa palabra.

–¿Y qué más da? Eres mi nieto y te quiero igualmente.

–¿Seguro?

–¡Pues claro que sí, cariño! ¿Por qué estás así?

–Pensaba que me odiarías –admito con un hilo de voz, levantando la cabeza–. Que dejarías de quererme... o que me echarías de casa.

Suelta una carcajada.

–Pero qué tonterías dices, Darío. ¿Tú te estás oyendo? –Hace una pausa y me da un apretón en el brazo–. Te quiero más que a nada, cariño. No lo olvides nunca, ¿vale?

–Ya, pero ese día viendo la tele...

–¿Viendo la tele? ¿Cuándo?

Todavía no he podido olvidar las palabras. «Como yo me entere de que acabas como alguno de esos dos, te echo de casa.» Son unas palabras que llevan demasiado tiempo atormentándome como para olvidarlas.

–Fue el verano pasado... –explico con voz entrecortada–. Salían unos gais en uno de tus programas del corazón... y dijiste que nunca fuera como ellos... que me echarías de casa como acabara como ellos.

Mi abuela suelta un suspiro y me da una palmadita en el brazo.

–Ay, Darío, pero ya sabes cómo es la gente de esos programas. Siempre se están sacando los trapos sucios y tirándose los trastos a la cabeza... A eso me refería, no a que fueran... a que fueran gais.

Lo pronuncia tal cual se lee, con una «a» bien clara, y no puedo evitar soltar una risita a pesar de las lágrimas.

–¿De verdad?

–De verdad.

Y aunque todavía no he terminado de llorar, sonrío mientras la abrazo con fuerza.

–No sabes lo feliz que estoy, abuela –digo con sinceridad cuando nos separamos después de unos instantes.

–Y yo, cariño. Me alegra mucho que me lo hayas contado.

–Y yo de haberlo hecho.

–¿Es por eso por lo que has...? –Hace una pausa, como si no supiera muy bien cómo terminar la pregunta–. ¿Es por eso por lo que has estado... tan mal?

No menciona explícitamente todas las noches que he despertado con las sábanas mojadas, y eso me hace quererla más todavía.

–Sí.

–¿De verdad tenías tanto miedo?

Asiento con la cabeza.

–Muchísimo.

–Pero, cariño, si eres lo único que tengo. Eres lo que más quiero. ¿Cómo iba a dejarte de querer por algo así? Pase lo que pase, siempre serás mi nieto.

La miro fijamente y comprendo por primera vez lo fuerte que es. Yo perdí a mis padres, sí, pero al fin y al cabo ellos eran su única familia y ella también los perdió. Al igual que perdió a mi abuelo hace tantos años y tuvo que salir adelante trabajando en una época en la que las mujeres se quedaban en casa. Y aun así, todavía le quedaron fuerzas para criarme ella sola.

–Te quiero mucho, abuela.

–Y yo a ti, cariño. Pero que sepas que estás castigado.

Frunzo el ceño, sorprendido.

–¿Por qué?

–Por pelearte. Así que dame el móvil, que te vas a quedar sin él hasta mañana. Y esta semana no tienes paga.

–¡Abuela!

–Ni abuela ni abuelo. Dame el móvil ahora mismo.

A regañadientes, apago el móvil y se lo entrego. No me hace mucha gracia deshacerme de él tal como están las cosas con Óscar, pero sé que si pasa algo Fer puede llamarme a casa o incluso venir si fuera necesario.

–Toma.

–Y ahora venga, a comer. Que no quiero que se enfríe.

Observo el plato y recupero el apetito de golpe. Después del miedo que tenía, no se me ocurre mejor forma de celebrar lo bien que ha ido la conversación que con la tortilla de patatas de mi abuela.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Pero entonces, lo veo.

Óscar en la cama. Óscar sentado. Óscar desnudo. Óscar esperándome, así que me acerco a él.

Todo a su alrededor es negro. La habitación, si es que se trata de eso, es negra, al igual que el suelo. La cama es negra, y la almohada también. Las sábanas son negras, totalmente negras.

Me siento junto a él, y sus ojos se encuentran solo a unos centímetros de los míos. Durante unos instantes pienso que va a besarme.

Entonces sonrío, pero es una sonrisa muy distinta a la anterior. Es una sonrisa pícaro, una sonrisa travieso, y entonces levanta la mano y la lleva hasta mi muslo.

Me quedo inmóvil, sin saber qué hacer, y el tacto de su palma es ardiente contra mi pierna. El fuego de Óscar me consume por dentro y por fuera, derritiendo lentamente el hielo de mi interior.

Todo se vuelve completamente negro durante unos instantes, pero entonces me doy cuenta de que tan solo he cerrado los ojos. Estamos perdidos en la oscuridad.

Solos él y yo.

Abro los ojos para mirarlo y él me devuelve la mirada, recorriendo mi cuerpo con lentitud, con la mano todavía sobre mi muslo. Y entonces esta comienza a ascender con lentitud por mi pierna. Sus dedos son más cálidos que antes, como si Óscar ardiera en algún fuego extraño. Quiero huir, pero también quiero quemarme en él.

Elijo quemarme.

Con él, siempre elijo quemarme.

Sus labios rozan los míos, pero entonces se abre la puerta.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?

Distingo la figura de mi abuela recortada en umbral de la puerta y me doy cuenta de que estamos en mi habitación. Mi abuela nos observa desde el otro lado.

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

–Abuela, no...

Ella niega enérgicamente con la cabeza, callándome de golpe.

–De «abuela», nada. Os estabais besando; os he visto.

–Abuela... lo siento.

–Nada de «lo siento». Que sea la última vez que os escondéis aquí en lugar de ayudar a poner la mesa.

El corazón me da un vuelco.

–¿Qué?

–Lo que has oído, jovencito. A poner la mesa ahora mismo, no te creas que voy a hacerlo yo todo.

Y, sin decir palabra, sale por la puerta. El corazón me late todavía con fuerza en el pecho, y soy incapaz de creer lo que ha pasado. Me giro hacia Óscar, sonriendo, pero entonces frunzo el ceño. Ya no está.

Óscar ha desaparecido.



# CAPÍTULO 42

My heart would break without you  
Might not awake without you  
Been hurting low from living high for so long  
I'm sorry, and I love you

*Dope, Lady Gaga*

Por primera vez en varios meses, despierto con una sonrisa. Y no solo eso. Despierto tranquilo, relajado. Sin preocupaciones. Despierto... sí, despierto feliz. La conversación que tuve ayer con mi abuela me llena de una felicidad que nunca había sentido. Una felicidad que sé que va a seguir acompañándome durante mucho tiempo, al igual que hicieron antes las pesadillas. Todavía me cuesta creer que lo haya hecho, que haya sido capaz de contárselo todo a mi abuela. Una parte de mí es reacia a creer que sea cierto, que no haya sido todo más que un simple sueño, pero la otra sabe cuál es la verdad. Esta felicidad que siento es completamente real, y saberlo me hace todavía más feliz.

Estoy seco, otro cambio agradable. Aunque últimamente no mojaba la cama tanto como antes, sé que esta vez es distinto. No lo sé con certeza,

claro, pero algo me dice que ya se ha acabado. Que de ahora en adelante siempre me despertaré seco.

Cuando voy a la cocina a desayunar, me siento relajado por primera vez desde que puedo recordar. Ya no tengo nada que temer. Sé que no pasará nada si hago algún gesto con la mano que se aleje de lo que esta sociedad de mierda interpreta como masculino. Sé que a mi abuela le dará igual si me fijo en algún chico de un anuncio de la tele. Sé que me mirará sabiendo lo que soy, lo que he ocultado durante tanto tiempo, y me querrá igualmente.

Pero esto todavía no ha terminado. Todavía tengo que arreglar las cosas con Óscar, y esta vez de verdad. Tengo que hablar con él, y ahora manteniendo la calma.

\* \* \*

Marta ya me está esperando en la entrada del parque cuando llego. Sakura y Rocky se emocionan al verse y enseguida comienzan a rodearse en círculos y a subirse el uno encima del otro. Por suerte, castramos a Rocky cuando era un cachorro, así que al menos sé que va a portarse bien y me evitará escenas vergonzosas.

–¿Qué tal hoy? –pregunta Marta tras unos segundos de silencio. Yo me encojo de hombros.

–No sé... como siempre, supongo.

Ella sonrío mientras entramos en el parque y los perros corretean con emoción.

–Pero eso es bueno, ¿verdad?

Le devuelvo la sonrisa, y me doy cuenta de que es sincera. Al menos, en parte.

–Sí, sí.

–¿Pero...?

–No es nada –miento, aunque sé que no voy a engañarla.

–Venga, Darío, que nos conocemos –insiste–. Anda, cuéntamelo.

–Es solo que sigo sintiéndome culpable –admito al fin, yendo hacia el banco de siempre, el más alejado de la entrada–. Sé que esto todavía no ha terminado, ¿sabes?

Asiente con la cabeza mientras le quita la correa a Sakura, comprensiva. Llevamos ya un par de semanas viniendo juntos al parque y no es la primera vez que sale el tema.

–¿Vas a contarlo?

Tampoco es la primera vez que me pregunta eso.

–Sabes que sí. Pero claro...

–... es difícil –completa ella, y ahora soy yo quien asiente con la cabeza.

–Demasiado –admito con un hilo de voz, soltando a Rocky. Los dos perros enseguida se ponen a saltar, corretear y jugar como si llevaran años sin verse y no menos de veinticuatro horas.

–Pero tienes que hacerlo –señala, no sin cierta dureza en la voz–. Lo sabes, ¿verdad?

–Lo sé... pero es difícil. Supongo que necesito hacerme a la idea y decirlo de una vez.

–¿Crees que Óscar se irá del instituto?

–¡Oye, Rocky! ¡Vuelve! –grito al ver que se está alejando demasiado, y él se apresura a obedecer–. Supongo que sí... al menos, eso me ha contado Fer. Y ya has visto que prácticamente no aparece ya por allí...

–Eso es cierto... Supongo que es cuestión de tiempo.

–Pero tengo que contarlo de todos modos. Aunque se vaya, no tendría la conciencia tranquila si no lo hiciera.

Marta me mira con los ojos llenos de cariño.

–Eso dice mucho de ti.

–No creo.

–Pues yo creo que sí –insiste, apartándose de la cara sus mechones rubios–. Podrías quedarte callado, pero no quieres hacerlo aunque Óscar vaya a irse. No todo el mundo lo haría.

–Es lo correcto, ¿no? Sé que no puedo arreglar lo que ha pasado, pero así al menos las cosas serán más justas.

–Eres genial, Darío.

–Si tú lo dices...

Y entonces me doy cuenta de que Rocky no está cerca. Miro a mi alrededor y veo a Sakura a un par de metros, pero Rocky...

Está corriendo directamente hacia la entrada del parque.

–¡Rocky! ¡Vuelve ahora mismo! ¡Rocky!

No me hace caso, o a lo mejor está demasiado lejos para oírme, así que me levanto de un salto y salgo corriendo hacia él.

–¡Rocky! ¡Ven aquí, Rocky!

Pero entonces sale del parque.

No ve el coche que se acerca por su izquierda, pero yo si lo hago.

Ve el frenazo y el coche derrapando.

A Rocky girando la cabeza hacia la izquierda, sorprendido.

Todavía tiene la lengua fuera de estar corriendo.

–¡Nooo!

El golpe.

Oigo un aullido que me congela la sangre en las venas, pero sigo corriendo.

El cuerpo de Rocky vuela por los aires y cae a unos metros de la entrada del parque.

No se mueve.

–¡¡Rocky!! ¡¡ROCKY!!

No, espera. Sí se mueve. Cuando llego hasta él, está gimoteando. Está claro que le duele, pero al menos está vivo.

–Rocky... Rocky, ¿estás bien?

El conductor, un hombre con barba de unos cuarenta años, nos mira desde su asiento, pero entonces pisa a fondo y se aleja a toda velocidad.

–¡Vuelve aquí, hijo de puta! –grita Marta, que ha aparecido a mi lado. Saca el móvil y pulsa la pantalla varias veces–. ¡Mierda! He intentado sacarle una foto a la matrícula, pero ha salido borrosa.

Apenas soy capaz de oír lo que me dice; tan solo puedo acunar a Rocky, que gimotea un poco contra mi pecho.

–Rocky, mi amor... ¿estás bien?

–Parece que no ha sufrido daños... ¿verdad? –pregunta Marta con un hilo de voz.

–Eso parece.

Le toco el costado y Rocky gimotea un poco cuando presiono la zona del golpe, pero al menos no parece demasiado dolorido. Tampoco hay sangre por ninguna parte, ni siquiera en el hocico, y da la impresión de que no se ha hecho daño en la cabeza. De hecho, casi parece como si no hubiera sufrido ningún accidente.

–¿Estás mejor, cariño?

Me aparto un poco de él, que salta enseguida hacia mi regazo. No puedo evitar sonreír; después del golpe, si está haciendo eso es porque no se encuentra demasiado mal. Aun así, todavía siento como si el corazón fuera a salirseme del pecho mientras lo abrazo.

–Parece que ha sido solo un susto... –comenta Marta, y el alivio es evidente en su voz.

–Tengo que llevarlo al veterinario. Por si acaso...

–Está cerrado –me recuerda–. Cierran a las diez y ya son y cuarto.

–Mierda... tendré que esperar hasta mañana, entonces.

–¿Crees que puede ser grave?

No puede serlo.

–No lo creo... pero aun así quiero llevarlo, solo por si acaso.

–Haces bien. Te acompaño a casa, ¿vale?

–¿Estás segura?

–Pues claro. Venga, vamos. Voy a por Sakura.

Llevo a Rocky en brazos cuando comenzamos a andar, pero enseguida se revuelve y forcejea, tratando de bajar. A regañadientes, le pongo la correa y lo dejo en el suelo. Él empieza a caminar, y desde luego parece estar haciéndolo con normalidad. De vez en cuando suelta algún gemido sordo, pero por lo demás es como si no le pasara nada. Parece que sí que se ha quedado todo en un simple susto. El alivio es tan grande que casi me golpea como una luminosa oleada.

Una vez en casa, sale disparado hacia su cama, tal como hace siempre. El incidente me ha dejado agotado y mañana tengo clase, así que decido que lo mejor será que me acueste temprano. Ni siquiera tengo ánimos para cenar primero; se me ha quedado el estómago cerrado.

–Abuela, me voy a la cama ya –grito asomándome por la puerta del salón–. Estoy muy cansado.

–¿No quieres un sándwich o una tortillita antes de acostarte? –pregunta con cara de preocupación–. También te puedo freír un huevo si quieres...

–No, tranquila. Ya he comido fuera.

–Estás comiendo muy poco últimamente...

No puedo evitar sonreír.

–Tranquila, abuela. Me voy ya a dormir, ¿vale? Buenas noches.

–¿No te tomas al menos un vaso de leche? Hay galletas también...

Esta vez rompo a reír.

–Que no, abuela. ¡Buenas noches!

–Buenas noches, cariño.

Cuando llego a mi habitación, Rocky está bebiendo agua de su cuenco con avidez, y no puedo evitar sonreír al verlo. Al acercarme a él se estira panza arriba, tal como hace siempre que quiere mimos. Me agacho a su lado para rascarle la tripa como le gusta, y él suelta un suspiro de satisfacción. A continuación, le palpo el costado con suavidad, tratando de no apretar demasiado, y él no hace ninguna mueca ni suelta ningún gemido. Aprieto un poco más, con cuidado, pero Rocky no se inmuta. Ahora soy yo quien suspira, incapaz de creer el alivio que siento.

–Te quiero mucho, ¿vale, mi amor?

Él me mira fijamente con esos ojos inteligentes, unos ojos llenos de amor y cariño. Un amor y un cariño que en realidad no sé si merezco, pero que él me entrega igualmente de forma incondicional.

Todavía no estoy preparado para irme a dormir: a pesar de todo, me siento nervioso por lo que ha sucedido... por lo que ha estado a punto de suceder. Ni siquiera soy capaz de pensarlo. Sé que si me meto ya en la cama, no dejaré de comerme la cabeza, así que me siento en el suelo junto a la cama de Rocky. Él se pone en pie y salta a mi regazo, como hace cada vez que me siento. Es como una regla no escrita en la casa: siempre se porta bien y nunca rompe nada, pero a cambio todo lo que hay en el suelo le pertenece. Incluidas las personas si están en él.

Nos quedamos así, abrazados en el suelo, y poco a poco los minutos van pasando. Siento el calor de su cuerpo contra el mío, el sonido de su respiración y el subir y bajar de su costado. Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra la pared, feliz de que no haya pasado nada peor. Feliz de poder estar abrazándolo, de saber que voy a poder seguir haciéndolo mucho más tiempo.

Cuando quiero darme cuenta, me despierto de golpe. Me duele todo el cuerpo y tengo las piernas dormidas por tener a Rocky encima, así que sé que debe de haber pasado un buen rato. Me saco el móvil del bolsillo y miro la pantalla: son casi las cinco de la madrugada.

–Rocky, cariño... tengo que irme a dormir ya, ¿vale?

Lo dejo con cuidado sobre su cama y él suelta un lloriqueo lastimero, como siempre que se le acaban los mimos. Me levanto poco a poco y una ráfaga de dolor me recorre las piernas. Avanzo despacio hacia la cama, sintiendo una sacudida por todo el cuerpo con cada pisada, y prácticamente me tiro encima. El hormigueo de las piernas es insoportable, así que me las froto un poco tratando de aliviarlo.

–Buenas noches, mi amor –le digo antes de que se me cierren los ojos–. Te quiero mucho, ¿vale?



# CAPÍTULO 43

My ghost, where'd you go?

I can't find you in the body sleeping next to me

My ghost, where'd you go?

What happened to the soul you used to be?

*Ghost, Halsey*

Noto algo extraño cuando despierto.

Al principio no soy capaz de identificar de qué se trata. Pestañeo varias veces para proteger mis ojos de la luz cegadora, y entonces me doy cuenta: es la luz. Es mucha; demasiada para estas horas de la mañana. Porque todavía es temprano, ¿verdad?

No.

No lo es.

Al mirar el móvil compruebo que son más de las doce.

Entonces, ¿cómo es que no me he despertado hasta ahora?

¿Por qué no me ha despertado Rocky como siempre?

Las imágenes del accidente vuelven a pasar por mi cabeza, pero lo recuerdo todo con claridad: no le pasó nada. Al llegar a casa, estaba perfectamente, tan mimoso como era habitual. Solo había sido un susto.

¿Verdad?

Noto una sensación extraña en la boca del estómago; algo denso y desagradable, y me doy cuenta de que se trata de pánico. ¿Y si le ha pasado algo a pesar de todo?

Pero entonces mis ojos se acostumbran por fin a la luz, y al mirar hacia su esquina veo que está en su cama, durmiendo plácidamente. Respiro aliviado. Lo más probable es que necesitara descansar; después de todo, se llevó un buen golpe, por mucho que no fuera grave.

—¡Rocky! ¿Qué haces todavía ahí, dormilón? —Espero unos segundos, pero no contesta. No mueve la cabeza como hace siempre, ni siquiera la oreja, que es la señal de que me está escuchando—. ¿Rocky?

La sensación de pánico vuelve aún más fuerte, y cuando me pongo en pie tengo el corazón en la garganta. Me dirijo con lentitud hacia su cama, temeroso de lo que pueda encontrar.

—¿Mi amor?

No parece que le pase nada. Está durmiendo a pierna suelta, eso es todo. Simplemente eso. Siempre ha tenido el sueño muy profundo. No le pasa nada. No puede pasarle nada. Pero enseguida llego hasta él, y entonces lo veo bien.

Sus ojos están abiertos, y el corazón me da un vuelco al verlo.

—¿¡Rocky!?

Me arrodillo junto a él, y veo que sus ojos no son lo único que está abierto: su boca también lo está. La lengua le cuelga por fuera, pero ya no es del rosado intenso de siempre, sino de un tono mucho más pálido, más apagado... más muerto. Acercó la mano a él, temeroso, y entonces la pongo sobre su costado para comprobar si sigue respirando, si su corazón sigue latiendo.

Está templado... o más bien tirando a frío. Demasiado frío para lo que suele estar. Demasiado frío para el calor que empieza a hacer estos días.

Es el frío de la muerte.

–No... Rocky, no. Por favor, Rocky, no, no, no.

Pongo ambas manos sobre su costado y comienzo a hacer presión de forma rítmica, tal como he visto en las películas, aunque no tengo ni idea de si se hará igual con los perros. A continuación, le abro la boca y soplo dentro, sin saber muy bien cómo hacerlo, y después continúo haciendo presión, una y otra vez. Sé que no va a servir de nada, que ya está demasiado frío, que probablemente lleva mucho tiempo muerto, pero tengo que intentarlo. La oleada de terror que me golpea trata de derribarme, pero procuro ser fuerte y mantenerme firme.

–Por favor, Rocky...

Y entonces oigo un sonido extraño, como de salpicadura, y me doy cuenta de que proviene de su interior. El corazón se me acelera al pensar que tal vez quede alguna esperanza, que tal vez no está muerto después de todo.

Vuelvo a hacer presión y la salpicadura suena otra vez. Aprieto más, y luego un poco más, y entonces un líquido marrón aparece en su boca y cae sobre su cama. Reconozco el olor; es el de su comida. Aprieto más para que el líquido salga, empapando su cama y el suelo, y sigo apretando hasta que ya no hay más. Entonces noto un chispazo de esperanza, y una parte de mí está segura de que ese era el problema, de que debe de haberse atragantado, de que quizá por eso no podía respirar.

Pero no despierta.

Y de todos modos, ¿cómo va a estar dormido si tiene los ojos abiertos?

–Venga, Rocky...

Vuelvo a soplar en su boca, y a continuación presiono su costado una vez, dos, cinco, veinte. Pero no funciona. No sirve de nada.

Veo que el móvil está tirado en el suelo, a mi lado, así que entro en Google y tecleo con rapidez las palabras «reanimar perro». Aparece un vídeo, así que lo selecciono y espero impaciente los pocos segundos que tarda en cargar. Sigo los pasos uno por uno, procurando hacerlo todo bien, pero en realidad no es demasiado diferente a lo que ya he hecho. Y por mucho que lo intento, no obtengo ningún resultado.

Tengo que aceptarlo.

Está muerto.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Pero entonces, lo veo a él.

Es Rocky, y está vivo. ¡Tan solo había sido un sueño!

No, espera. Reconozco esta oscuridad. El sueño... el sueño es este. Y eso significa que...

–¡Rocky! –lo llamo–. Rocky, ¡ven aquí!

Suelta un ladrido, pero no viene. Vuelvo a llamarlo, y entonces echa a correr y se detiene a unos metros de distancia.

–Rocky, ¿qué haces? ¡Vuelve!

Pero, cuando me acerco, se aleja de nuevo. Seguimos así durante un tiempo que parece infinito hasta que, al fin, me permite acercarme a él.

–¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué huyes?

Rocky suelta un ladrido de alegría, salta contra mí y me pone las patas delanteras sobre el pecho. El golpe me toma por sorpresa y me hace perder el equilibrio. Trato de recuperarlo, pero acabo cayendo al suelo, ese suelo oscuro e infinito.

Él no pierde un instante y, como de costumbre, salta sobre mi regazo. Nos quedamos así un buen rato, él suspirando de felicidad y yo rascándole la tripa, debajo de la barbilla, detrás de las orejas.

Y entonces se pone en pie de un salto.

—¿Rocky? ¿Qué pasa?

Acerca el hocico a mi cara y lo frota contra mi mejilla, tal como le gusta hacer a veces, como si estuviera dándome un beso.

Y entonces da media vuelta y comienza a alejarse.

—¿Rocky? ¿Adónde vas, mi amor?

Pero no contesta, sino que sigue marchándose. Quiero seguirlo, pero soy incapaz de moverme mientras él sigue internándose en la oscuridad, donde nunca podré encontrarlo.

Y sé que jamás volverá.

# CAPÍTULO 44

When you're gone

The pieces of my heart are missing you

When you're gone

The face I came to know is missing, too

*When You're Gone, Avril Lavigne*

Despierto al oír la puerta principal cerrándose, pero ni siquiera recuerdo haberme quedado dormido. Durante un instante, un brevísimo instante de felicidad, recuerdo la densa oscuridad y pienso que todo ha sido un sueño, que no era más que una pesadilla, que Rocky saltará a la cama en cuanto me mueva.

Pero entonces abro los ojos y veo que sigo en el suelo, y él también sigue ahí a mi lado, muerto.

Llevo la mano hacia él y, tras un breve instante de vacilación, la poso sobre su costado. Está frío, muy frío, y su cuerpo parece ahora extrañamente duro. Miro sus ojos vacíos, su lengua colgando fuera de la boca, el charco de comida a medio digerir junto a ella. Noto unas fuertes arcadas y sin poder evitarlo acabo vomitando a un lado, a apenas medio metro de él.

Sin embargo, por alguna razón, no soy capaz de llorar. Sé que tengo que hacer algo, así que tomo el móvil y le mando un mensaje a Marta.

Esta por aqui?

Su respuesta no se hace esperar más que unos minutos.

Dime!

Rocky se a muerto

????????????????

No puede ser

En serio?????

Si...

Joder, Darío...

Lo siento muchísimo

Voy a verte, vale?

No hace flata

Voy a tu casa

Me visto y salgo

No hace falta...

No digas tonterias

En 15 minutos llego

Esta bein... gracias

No es nada, jo

No tardo



No sé qué hacer mientras la espero. Mi abuela no está, y creo que es mejor así, porque todavía no sé cómo decírselo. Me echo un vistazo. Tengo el pijama puesto y se ha manchado un poco de vómito, aunque no sé si es mío o de Rocky. Me lo quito y lo tiro a una esquina de la habitación, y después voy a por la fregona para lavarlo todo. Cuando vuelvo a entrar me golpea un olor rancio y dulzón que no había notado antes, y tengo que cubrirme la nariz con el cuello de la camiseta para contener las arcadas. Abro la ventana y después friego el vómito, haciendo lo posible por no volver a vomitar.

Solo han pasado cinco minutos desde que Marta dijo que vendría, así que me siento junto a Rocky, en el pequeño espacio que está todavía seco. Lo miro, pero me cuesta ver en él a mi perro, el perro que me acompaña desde que era pequeño, que para mí era una mezcla de hermano, amigo y... sí, en cierto modo, también un hijo.

No soy capaz de asumir que haya pasado de verdad.

Cuando suena el timbre me pongo en pie con un suspiro y voy hacia la entrada. Tengo las mejillas llenas de lágrimas, pero no me importa. Ahora mismo, nada me importa.

–Darío... lo siento muchísimo –dice Marta en cuanto abro la puerta–. ¿Quieres un abrazo?

Mi primer impulso es decirle que no, que no hace falta, pero en realidad sé que lo necesito.

–Por favor.

Sus brazos me rodean con fuerza, una fuerza que no sabía que tenía, pero que agradezco con cada fibra de mi ser. Y aunque el abrazo no va a acabar con este dolor, no va a devolverme a Rocky, al menos me impide desmoronarme. Si no fuera por él, seguramente acabaría haciéndome pedazos.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, pero cuando nos separamos veo que le he llenado el hombro de lágrimas.

–Lo siento... –digo con un hilo de voz.

–No digas tonterías. –Hace una pausa, incómoda, como si no supiera muy bien qué decir–. Te preguntaría cómo estás, pero...

–En la puta mierda.

Ella hace una mueca de dolor.

–¿Cómo ha pasado? ¿Fue...? ¿Fue por el golpe?

–Supongo. Parecía que estaba perfectamente, pero...

–Tal vez tuviera alguna hemorragia interna o algo parecido –sugiere–. He oído que esas cosas pueden pasar.

¿Y por qué coño no me lo dijo ayer? De haberlo sabido, habría ido a buscar un veterinario de guardia al pueblo de al lado, aunque fuera caminando y cargándolo en brazos. Pero no, todo esto no es culpa suya. No puedo tratarla mal. No se lo merece, y ya he tratado mal a demasiada gente como para pagar esto con ella. Si hay alguien que tiene la culpa de lo que ha pasado, en todo caso soy yo.

–Puede ser. En realidad era demasiado viejo... en su última revisión la veterinaria me dijo que era sorprendente que hubiera vivido tanto.

No había querido pensar demasiado en eso, pero era cierto. Rocky llevaba conmigo desde que era pequeño... en realidad, había aguantado mucho. Aunque no lo pareciera por su vitalidad y su energía inagotable, sabía que no me quedaba mucho más con él. Una parte de mí ya lo tenía asumido, aunque siempre me negaba a recordarlo.

Pero eso no hacía que fuera más fácil.

–Si vivió tanto es porque era muy feliz. Le has dado una vida muy feliz, Darío. No había más que verlo para saber lo mucho que te quería.

–Supongo.

–Entonces, ¿crees que fue por eso? –pregunta.

Me encojo de hombros.

–No lo sé... a lo mejor fue una combinación de la edad y del golpe, qué se yo. Al menos, espero que no sufriera...

–Seguro que no. Murió feliz, cerca de ti, con la persona que más quería. Seguro que el pobrecito ni se enteró de lo que estaba pasando.

–Eso espero. –Hago una pausa, pensativo–. Tenemos que enterrarlo.

–Darío... –empieza con voz delicada, como si no supiera cómo decirme lo que está pensando–. No podemos hacer eso.

–¿Qué? –pregunto con fiereza–. ¿Por qué no?

–Pues porque está prohibido.

–¿Y entonces? No voy a tirarlo a la basura como si fuera...

–Eso también está prohibido. Pero hay un servicio de recogida para estos casos, Darío. Ellos recogen a los animalitos muertos y después los incine...

–No pienso dejar que quemem a Rocky.

–Darío...

–¡Que no, joder! No quiero que lo quemem.

–Pero puedes meterte en un buen lío como lo encuentren –trata de explicar–. Supongo que tiene chip, ¿verdad?

–Sí, pero me da igual. No van a quemarlo, y punto –insisto con tozudez–. Es mi Rocky, no un trozo de leña. Además, no van a encontrarlo.

–Darío... tienes que entender que esa cosita ya no es Rocky.

–¿Qué coño dices? Claro que es Rocky.

Marta cierra los ojos durante unos segundos.

–No me hables así, porfa. Darío, Rocky ya no está –dice con delicadeza, como si no lo supiera–. Esa... esa cosita que hay ahí se parece a él, pero ya no es él. Lo entiendes, ¿verdad?

La odio. La odio por decirme eso, y me entran ganas de pegarle, de pegarme a mí, de llorar, de salir corriendo, todo a la vez. Pero sé que tiene razón. Rocky ya no está... se fue corriendo hacia la oscuridad, y ahora ya no volverá.

–Lo entiendo –consigo decir–. Pero aun así quiero enterrarlo.

–Está bien. Pues yo te ayudaré, ¿vale? No puedes hacerlo solo.

–¿Estás segura?

–Pues claro. ¿Sabes dónde hacerlo?

Hago memoria.

–Hay un campo a las afueras donde íbamos a veces a jugar... Llovió hace un par de días, así que seguro que la tierra está blanda. El problema es que no tengo palas ni nada parecido.

–Yo sí tengo en casa –dice ella–. ¿Por qué salida está el descampado?

–Norte.

–Pues nos vemos en la salida dentro de una hora o así, ¿vale? Yo llevo las palas.

Asiento con la cabeza.

–Muchas gracias.

–No es nada. Sé fuerte, ¿vale?

–Lo intentaré –respondo con un graznido.

Me da otro abrazo, más rápido que el anterior, y entonces se marcha. Todavía queda mucho tiempo y la salida norte no está muy lejos de aquí, así que decido mandarle un mensaje a Fer. Puede que las cosas ya no sean como antes, pero se supone que vuelve a ser mi amigo, ¿no? Y ahora mismo necesito tenerlo conmigo.

Rocky ha muerto



No m jodas...

D verdad?

Joder, ¿por qué tengo que volver a pasar otra vez por lo mismo?

Sí...

Joder, Darío...

Lo siento mucho

Voy a verte, vale?

Vale

Lo vamos a enterrar Marta y yo...

nos acompañas?

Pues claro

En 10 min estoy en tu casa

En realidad, no tarda ni ocho. Cuando llega lo primero que hace es abrazarme sin decir palabra, tan solo rodeándome con sus fuertes brazos. Rompo a llorar otra vez, pero esta vez el llanto es diferente, más fuerte que antes, más desesperado. Un llanto que solo podría liberar con él, o tal vez con Óscar. Me duelen la garganta y los ojos, pero sigo haciéndolo hasta que me quedo sin lágrimas. Para entonces, el tiempo empieza a echársenos encima.

–¿Me...? ¿Me ayudarías a llevarlo?

–Claro.

–Está en mi cuarto... si quieres puedo taparlo primero, para que no tengas que verlo.

–No te preocupes por eso, Darío. Vamos.

El olor es mucho más fuerte que antes. Noto que a Fer también le cuesta contener las arcadas, pero no dice nada. Quito de debajo de Rocky mis pantalones de pijama viejos con los que siempre se acurruca para dormir y los ato alrededor de su costado, rodeándolo para protegerlo. A continuación, tomo su osito de peluche y lo meto entre el pijama y su cuerpo. Sonrío al ver que al muñeco le falta una oreja, recordando cuando se la arrancó y yo le reñí porque intentó comérsela, preocupado de que pudiera atragantarse con ella.

Ya nunca volveré a reñirle.

–¿Me traes una bolsa de basura? –le pido a Fer, consciente de que debe de estar pasándolo mal—. Están en la cocina...

–Debajo del fregadero –completa él, y yo asiento con la cabeza.

Mientras espero a que regrese, tomo la manta de Rocky y envuelvo su cuerpo con ella. Después lo meto con cuidado en la bolsa que me entrega Fer. Me niego a llevarla colgando como si fuera basura, así que la cargo en brazos durante todo el camino, que por suerte no es demasiado largo.

Hay cierta incomodidad entre Marta y Fer cuando se saludan. Aunque se conocen desde hace años, no creo que hayan intercambiado nunca más que unas pocas palabras sueltas. Sin embargo, ahora los necesito, así que los dos están aquí para mí. Es bonito darse cuenta de que puedo seguir contando con alguien a pesar de todo. Y sé que lo más probable es que Óscar también viniera si se lo pidiera, pero no está como para que vaya a molestarlo con mis problemas. Bastante tiene ya él con todo.

–Te lo llevo yo un rato –se ofrece Fer al ver mi cara de cansancio. No quiero separarme de Rocky, pero voy a necesitar las fuerzas para cavar, así que se lo entrego.

Echamos a andar por el lateral de la carretera y no tardamos en llegar al campo del que hablaba, lo suficientemente lejos del pueblo como para que nadie vea lo que hacemos. Por suerte la tierra está blanda, tal como había predicho, así que cavar no resulta demasiado difícil. Marta solo tiene dos palas, así que ella y Fer se turnan con una de ellas. Insisten en turnarse también conmigo para repartir la carga, pero yo me niego. Esta es mi responsabilidad, así que no puedo quedarme sentado mientras ellos trabajan.

–Déjame seguir a mí, anda –le dice Marta a Fer–. Has cavado tú casi todo el rato.

–Da igual.

–¡No es justo que caves tú solo! Que Darío quiera hacerlo, lo entiendo, pero tú...

Fer se encoge de hombros.

–Yo soy más fuerte.

–¿Por qué? ¿Porque yo soy una chica? –Fer se encoge un poco de hombros otra vez, pero no responde—. Pues que sepas que soy tan válida como tú, musculitos, así que dame la pala ahora mismo.

Pienso que mi amigo va a discutir, pero en lugar de eso cede y le entrega la pala. No se me escapa que sus dedos se rozan ligeramente, y desde donde estoy veo que los dos se apresuran a apartar la mirada. A pesar de la situación, no puedo evitar sonreír al verlos.

Marta cava hasta que terminamos de abrir la zanja, lo cual no sucede hasta mucho después. Aunque la tierra está blanda, cavar una tumba es mucho más difícil de lo que parece en las películas, y más después de haber estado cargando con el cuerpo de Rocky. Estoy tan agotado que ni siquiera siento los brazos, y temo que vaya a desmayarme de un momento a otro. Pero tengo que aguantar.

Fer me ayuda a sacar el cuerpo de la bolsa; no quiero enterrarlo dentro como si fuera basura. Envuelto en su manta, lo dejamos en el interior de la zanja, que por suerte es lo bastante honda y ancha para él.

–He traído unas velas –dice Marta con un hilo de voz.

–¿Qué?

–Unas velas... –repite, sacándoselas del bolsillo—. Por si querías que las encendiéramos para decir algo, no sé.

Se me llenan los ojos de lágrimas al verlas.

–Eres genial, Marta.

–Pensaba que quizá te gustaría despedirte.

Asiento con la cabeza mientras enciendo las velas. No quiero que se apaguen con la brisa, así que las meto dentro de la zanja, alrededor del cuerpo de Rocky.

–¿Os importaría alejaros?

–Claro que no.



–Rocky... –comienzo en cuanto están lo suficientemente lejos–. No sé qué decir. Me has acompañado toda mi vi... vida, y ahora que no estás no sé cómo voy a seguir sin ti. Pero tengo que hacerlo, ¿verdad? Tengo que ser fuerte... tengo que seguir adelante aunque tú ya no estés. –Hago una pausa mientras la verdad de esas palabras cala en mi interior–. Y puede que hayas estado conmigo durante toda tu vida, pero para mí ha si... sido muy poco, demasiado poco... por muchos más años que hubieras vivido, habría sido demasiado poco.

Hago una pausa, tratando de controlar los demoledores sollozos que sacuden mi cuerpo por completo. Miro a través de las pestañas húmedas y veo que Marta y Fer están hablando en la distancia, observándome. Apartan la vista en cuanto ven que los estoy mirando.

–Para mí no eras solo un pe... perro –continúo con un hilo de voz–. No eras ninguna mascota, ningún animal de compañía. Eras mi hermano, mi amigo, mi compañero de aventuras, mi consuelo cuando estaba mal... E... eras mi hijo. Eras de lo mejor que he tenido en la vida, y quiero que sepas que nunca te olvidaré. Quiero que se... sepas que si... –Trago saliva, consciente de que esto ya es el final, esforzándome por mantener a raya las manchas oscuras que cubren mi campo de visión–. Que siempre te querré.

Y entonces hundo la pala en la tierra que hemos sacado y la tiro dentro. Repito el movimiento varias veces, luchando contra el fuerte mareo que siento, hasta que las velas se apagan y el cuerpo de Rocky queda cubierto casi por completo. Entonces veo con alivio que Marta y Fer se están acercando, pero los veo algo borrosos.

–¿Podéis...? –empiezo cuando llegan, tratando de mantener el equilibrio, pues la cabeza me da vueltas–. ¿Podéis seguir vosotros?

No tengo tiempo de oír su respuesta ni esperar a que lleguen del todo. La pala se me escurre de entre los dedos, y lo último que veo es el suelo

acercándose a mí a toda velocidad antes de que el mundo se vuelva negro.  
Al menos en la oscuridad no tengo que llorar por Rocky.

# CAPÍTULO 45

I will sacrifice  
All I have in life  
To clear my conscience

*Sacrifice, t.A.T.u.*

Como siempre, Fer llega tarde. Aunque últimamente no publica casi nada, decido meterme en el blog de Óscar, solo por si acaso. Hace días que no entro con todo lo de Rocky, y para mi sorpresa me encuentro con una nueva entrada. La leo emocionado, pero en realidad no cuenta nada que no supiera ya a través de Fer. Pero lo bonito es que se dirige a mí, y ver ese título me hace sonreír. Después de estas semanas sin Rocky, es un alivio saber que todavía puedo seguir haciéndolo.

## QUERIDO ANÓNIMO

Sé que llevo muchísimo tiempo sin actualizar esto, pero la verdad es que apenas he tenido tiempo para respirar últimamente. Desde luego, es sorprendente lo mucho que ha cambiado mi vida estos últimos meses.

Hemos encontrado un piso pequeño de tres habitaciones, con salón y cocina en un único espacio, y ahora mamá, María y yo volvemos a vivir

juntos. Dani se ha mudado con nosotros, y entre los tres pueden pagar el alquiler sin dificultades. Además, en cuanto acabe el curso comenzaré a trabajar en la cafetería de enfrente del centro deportivo, para poder contribuir un poco y, al menos, seguir pagándome las clases de judo. Aunque ya no necesite defenderme, no quiero olvidar todo lo que me han traído.

Ahora comienza mi vida de verdad.

Después de diecisiete años, por fin tengo un hogar.

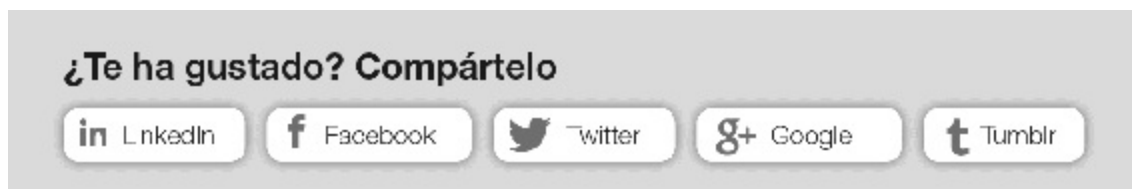
Publicado el 1 de marzo a las 16:17

Comentarios: 0

Fer debe de estar a punto de llegar en cualquier momento, así que tecleo un comentario rápido.

Como vuelvas a pasar tanto tiempo sin actualizar, te mato.

Publicado por Anónimo el 4 de marzo a las 12:34



Apenas un minuto después suena el timbre: he terminado justo a tiempo.

–A ti te pasa algo –dice nada más abrazarme.

–¿Qué? ¿Por qué lo dices?

–Tu cara. Está claro que te pasa algo.

–Bueno... la verdad es que quería contarte una cosa.

–Lo sabía.

–Vamos a mi cuarto... no quiero que mi abuela se entere.

Se sienta en mi cama nada más entrar, y sonrío al ver lo rápido que estamos consiguiendo recuperar esa familiaridad que teníamos antes. Todavía hay cierta tensión entre nosotros, cierta incomodidad, pero ya estamos dejándola atrás. Supongo que, poco a poco, podremos recuperar la amistad que había entre nosotros.

–Tú dirás.

–Voy a contarlo todo –digo sin preámbulos.

–¿Te refieres a...? –comienza, pero deja la pregunta inconclusa.

–Sí.

–Joder.

–Ya.

–Te vas a meter en un buen lío.

No es una pregunta.

–Lo sé. Pero, si es lo correcto, es lo que tengo que hacer.

–Eso dice mucho de ti.

Me encojo de hombros.

–No va a cambiar nada de lo que ha tenido que pasar Óscar.

–Aun así, cuando se entere va a flipar.

–No. No quiero que le digas nada.

Fer frunce el ceño.

–¿Qué? ¿Por qué? ¿Prefieres decírselo tú?

–No. No quiero que lo sepa.

–No lo entiendo. Si no quieres que se entere Óscar, ¿por qué vas a hacerlo?  
–pregunta.

Me encojo de hombros.

–Porque es lo correcto.

–Pero también te vas a inculpar a ti mismo –señala—. ¿Sabes que podrían expulsarte? ¿Eso es lo que quieres?

–Si es lo que me merezco, me da igual. Y lo mismo pasa con ellos. –Hago una pausa, tratando de encontrar las palabras–. Óscar ha sufrido demasiado por nuestra culpa como para salir impunes.

–Pero hay algo más. ¿A que sí?

A pesar de todo, Fer siempre logra calarme.

–Con lo de Rocky me he dado cuenta de lo corta que es la vida. Muchas veces la damos por sentada, pero en cualquier momento puede terminar... ya lo viste tú mismo cuando trató de suicidarse. No quiero joderle la vida ahora que ha conseguido salir de todo esto.

–¿Qué quieres decir?

–A Óscar le ha costado mucho salir de este pueblo, y tú lo sabes mejor que nadie. –Fer asiente con la cabeza–. Ahora tiene que seguir adelante, y no quiero que se amargue pensando en lo que ha dejado atrás.

–¿Temes que quiera volver al pueblo?

Me encojo de hombros.

–No lo sé, pero es una posibilidad. Si los expulsan, o si toman medidas... tal vez se lo plantee.

–Yo no lo creo.

–Ni yo, la verdad –admito con una media sonrisa–. Pero no quiero que se coma la cabeza. Igual no se arrepiente de su decisión, pero si comienza a plantearse si lo que hizo era lo mejor, no va a poder ser feliz allí. Y no quiero ser yo quien le quite esa felicidad. No se merece que lo haga.

Abre la boca para decir algo y entonces la cierra otra vez. Nos miramos fijamente, pero ninguno de los dos pronuncia palabra. Los segundos se extienden en silencio entre nosotros y sé que ambos queremos hablar, pero ninguno de los dos lo hace.

–Dime algo –digo al fin, rompiendo el silencio.

–¿Qué te digo?

–No sé, lo que estés pensando.

En realidad tengo miedo de lo que pueda decirme, pero entonces sonrío.

–Sabía que no me equivocaba contigo.

–¿Qué quieres decir?

Ahora es él quien se encoge de hombros.

–Sabía que merecía la pena darte una oportunidad... seguir confiando en ti.

No puedo evitar sonreír yo también.

–Eres el mejor amigo del mundo –le digo–. Lo sabes, ¿verdad?

–Me lo dicen mucho –contesta, guiñándome un ojo, y yo le doy un golpe amistoso en el brazo–. Anda, ven aquí.

Me rodea con sus brazos y, estando entre ellos, siento una paz que me llena por completo.

–Echaba de menos esto –admito con un hilo de voz.

–Yo también –replica él, y me aprieta con más fuerza.

–Te quiero mucho –confieso, y la verdad es que no recuerdo habérselo dicho nunca antes–. Lo sabes, ¿no?

–Lo sé. Y yo... yo también te quiero. –Se aparta un poco de mí–. Pero no te emociones, ¿eh? Ya sabes que no soy de los vuestros...

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

–Qué hetero eres.

Suelta una carcajada y yo me río con él.

–Mira, no vayas a empezar tú ahora con la heterofobia, que la tenemos, ¿eh?

–Oye, Fer...

–¿Sí?

–¿Puedo preguntarte una cosa?

Me mira con recelo.

–No voy a acostarme contigo.

–Qué imbécil eres.

–Y no sé qué te habrá contado Óscar, pero tampoco voy a besarte –añade–.  
Con una vez tuve suficiente.

–¡Fer, que es en serio!

–Anda, dime.

Me cuesta mucho pronunciar las palabras, pero tengo que obligarme a hacerlo.

–¿Somos amigos?

–Pues claro que sí –responde como si nada–. ¿A qué viene esa pregunta?

Trago saliva.

–No sé... con todo lo que ha pasado... Pensaba que ya no querías saber nada más de mí.

–Estoy aquí, ¿no?

Eso es cierto.

–Sí, bueno, pero...

–Mira, Darío, todos cometemos errores. Es parte de la naturaleza humana... no podemos evitarlo.

–Ya, pero no todo el mundo jode la vida a los demás por sus errores.

–Bueno, la verdad es que la has cagado bastante.

–Oye, gracias.

–¿Qué? Tú mismo lo has dicho. –Hace una pausa mientras me mira fijamente–. Pero lo bueno que tiene cometer errores es que puedes aprender de ellos. Y tú has aprendido de todo lo que ha pasado, ¿verdad?

Ya lo creo que sí.

–Sí, pero...

–Nada de peros. Mira, Darío, yo te conozco. Sé que aunque la hayas cagado no eres mala persona. Y si has aprendido de tus errores, con eso me vale.



–¿De verdad?

–De verdad. Eres mi mejor amigo, junto con Óscar, y no vas a dejar de serlo porque hayas cometido errores. Si te arrepientes, a mí me vale. No voy... no voy a dejar de quererte.

Y aunque odio hacerlo, cuando quiero darme cuenta tengo los ojos llenos de lágrimas.

–Eres el mejor amigo del mundo.

Suelta una carcajada.

–Ya me lo has dicho.

Al cabo de unos segundos, percibo que hay algo que no me está diciendo.

–Tú quieres decirme algo, Fer.

Aparta la mirada.

–No es nada.

–Venga, va. No seas idiota.

–Bueno, es que hacía días que no mencionabas lo de Rocky... ¿cómo estás?

¿Sinceramente? Hecho una mierda. Pero no quiero añadir eso a su lista de preocupaciones, porque entre lo de Óscar, lo mío y que su novia lo ha dejado hace poco, ya son demasiadas.

–Bueno... bien, supongo –le miento–. Miriam y mi abuela me están ayudando mucho, pero en fin... es duro, ya sabes.

–Imagino.

Lo más difícil es mirar hacia donde estaba su cama y ver que ya no está. Que ya no volverá a estar nunca.

–A estas horas siempre paseábamos... es imposible no echarlo de menos.

–Lo siento mucho, Darío.

Me encojo de hombros, consciente de que es algo que tengo que aceptar. Y pensar que me quejaba cuando se ponía demasiado mimoso y no dejaba de

darme la lata... Ahora lo daría todo porque volviera a hacerlo.

Nunca me despertará por la mañana subiendo las patas a la cama. Apenas ladraba, pero a veces lo hacía para llamarme cuando me echaba de menos, y eso siempre me hacía mucha ilusión. Nunca más volveré a oírlo ladrar. Nos quedaban demasiadas cosas por hacer juntos. Demasiados planes por cumplir. Siempre quise llevármelo un día al campo: guardar comida y algún libro en la mochila, e ir a pasar el día allí. Pero nunca lo hice, más por pereza que por otra cosa, por muchas excusas que me pusiera. Y ahora no tendré la oportunidad de hacerlo.

Pero tengo que aceptar que, aunque algunos se vayan, la vida sigue. Depende de nosotros decidir si queremos seguir adelante con ella o quedarnos por el camino esperando algo que nunca va a regresar.

# CAPÍTULO 46

God knows I try to feel happy for you  
Know that I am, even if I can't understand  
I'll take the pain, give me the truth  
Me and my heart, we'll make it through

*Stone Cold, Demi Lovato*

Una parte de mí se arrepiente de haber quedado con él. Pero la otra sabe que es necesario, así que trato de escucharla solo a ella.

Cuando lo veo, se está paseando de un lado a otro, como si estuviera nervioso. Tarda unos segundos en verme, pero entonces me mira fijamente, como si hubiera algo extraño en mí. No me sorprende; las cosas han cambiado mucho para los dos desde la última vez que hablamos. Los pocos metros que me separan de él se me hacen infinitos, y mientras los recorro me planteo la posibilidad de dar media vuelta y alejarme o, mejor todavía, salir corriendo. Pero no puedo hacerlo, no a estas alturas, así que obligo a mis piernas a seguir caminando, a seguir avanzando hacia él.

Ni siquiera nos saludamos cuando por fin llego hasta él.

–Me he enterado de que te vas del instituto –me limito a decir.

Óscar se encoge de hombros.

–Eso no es asunto tuyo.

*Touché.*

–También me he enterado de que no me has acusado –continúo, cambiando el peso de una pierna a otra. Él vuelve a encogerse de hombros.

–Es mucho más de lo que te merecías –responde simplemente.

Sus palabras duelen, sobre todo porque sé que son ciertas. No me merecía su silencio. Y, desde luego, no me merecía su sufrimiento. Suelto un suspiro.

–Lo sé.

–¿Y qué es lo que quieres?

Las palabras son sencillas, pero obligarme a pronunciarlas me cuesta un mundo. Un universo lleno de todo el daño que le he hecho.

–Pedirte perdón –logro decir.

Óscar pone los ojos en blanco, y una sacudida de furia me recorre el cuerpo al verlo. Sin embargo, me esfuerzo por controlarla y de algún modo lo consigo. No puedo culparlo por actuar así conmigo. Es como un cachorrillo herido; puedo verlo en sus ojos. No va a volver a confiar en mí con tanta facilidad... no después de todo lo que ha pasado.

–Ya hemos tenido esta conversación, Darío –me recuerda–. No estoy interesado en volver a hacerlo. –Justo lo que esperaba. Se vuelve para marcharse, pero lo sujeto por el brazo antes de que tenga ocasión de hacerlo–. Suéltame ahora mismo.

Hay fiereza en su mirada; una fiereza que no había antes. En sus ojos... en sus ojos hay fuego. Un fuego que es solo suyo, que solo Óscar controla. El fuego que arde en su mirada no le quema, pero sé que podría hacerme cenizas si él lo deseara. Sería capaz de derretir todo mi hielo, de evaporarme y dejarme reducido a la nada.

Pero tengo que enfrentarme a él.

–Espera, Óscar. Por favor. Necesito hablar contigo.

Él me fulmina con esa mirada ardiente que casi me quema la piel.

–¿Para que vuelvas a hacer lo mismo que la otra vez?

–No voy a hacerlo. Te lo prometo.

Y aunque sé que es difícil, esta vez voy a cumplir mi promesa. Debo hacerlo.

Me mira a los ojos, y me cuesta toda mi fuerza de voluntad no apartar la vista. Sus ojos arden con demasiada intensidad, y a estas alturas no sé si de verdad están en llamas o si tan solo me lo estoy imaginando. Tal vez esté delirando, pero lo que sí es cierto es el arrepentimiento que siento. Un arrepentimiento que espero que sea capaz de ver en mi mirada.

–Está bien.

Y con esas simples palabras, mi mundo vuelve a recomponerse. Puede que, después de todo, todavía haya alguna esperanza.

–Lo siento mucho. De verdad, Óscar –le aseguro con un hilo de voz, que se me rompe al pronunciar su nombre–. Lo siento muchísimo.

Vuelve a poner los ojos en blanco y, aunque me molesta, hago lo que puedo por ignorarlo.

–¿Qué parte exactamente? –pregunta con sarcasmo.

Buena pregunta. ¿Por dónde podría empezar?

–Todo –digo al fin, pues es lo más fácil–. He sido un hijo de puta.

Óscar asiente con la cabeza.

–Lo has sido.

–Lo sé. Pero quiero que sepas que me arrepiento. –Vuelve a poner los ojos en blanco, y a estas alturas empiezo a temer que vayan a caérsele–. Lo digo en serio. He pensado mucho desde la última vez que hablamos, y lo siento de verdad.

No sé si creerá mis palabras, pero al menos sé que son sinceras. Ahora la cuestión es saber si él sabrá verlo o no.

–¿Por qué lo hiciste?

Creo que ni siquiera él se da cuenta, pero su voz suena lastimera. Herida. Es la voz de alguien que ha sufrido demasiado, que ha recibido más palos de los que nadie merece. La voz de una persona que, a pesar de todo, no ha permitido que los demás apaguen su fuego. La voz de alguien empeñado en seguir ardiendo pase lo que pase.

Por supuesto, no hace falta que especifique más para saber a qué se refiere con su pregunta.

–No lo sé, Óscar –admito–. Supongo... supongo que estaba perdido.

Y es que eso era exactamente. Estaba perdido. Puede que Óscar firmara como Lost Boy, pero yo también era un chico perdido. La diferencia era que yo tenía miedo, quería seguir perdido. No estaba listo para que me encontraran todavía.

Pero ahora sí que lo estoy.

Óscar asiente con la cabeza, y me doy cuenta de que parece sorprendido. Quizá sea porque ha notado la similitud con su nombre en internet, no lo sé. El caso es que me mira fijamente a los ojos, y entonces reparo en que los míos están húmedos. Odio llorar, pero sé que no tiene sentido tratar de reprimir las lágrimas.

–Yo también lo estaba –señala.

Y a pesar de todo, en este momento quiero darle un abrazo. Sé que nada compensará lo que le he hecho, todo lo que ha sufrido por mi culpa, todas las veces que me necesitó y yo no estuve allí para él. Y aun así, quiero intentarlo. Quiero darle un abrazo que contenga todos los que no le di cuando tuve la oportunidad. Sin embargo, también siento la necesidad de explicarme. Sé que nada justifica lo que he hecho, pero quiero que lo entienda.

–Ya, pero... –empiezo, sin saber muy bien qué decir–. No sé, todo era demasiado difícil. Ya sabes cómo son en el pueblo.

Transcurre apenas un latido.

–Si lo sé es en parte gracias a ti –me recuerda. Las palabras duelen como una puñalada en las tripas, pero sé que me las merezco, así que aprieto los dientes y aguanto el golpe.

–Joder, lo siento, ¿vale? De verdad –insisto–. Lo siento. Pero ya sabes cómo son. Estaba muerto de miedo.

Me cuesta demasiado admitirlo, pero sé que a estas alturas no tendría sentido tratar de mentir.

Óscar frunce el ceño.

–Sigo sin entender a qué vino todo ese cambio. Llevábamos meses follando, Darío. Meses –remarca, como si yo no hubiera contado cada uno de los días–. Sabías perfectamente lo que yo sentía. ¿Por qué te pusiste así por lo que te dije?

Trago saliva mientras esquivo su mirada, sin saber muy bien qué decir. Podría ahondar en mis miedos. Podría contarle lo del malentendido con mi abuela y abro la boca para hacerlo, pero me contengo. También podría hablarle más del miedo al pueblo, pero me detengo antes de hacerlo. Sé que la respuesta no es solo esa.

En realidad, al final todo se reduce a una sola cosa.

–Porque en ese momento me di cuenta de lo que sentía por ti –explico al fin, con los ojos llenos de lágrimas traicioneras–. De lo que todavía siento por ti.

Ya está. Ya lo he dicho, y Óscar se ha quedado boquiabierto al escucharme.

–No parecía que sintieras nada bueno precisamente –señala tras unos instantes de duda.

–No es algo de lo que me sienta orgulloso –confieso.

–¿Entonces?

–Tenía miedo. Me di cuenta de que era diferente, de que siempre lo sería, por mucho que me lo negara, y quererte... –Hago una breve pausa y me obligo a continuar–. Quererte significaba enfrentarme a todo lo que estaba tratando de reprimir. Y no podía hacerlo.

Permanecemos en un silencio tenso durante unos segundos. No sé lo que va a pasar, no sé lo que me dirá, pero al menos me he sacado esto de dentro.

–Darío, yo... No sé qué decir, la verdad.

Me obligo a hacerle la pregunta cuya respuesta tanto temo.

–Sé que te será demasiado difícil perdonarme después de todo esto, pero... ¿crees que podrás hacerlo?

–¿Sinceramente? No lo sé, Darío. De verdad que no lo sé.

No podría enfrentarme a la idea de que no lo hiciera, así que decido cambiar de tema.

–Estás con ese chico, ¿verdad? El de la discoteca. –Óscar asiente con la cabeza, y me doy cuenta de que tal vez no ha sido el mejor tema–. Lo suponía.

Ve algo parecido a la lástima en su rostro.

–Lo siento, Darío. Ya es demasiado tarde.

Ahora soy yo quien asiente con la cabeza, tragando saliva. Por supuesto que es demasiado tarde, eso hace tiempo que lo sé. Pero al menos ahora le van mejor las cosas, así que lo miro mientras me esfuerzo por mostrarle una sonrisa. Una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla, quemándolo todo a su paso.

–Te hace feliz, ¿no?

–Muchísimo.

Y aunque preferiría que esa felicidad viniera de otra parte, o al menos que no contrastara tanto con el sufrimiento por el que ha pasado, me alegro por él. Asiento con la cabeza una vez más y me esfuerzo por ensanchar mi sonrisa



para demostrárselo. Levanto la mano para secarme la maldita lágrima y me obligo a hablar.

–Entonces, eso es lo importante.

–Supongo que sí.

–¿Puedes prometerme una cosa?

Me mira con ojos recelosos.

–Depende.

–Si te hace daño, ¿me avisarás?

Ahora pone los ojos en blanco otra vez, y empiezo a temer seriamente por su salud ocular.

–Darío, si piensas que voy a ir llorando a ti...

–¡No es por eso! –me apresuro a responder.

–¿Entonces?

–Como te haga daño, le parto las piernas.

Suelta una carcajada y yo me río con él. Por un momento es como volver un año atrás, o tal vez un poco más, antes de que todo se complicara. Pero entonces su rostro se endurece.

–Darío, no te ofendas, pero no necesito la ayuda de nadie. Soy fuerte, ¿sabes?

–Lo sé.

–No necesito que me protejan –asegura, y vuelvo a ver la fiereza de antes—. Ni tú, ni Sergio ni mi madre. Puedo valerme yo solo.

Y, mirándolo, sé que es cierto.

–¿Puedo abrazarte?

Me doy cuenta de que la pregunta lo toma por sorpresa. Comienza a asentir con la cabeza, pero entonces se detiene.

–No sé, Darío. Quiero hacerlo, pero...

No dice nada más, así que lo abrazo. Durante un instante temo que vaya a apartarme, como el día en que lo besé, pero entonces sus brazos también me rodean, apretándome con fuerza. Sé que ya no hay nada entre nosotros, que jamás podrá volver a haberlo, pero estando entre sus brazos, impregnándome de su aroma, sé también que eso es secundario. Tal vez nunca recupere al Óscar que me quería, pero tal vez recupere a otro Óscar. Uno mayor, uno más maduro, al igual que yo. Un Óscar que ya no me quiere, pero que al menos es feliz. Tal vez lo recupere a él.

A lo mejor recupero a mi mejor amigo.

Cuando nos separamos está sonriendo, aunque veo un atisbo de duda en sus ojos. Sé que todavía no me ha perdonado y que le va a costar hacerlo, si es que algún día lo hace. Soy consciente de que una parte de él aún me odia, y también de que probablemente siempre lo hará. Pero, al ver su mirada decidida, sé que merecerá la pena tratar de recuperarlo.

Antes me equivocaba. No son solo sus ojos los que arden. Es todo él por completo, con un fuego ardiente y abrasador que lo envuelve por dentro y por fuera. No lo quema, pero sí lo baña de una luz roja y dorada. Si me pongo en su camino, acabaré convertido en cenizas, pero al menos puedo estar cerca de su calidez.

Tal vez eso termine de derretir los restos de hielo que todavía siento en el corazón.

## **(OSCURIDAD)**

Oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista.

Estoy solo. Sí. Completamente solo. Estoy en el fondo de un pozo infinito, donde nada puede alcanzarme. Donde nada puede ya salvarme. Salvo yo. Tal vez yo mismo pueda salvarme.

¿Tal vez ya me haya salvado?

Oigo otra respiración, aunque mucho más lejana. Los latidos de un corazón que no es el mío, el brillo de unos ojos que no son los míos y se acercan poco a poco hacia mí.

Pero sí que soy yo.

Mi otro yo extiende ambos brazos hacia mí y veo que tiene la piel abierta por todas partes, en un sinfín de cortes que la recorren como telarañas. Y entonces, los cortes comienzan a cerrarse. Pero no desaparecen por completo; las cicatrices siguen ahí, de un rosado débil pero visible, recordatorios de las heridas que nunca se borrarán.

–Lo has conseguido –susurra.

Me escuecen los ojos a causa de las lágrimas.

–¿De verdad?

El otro Darío asiente con la cabeza.

–Nos has salvado.

Me acerco a él y extiendo el brazo. Quiero tocar ese cuerpo que es el mío, tocar esas cicatrices, comprobar si son tan reales como parece. Llevo el dedo hasta una de las cicatrices del brazo de mi otro yo, pero cuando trato de rozarla mis dedos solo tocan el aire.

Frunzo el ceño, extrañado, y me doy cuenta de que he atravesado la piel del otro Darío. Y entonces, alrededor de mis dedos, su imagen comienza a desdibujarse. Doy un paso hacia atrás, sorprendido, y veo que es su cuerpo entero el que se está difuminando poco a poco. La imagen está cada vez más borrosa, como si fuera humo disipándose.

–Ya no me necesitas –susurra.

Y entonces desaparece del todo.

Y cuando lo hace me doy cuenta de que ya no estoy solo en la oscuridad. Bueno, sigo estando solo, pero las tinieblas están desapareciendo poco a

poco, al igual que hizo el otro Darío. De forma gradual, esa negrura se convierte en un resplandor que va eliminando cada rincón oscuro y cada sombra.

La luz es tan intensa que me cuesta mantener los ojos abiertos, pero no me importa.

Por fin he dejado atrás esa oscuridad.

# CAPÍTULO 47

When you cried, I'd wipe away all of your tears  
When you'd scream, I'd fight away all of your fears  
And I held your hand through all of these years  
But you still have all of me

*My Immortal, Evanescence*

Como siempre que estoy nervioso por algo relacionado con Óscar, me dedico a cotillear su blog. Ni siquiera trato de reprimir una sonrisa: leer sus últimas entradas es casi como leer un resumen de lo que ha pasado estos meses. Y aunque parecía difícil que fuéramos capaces de llegar a este punto... al final lo hemos conseguido.

¿CONFIAR?

Es difícil confiar en alguien que te ha hecho daño. Después de todo, ¿cómo saber que no va a volver a hacerlo?

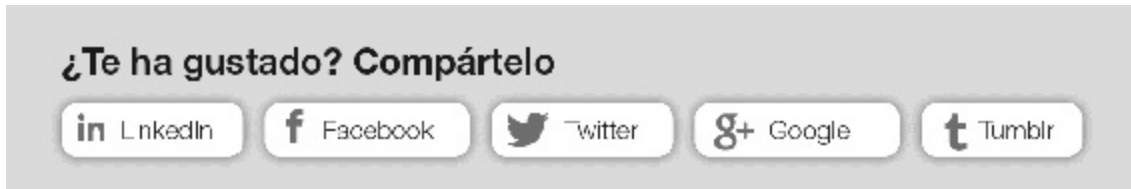
Pero, si no lo haces, si no confías, ¿cómo saber si habría merecido la pena haberlo hecho?

Tal vez haya que confiar.

Tal vez deba darle una segunda oportunidad.

Publicado el 6 de marzo a las 00:05

Comentarios: 0



Si no lo haces, nunca sabrás lo que habría podido ocurrir, ¿no?

Publicado por Anónimo el 6 de marzo las 01:23

Tienes toda la razón. :)

Publicado por LostBoy el 6 de marzo a las 12:01

## LOS TRES MOSQUEPERROS

Hoy será la primera vez que estemos los tres juntos después de tanto tiempo... a ver qué tal va la cosa.

Publicado el 29 de marzo las 16:19

Comentarios: 0

## SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Está claro: las segundas oportunidades a veces son necesarias.

Publicado el 15 de abril a las 23:11

Comentarios: 0

Muchas gracias por habérmela dado :)

Publicado por Anónimo el 16 de abril a las 19:51

????????????????????

¿Darío?

Publicado por LostBoy el 16 de abril a las 20:03

:)

Publicado por Anónimo el 16 de abril a las 20:11

Sonríó al recordar la charla posterior al comentario. Ya han pasado más de dos meses desde entonces, pero rebusco en nuestra conversación para encontrarla. Cuando ya creo que se me va a caer el dedo de subir por la pantalla, llego al día correspondiente y comienzo a leer con una sonrisa en los labios.

Así que tú eres el misterioso anónimo.

Hum...

Sorpresa?

Jajajaja.

Supongo que tendría que habérmelo imaginado.

Y eso por que?

Porque estás loco.

Solo tú serías tan stalker.

Jajajaja

Idiota

No, pero en serio.

Gracias.



Por qué?

Te parecerá una tontería, pero hay días que no sé

qué habría hecho sin esos comentarios.

En serio?



Sí.

No sabía quién eras, pero cada vez que me encontraba con uno me alegrabas el día.

Pues me alegro, jo



Y muchas gracias a ti por haberme hecho caso



Pues eso era trampa, que lo sepas.

Me estabas coaccionando.

Jajaja

Te arrepientes?

Jamás.





La sonrisa tonta se niega a abandonar mi cara, así que vuelvo al navegador y continúo cotilleando el blog, a pesar de que me sé casi todas sus entradas de memoria.

### BONITO

Es bonito recuperar a la gente que un día fue importante en tu vida. Aunque a veces parezca imposible, cuando sucede es maravilloso.

Publicado el 2 de mayo a las 20:41

Comentarios: 0

:)

Publicado por Anónimo el 3 de mayo a las 13:50

:)

Publicado por LostBoy el 13 de mayo a las 16:03

### OTRA VEZ VERANO...

Parece imposible, pero ya está a punto de llegar otra vez el verano. Pienso en el anterior y es casi irreal que las cosas hayan cambiado tanto, que sea la misma vida, pero así es. El verano pasado fue una montaña rusa de emociones, pero esta vez sé que una emoción va a ser la ganadora por encima de cualquier otra: la felicidad.

Publicado el 5 de junio a las 20:11

Comentarios: 0

## EMOCIÓN

Lo emocionado que estoy por la noche de hoy y el día de mañana no lo sabe nadie...

Publicado el 1 de julio a las 15:19

Comentarios: 0


Ya somos dos...

Publicado por Anónimo el 1 de julio a las 16:50

¿Te ha gustado? **Compártelo**

 LinkedIn

 Facebook

 Twitter

 Google

 Tumblr

# CAPÍTULO 48

Say goodbye to the people who tied you up  
It's a liberty walk  
Feeling your heart again, breathing new oxygen  
It's a liberty walk  
Free yourself, slam the door  
Not a prisoner anymore

*Liberty Walk, Miley Cyrus*

Como el cobarde que soy, voy al baño cuando oigo que suena el timbre.

Pero, mientras me seco la cara, no puedo evitar sonreír. Aunque llevo mucho tiempo esperando a que llegue esta noche, en realidad no pensaba que fuera a pasar jamás. Y sin embargo, aquí estoy.

Oigo la voz de Óscar por el pasillo mientras salgo del cuarto de baño. Enseguida se me acelera el corazón, pero por mucho que lo intento soy incapaz de controlarlo. Los nervios son como unas serpientes que se retuercen en mis tripas, y a este paso voy a acabar vomitando antes de verlo. Es la primera vez en mucho tiempo que vamos a pasar tantas horas juntos, y no sé si estoy preparado para ello.

Por suerte, consigo controlar mi estómago.

–Hola –me saluda con una sonrisa tímida.

–Hola –respondo yo, cohibido.

–¿Cómo estás?

Sé sin que tenga que especificarlo que se refiere a lo de Rocky. Me costó un poco contárselo, pero al final acabé haciéndolo. Si quería que volviera a recuperar la confianza en mí, tenía que mostrarle yo la mía primero.

–Bueno... ahí vamos. Poco a poco.

Veo la duda reflejada en su cara durante un breve instante, y entonces se acerca a mí. Por un segundo pienso que va a besarme y el corazón se me detiene por completo, pero entonces extiende los brazos y me abraza.

–Lo siento mucho, Darío.

Quiero contestar, responderle algo, pero no sé qué decir, qué palabras pronunciar. Tan solo sé que, en realidad, no quiero que me bese. Tiene novio y es feliz con él, y yo no soy nadie para interponerme en eso... mucho menos después de todo lo que ha sufrido por mi culpa. Y también sé otra cosa: no puedo ser feliz con nadie mientras no sea feliz conmigo mismo. Voy mejorando, estoy comenzando a quererme, pero todavía tengo un largo camino por recorrer. Al menos, sé que cuento con mi abuela, con mis Mosqueperros y con Miriam para ayudarme a seguir adelante si caigo.

–Gracias –digo al fin.

–Oye, que yo también estoy aquí, ¿eh? –interviene Fer.

Óscar y yo soltamos una carcajada a la vez, y durante un instante me maravillo ante el sonido de nuestras risas entrelazadas, un sonido que no pensaba que fuera a oír otra vez.

–No te pongas celoso, anda –contesto, feliz de poder bromear con ellos de nuevo, de poder reír con ellos.

–No sé de qué estás hablando...

–¿Qué pasa? –pregunta Óscar con una sonrisa–. ¿Es que tú también quieres un abrazo?

–Bueno, si insistís... tampoco voy a decir que no.

Óscar y yo volvemos a reír y nos acercamos a él para abrazarlo. Y estando así, los tres juntos, todo es perfecto. Fer. Óscar. Mis mejores amigos. Las mejores personas que he conocido nunca. Personas que había perdido y por fin he vuelto a recuperar por muy imposible que lo creyera. Sé que con ellos a mi lado todo irá bien.

–Bueno, venga –dice Fer al fin, separándose de nosotros–. Vamos a pedir las *pizzas*, ¿vale? Que ya sabéis que tardan la vida en llegar.

Parece increíble lo perfecto que puede ser un plan tan simple como cine en casa y *pizza*, pero así es. La película elegida es *Pride*, sobre unos activistas homosexuales que ayudaron a recaudar fondos para la huelga minera de Reino Unido en 1984. Mañana vamos a ir los tres juntos al Orgullo, en compañía de Marta y de Sergio, así que Óscar se ha empeñado en que teníamos que verla. Lo cierto es que cuando Fer y Óscar me propusieron el plan de ir no me hizo mucha gracia, pero cuando acaba la película estoy convencido de que es necesario. Es necesario luchar, es necesario reivindicar y es necesario hacerse oír. Y también es necesario tener aliados, y por eso me hace tan feliz que Fer venga con nosotros. No me extrañaría que hubiera sido él quien hubiese propuesto el plan.

–Deberíamos irnos a dormir ya –dice Fer, levantándose en el sofá–. Mañana nos espera un día muy largo... sobre todo a ti, Óscar –añade con sorna.

Él enrojece de golpe y yo aparto la mirada. Por la noche, Óscar se quedará con Sergio, y soy consciente de lo que eso significa.

–Qué idiota eres –responde mientras se pone el pijama. Es de color azul claro, de manga corta, y me doy cuenta de que echo de menos el que suele

usar en invierno, el de las ovejitas.

–Sí, pero seguro que mañana no duermes –continúa provocándolo Fer entre risas, y Óscar se pone aún más rojo.

–Pues sí, así que será mejor que aproveches hoy –añado, tratando de sumarme a la broma. Óscar me mira con el ceño fruncido durante unos instantes, sorprendido, pero cuando le dirijo una sonrisa no duda en devolvérmela.

–Qué imbéciles sois.

–Todavía no me creo que vayamos a ir al Orgullo –comento mientras saco el pijama de la mochila.

–Dímelo a mí –responde Fer con un falso estremecimiento–. Miedo me da lo que pueda encontrarme allí...

Óscar frunce el ceño.

–Oye, que si queréis puedo ir solo con Sergio...

–Queremos ir –aseguramos Fer y yo al mismo tiempo.

–¿Seguro?

–Seguro –dice Fer.

–Pues claro. Después de todo este año, creo que nos vendrá bien.

La sonrisa de Óscar es tan amplia que me aturde por un momento. Todavía me late el corazón con fuerza cuando lo veo sonreír así, pero supongo que se me pasará.

–Sois los mejores.

Lo miro a los ojos, sorprendido porque me haya incluido a mí también. Debe haber alguna expresión interrogativa en mi cara, porque hace un brevísimo asentimiento con la cabeza. El corazón se me acelera un poco, y me doy cuenta de que todavía no he terminado de asimilar que lo haya recuperado. Mientras me meto en la cama soy feliz de saber que las cosas

vuelven a ser como hace un año, de que nuestra amistad sigue estando tal como entonces, y de que nunca va a cambiar.

No. En realidad no. Tras un instante comprendo que la situación no es la misma que entonces, sino mucho mejor. Han pasado muchas cosas en este año, algunas muy dolorosas, sobre todo para Óscar. Y aunque le ha costado resistir, nuestra amistad ha sobrevivido y ha logrado renacer de sus cenizas. Y por eso sé que ahora va a ser más fuerte que nunca. Después de todo lo que hemos pasado, del daño que le he hecho y que él me haya perdonado, sé que ahora nuestra amistad es inquebrantable. Y es que, aunque somos las mismas personas que antes, también hemos cambiado mucho.

Seguimos siendo Óscar y Darío, pero somos unos Óscar y Darío muy diferentes.

Las cosas van a ser muy distintas ahora. Echaré de menos el verano pasado con Óscar, aquella primera vez con él, todas aquellas primeras veces. Echaré de menos tenerlo justo como quería tenerlo. Echaré de menos saber que, por mucho que me odiara a mí mismo, él seguiría queriéndome. Sí, desde luego, las cosas también son muy diferentes ahora. Pero lo distinto no tiene por qué ser malo, ¿no? Se supone que muchas veces es necesario que las cosas cambien para que puedan mejorar. No tengo forma de saber que vayan a hacerlo de verdad, pero desde luego estoy dispuesto a intentarlo.

Pienso en Rocky con una dolorosa punzada en el pecho, pero no he olvidado lo que me enseñó su muerte: hay que apreciar lo que tenemos y aprovechar la vida, porque en cualquier momento puede acabarse.

\* \* \*

El corazón me golpea las costillas como un martillo neumático mientras bajamos del tren. Temo que vaya a explotarme dentro del cuerpo en cualquier momento o, peor todavía, que vaya a reventarme el pecho y llenarlo todo de



sangre como si fuera una escena de *Kill Bill*. Y lo cierto es que casi lo preferiría, pero sé que ese no va a ser el caso, por mucho que fantasee.

Decir que tengo miedo sería sin duda un eufemismo. En realidad, estoy acojonado. Sé que Sergio lo sabe todo, y también sé que no soy su persona favorita que digamos. Tengo claro que Óscar se lo ha contado todo, así que lo más probable es que me odie. Supongo que el hecho de que vayamos a quedar todos significa que, a pesar de lo que ha pasado, está dispuesto a darme una oportunidad, pero tengo miedo igualmente. Recuerdo que hacía judo, y también que es fuerte. Espero que no decida darme una paliza.

Aparto la mirada cuando se besan, algo cohibido. No es la primera vez que los veo besándose, claro, pero ellos no lo saben y prefiero que siga siendo así. Marta cruza los ojos con los míos y se encoge de hombros, con una media sonrisa solidaria.

—¿Qué tal, Fer? —pregunta Sergio con los labios curvados cuando se separa de Óscar. Me doy cuenta por su forma de hablar de que ya se conocen.

—Aquí estamos... —responde él, y se acerca para darle un abrazo—. A ver qué tal va esto.

—Va a estar genial, ya lo verás.

—Esta es Marta —la presenta Óscar. En realidad, es raro que la presente él, dado que apenas ha hablado con ella, pero claro, no voy a hacerlo yo.

—Encantada.

—Lo mismo digo, Marta —dice Sergio, y se acerca para darle dos besos.

—Y bueno... —continúa Óscar, que de repente parece muy tímido—, este es Darío. Darío... este es Sergio.

Como si no lo supiera ya.

De cerca resulta un tanto intimidatorio. Lleva una camiseta de tirantes de color claro y muestra unos brazos bien formados bastante más voluminosos que los míos. No los recordaba tan grandes, así que supongo que ha debido

de estar entrenando estos últimos meses. Me siento poca cosa frente a él, pero entonces recuerdo que si Óscar lo eligió por encima de mí no fue por nuestro físico. Fue simplemente porque yo me porté como un gilipollas con él y perdí mi oportunidad, mientras que Sergio le dio el cariño del que yo no fui capaz.

Al establecer contacto visual con Sergio, casi puedo sentir unas chispas saltando entre nosotros. Puede que en los ojos de Óscar haya fuego, pero en los de Sergio hay electricidad, y sé que no tendría ningún problema en electrocutarme si volviera a hacerle daño. Veo claramente en sus pupilas lo que piensa: puede que su novio ya me haya perdonado, al menos en parte, pero a él le va a costar mucho más hacerlo. Y lo cierto es que no puedo culparlo. Cuando conoció a Óscar, se encontró con a un chico roto por dentro y por fuera, un chico lleno de heridas que yo había ayudado a infligir. Está claro que no va a olvidarse de eso con facilidad, pero me parece justo.

–Hola –me saluda, y me doy cuenta de que la voz no suena ni de lejos tan animada como con Fer.

No sé si darle la mano, pero desde luego no me siento capaz de darle un abrazo y él tampoco hace ademán de acercarse más a mí, así que me quedo donde estoy.

–Hola –respondo con timidez. A continuación, me obligo a preguntar–:  
¿Cómo estás?

–Muy bien. ¿Y tú?

–Igual.

–Me alegro –replica él.

Pero ¿se alegra de verdad? Seguramente yo no lo haría si estuviera en su lugar, aunque está claro que él es mucho mejor persona que yo.

–Encantado de conocerte –añado con un hilo de voz, sintiéndome cada vez más estúpido.

–Lo mismo digo.

Durante unos instantes nos quedamos los dos mirándonos, sin saber qué más decir.

–Bueno, esto se está poniendo muy incómodo, así que mejor vamos saliendo ya –dice Fer–. Rápido, no sea que me arrepienta y me vuelva a casa.

Los demás soltamos una risita nerviosa, pero al menos Fer ha conseguido lo que se proponía: disipar un poco la tensión. Sé que ha venido para apoyarnos, a pesar de ser hetero, pero empiezo a pensar que en parte también lo ha hecho para evitar conflictos entre Sergio y yo. Tomo nota mentalmente para darle las gracias más tarde.

Salimos de la estación y, una vez fuera, nos da la bienvenida una marea de gente y colores. He estado muchas veces aquí, pero ni siquiera en Navidad había visto a tantísima gente. Hay zonas donde apenas se podría dar un paso, y por dondequiera que mire veo un río color arcoíris que lo baña todo. No puedo evitar sentirme intimidado ante tanto gentío.

Y también veo piel expuesta, mucha piel... bastante más de lo que estoy acostumbrado.

–Joder –suelta Fer entre Sergio y yo–. Empiezo a tener miedo, ¿eh? Yo creo que me voy...

Da media vuelta, haciendo ademán de marcharse, pero Sergio y yo lo sujetamos enseguida por los brazos para detenerlo.

–No seas idiota –digo–. Ya que hemos venido hasta aquí, nos quedamos.

Cuando soltamos a Fer, Sergio me dirige una breve sonrisa y me pregunto si no sería eso precisamente lo que mi amigo estaba esperando. Desde luego, es un amigo maravilloso, pero también maquiavélico.

Avanzamos entre el gentío, y poco a poco me voy acostumbrando a ver tanta gente con tan poca ropa. Hace un año, estar aquí me habría resultado desagradable. Seguro que hasta me habría asqueado. Pero hoy comprendo por

qué lo hacen, por qué este día es necesario, por qué tenemos que seguir reivindicando nuestros derechos.

Es por personas como Óscar, toda esa gente que ha sufrido a manos de una sociedad que se niega a permitirnos ser felices. Es por personas como Carlos, o al menos eso creo, esa gente que ha acabado convirtiéndose en monstruos, siempre tratando de apagar en los demás lo que odian de sí mismos. Y es para personas como yo, que nos acostumbramos a vivir en silencio y envueltos en mentiras, todo para no tener que enfrentarnos a una realidad que nos asusta.

Por todos nosotros existe este día. Por todos nosotros es necesario levantar la voz, gritar, hacer ruido y no dejarnos callar jamás. Solo así conseguiremos que algún día deje de haber gente como Óscar. Gente como Carlos. Gente como yo.

–¿Vienen por allí? –pregunta Marta, señalando a lo lejos.

–Sí –contesta Sergio.

Caminamos hacia donde ha señalado, con la intención de no pasar tanto tiempo esperando a que lleguen las carrozas. La emoción es palpable en el ambiente, al igual que el calor abrasador. No me extraña que haya tanta gente con el pecho al aire: me estoy asando, pero no me atrevo a quitarme la camiseta, como han hecho muchos de los demás asistentes. Después de todo, todavía me quedan problemas conmigo mismo que resolver.

Los minutos pasan mientras los nervios van creciendo, y entonces comenzamos a oír la música a lo lejos. Me pongo de puntillas, estirando el cuello para mirar por encima de la gente, y veo que ya se acerca la primera carroza. Los demás me imitan.

–Jo, no veo nada –se queja Óscar, el más bajito de los cinco.

–Venga, súbete a mi espalda –dice Sergio.

–¿Qué?

–Pues lo que has oído. –Le da la espalda y se agacha un poco–. Venga, sube.

–No sé yo...

–Venga, no seas tonto.

–Bueno... como quieras. Pero, si te peso, no te quejes.

Con un poco de esfuerzo, Óscar consigue encaramarse a su espalda, como un mono subido a una rama. Una parte de mí se plantea qué pasará si algún día la rama se rompe, pero no quiero pensar en eso ahora. Está feliz, y eso es lo que importa. No puedo evitar sonreír al ver su cara de alegría. Nos ha costado, pero lo hemos arreglado todo. He recuperado a mis amigos y, ¿quién sabe?, quizás haya hecho uno nuevo. Aunque todavía es pronto para saberlo, y en realidad, solo el tiempo lo dirá. En cualquier caso, es mucho más de lo que esperaba.

Probablemente, mucho más de lo que merezco.



# DESPUÉS

I'll be there as soon as I can  
But I'm busy mending broken  
Pieces of the life I had before

*Unintended, Muse*

Siento como si un enjambre de abejas asesinas me taladrara el estómago. Durante unos instantes me planteo la posibilidad de no salir, de quedarme en casa como si no hubiera pasado nada, pero no puedo hacerlo. Tengo que seguir.

–¡Adiós, abuela! –me despido mientras descuelgo el abrigo del perchero.

–Pásalo bien, cariño –responde ella desde el salón.

Antes de salir, el sonido de unas patitas rápidas me hace bajar la mirada. Solo hace dos semanas que adoptamos a Simba, pero este tiempo le ha bastado para tomarme un cariño inmenso, y apenas se separa de mí cuando estoy en casa.

–No te preocupes –digo mientras me agacho para rascarle la tripa marrón–. Volveré dentro de unas horas, te lo prometo.

El cachorro me mira con ojos lastimeros, y no puedo evitar sonreír. Sé que jamás podrá sustituir a Rocky y todo lo que viví con él, pero no es eso lo que

pretendo: nunca podré olvidarlo, por mucho tiempo que pase. Pero con Simba se ha iniciado una nueva etapa, tanto para él como para mí. Él, por un lado, ya no está en esa perrera donde acabó después de que lo oyeran llorando en un contenedor junto a sus hermanos muertos, y ahora ha encontrado un hogar en el que le damos el cariño y las atenciones que necesita después de haberlo pasado tan mal. Y yo, por mi parte, he comenzado una etapa en la que valoro más las cosas, en la que por fin soy consciente de que solo yo soy responsable de mi propia felicidad, en la que empiezo a distinguir cuáles son las cosas que merecen la pena y cuáles no.

Aunque el trayecto en tren no es demasiado largo, sé que me va a resultar interminable, así que decido hablar con Óscar y Fer.

Los 3 Mosqueperros 🐶 🐶 🐶

Fer 😊, Óscar 😊, Tú

Chicos

Estais por ahi?

Por suerte, la respuesta no se hace esperar.

[Fer 😊]

Si!

[Óscar 😊]



¿Qué pasa?

Estoy acojonado



[Fer 😊]

Jajaja

[Óscar 😊]

Ay, pobre...

[Fer 😊]

No seas tonto

Ya verás que irá genial

Seguro?

[Fer 😊]

Pues claro

[Óscar 😊]

Y si no sale bien, tampoco pasa nada.

Gracias por los ánimos, oye...

[Fer 😊]

Así es Oscar... siempre optimista xd

[Óscar 😊]

No es eso, pero hay que ser realista.

Si hay algo que he aprendido estos meses, es que la vida no debe depender de una pareja.

[Fer 😊]

Dímelo a mí...

[Óscar 😊]

Pero bueno, que seguro que va bien.

Es solo que no quiero que te hagas ilusiones por si acaso te llevas un chasco.

Y si la cago con el?

No sería nada raro en mí...

[Fer 😊]

Tendrías que tener cuidado con eso, si

[Óscar 😊]

No la vas a cagar

Simplemente sé tú mismo y ya está

Así fue como me enamoraste a mí en su día.

---

No parece un mal consejo. Después de todo, si lo perdí fue precisamente por dejar de ser yo mismo, por tratar de ser una persona que no era.

Cuando por fin llego a la estación de destino, siento que estoy a punto de vomitar. Y entonces lo veo, sentado en un banco, con la mirada fija en el móvil y el jersey que me dijo que llevaría por si me costaba reconocerlo en persona. Hace ya más de un mes que hablamos, pero hoy va a ser la primera vez que nos veamos en persona. Y las abejas asesinas de mi estómago me lo están taladrando con tanta fuerza que no entiendo cómo es posible que no esté desangrándome en mitad de la estación.

No he querido hacerme ilusiones con lo de hoy ni tener ninguna clase de expectativa. Quiero que nos conozcamos en persona, saber si es igual que cuando hablamos por el móvil, y entonces ya se verá qué pasa. No me siento capaz de iniciar una relación, al menos no por el momento, así que mi única intención es conocerlo sin pensar en lo que sucederá después. Si acabamos juntos, pues bien, y si no, también. Me ha costado demasiado aprender a controlar mis impulsos como para lanzarme de lleno ahora a algo así. Primero tengo que aprender a quererme.

No sé qué es lo que me espera en el futuro, y la verdad es que después de todo lo que ha pasado eso es lo último en lo que quiero pensar. Pero ahora tengo todo un mundo de posibilidades que antes no me habría planteado siquiera, y es emocionante verlas ante mí. No puedo saber lo que ocurrirá en mi vida a partir de este momento, y ese simple hecho resulta casi embriagador.

Pase lo que pase ahora, al menos sé que he conseguido avanzar. He cometido muchos errores, he hecho mucho daño y me he arrepentido de muchas cosas. Pero he aprendido. Ahora soy mejor persona, por mucho que eso no borre todo lo que he hecho. Los hay que se enfrentan a demonios

externos, como era el caso de Óscar. Sin embargo, en mi caso los demonios estaban dentro de mí y no me creía capaz de derrotarlos. Y aun así, lo he conseguido.

El hielo de mis venas se ha derretido por fin, y ahora fluye por ellas la emoción de saber que lo que tengo por delante será sin duda mejor que lo que dejo atrás.

Será bonito descubrirlo.

Debo seguir ardiendo si no quiero congelarme

Debo buscar el fuego que está ahogado por el hielo

El hielo de mis venas, Daniel Grey & Mike Lightwood



# AGRADECIMIENTOS

En la nota al principio de *El fuego en el que ardo* contaba que no era fácil crecer con una orientación distinta a la de la mayoría. Y es que, a pesar haber tenido la suerte de no haber sufrido nunca acoso homofóbico, sí he sufrido durante muchos años lo mismo que Darío: esas dudas, ese miedo que atormenta, ese temor a lo que pensarán los seres queridos, ese odio a uno mismo por ser diferente. Los sentimientos de Óscar tenían mucho de mí, pero los de Darío, más todavía: he vivido muchos años sintiéndome como él. Nunca pensé que fuera capaz de atreverme a plasmar esos sentimientos por escrito, así que quiero dar las gracias a las personas que lo han hecho posible.

En primer lugar, gracias a Miriam. Aunque ya no seas mi editora, esta novela no existiría si cuando leíste la primera no me hubieras recomendado profundizar más en Darío. Sin ti, Óscar y Darío no habrían podido contar su historia. Por supuesto, gracias también a Anna, por haber tomado el relevo con tanta profesionalidad. No sabes lo agradecido que te estoy por tu trabajo y la ilusión que me hace que nos hayamos reencontrado con algo que es tan especial para mí. Tengo que mencionar también al equipo de Plataforma, que tanto cariño puso en el primer libro y tanto lo mimó. Estoy deseando recibir la maqueta para ver cómo ha quedado. Y un agradecimiento especial también para Ariadna, por esa maravillosa cubierta que me enamoró a primera vista.



Gracias a mis maravillosos lectores beta: Jony, Pablo, Gara y Fátima (¡y un poco también a Marcos y Ferran!). No sé qué haría sin los consejos y las primeras lecturas, sin las opiniones sinceras y sobre todo por vuestra paciencia infinita con todo. Escribir sin vosotros sería mucho más solitario, así que gracias por acompañarme en el camino.

Gracias también a Daniel Grey, por iniciarte conmigo en la aventura de darle voz a Darío. Nunca pensé que una de mis canciones fuera a tener música alguna vez y mucho menos una voz tan bonita como la tuya, así que es mucho lo que te debo. Por supuesto, gracias también a Hugo ([facebook.com/The HugoArtist](https://www.facebook.com/TheHugoArtist)), por contribuir otra vez con tu arte a un nuevo libro. De no ser por ese dibujo, una de mis escenas favoritas no existiría. Y tampoco puedo olvidarme de dar las gracias a Kevin, por haber aceptado una vez más dar vida a Darío, y a Jorge, por ponerle voz a Óscar.

Por supuesto, gracias a mi familia. A pesar de lo cerrado que he sido siempre con vosotros, en todo momento he tenido vuestro apoyo incondicional para todo, incluso aunque creyera que no. Gracias sobre todo a mi madre y a mi abuela, probablemente las dos mujeres más fuertes que he conocido. No es casual que la madre de Óscar y la abuela de Darío tengan tanta importancia en estos libros.

Quiero mencionar también a los que me ayudaron tras la publicación de *El fuego en el que ardo*. En primer lugar, a mis maravillosos presentadores: María Villalón, Marcos, Daniel Blanco y Fátima (Wendy Davies): no podría haber tenido mejor compañía para cumplir un sueño. Gracias también a los amigos y autores que me ayudaron, ya sea con consejos, sugerencias, difusión o simplemente su apoyo y su cariño. Sois muchos para nombraros a todos, pero quiero destacar a David Lozano, Blue Jeans y Esther, Javier Ruescas, Esme, los chicos de Zavid, Andreo Rowling, Fernando J. López... en fin, es que sois muchos y no podría terminar jamás. Gracias también a los

medios LGBT que me han ayudado a difundir, especialmente Igualdad LGBT, It Gets Better, Dos Manzanas y Estoy Bailando, con los chicos de Mafia Rosa.

Tengo que dar también un gracias infinito a todos los lectores que han ayudado a difundir *El fuego en el que ardo*, ya sea en blogs, canales o revistas literarias. Sería imposible nombraros a todos, pero no tenéis ni idea de lo mucho que os lo agradezco y lo que sonrío con cada reseña o vídeo que hacéis. Después de tantos años como bloguero y *booktuber* mientras soñaba con esto, es muy bonito ver cómo son las cosas al otro lado. Y más bonito todavía es tener tanto apoyo.

Y dejando lo mejor para el final, muchas gracias a los lectores. Jamás habría imaginado una acogida tan maravillosa para el primer libro, así que no os hacéis ni idea de lo muchísimo que ha significado para mí tanto cariño, cada mensaje, cada tuit y cada correo electrónico. Cuando se publicó *El fuego en el que ardo* ya llevaba la mitad casi exacta de esta novela, pero no sé si habría sido capaz de terminarla de no ser por vosotros. Este libro está escrito con el corazón, con la esperanza de entrar en el vuestro. Os quiero mucho, de verdad os lo digo.

Y de entre los lectores, quiero dar un agradecimiento especial a los que me habéis contado vuestras historias personales después de leer el libro. Con muchas me he emocionado, con algunas he reído o sonreído, otras muchas me han hecho ilusión, pero con casi todas he llorado, ya fuera de emoción o de rabia al leer según qué situaciones. Gracias por compartir esas experiencias conmigo, por tener la valentía de darme un pedacito de vuestra alma. Ha sido esa valentía la que me ha dado las fuerzas que necesitaba para realizar esta catarsis, para reflejar en esta novela sentimientos que nunca me había atrevido a expresar. Cada uno de vosotros me ha ayudado a llegar hasta el final. Odiarse a uno mismo es una mierda, pero aprender a quererse es

precioso, y vosotros me habéis ayudado a ello. Ya no es que os quiera, es que os adoro, pero no se lo digáis a nadie.

Sois el fuego que ha derretido el hielo que quedaba en mi interior, de modo que gracias a vosotros ahora puedo decir que soy libre. Tan solo espero que vosotros podáis llegar a serlo si todavía no lo sois, así que nunca dejéis de arder. Hacedlo por mí, ¿vale?

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

[www.plataformaneo.com](http://www.plataformaneo.com)

[www.facebook.com/plataformaneo](https://www.facebook.com/plataformaneo)

[@plataformaneo](https://www.instagram.com/plataformaneo)

Plataforma Editorial planta un árbol  
por cada título publicado.



MIKE LIGHTWOOD

# EL FUEGO EN EL QUE ARDO

neo 



# El fuego en el que ardo

Lightwood, Mike

9788416620203

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ser gay puede complicarte mucho la vida.

¿Todas esas películas y series que te cuentan lo maravilloso que es ser gay? ¿Estar rodeado de compañeros modernos en el instituto que te quieren como eres? ¿Padres que te apoyan incondicionalmente? Todo mentira. La realidad no es esa. Al menos, no la del protagonista de esta historia, que vive un auténtico infierno por culpa de aquellos que no lo aceptan como es.

Pero, cuando las cosas se complican de verdad, conoce a un chico de ciudad con una visión del mundo completamente distinta. Con su ayuda, deberá escoger

entre dejarse consumir por las llamas de quienes lo odian o renacer de sus propias cenizas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)





# Entre dos universos

Tomé, Andrea

9788416429769

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Salva y Mía, fans de los Beatles y el cine de terror de serie B, tienen un hobby poco habitual: asaltar casas abandonadas. Se cuelan en edificios en ruinas, se asoman a las ventanas y se preguntan cómo era la vida allí.

Una noche, su juego da un giro inesperado. En el alféizar de una de esas casas encuentran una caja. Y la caja guarda las cenizas de un muerto. De repente, un sinfín de preguntas los asalta. ¿Quién fue ese hombre? ¿Por qué estaba allí? ¿Qué tiene que ver con ellos? El problema es que a Salva no le queda mucho tiempo para encontrar las respuestas que necesita, ni tampoco

para descubrir sus verdaderos sentimientos hacia  
Mía...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

neo

Felices  
por  
siempre jamás



Stephanie Perkins

Autora de *Un beso en París*

# Felices por siempre jamás

Perkins, Stephanie

9788416256099

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

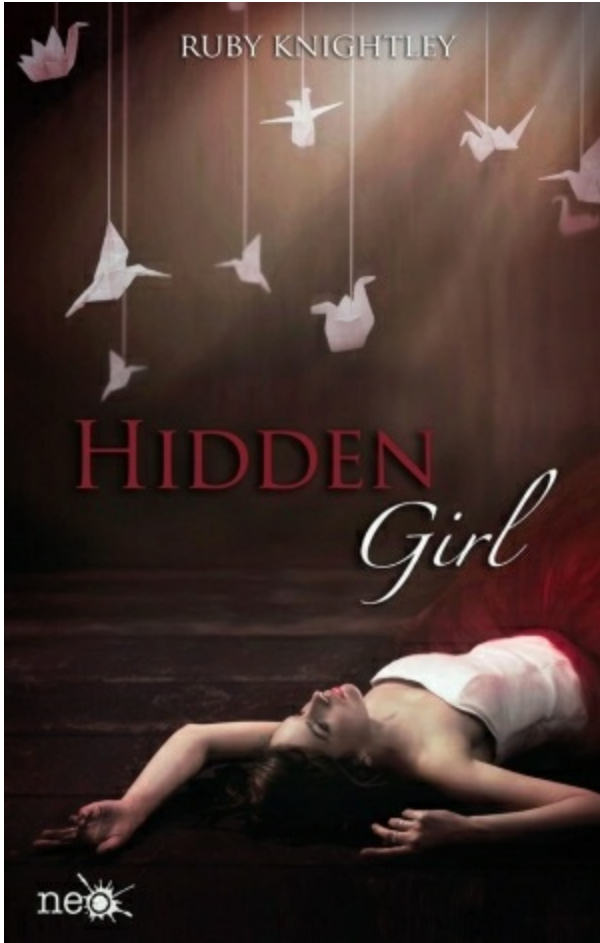
Enamorarse en la ciudad más romántica del mundo es fácil para la soñadora Isla Martin y el enigmático artista Josh Wasserstein. Pero a medida que avanza el último curso en la School of America de París, Isla y Josh se ven obligados a afrontar la desgarradora realidad, porque, quizá, su historia no acabe con un «felices por siempre jamás». ¿Seguirán juntos cuando los días en el instituto se acaben? ¿Será su amor más fuerte que la distancia? Su romance se convertirá en un apasionante viaje por Nueva York, París y Barcelona, acompañados de sus amigos Anna, Étienne, Lola y Cricket.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

RUBY KNIGHTLEY

HIDDEN  
*Girl*

neo 



# Hidden Girl

Knightley, Ruby

9788416096138

300 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Christine ve por fin sus sueños hechos realidad: acaba de recibir una beca para estudiar el último curso de instituto en Nueva York. Su nueva vida en la zona más elitista de Manhattan, el Upper East Side, pronto se convierte en una intensa aventura en la que hará todo lo posible para no rendirse a los encantos de los hermanos Woodley, Nathan y Tristan. Y por si su estancia en el instituto Magnificence no fuera bastante complicada, una serie de desapariciones y asesinatos entre las chicas de la clase alta de la ciudad hará que su nuevo mundo se tambalee.

[Cómpralo y empieza a leer](#)





LA MALDICION DEL

GANADOR

MARIE RUTKOSKI

# La maldición del ganador

Rutkoski, Marie

9788416429714

386 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Como hija del general de un gran imperio que se deleita en la guerra y en la esclavitud, Kestrel solo tiene dos opciones: unirse al ejército o casarse.

Sin embargo, todo su mundo da un giro radical cuando la chica encuentra un esclavo cuyos ojos parecen desear al mundo entero y, siguiendo su instinto, termina comprándolo por una cantidad ridícula de dinero. Pero el joven guarda un secreto, y Kestrel aprende rápidamente que el precio que ha pagado por otro ser humano es mucho más alto de lo que podría haber imaginado. Que ganar aquello que quieres puede costar todo lo que amas.

Ambientada en un mundo imaginario, La maldición del ganador es una historia de conspiraciones, rumores, secretos y rebeliones en la que todo está en juego y en la que la verdadera apuesta consiste en conservar la cabeza o seguir al corazón.

[Cómpralo y empieza a leer](#)